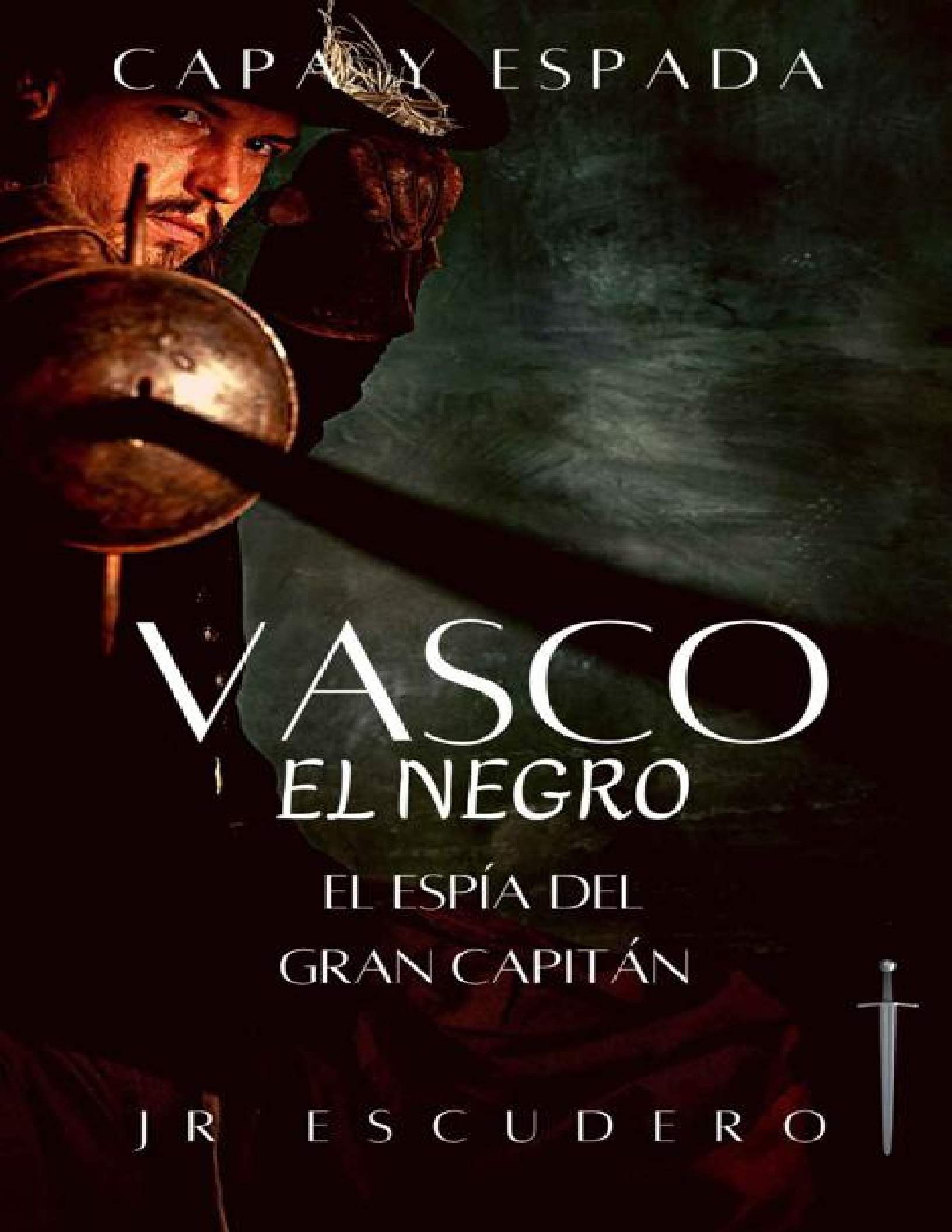
CAPA Y ESPADA



VASCO EL NEGRO

EL ESPÍA DEL GRAN CAPITÁN

J R ESCUDERO

VASCO EL NEGRO

El espía del Gran Capitán

Serie Vasco nº1

J.R. Escudero

©Todos los derechos reservado

A Ana, mi lectora cómplice. Y a Jorge.

Sinopsis

Acción, historia e intriga se dan cita como un torbellino en las páginas de esta primera entrega de la serie de capa y espada «Las aventuras de Vasco el Negro».

Córdoba, 1483. Vasco Cortés, apodado el Negro, soldado veterano de las guerras de Castilla malvive como mercenario a sueldo del Gran Capitán. Mientras participa de una arriesgada encomienda en el vecino reino de Portugal, el sultán Boabdil el Chico es hecho prisionero por las huestes de los Reyes Católicos dando un vuelvo a la guerra de Granada. A su vuelta de Lisboa, Vasco acepta un peligroso encargo que puede afectar al devenir de la contienda.

En la azarosa y fascinante Córdoba del siglo XV, los protagonistas encontrarán traiciones, lances y estocadas, en compañía de viejos amigos y de viejos enemigos; todo ello de la mano de personajes entrañables y fascinantes: el joven Lucas Expósito y su inseparable Mateo, el astuto y aguerrido Gonzalo Fernández de Córdoba, el peligroso asesino Bilal, el escurridizo Bargas, o el inquisidor Torquemada.

Aunque documentada con algunas situaciones reales, Vasco el Negro es una novela cuya historia y personajes son en su mayor parte ficticios. También son imaginarias las acciones que en algún momento se atribuyen a personajes reales.

Contenido

Prefacio
Vasco el Negro
I. A las puertas de Lucena
II. Dragones marinos
III. Una noche toledana
IV. Una belleza conquistada
V. Un día de feria
VI. El juego de cañas
VII. El capitán
VIII. Interludio
IX. La reina y el halcón
X. La Posada del Potro
XI. Boabdil el Chico
XII. El condenado Bargas
XIII. La posada de los Cuatro Vientos
XIV. Maldito tornadizo
XV. Un doble castellano bien vale un silencio
XVI. Carnicería de Abades
XVII. Una visita al campamento de los egipcianos
XVIII. Consejo Real
XIX. El Campo de la Verdad
XX. La hoguera de San Juan
Sobre el autor

Prefacio

Hace aproximadamente un año, cuando Ana, mi querida editora de cabecera, y yo, investigábamos en los archivos de Biblioteca de Córdoba para pergeñar una novela corta ambientada en la reconquista del reino de Granada, dimos por casualidad con un legajo de documentos polvorientos guardados en unas estanterías del sótano —junto con unos originales del poeta y literato Juan Álvarez Gato y un proceso de cuentas sobre el desempeño de don Gonzalo Fernández de Córdoba en el pueblo La Rambla y las reformas emprendidas en el castillo de dicha villa—. Por puro azar leímos su título, que nos sedujo desde el primer instante —no sé decir por qué—: las Memorias de Vasco Cortés de Astorga. Y, por curiosidad comenzamos a ojearlas. Firmadas con el a todas luces pseudónimo de Lucas Expósito de la Iglesia e impresas, como la mayoría de las obras de esa época de autores que pretendían decir la verdad sin ir a darse una vuelta por los calabozos de la inquisición, en Venecia, por el famoso impresor Aldo Manucio.

El descubrimiento de un manuscrito completamente desconocido, en una época en que la documentación histórica está tan avanzada, nos pareció casi milagroso. Por eso nos apresuramos a dar cuenta del mismo y solicitar permiso para hacer unas copias. Debemos hacer un breve inciso, y decir en este punto que el hallazgo causó un furor bastante comedido entre el funcionariado competente —se limitaron los responsables a etiquetarlo y meterlo en un archivador, y santas pascuas—, y que el permiso solicitado nos fue graciosamente otorgado por la delegación de cultura tras varias semanas de espera —lo que consignamos aquí para desmentir públicamente a las malévolas mentes que pretenden que vivimos bajo un gobierno más bien poco dispuesto con la cultura—. Una vez conseguida la copia del manuscrito, la llevamos a casa y la

devoramos con la ilusión del arqueólogo que descubre una tumba en el Valle de los Reyes. No todos los días tiene uno entre manos una obra inédita que quizás llevase siglos escondida bajo legajos de papeles. Como resumen de la misma, he de decirles que se trata de una historia contada a trozos, a su vez dividida en varias novelas cortas, y que giran en torno a un personaje, no sabemos a ciencia cierta si real o imaginario, y a hechos que acontecieron durante el reinado de Isabel y Fernando, soberanos de Castilla y Aragón, y conocidos por todos como los Reyes Católicos.

No es mi intención hacer aquí un análisis de esta curiosa obra, y me contentaré con remitir a ella a aquellos lectores que aprecien las novelas del género de capa y espada que tanto leí en mi juventud; y, aunque no de tan alta literatura, sí del estilo de los Tres Mosqueteros, Cyrano de Bergerac o nuestro inolvidable Capitán Alatriste —hablo de nuestro porque de tanto leerlo una parte de él se ha hecho mía—. Encontrarán ahí retratos esbozados a mano alzada de personajes de la época; y aunque esos bocetos estén hechos a carboncillo, la mayoría de las veces trazados sobre puertas de palacetes y sobre paredes de taberna, no dejarán de reconocer, con tanto parecido como en la historia, a protagonistas de la talla del Gran Capitán, don Gonzalo Fernández de Córdoba, las imágenes de los Reyes Católicos, Isabel y Fernando —pero sobre todo de Isabel—, de Boabdil el Chico, Cristóbal Colón y de la mayoría de los cortesanos de la época.

Ahora bien, al admirar, como los demás admirarán sin duda, los detalles que hemos señalado, lo que más nos preocupó fue una cosa a la que, por supuesto, nadie antes había prestado la menor atención: el protagonista principal que acapara el título de las memorias, Vasco Cortés de Astorga. Una especie de espadachín y espía al servicio de don Gonzalo Fernández de Córdoba, años antes de que a este ilustre de la historia patria se le conociese en toda la cristiandad como «el Gran Capitán». Mas, como se sabe, lo que sorprende el espíritu caprichoso del poeta no siempre es lo que impresiona a la masa de lectores.

He de confesar que este peculiar nombre nos sorprendió, y, tras una segunda lectura, concluimos que quizás no era más que un alias con ayuda del cual el autor había disimulado a un

personaje de mayor enjundia. También pudiera ser que el portador de ese nombre prestado lo hubiese escogido él mismo el día en que, por capricho, por descontento o por falta de fortuna, se enroló en la mesnada para luchar por uno de los herederos de los Trastámara. Se trataban de puras conjeturas, calentones de cabeza entre cigarrillos y cafés.

Desde ese momento no tuvimos reposo hasta encontrar, en obras coetáneas, una huella cualquiera de ese hombre que tan vivamente había despertado nuestra curiosidad. Sólo el catálogo de los libros que leímos para llegar a esa meta llenaría una novela entera, cosa que quizá fuera muy instructiva, pero a todas luces de poco divertimento para nuestros lectores. Nos contentaremos, pues, con decirles que en el momento en que, desalentados de tantas investigaciones infructuosas, íbamos a abandonar nuestra búsqueda, encontramos por fin, guiados por los consejos de nuestro ilustre y sabio bibliotecario, un manuscrito con la signatura núm. 5342 o 5341, no lo recuerdo exactamente, titulado así:

«Apuntes históricos del señor conde de Cabra», referentes a algunos de los sucesos que pasaron en Andalucía hacia finales del siglo XIV y principios del XV. Adivínese si fue grande nuestro asombro cuando, al hojear la recopilación de hechos, última esperanza nuestra, encontramos en la vigésima página el nombre de un tal Vasco, refiriéndose a él como el leonés de Astorga o cómo Vasco el Negro. Quizás fuese nuestro hombre o quizás no, pero nosotros pensamos que sí lo fue.

Hecho este paréntesis, lo que hoy ofrecemos a nuestros lectores es la primera historia de ese manuscrito humildemente adaptado por el que suscribe —y con la ayuda de Ana—, para que se pueda leer medio decentemente en un castellano de nuestro tiempo; comprometiéndonos a publicar inmediatamente la segunda si, como estamos seguros, esta parte obtiene el mínimo éxito que merece. Mientras tanto, como el padrino es un segundo padre, invitamos al lector a echar la culpa de su placer o de su aburrimiento a nosotros y no al bueno de Lucas Expósito de la Iglesia.

Contado esto, pasemos a la historia de Vasco Cortés de Astorga y coetáneos.

Vasco el Negro

Vasco Cortés de Astorga se llamaba. Aunque casi todos sus conocidos lo trataban como Vasco, simplemente Vasco; y, por sus orígenes, también como el «leonés». Había quien se atrevía, solo unos pocos compañeros de armas, a referirse a nuestro protagonista como «el Negro». Alguna vez me contó, no hablaba mucho de su pasado ni de su niñez y cuando la hacía era con los ojos entornados y unos cuartillos de vino entre pecho y espalda, que era hidalgo, de familia noble caída en desgracia cuando pasó lo del conde de Luna con el rey. Y, que había luchado desde que tuvo edad para empuñar un acero en las huestes de uno y otro bando, en las guerras intestinas que enfrentaron a los señores de la meseta para alzar en el trono a uno u otro de los herederos de la casa Trastámara —parecían ostentar los de este linaje el monopolio de la corona y todos ellos querían el trono costase la sangre que costase—. Fue en ese tiempo donde adquirió maneras y hechuras de soldado, y se labró fama de hombre audaz y diestro con la tizona. Después batalló contra los portugueses y años más tarde mató moros en la conquista de Granada —de esto último puedo atestiguar y dar fe—.

He de advertir a vuestras mercedes que no esperen de esta historia un héroe de libros caballerescos, de esos que tanto se aplauden en los momos teatrales de plazas y corralas; la estrella rutilante de aquellos caballeros de honor y modales excelsos, si es que alguna vez brilló tan alta como dicen, ya se apagó en los confines del tiempo. Pues Vasco no era el hombre más honorable ni el más piadoso. Yo que bien lo conocí os diré que tampoco era un hombre devoto, ni buen cristiano. Pero, sí tenía un corazón valiente, y, a su manera, recto. Sus actos se regían por un particular código que solo él mismo conocía, en el que el coraje y la amistad primero, y

después el oro —dichoso oro que tantas almas corroe— tenían un papel predominante.

De rapaz fue compañero de armas y de correrías, cuando el infante Alfonso pretendió ser rey, de Gonzalo Fernández de Córdoba y Enríquez, capitán del ejército al servicio de la corona de Castilla y Aragón —y de la reina Isabel, principalmente, permitidme que me sonría, pero todo a su tiempo—. A la postre reconocido en toda la cristiandad como el «Gran Capitán»; a Virrey de Nápoles llegó este hidalgo montillano junto con otros muchos títulos. A pesar de que apuntase maneras, quién lo hubiera dicho del segundón de la Casa de Aguilar. Para muchos fue un genio de la época que nos tocó vivir, para mí, además, un hombre avezado y astuto donde los hubiera y, sí, he de reconocerlo, aunque me pese, con casi los mismos hígados que mi querido y admirado Vasco.

Centrándonos en el asunto, cuando nuestros caminos se cruzaron, Vasco hacía encomiendas, así las llamaba, para este don Gonzalo. A su vez, el Capitán, por aquel entonces solo unos pocos lo llamaban así, hacía mandados para la reina Isabel, decían que era sus ojos y sus oídos y que a él le permitía decirle a la cara las verdades que muchos le ocultaban por su condición de soberana.

La relación entre Vasco y don Gonzalo era complicada. Eso saltaba a la vista. Ambos eran hombres de recursos, valientes y audaces —se habían salvado el pellejo mutuamente en repetidas ocasiones—, y también ambos empezaron desde abajo, batiéndose el cobre en cada amanecer. Pero, de todos es sabido que la diosa fortuna solo sonríe a unos pocos elegidos, y esta sonrió al cordobés —si acaso una mueca torcida echó al de Astorga—. Al cabo de los años, uno estaba bien arriba y el otro no salía del barro. El caso fue que Vasco se ganó de por vida la confianza del Capitán cuando lucharon a las órdenes del Arzobispo de Toledo, en el bando de Alfonso, nacido infante y príncipe de Asturias y que durante tres años se pavoneó por los campos de la meseta como rey ilegítimo de Castilla. Todo sea dicho, en contra del rey vigente, Enrique IV, su medio hermano. Cosas de hermanos. Cosas de los Trastámara.

Pues bien, sin irnos por las ramas contaré que cuando ambos se desempeñaban como soldados de infantería fueron asignados a las unidades de vanguardia del ejército, las que iban explorando

las rutas que habrían de seguir los suyos a la siguiente mañana. Una noche gélida de principios de marzo, de esas que te calan en los huesos hasta el tuétano, mientras el grueso de la tropa descansaba unas leguas por detrás, tuvieron que cruzar a nado las aguas heladas del Duero. Iban junto con otros veinte desgraciados y un capitán al frente. Imagínense vuestras mercedes, viva el rey Alfonso, por San Cristóbal y la corona de Castilla, y todo eso, clanc, clanc, clanc, con los espadones entre los dientes a fin de sorprender a la guarnición de la pequeña fortaleza que flanqueaba un puente de paso, soldados afines al otro rey, Enrique, ya mencionado como medio hermano de Alfonso —no quiero opinar ahora sobre quien merecía llevar corona, casi con toda certeza ninguno, pero siempre me decanté por el bando que defendía Vasco—. Castellanos enfrentados a castellanos, buenos hombres por ambos bandos, por la gracia de Dios —siempre incordiando— y una liga de señores díscolos ávidos de poder. ¡Qué fácil se embauca al pueblo llano para que derrame sangre por un puñado de nobles que los tiene en menos consideración que a las monturas que cabalgan! Ay la hambruna, ay la miseria, ay la avaricia. Ciertas cosas nunca cambiarán, disculpen vuestras mercedes, siempre me exalto con estas diatribas. El caso es que al final Enrique y su recua se saldrían con la suya y si te he visto no me acuerdo. Pero entre tanto, Vasco y el Capitán los fastidiaron bien.

Volviendo a esa noche en concreto, un grupo de valientes tenía la encomienda de asaltar y tomar el baluarte para asegurar el paso del ejército del rey Alfonso. Una pieza de oro para cada uno les prometió el arzobispo Carrillo si cumplían su cometido. El frío siempre era menos frío si había oro de por medio y Carrillo era buen conocedor de la naturaleza humana, o eso cuentan quienes lo conocieron. La idea era mantenerse allí, a la orilla del Duero, hasta que al despuntar el alba el resto de las tropas se reuniesen con ellos. Total, que los desgraciados que guardaban la torre fueron pasados a cuchillo sin darles tiempo a decir esta boca es mía. Estaban los centinelas durmiendo, como lirones con los sopores que causa el exceso de vino, cuando Vasco y los suyos salieron del agua con ganas de calentarse y se quitaron el frío del cuerpo enviando a los pobres infelices al infierno. Lo malo vino a la mañana siguiente, con las primeras luces no divisaron tropa alguna y, bien entrada la hora tercia, tampoco. Cosas contaron después sobre celos y

desavenencias en el parecer de prelados, maestres de órdenes y marqueses. Que, si había que tomar este u ese camino, bordear ese páramo o descansar otro día que tengo el culo pelado de tanta cabalgada. Lo cierto es que a los veintitrés que se quedaron allí esperando a los suyos los abandonaron a su suerte. Trágica, a la postre. Y, cuando algún iluminado reparó en que la expedición de vanguardia no había regresado ya era tarde. Estaban aquellos rodeados por una hueste enemiga que los triplicaba en número y querían ensartarlos como ellos habían hecho con los suyos en la madrugada. Fue un día largo, sangriento y duro. Y, para que vuestras mercedes se hagan una idea de la matanza, solo dos soldados consiguieron escabullirse entre los cañaverales del río, cruzar a nado el Duero y esperar a la noche y su amparo para emprender camino hacia el norte. En efecto, esos dos eran Vasco y don Gonzalo. Al de Córdoba le habían clavado un virote de ballesta por la espalda, el jubón de cuero curtido y la malla habían hecho su parte, pero no lo suficiente como para detener la punta de metal que se hincó en el omoplato. Tal y como estaban las cosas, Vasco bien pudo haberlo dejado en el barro y nadie se lo hubiese reprochado, pero ese montillano vivaracho y espabilado le había caído en gracia, así que lo asió de la axila, lo arrastró hasta el agua y lo llevó a la otra orilla agarrado a un tronco entre una tiritera de mil demonios y dejándose llevar por la corriente. A veces, el destino es caprichoso y se vale de peones para que los alfiles y reinas puedan prosperar. Cómo habría cambiado la historia si Vasco se hubiese dedicado únicamente a hacer lo que mejor sabía: sobrevivir y al carajo con lo demás. El resto de la comitiva quedó atrás sentenciada a muerte, vendiendo cara la piel; uno tras otro vieron como caían sus camaradas al otro lado, el Duero a su espalda y maldiciendo en buen castellano. Ojo por ojo. No hubo clemencia con ninguno. Cosas de la vorágine de la guerra, dijeron unos, cosas del caos de la batalla, dijeron otros. Cosas de la Castilla de los Trastámara.

Algunos lo tacharán de asesino y otros dirán que fue un espía al servicio del mejor postor. También los habrá que cuenten que fue un espadachín a sueldo al que se podía comprar por unos buenos excelentes de oro. Quizás, si os digo la verdad, ninguno se equivoque y ninguno esté en lo cierto. Lo que sí os puedo atestiguar es que en aquella época cambiante que fue la de los Reyes Católicos y de las primeras Españas, se vivía a salto de mata. Una época en la que los

vientos eran terrales durante el día y galernas por la noche, en la que los reyes hacían y deshacían a su antojo, los pactos entre hermanos se acompañaban de traiciones que se firmaban a puñalada limpia, los amigos se tornaban en enemigos al apurar una jarra de vino o terminar una tirada de dados, y los sacerdotes primero os confesaban, después os daban la comunión y, al daros la vuelta, os madrugaban sin recato amparándose en la palabra de Cristo nuestro señor. Y, Dios omnipresente, siempre en boca de todos. Soy testigo de que cada cual hacía lo necesario para llevarse algo de manduca con lo que llenar el estómago, sobre todo si uno no era noble o hijo de algo. Tiempos difíciles y duros, de hombres y mujeres recios, y en los que también la picaresca estaba a la orden del día. Pero, voto a Dios que fue una época que mereció la pena vivir, de grandes acontecimientos, pienso yo que a su manera esplendorosa, y de grandes gestas, en la que se forjó un reino que años después sería imperio. Y, una época en la que la cristiandad alumbró la posibilidad de instaurar un nuevo orden en un nuevo mundo. Pero, para contar todo esto, aún queda mucha tinta que sudar.

Pueden vuestras mercedes imaginar por tanto que en este entorno que les pinto las cualidades del leonés eran bien valoradas. Y, tanto el arte de sesgar vidas, como el de la esgrima y el de camuflarse según soplará el viento, eran materias de conocimiento en las que Vasco se desenvolvía con holgura. Tenía un pulso asombroso a la hora de tirar la tizona con la diestra y, tampoco era manco disimulando la daga con la zurda, habilidad esta que en las refriegas callejeras era casi tan decisiva como la espada. No solía ser hombre de alardes, ni de mostrar su don para dar estocadas —siempre en el momento preciso— ni de esfuerzos innecesarios. Solo desenvainaba cuando la ocasión lo requería, eso sí, ya hecho el gesto no había vuelta atrás. Recuerdo cuando me aleccionaba acero en mano y me decía con la paciencia del padre que nunca tuve: «Muchacho, no desperdicies vigor, hay que buscar el momento oportuno, ni un latido antes ni uno después, en la lucha y en general la vida se trata de eso».

En más ocasiones de las que hubiese querido presencié al leonés batiéndose a muerte con espada y daga y, he de decir con orgullo de discípulo y viejo amigo, que nunca vi espadachín mejor que Vasco Cortés de Astorga. Hombre y acero fusionados en un solo ser, en una perfecta

simbiosis. Imagínense vuestras mercedes, un oscuro callejón alumbrado por la luna, el contrincante afanado largando y parando estocadas a diestra y siniestra, y de pronto la punta de una daga va por abajo rápida como una centella, una cuchillada corta que lo madruga y lo manda al infierno sin darle tiempo a pestañear. Era un maestro en esas lides. Algunos, los más versados en el arte de la letra y la palabra, como el sátiro Juan Álvarez Gato, compañero de correrías de Vasco y uno de los pocos amigos que tenía, decían que cuando el leonés cogía el estoque y la daga la poesía se hacía movimiento y se agitaba como la ventisca en otoño, fría e inmisericorde. Nunca dejó Vasco que el literato escribiera ni un solo verso sobre él, so pena de muerte, era muy suyo el leonés. Quizás así hubiera pasado a la posteridad y yo no tuviera que escribir estas líneas en su recuerdo.

Como si de un comediante se tratara, también poseía cierto talento innato para crear personajes y hacerse pasar por quien no era; los más variopintos papeles lo vi interpretar, desde noble a mendigo, pasando por comerciante y cura. Quien lo hubiese adivinado viendo lo agrio y taciturno de su carácter, solo el vino y las mujeres lo endulzaban.

El caso fue que don Gonzalo y Vasco se volvieron a encontrar en la guerra contra los portugueses; el de Córdoba labrándose ya fama de soldado audaz y Vasco cumpliendo sus órdenes a rajatabla, cubriéndole las espaldas como buen escudero a base de mandobles y de arriesgar su propia vida. La victoria encumbró a don Gonzalo apareciendo su nombre distinguido entre los más notables guerreros en las filas del maestre de la Orden de Santiago, Alonso de Cárdenas. En este tiempo fue designado Voz y Voto Mayor del Cabildo de Córdoba y contrajo matrimonio con su prima Isabel de Montemayor, que moriría pronto al dar a luz. Y, en este tiempo, ay diosa fortuna qué mal repartes tu suerte, Vasco cayó en el olvido por Toledo, malviviendo y alquilando su tizona en trabajos de poco lustre. Casi siempre en calidad de espadachín por cuenta de otros que no tenían la destreza o el coraje para saldar sus propias cuentas. Un poco de todo hubo según dicen: deudas de juego sin pagar, un pleito o una herencia dudosa, asuntos de cuernos y celos, y un largo etcétera que no viene a cuento matizar aquí. Quizás sea objeto de crítica, pero ya he apuntado que en aquellos tiempos duros la vida había que

buscársela a salto de mata, apretando los dientes y cerrando el puño en un descampado al alba, en un callejón caída la noche o en una taberna entre el chocar de aceros.

En una de esas Vasco cayó en desgracia, dicen las malas lenguas que en un asunto de faldas —a pesar de no poseer un rostro patricio tenía algo oscuro y animal que encandilaba a las damas, no me pidan explicaciones ni por qué—. Pinchó a quien no debía, el hijo de un noble o de algo, y los alguaciles y la justicia de la reina lo llevaron a la cárcel de Toledo. En cuanto a los percances en el estaribel, Vasco supo guardarse y hacerse respetar desde la primera noche. Notoria era en aquel tiempo la afición de los reclusos —conchabados con alguaciles y carceleros, como digo cada uno se buscaba las habichuelas como podía— de aprovechar la coyuntura y aligerar a los nuevos de dineros, ropajes y hasta de calzado. Pero la fama de Vasco lo precedía, y quien no lo conocía no tardó en averiguar por qué lo llamaban el Negro, y que era mejor andársele con mucho tiento. Según contaban, el primer día mientras comía en un rincón del patio se acercaron tres rufianes dispuestos a quitarle el guiso. Fue una pelea desigual en la que Vasco se defendió con uñas y dientes, cual bestia acorralada, y fue el que terminó con mejor salud. Esa misma noche, con la cara hinchada, la nariz torcida y lleno de moratones, no se lo pensó dos veces y se fue a por el jaque de peor reputación entre los prisioneros, el que los había mandado, un rufián de nombre Bargas, también veterano de las guerras portuguesas al que ni los alguaciles tenían arrestos de meterse en sus asuntos. Y, tras saludarlo cortésmente, le puso en el gaznate un filo corto que había escondido en sus partes pudendas merced a la entrega de unos reales al carcelero. Dejó las cosas claras como el agua. Después de esa demostración de intenciones nadie se atrevió con el Negro. Incluso llegó a trabar amistad con el susodicho Bargas, que vio en aquel hombre de ojos tristes, voz rota y sonrisa lobuna, no un rival, si no un aliado para sobrevivir a los rigores del invierno y de la cárcel. Se fraguó en esos meses una relación, que con sus altibajos y algunos duelos de por medio, se mantuvo hasta el final de sus días. Pero, todo eso lo descubrirán vuestras mercedes si continúan leyendo.

A lo que íbamos, por aquel entonces don Gonzalo estaba necesitado de hombres de confianza y de arrestos —la reina le había encomendado tejer una red de espías al servicio de la corona de

Castilla—, que supiesen afrontar la adversidad sin titubeos y, por si hacía falta, que fuesen diestros en el arte de matar sin pestañear. Se acordó de Vasco, aquel bravo compañero de armas que le salvó la vida en las gélidas aguas del Duero. Podía ser su hombre. Indagó a los veteranos hasta que tuvo noticias de su cautiverio por Toledo. Se presentó allí dispuesto a saldar la deuda con el corregidor, una buena bolsa de piezas de oro arreglaba muchos desaguisados, y ofrecerle un empleo acorde con sus cualidades evitando así que enmoheciera en prisión. Poco después el leonés se vio en Córdoba, la corte se había trasladado a la ciudad andaluza, aceptando los encargos más variopintos que le hacía don Gonzalo. Fue al regreso de uno de esos trabajos cuando me topé con Vasco en las callejuelas de la Medina. Me salvó de una buena tunda y yo intenté hacerle una jugarreta en pago, cosas de pillos. Me sonrío porque eran los tiempos en los que Mateo y yo dormíamos al cobijo de don Anselmo, el párroco que nos enseñó a leer y escribir —con la ilusión de meternos en un monasterio—, o al cobijo del puente, según se terciase; y salíamos a ganarnos el jornal, mendigando, cogiendo lo que no era nuestro y haciendo recados entre jaques y valentones de baja estofa, huyendo de alguaciles y corchetes. Pero, no adelantemos acontecimientos —y, además ese no es el objeto de estos escritos—.

Han pasado ya muchos años desde entonces y a veces me cuesta recordar fechas. Pero, la historia que voy a narrarles debió de ocurrir en el año de nuestro señor de 1483, cuando yo cumplía doce y, como ya he mencionado me ganaba la vida, y me la jugaba, en las calles con el bueno de Mateo, que en paz descanse, y los reyes llevaban ya unas cuantas primaveras a caballo entre Córdoba y Sevilla. Cuando la caída de Boabdil el Chico, que originó habladurías por toda la ciudad, y, en la que Vasco a punto estuvo de perder el pellejo que tanto se había guardado, fruto de las conjuras y traiciones que se orquestaban en los estamentos superiores de la corte. Y en las que de él se servían como mero peón, sacrificable, en pos de salvaguardar a la reina y su alfil.

Me permitirán vuestras mercedes que cuente las cosas según las viví, y las que no viví de primera mano, según me contaron, y las que no me contaron, según nos imaginamos Vasco y yo en nuestros ratos de solaz entre cuartillos de vino en la Posada del Potro. Mas, como se sabe, lo

que aviva el espíritu caprichoso del poeta no siempre es lo que gusta a los lectores.

I. A las puertas de Lucena

Abril de 1483

Una gran polvareda se levantaba al paso de los carros con pertrechos, de la infantería y de los jinetes que culebreaban por las sendas y caminos que circundaban la villa fronteriza. El sol despuntaba ya bien alto sobre el cielo azul de un abril más seco y tórrido de lo habitual. El chaparrón del domingo había dejado charquitos en las zonas de umbría, pero los caminos seguían sin embarrarse, con un firme duro y sabuloso. Eso favorecía su empresa.

El sultán nazarí observaba a la hueste apostado en la cima de una loma de caliza blanca rodeada de acebuches y encinas. A sus espaldas el monte de la Sierra de Aras como testigo imperecedero de tiempos presentes, pasados y futuros. Alzó la mano y se adelantó unos pasos de su cohorte hacia el borde del terraplén. Quería tener unos segundos de intimidad para meditar en silencio. Era la suya una maniobra arriesgada y en eso radicaba parte de su éxito.

Sus tropas sitiaban ya las murallas de Al-Yussana envolviéndolas por el noroeste, así no podrían ser atacados por retaguardia donde las montañas los defendían. Unos muros mal conservados, a cinco varas no llegaban, custodiados por los hombres del alcaide de la fortaleza y una coronelía de donceles, sus pendones blancos y carmesíes ondeando en las almenas avisaban de su presencia. Con estos últimos perros no contaban. Aun así, su ejército era muy superior en número. Había que darles un escarmiento a esos cristianos del demonio, Alá los maldiga mil veces, e igualar en hazañas a su tío, El Zagal, como lo llamaban los infieles. Su padre, el depuesto sultán Mulay Hacen, y su hermano, a su pesar sangre de su sangre, habían situado el

listón bien alto con la razia de la Axarquía. Una carnicería, pero victoria musulmana, que al fin y al cabo era lo que contaba en tiempos de guerra. En los mentideros y mercados de Granada no se hablaba de otra cosa. Aunque los murmullos terminasen en un arrullo cuando él entraba en una cámara o virase de improvisto en un recodo de los jardines de palacio, y su madre no quisiese mediar palabra sobre el asunto, sus espías más fieles —a la postre los mejor pagados— le contaban lo que ocurría.

El sudor frío le goteaba por la frente y el pulso se aceleraba a cada instante que pasaba. Sería aquella su primera batalla, una hazaña digna de recordar. Quería una victoria rápida que le igualase ante los suyos en prestigio, coraje y valor. Había hecho bien comandando sus huestes en persona. Debía haber pasado a la acción y haber dado un golpe sobre el tablero mucho antes, dar órdenes y poner a cada uno en su sitio y esas cosas que se supone que debe hacer un líder. Su madre, por supuesto, entró en cólera cuando le contó sus planes, sus gritos resonaron por toda la Alhambra; y, Aliatar, sus destinos estaban unidos, se mostró precavido, pero no rehusó a luchar por su señor —y por su hija—. Estaba orgulloso de sí mismo. Por una vez, se había mostrado inflexible ante las amenazas veladas y, después, súplicas lastimeras de su madre; se había rasgado las vestiduras, literalmente, había hecho trizas su vestido de seda dorado, uno de sus preferidos, con sus propias uñas. Era una mujer de carácter fuerte y temperamental.

Tenía que tomar las riendas de su destino, demostrar que podía gobernar Granada y defenderla de los puercos cristianos mejor que el malnacido de su padre.

El caballo bufó inquieto y coceó sobre la hierba. Acarició el lomo para apaciguarlo. El animal intuía peligro.

Se jugaba mucho en aquella razia. Más de lo que él mismo estaba dispuesto a admitir.

—He ahí Al-Yussuna —dijo en tono solemne alzando la voz, se giró de medio lado. Su madre le repetía que sus gestos y palabras quedarían para la posteridad como su mejor legado—. Antaño cuna de sabios y de poetas, ahora en decadencia, reducida a fortaleza de frontera —no estaba nada mal como comienzo de una moaxaja, lo escribiría en cuanto volviese a la Alhambra, él mismo sería su propio cronista.

—Así es, mi señor —respondió el fiero jinete ya entrado en años con el rostro contrito. La sombra de la preocupación estaba presente en su semblante de forma casi perenne.

—¿Qué os atribula, Aliatar? –preguntó Boabdil con aire familiar. El imponente guerrero se apostó a su diestra adelantándose unos pasos al séquito del sultán que esperaba unos cuerpos por detrás—. Hemos desplazado más de seis mil soldados y mil jinetes con sus bestias. La ciudad será nuestra. Alá está de nuestro lado.

Alá está de nuestro lado, hijo, no lo olvides, y los Abencerrajes, le susurró su adorada madre, ya resignada, antes de partir mientras lo abrazaba con ternura. Aixa. La despechada sultana –su padre se enamoró de esa perra cristiana, Zoraida, cómo pudo humillarla de tal manera— que defendió sus derechos con uñas y dientes aliándose con el clan de los poderosos Abencerrajes. Una estratagema política que le había valido el trono de Granada y bien pudo costarle la vida. También ayudó el odio visceral que los Abencerrajes tenían a su padre, por supuesto; el por aquel entonces príncipe heredero Muley Hacen —29 años antes— masacró a sus progenitores y parientes en una sala del palacio de la Alhambra sin inmutarse, sin un pestañeo. Así era su padre. Frío. Cruel. Despiadado. Su sangre, su enemigo. Cómo habían llegado a una lucha fratricida era algo que Boabdil no lograba entender del todo. Desde niño, lo había respetado y admirado. Pero, la llegada de la perra cristiana —y su hijo— lo cambió todo. El equilibrio de poder se tambaleó, su linaje peligraba, era lo que decía Aixa.

A veces, se sentía como una mera marioneta que bailaba al son que tocaba su madre, empero era el son que lo mantenía con vida y lo había hecho sultán.

—Los donceles, mi señor —arguyó Aliatar—. Opondrán resistencia.

—No hace falta que me llaméis así —le recriminó su rey.

—Delante de los hombres conviene hacerlo.

—Nadie nos oye ahora.

—Aun así —insistió con terquedad.

Hablaba con firmeza el temido general de su ejército y padre de su esposa. Aliatar se había forjado su propia leyenda a base de acero e hígados. Desde la batalla de Loja había ganado en

confianza y atrevimiento. No en vano había derrotado contra todo pronóstico a la expedición que comandaba el mismísimo rey cristiano, y había dado muerte a Rodrigo Téllez Girón, Gran Maestre de los calatravos y alcaide de la fortaleza de Priego. La victoria supuso una gran alegría para Boabdil, pues no solo le evitaba una invasión, sino que le reforzaba en su posición frente a su padre y su tío. También aumentó aún más el prestigio y el arrojo de Aliatar, que pasó de defender Loja a atacar la frontera castellana con su triunfante caballería mora.

Señaló el sultán hacia la torre de la atalaya.

—Han pedido refuerzos –se retiró el turbante, se mesó la barba y se secó las gotas de sudor que le perlaban la frente. Su mirada era tranquila y penetrante—. Tenemos que actuar con cautela –acarició la empuñadura dorada de la daga que descansaba en el fajín púrpura venido por la ruta de la seda desde las lejanas tierras de Asia.

—Por eso mismo, y porque los donceles no debían estar en la fortaleza —gruñó el general moro con voz bronca. Sus estandartes con las enseñas de Aragón y Castilla ondeaban al viento.

—Pero están.

—Malditos bárbaros cristianos —Aliatar escupió al suelo—. Alguien los habrá avisado.

—Querido Aliatar —susurró en tono íntimo—, nos sobran traidores y espías y nos faltan los amigos. Con eso ya contábamos —sonrió indulgente. Sus rasgos, bajo la cuidada barba que le cubría el rostro, eran finos, algo aniñados, todo lo contrario que los de su general, perro viejo, curtido en decenas de batallas y escaramuzas.

El comandante nazarí meneó la cabeza. Su impresionante corcel negro bufó y coceó. Los soldados que transitaban por la trocha se percataron de su presencia en la cumbre de la loma y comenzaron a corear su nombre. Aliatar, Aliatar. Aliatar, Aliatar.

—Los hombres os adoran. Os seguirían al mismísimo Toledo, al corazón de la península si tú los comandases.

—Los hombres siguen a su sultán —respondió hosco.

Sus ojos oscuros escrutaban al muchacho que había hecho a su hija reina de «Garnatah». Un matrimonio de conveniencia orquestado por Aixa. Sintió un escalofrío al pensar en ella. La bella

Aixa era su consuegra y su amante —tenía impregnado su olor a jazmín y aun podía sentir el roce de sus labios acariciando su bajo vientre—. Todavía no tenía claro si era una bendición o una condena. Boabdil sería un gobernante adecuado en tiempos de paz. Eso lo tenía claro. Era un buen hombre: templado, recto y justo; pero le faltaba la determinación y firmeza de un guerrero. Dudaba si la sangre de su padre corría por sus venas. No era un soldado ni había guerreado, se había criado entre los jardines y fuentes de palacio, rodeado de belleza y vida en la Alhambra. De su madre, Aixa, había heredado su delicado rostro y su intelecto, pero ella estaba hecha de otra pasta, los años al lado de Mulay Hacen la habían endurecido, y ahora se revolvía contra él como un animal herido. Había mimado a su hijo en demasía sin percatarse de que le hacía un flaco favor. Bien sabía Aliatar que cuando la vida se torcía, la belleza reculaba y afloraba la cruda realidad —brutal, violenta, despiadada—, y llegaba el momento de los hombres como él. Guerreros.

—Y te adoran a ti, Aliatar.

El comandante lo ojeó de soslayo disimulando un gesto reprobatorio. El atuendo que había elegido el sultán no era el más adecuado para una batalla. Marlota escarlata, babuchas, polainas y turbante. Parecía el muy cretino que iba de paseo por los jardines de la Alhambra a recitar poesía ante su cohorte de aduladores y mancebos. Y él había ayudado a que el cretino prosperase —no le quedaba otra, sus destinos estaban ligados—; la victoria en el asedio de Loja el año anterior sirvió para consolidar a su yerno, el joven sultán, y, también para consolidarlo a él mismo y a su familia.

—Me preocupa este asedio —cambió de tema volviendo al principal, no quería entrar en dilemas sobre la evidente falta de carisma del sultán entre sus propios hombres. Se mesó su barba entrecana. Tenía un mal presagio, un hormigueo le corroía el espinazo. Había dormido mal esa noche, un maldito búho había estado ululando alrededor de su tienda hasta las primeras luces del alba. Y, había quien decía, cada vez más, que Alá no estaba de su parte, si no de Mulay Hacen y el Zagal. Condenados Nazaríes. Condenados Abencerrajes. Condenados Zegríes. Iban a perder una guerra que duraba ya más de doscientos años. Sus luchas internas los condenarían al

fracaso—. El factor sorpresa es fundamental en el campo de batalla, y ya no contamos con él, lo hemos perdido. Debemos actuar con cautela, os doy la razón… pero hagamos lo que hagamos hay que hacerlo ya. Os aconsejo que ataquemos y veamos cómo responden los infieles.

—No desesperes, Aliatar, tenemos al todopoderoso de nuestra parte. Y, los superamos en número.

Zopenco. Solo sabía repetir esa frase.

Aliatar asintió sin convicción. Rememoró la multitud aclamándolos cuando el ejército partía a través de la Puerta de Elvira. Entonces, se produjo un pequeño incidente que tuvo como efecto inmediato enmudecer a los miles de súbditos que contemplaban la vistosa comitiva guerrera: el caballo se alzó sobre sus patas traseras cuando un enorme perro asilvestrado se plantó delante, y el jinete que portaba el pendón del sultán perdió el equilibrio justo en el instante que enfilaba hacia la enorme puerta golpeando la pared del arco con el asta de su enseña. A resultas el palo se rompió, cayendo al suelo el estandarte. La ciudad entera interpretó este suceso como un mal presagio. Boabdil hizo caso omiso, tampoco podía ya recular sobre sus pasos,

Observó como el sultán de Granada, Al-Zugabi, el desdichado, como era conocido entre su pueblo, sonreía con un halo de tristeza en su mirada. Era un buen hombre, se repitió para consolarse, pero no un hombre de armas capaz de comandar ejércitos ni reinos. Para eso Aixa lo había colocado a él en el tablero de ajedrez.

Tenía que ganar esta batalla, por su hija, y regresar victorioso con la gloria del sultán intacta.

—¿Dónde están los jinetes abencerrajes? —hizo visera con las manos—. No los veo por ninguna parte.

—Han partido en cabalgada de castigo a las aldeas circundantes —dibujó Aliatar una mueca de desprecio y asco. Castigo. Sabía de lo que eran capaces los abencerrajes. Matar. Saquear. Violar. Aniquilar. Justo lo que hacían los cristianos cuando las tornas cambiaban. La guerra era así de sucia. Por eso era guerra. Afloraba lo mejor y lo peor del ser humano. Los sentimientos más nobles y los más abyectos—. No respetan ni mis órdenes ni las de su rey. Habría que darles un escarmiento.

—A su debido tiempo —repuso indolente Boabdil acariciando el pomo de marfil de su jineta y recordando las palabras, advertencias más bien, de su madre—. Ahora los necesitamos.

—Aun así, sin los abencerrajes, como decís… los superamos ampliamente en número. Deberíamos atacar cuanto antes —insistió el general—. Ahora. Dad la orden, mi señor y comenzaremos el asedio…

—Ya no te preocupan los donceles.

—Me preocupan, pero más me preocupa que nuestro ejército se exponga de esta manera. Estamos en territorio enemigo, tanto al norte como al sur…

El sultán lo fulminó con la mirada.

—No hay de qué preocuparse, Aliatar. Para cuando lleguen sus refuerzos ya habremos tomado la fortaleza.

—Sea la voluntad de Alá.

Zoquete. Más que zoquete. Su sangre borboteaba, pero agachó la cabeza.

Hubo un griterío enfervorizado que recorrió la vanguardia nazarí hasta los pies de la colina.

—Las puertas de la fortaleza se abren —advirtió el sultán levantando un brazo apuntando con el índice.

Aliatar ya se había incorporado sobre su montura aguzando la vista. Tres siluetas, tres jinetes en armadura ligera, uno de ellos, el más adelantado, empuñaba una pica con una bandera blanca.

—Ofrecen parlamento —apuntó Boabdil en un murmullo sosegado, lánguido—. Quizás depongan las armas. Ellos ven lo mismo que nosotros, los superamos cuatro a uno y esas murallas y esas puertas… no suponen ningún obstáculo para nuestra hueste.

—¡Es una ardid, mi señor! —masculló Aliatar. Mordiéndose la lengua se guardó de añadir que hasta un niño se daría cuenta—. No escuchéis sus sucias argucias, los cristianos mienten más que hablan. Si atacamos ahora la victoria es nuestra. Os lo aseguro.

—Si puedo evitar derramar sangre musulmana, aprovecharé la más mínima oportunidad que nos brinde Alá —repuso con una mirada gélida—. Y, esperaremos a los abencerrajes. Son nuestros aliados y amigos.

Y un cuerno, caviló Aliatar, os degollarían al menor descuido si pudiesen sacar provecho. Cagalindes sin redaños. De nuevo se mordió la lengua hasta casi sangrar.

—Mi señor, recapacitad, si salvar vidas musulmanas es lo que deseáis... —había un puntito de ansiedad y desesperación en sus palabras—. Os recuerdo que Qabra está a menos de media jornada y Qurtuba a una con caballos frescos... si el conde reúne un ejército serán muchos los que derramen sangre… —protestó alzando la voz. Observó de reojo a la guardia personal del sultán, sus corceles avanzaron un paso. Detrás de los imponentes guerreros, los sirvientes montaban la tienda real y preparaban viandas—, las tropas del conde están prevenidas...

Boabdil levantó una mano sin dignarse siquiera a mirarlo.

—Que el furor no nuble vuestro entendimiento —ahora fue Boabdil quien elevó el tono para que su guardia lo oyese—. Enviad a tres de nuestros mejores hombres a parlamentar, les perdonaré la vida si rinden armas y abren las puertas de la fortaleza. Esperaré su respuesta y después decidiré —remarcó la última palabra—... si atacamos o no atacamos. Mientras tanto, preparad y arengad a las tropas.

—Lo que mi sultán ordene —Aliatar bajó la cabeza, resignado tiró con fuerza del ronzal—. Alá nos proteja.

—Alá nos proteja.

Un grajo graznó justo encima de sus cabezas. Otro mal augurio, caviló Aliatar, apretando los dientes.

Estúpido, murmuró por lo bajini bajando por la empinada trocha cuando nadie podía oírle. Un buen hombre, pero estúpido. Los campos de amapolas estaban llenos de estúpidos como su yerno. Pero, era su señor, el sultán de Granada, el último reino musulmán de Al-Andalus, y el esposo de su hija ante los ojos del Todopoderoso.

Un graznido ronco sobre su cabeza.

El grajo lo seguía sobrevolando la colina en pequeños círculos. De nuevo sintió esa comezón en la nuca. Perdóname, Morayma, hija mía, por haberte puesto en los brazos de semejante alcahuete. En los labios de Aixa, todo sonaba distinto... pero, ahora... Hermanos derramando

sangre de hermanos, Zegríes y Abencerrajes enconados a muerte, padres e hijos enfrentados por el odio y los celos, Mulay Hacen en Malaqa, y Boabdil… en mitad de la nada, indeciso, sitiando Al-Yussana para hacerse un nombre en la historia.

El sol estaba ya bien alto, y el camino a Qabra a tres leguas no alcanzaba. El tiempo es oro, pensó resignado a su suerte, la suerte que le daba su señor. La parsimonia del sultán podía terminar en desastre a poco que las cosas se torciesen, y, en la frontera, era común que eso ocurriese. Bien lo sabía Aliatar que llevaba guerreando con los infieles por aquellas tierras desde que tenía uso de razón.

Y, si algo había sacado en claro era que uno no podía fiarse de los perros cristianos.

Espoleó su caballo alejando pensamientos que podían distraerle su cabeza y se abrió paso entre los carros de provisiones y pertrechos que cerraban el grueso de su ejército hasta llegar al frente.

Al abrigo de las almenas de la torre más alta de la fortaleza de Lucena, a salvo de los proyectiles de arcabuces y flechas de ballestas de los nazaríes, los dos hombres supervisaban el más que probable campo de batalla. Una gran hoguera ardía a sus espaldas desde el día anterior en busca de unos refuerzos que aún no llegaban. El jodido conde de Cabra se hacía esperar.

El más alto y fornido, Diego Fernández de Córdoba, alcaide de los Donceles del rey, apoyó su corpachón en la piedra recubierta de musgo y se rascó la barba con la uña, pensativo. Los moros hideputas circundaban las murallas hacia el noreste, y eran muchos. No eran esos muros que los cobijaban capaces de guardarles de un ejército de esa envergadura. Ni los hombres que defendían la plaza. Los donceles a su cargo responderían —procedían de las mejores casas de las Andalucías, por supuesto gentiles respetables de sangre noble—, estaban bien adiestrados y curtidos en refriegas con los infieles; de los hombres del alcaide de Lucena y de los campesinos que empuñaban sus azadones, hoces y rastrillos, ya dudaba. Sus caras lo decían todo, el miedo y la desazón dibujado en su semblante.

Desde la distancia observaba como la delegación nazarí parlamentaba con su alférez, una

bandera blanca ondeando al viento ensartada en una pica. Había sido una estratagema, si no conseguían ganar algo de tiempo estaban perdidos.

Maldijo el alcaide de los Donceles algo ininteligible en un bufido que puso aún más nervioso a su acompañante en las alturas.

—Dios nos guarde —murmuró Hernando de Argote santiguándose, estudió inquieto la claridad del cielo como si pudiese vislumbrar el futuro o la santísima Trinidad. Diego no le prestó más atención de la debida, comenzaba a amostazarse con el humor del alcaide lucentino.

Hernando de Argote era un hombre de cabello ceniciento entrado ya en años, bajito y escuálido, lo que se dice menudo. Veterano de escaramuzas y razias a uno y otro lado de la marca. Lo habían herido tres veces mientras defendía barricadas en la última guerra con los moros. Afirmaba que había dejado el ejército porque ya era demasiado viejo para cabalgar día sí y día también, y porque el salario de alcaide le traía mejor provecho. Sus hombres decían a sus espaldas que los golpes en la cabeza le habían dejado secuelas. Desde luego que no paraba de moverse, sus ojos bizqueaban y se le trababa la lengua. Aparte de achaques, tenía fama de saber batirse el cobre cuando la ocasión lo requería.

—Dios está de nuestra parte, Hernando, no vaciléis.

A pesar de la voz trémula del hombrecillo, Diego no dudaba de su valentía llegado el momento, por la cuenta que le traía. Su mujer e hijos vivían en Lucena.

—¿Creéis que servirá de algo? —el alcaide de la fortaleza se balanceó inquieto pisando la mierda de paloma que tapizaba el piso de la atalaya. El fuego crepitaba a sus espaldas mientras dos de sus alguaciles le echaban leños de olivas.

—Solo para entretenerlos —se encogió de hombros Diego Fernández de Córdoba enfundado en una armadura de metal herrumbroso. Se quitó el yelmo para secarse el sudor y se retorció el bigote. Hacía un calor del demonio con la loriga de malla bajo la brigantina—. Este Boabdil no es hombre de armas, ni de guerras ni de argucias.

De las tres cosas iba ya sobrado el joven Diego, nombrado en su cargo por mandato real, a punto de cumplir sus veinte primaveras. Cristiano viejo, de la célebre casa de Aguilar, de

corazón valiente y diestro con las armas. Su padre y su tío —donde diantres estaba el condenado — habían intercedido ante el mismísimo rey para que comandase al cuerpo de caballería ligera conformado por los zagales de las familias nobles andaluzas que anhelaban demostrar su coraje y guerrear a los moros. Mandaba una expedición de reconocimiento de apenas quince hombres en la marca de Antequera cuando quiso la fortuna —o no— que, al atravesar el Genil por un vado poco profundo, fueran emboscados por una patrulla de caballeros zegríes que los duplicaba en número, bien pertrechados y de aspecto fiero, que no dejaban de apuntarles con sus arcos y ballestas. Mal pintó el asunto. A punto estuvo de desenvainar y dar tajos a lo que se le pusiera por delante encomendándose a Santiago y todo el santoral. Pero, un cristiano tornado moro de acento levantino —arda en los infiernos por traicionar la verdadera fe—, alto, de pelo cobrizo y de piel blanquecina, al hideputa le faltaba una oreja, se adelantó y les dijo que eran hombres del Zagal y que un ejército comandado por el mismísimo Boabdil se dirigía a tomar la fortaleza de Lucena. «Un regalo para vuestro rey Fernando de parte de mi señor», sonrió avieso el tornadizo. Tan pronto aparecieron como desaparecieron entre cañaverales y coscojas.

—Es lo que se dice —concedió el de Argote mientras se hurgaba en la nariz. De nuevo se le trabó la voz—. Que… es… blandito… y de piel fina, y que la que mueve los hilos es su madre.

Era lo único que podía salvarlos, la falta de experiencia y decisión del rey moro. Eso y que el alfeñique de su tío respondiera a la llamada de auxilio.

—Hasta el día de hoy, les ha salido bien la jugada. Ella y su vástago son los que moran en la Alhambra con los Abencerrajes.

—Con una víbora y una rata en el patio trasero de palacio —agregó Hernando.

—Desde luego que yo no dormiría tranquilo con el condenado Mulay Hacen y el Zagal corriendo más sueltos que una liebre por los campos de Málaga, y a resguardo en la alcazaba con los Zegríes de su parte —asintió el alcaide de los Donceles sin dejar de escrutar lo que acontecía en la explanada.

Las guerras intestinas acabarían con los condenados infieles que resistían dentro de las fronteras de Granada desde la batalla de las Navas de Tolosa. De eso estaba seguro Diego

Fernández de Córdoba. Pero, eso sería más adelante, en unos años, si Isabel y Fernando conseguían llevar a buen puerto la cruzada emprendida para derrotar al infiel. El aquí y ahora, era otro cantar.

—Mirad, Diego. Allí, en lo alto de aquella loma —Hernando de Argote aguzó la vista y apuntó un dedo hacia una colina rodeada de encinas—. El cabrón del moro ha levantado su jaima.

En la distancia se apreciaba cómo una gran tela púrpura coronaba la colina, bajo la cual había un hombre sentado rodeado de sirvientes y de guardias.

—¡Voto a Dios! ¡No parece que tenga prisa por entrar en liza! —advirtió el joven Diego alzando el brazo para tapar el sol.

—Ni por asomo. Al fin y al cabo, es rey, y poco tienen que temer los reyes... salvo de su propia gente —sonrió taimado el viejo Hernando, enseñando unos dientes amarillentos, sus ojos bizqueando—. Al que hay que vigilar es a aquel, al que está al frente de la infantería.

Diego observó a una figura oscura y robusta que cabalgaba con brío sobre un corcel negro. Parecía arengar a la tropa y disponer a sus hombres prestos para el combate.

—¿Quién es? —preguntó el joven. Se rascó una ceja con el pulgar.

—El suegro del sultán —respondió Hernando seguro de lo que hablaba. Había luchado contra el general nazarí en la batalla de Loja.

—Aliatar —afirmó el otro con la cabeza, tragando saliva.

—Un perro con muy malas pulgas.

—Lleva tiempo mordiendo y tocando los cojones por toda la marca.

—Un mal bicho y mal enemigo. Es de los que no se asustan fácilmente.

Ambos eran hombres de frontera acostumbrados a lidiar con las aceifas de los moros. Y ambos sabían de la fama de Aliatar, conocedor de las tierras del sur de Córdoba y gran adalid de los nazaríes en cuanto a razias contra los cristianos. Siendo el alcaide de Loja, Ibrahim Aliatar, apodado «el especiero» por su origen humilde, la defendió con tres mil soldados frente a cinco mil caballeros y ocho mil infantes comandados por el mismísimo Fernando, que la atacó por

sorpresa en un arranque de soberbia. El rey aragonés estuvo a punto de morir en el real castellano de las colinas de Albohacén, a causa de una descarga de arpones envenenados lanzados por los diablos sarracenos. Una argucia de Aliatar. Perro viejo en esto de guerrear.

Hernando de Argote se echó la mano a la falquitrera y sacó un tasajo de carne seca que pasó por el gaznate con un poco de vino del pellejo que le colgaba del hombro.

—Se os abre el apetito.

—A unos les da por mover el vientre y a otros por llenar el buche —replicó Hernando tendiéndole el pellejo céreo—. ¿Llegará a tiempo el auxilio de los soldados de vuestro tío?

Fue más un pensamiento en voz alta que una pregunta. Era lo que toda Lucena cavilaba en silencio.

—Eso espero, eso espero, Hernando... en caso contrario su hermana se llevaría un buen disgusto —rio forzado, Hernando lo imitó—. Mi tío es hombre en que se pueda confiar, no vaciléis, vendrá… —añadió sin convicción después de dar un tiento corto al caldo que se le antojó demasiado aguado.

—Las hogueras prendieron en lo más alto y enviamos a nuestro mejor jinete. Si hubiese querido ya estaría aquí.

Diego conocía de sobra el carácter oportunista del conde. No actuaría a la ligera. Era un hombre calculador. Bien sabía que si no veía la victoria en su mano el muy cabrón no entraría en pelea con estos moros.

—Estará reuniendo la hueste —chasqueó la lengua y se limpió la barba con una tela larga que llevaba enrollada al cinto, por si había que cortar hemorragia—. Hombre precavido vale por dos.

Diego Fernández de Córdoba paseó su mirada a lo largo del lienzo de la muralla. Imitando su gesto, vio pasar varios pellejos de vino de mano en mano, siempre daba vigor antes de la batalla y enardecía el espíritu. Los más veteranos hacían sus necesidades impúdicamente, no tanto por temor a la batalla, sino porque eran conscientes de los riesgos de infección de una herida de vientre con las tripas llenas. Los más jóvenes jaleaban consignas y vítores en favor de Fernando e Isabel, alzando sus armas hacia los infieles. Y, los villanos y campesinos en edad de pelear,

observan todo con ojos muy abiertos, el miedo bien apoltronado en su mirada.

Si no hubiera sido por el tornado enviado por el Zagal, los hubieran pillado con las calzas bajadas totalmente desprevenidos. Ahora, la mayoría de estos pobres diablos estarían bien muertos.

Dio un tiento largo al vino e hizo sus cálculos. Otra vez.

Contaba con una fuerza de doscientos bravos jinetes que esperaban órdenes junto a sus monturas; más la guarnición de Lucena, trescientos hombres de infantería repartidos por las murallas con sus picas y sus ballestas; más las cuatrocientas almas que estaban a punto de mearse las patas abajo. En frente tenían a un ejército profesional que los cuadruplicaba en número por lo bajo: un regimiento yaish, con caballería e infantería de élite pertrechados con buenos aceros. Pintaban bastos, pensó Diego Fernández de Córdoba y Arellano mientras se colocaba su yelmo y engarzaba la hebilla.

De pronto, un silencio sepulcral se adueñó de las murallas del baluarte, roto solo por el chirrido estridente de los portones al abrirse. Los hombres escrutaban atentos a los tres emisarios que regresaban al galope tendido. Mala señal tanta premura. Tampoco era de esperar otra cosa.

Diego y Hernando se miraron conscientes de lo que acontecía.

—Van a atacar —dijo el más viejo ajustándose las correas de su armadura. Los gritos de guerra de los soldados nazaríes espoleados por Aliatar confirmaron lo inevitable. Golpeaban sus espadas cortas contra las adargas mientras enfilaban hacia la fortaleza—. Los condenados se han dado prisa.

El alcaide de los Donceles esbozó una mueca amarga. La infantería enemiga avanzaba, escudos en alto. Había cuadrillas que sostenían escalas, se contaban unas veinte sin esfuerzo, y tres enormes arietes.

—Habrá que encomendarse a Dios y vender caro el pellejo —replicó el joven escupiendo al suelo. Observó el sol y se santiguó. Estaba ya bien alto. ¡Donde diantres estaba su tío! Debían confiar en la providencia y ganar algo más de tiempo. Era lo único que podía salvarlos de una escabechina.

—¡Por Santiago y San Cristóbal! —gritó Hernando empuñando su espada larga, de pronto embriagado de un furor guerrero—. Vamos… vamos… —le costó terminar—. ¡Vamos a matar moros!

Los hombres de las murallas respondieron en un griterío desacompasado alzando sus armas.

Diego besó la cruz de su espada e imitó al hombrecillo, un Fernández de Córdoba no iba a ser menos.

—¡Preparaos, donceles, para luchar por vuestros reyes y por la cristiandad! —rugió también empuñando su tizona en alto—. ¡Viva el rey Fernando! ¡Viva la reina Isabel!

Los jinetes alzaron sus aceros y corearon los nombres de los reyes.

—¡Arcos y ballestas! —ordenó Hernando—. ¡A mi señal, la primera descarga! —después se volvió hacia el interior de la fortaleza—. ¡Traed esos barriles de aceite!

Tras la primera andanada de flechas cristianas, sus arqueros, ballesteros y honderos habían respondido parapetados tras las pesadas adargas de los soldados de a pie, dispuestas en tres líneas perfectamente trazadas en la tierra. Los nazaríes aún tenían un buen ejército, profesional y disciplinado, alimentado a costa de mizcales de oro y de reparto de botines. Estaban bien pertrechados y uniformados, con las mejores armas de la península, botas de cuero, yelmo y escudos.

Se subió el rastrillo y las puertas de Al Yassuna se abrieron de par en par. Un enjambre de caballeros cristianos gritando como demonios cabalgaba directo a la primera línea de soldados.

Desde su privilegiada posición Boabdil observó con satisfacción como sus hombres repelían la carga de los donceles mientras deglutía el último higo de la bandeja. Emitió un par de eructitos antes de incorporarse. Eran valientes esos cristianos del demonio, había que reconocerlo. De costumbres bárbaras pero de coraje incuestionable. Una lástima. Un desperdicio de vidas. Lo había intentado. Alá era testigo. Había intentado evitar una carnicería. El parlamento de los infieles parecía una treta orquestada para ganar tiempo. Habían perdido casi media hora con la pantomima. Aliatar tenía razón, como siempre; debía dejarse aconsejar más por su suegro, dejar

el orgullo a un lado. Cuando volviese a la Alhambra se dedicaría a los asuntos elevados y dejaría a su madre y a su tío los temas más mundanos, cómo organizar batallas y orquestar traiciones. Cogió una uva y se la metió en la boca. Estiró las piernas y cambió postura, lo de guerrear cansaba.

Pronto, las siluetas comenzaron a caer en uno y otro bando, como muñecos de trapo, en la llanura y en las almenas. El viento arrastraba a la colina los gritos ahogados de dolor. Boabdil sintió un regusto amargo subiendo por su esófago. Sus mentores le habían enseñado desde bien chico a no menospreciar las vidas de sus súbditos, la vida humana en general, y eso incluía también las de los enemigos de su reino.

Las tres hileras de infantería que conformaban el frente nazarí avanzaban, lentas pero inexorables, bajo una lluvia de flechas, algunas se clavaban en las adargas, pero también las había que hendían la carne. Las escalas y los arietes venían detrás.

Qué desperdicio de vidas, se repetía para sus adentros.

Aliatar se apoyó en los estribos desde la retaguardia. Malditos herejes. Esa caballería no debería estar en Al Yassuna. Sus hombres lo observaban inquietos intentando calmar a sus bestias, y a ellos mismos. Los jinetes abencerrajes esperaban en retaguardia, habían llegado en el momento justo, pero sus monturas no estaban frescas y sus rostros denotaban el cansancio acumulado de la cabalgada —y de las tropelías cometidas durante la madrugada—.

La ventaja es nuestra. Aun los superamos en número. Caballería ligera contra caballería ligera. Otra cosa sería enfrentarse en ese terreno a una carga de caballería pesada.

Alzó la mano y alertó a sus capitanes. Dos banderines amarillos se alzaron.

Los soldados de vanguardia hincaron rodilla en tierra mientras la segunda línea fijaba las lanzas para recibir la primera acometida.

Dio la orden cuando los moros se acercaron a doscientos pasos de las murallas. Si iban a conquistar la fortaleza bajo su protección, procuraría que les saliese caro.

¡Morir con honor o vivir con gloria! Gritó a la hueste, una furia llameante encendiendo su mirada cuando quitaron los maderos y se abrieron las puertas.

Diego Fernández de Córdoba, alcaide de los Donceles del rey, encabezaba a sus jinetes enarbolando una pesada tizona, de esas que pinchaban poco y servían para abrir cráneos y partir huesos. Esperaba que su imagen inspirase a sus hombres el valor necesario. Algunos de ellos no volverían de aquella carga. Pero, había que parar a esos diablos como fuera, si no Lucena estaría perdida, y el honor de su casa mancillado.

El caballo y el corazón a galope dispuestos a embestir al enemigo. Sudaba a chorros bajo la coraza de hierro. Pertrechados con armaduras ligeras no esperaba sobrepasar la infantería. Solo, ganar algo de tiempo. Matar unos cuantos moros y ralentizar el ataque sarraceno. Ese era el plan, tampoco había que pensar mucho; trinchar carne, cercenar algún miembro y volver con el rabo entre las piernas, pero volver con vida.

A menos de cincuenta pasos ya podía distinguir sus uniformes color oliva, sus yelmos picudos, sus facciones, sus rostros negros, morenos o cetrinos, sus barbas, sus ojos cargados de valor y miedo a partes iguales. La lluvia de flechas arreciaba desde el cielo proveniente de la fortaleza. También hacían su trabajo desde la retaguardia. Hernando era hombre de fiar.

La primera línea de infantería se resquebrajó por el centro antes de la primera embestida, algún cobarde había roto la formación o las flechas habían dado en el blanco. Espoleó a su caballo hacia el hueco y alzó la espada dispuesto a derramar sangre nazarí.

—¡Por Santiago! —rugió antes de asestar el primer mandoble partiéndole la crisma a un moro que sostenía endeble una adarga sobre su cabeza. Sus sesos se desparramaron y sus gritos agónicos se perdieron en el fragor de la batalla.

Pronto la hoja de su espada se tiñó carmesí. Asestaba un tajo tras otro, enfervorecido, poseído por una fuerza interior. Un ansia de sangre a todas luces maligna, que afloraba en los peores momentos y que era la que mantenía con vida a los guerreros. En la batalla no había tiempo de pensar, solo de actuar por instinto, de guiarse por la intuición más primaria. Había que matar y sobrevivir. Nunca dudar. El soldado que dudaba era soldado muerto, más pronto que tarde; así lo

había aleccionado su primo, el cada vez más afamado capitán de la reina.

Clanc, clanc, clanc. Acero chocando contra acero. Gritos de rabia y alaridos de dolor. Caras desencajadas, ojos desorbitados. Hombres matando hombres, actuando como bestias salvajes sedientas de sangre.

Esquivó la punta de una lanza que iba directa a su garganta con la hoja de su espada, después, mecánicamente, clavó el acero con fuerza en el costado traspasando la loriga del soldado moro. Su caballo aplastaba los huesos de los caídos. Crac, crac, crac. El corazón latiendo en sus sienes enmudecía la refriega. Solo escuchaba gritos y lamentos de fondo, como un rumor apagado entre la polvareda que se formaba a su alrededor.

Los donceles se batían bravos. Algunos de los suyos habían caído. Una muerte noble, una muerte gloriosa, de valientes; una buena muerte, matando moros, luchando por Dios y por sus reyes.

El terruño se teñía de rojo, a cada instante que pasaba más.

Alzó el escudo para evitar que un venablo lanzado desde la segunda línea de los nazaríes le alcanzase. Despedazó la nariz de un muchacho con el pomo de su espada y cercenó la mano de un soldado que intentaba lancear a uno de sus jinetes.

Los moros recularon, se afianzaron en sus posiciones y cambiaron de proceder, ahora se ensañaban con las bestias, intentaban herir a los caballos sin protección a base de pinchar con sus picas y cortar con las espadas. Sería una masacre si continuaban en ese avispero por mucho tiempo.

—¡Mi señor! ¡Mi señor!

Un joven caballero, todavía lampiño, de piel atezada, de los últimos en llegar a la mesnada, no recordaba su nombre, alzó su espada apuntando más allá del frente nazarí que comenzaba a abrirse dejando franco un pasillo central.

—¡Mi señor! —repitió dándole un empellón.

Una figura negra enarbolando una espada jineta encabezaba la carga de la caballería mora.

Diego Fernández de Córdoba emergió de su trance en el momento justo, tiró de las riendas de

su corcel y ordenó a grito pelado retirada hacia las murallas de Lucena. Había cumplido con creces su cometido: ganar tiempo.

El sultán, piernas abiertas y brazos en jarras al borde de la pendiente, observaba orgulloso como peleaban sus vasallos. Una media sonrisa magnánima afloró en sus labios. Alá estaba de su parte. Tendrían doble soldada al regresar a Granada. Se lo merecían.

La caballería cristiana se retiraba en desbandada hacia las puertas de la fortaleza. Los malditos infieles habían llevado a cabo una verdadera escabechina dentro de sus filas, pero los habían repelido. Eso les costaría caro. Les había dado una oportunidad de rendirse, no podría evitar dar rienda suelta al pillaje cuando las puertas cayesen. Bárbaros. Aun no entendía como esa gente sin cultura, sin ciencia, sin poesía y sin filosofía había conseguido doblegar a una civilización como la suya. Alá los ponía a prueba como los verdaderos creyentes, los redentores de su pueblo a esta orilla del mediterráneo.

Empero de la embestida cristiana a la desesperada, su general había reaccionado a tiempo. Cargaba ahora contra ellos, y con un poco de suerte, llegaría a los portones antes de que se cerrasen. Ese día sería el comienzo de una nueva era para el reino de Granada. Su pueblo lo reconocería como un guerrero y como su legítimo gobernante. Y su madre lo abrazaría orgullosa de su hazaña. Entraría en la historia.

La victoria estaba cerca. Alá estaba de su parte.

Sus labios se curvaron hacia arriba entre su barba rala. Se imaginó a los cronistas y poetas afilando sus plumas a mayor gloria de su sultán. El mismo compondría algunos versos, ya danzaban en su mente.

...Ya llegó la hora,
Lucena, entre verdes encinas y olivas
se acabó tu tristeza,
de nuevo eres mora...

Boabdil el Temible, Boabdil el Magnánimo, Boabdil el Grande. Aun no sabía qué epíteto tenía mejor sonoridad.

—Vamos, apresurémonos para llegar al llano —se volvió hacia su guardia personal. Elches renegados los llamaban, grandes guerreros cristianos convertidos a la verdadera fe del islam, libres de sospecha de intrigas palaciegas o de servir a uno u otro clan—. Traedme mi caballo, quiero bajar al campo de batalla —se afianzó la espada jineta al cinto.

Su caballo estaba ya allí antes de que él lo ordenase, le tendía las riendas un soldado de cabello trigueño y hombros anchos, y los sirvientes recogían la tienda con prisas, sin que él lo hubiese comandado.

Escrutó los semblantes de sus guardias. Miraban más allá de la contienda haciendo visera con las manos. Hablaban en susurros en su lengua natal. La lengua de los bárbaros,

—¿Qué ocurre? —quiso saber el sultán, la sombra de la duda hizo mella en su recién renovado ánimo.

El que sostenía el estandarte señaló al noreste con el índice.

—Debéis poneros a resguardo, mi señor.

Una gran nube de polvo se levantaba a escasas leguas de distancia. Puntitos negros que se hacían cada vez más grandes. Un ejército, que se partía en dos se acercaba por el camino de Cabra abriendo sus flancos. Tragó saliva. Poco le duraría la gloria.

II. Dragones marinos

Lisboa. Abril de 1483

A la caída de la tarde la explanada del puerto lisboeta era la definición de bullicio en sí misma. La gente salía y entraba de los coloridos comercios, tenderetes y puestos, en tropel, como hormigas agitadas buscando un agujero donde guarecerse antes de la tormenta.

Había cestas y toneles apilados en torretas inestables, estantes repletos de brillantes frascos de aceite y perfumes, y ropajes de los más variados diseños y tejidos. Los colores eran vivos a la luz del declinante sol, los polvos de las especias de brillantes rojos, naranjas y amarillos, las verduras de cada tono de verde y marrón. Pesos y monedas repiqueteaban y tintineaban en los cambios, hombres y mujeres regateaban en una jerga ininteligible a oídos foráneos, anunciando a voz en grito que tenían la mejor mercancía, los precios más bajos, las medidas más ajustadas.

Y los olores. Era lo más característico. Flotaba en el ambiente una mezcolanza a especias, humanidad y salitre que podía atrofiar la pituitaria de la nariz más rudimentaria. De fondo el estuario del río Tajo, las nubes ocultaban el sol tapizando el cielo en tonos violáceos y anaranjados.

—Aquí ya tenemos todo visto —dijo el más espigado de los dos comerciantes, manos entrecruzadas. Vestía elegante, pero no demasiado como para llamar la atención, con unas calzas acuchilladas de tejido rojo y un jubón beige gastado menos a la moda realzado con una gorguera española—. No me place ver a seres humanos tratados como animales.

Los esclavos, musculosos y semidesnudos, de piel negra como el tizón en su mayoría, iban y venían de las naos cargando sobre sus espaldas surcadas de cicatrices un fardo tras otro, para

depositarlos en una fila de carros perfectamente dispuesta con destino a los almacenes reales. Se veía en sus rostros sudorosos y su mirada huera la resignación del que lo ha perdido todo a medio mundo de distancia.

La flotilla procedente de las nuevas tierras descubiertas más al sur del llamado Golfo de Guinea, tres carabelas y seis carracas, había arribado cuando el sol apuntaba el mediodía, coincidiendo en el puerto con los barcos venidos de Ceuta dos jornadas atrás ya repletos de valiosas mercancías.

—Celebro que estemos de acuerdo en algo —concedió el del pelo ensortijado y tupida barba cobriza. No tenía tan buen porte como el otro, pero era el que llevaba las riendas—. Vayámonos a cenar y al catre —se rascó su nariz torcida y escupió—. Esto da asco, hombres tratando a hombres como bestias…

—Hay quien postula que no lo son —repuso su socio dándose la vuelta y enfilando hacia las puertas de la ciudad—, que se parecen más a los monos que al hombre. En las escalinatas de la catedral de Sevilla es lo que se oye.

—A semejante hideputa le daba yo latigazos hasta arrancarle la piel a tiras. Como hacen con estos pobres diablos… —rio el otro el comentario por lo bajini—. ¿Qué os hace tanta gracia?

Álvaro Bargas, más conocido como el Seco Bargas, apoyó sus pulgares en el cinturón de cuero curtido antes de responder y se detuvo ante un puesto de tallas de marfil y maderas oscuras. Había figuritas con extrañas formas de animales. Sonrió a la moza que atendía el puesto y esta se sonrojó esquiva. Un hombre calvo y fornido se colocó a su lado y Bargas reculó un paso atrás.

—Que sois un hombre lleno de contradicciones. No sabía que tuvieseis la vida humana en tan alta estima. Os he visto matar con la misma naturalidad que quien respira…

Vasco el Negro clavó la mirada en su compinche. No era una mirada hostil, pero tenía un aire depredador que hacía que muchos se encogiesen o bajasen los ojos cuando la dirigía hacia ellos, y el Seco Bargas no fue una excepción.

—Con contradicciones o sin ellas… espero que estas costumbres no perduren en Castilla.

—Dios mediante y con la venia de la reina, nuestra querida beata —recuperó el otro la compostura y la ironía tras el instante de zozobra—. Del rey me espero cualquier cosa.

—Dejad ya la chanza para otro momento, Seco —cuando tenía malas pulgas lo llamaba por su apodo—. Y, bien sabéis que he matado a pocos que no lo merecieran.

—Sois un ángel caído del cielo…

Le dio Vasco un empellón haciendo que se trastabillase.

—Muy a mi pesar.

—Un instrumento del Señor…

—No tenéis remedio, Bargas —replicó suavizando el tono.

—Eso me decía mi abuela, en paz descanse.

—Sin duda una santa —desde las alturas una gaviota se cagó justo sobre el bonete de Vasco —. Mierda… lo que faltaba.

—Eso mismo.

—Ni se os ocurra reíros.

—Una señal divina, mi buen amigo.

Caminaron hacia la puerta de la ciudad esquivando a los paseantes con suaves fintas y paradas. No perdían de vista a dos bribones desarrapados, de baja estatura y descalzos, que se daban encontronazos casuales con los caballeros y damas que andorreaban el empedrado admirando el exótico género traído de los confines del mundo.

—Raterillos a babor.

—Ya los he visto —respondió Vasco con un quejido bronco, era su forma de hablar, como si tuviese algo que le encogiese el pecho—. Si no se andan con tiento duermen en el calabozo con el culo escocido. No tienen sutileza ni buenas formas…

—Nadie nace aprendido, leonés… son maneras que hay que perfeccionar a base de palos.

—Bien lo sabéis vos.

Uno de los pilluelos se acercó casualmente a Vasco simulando un tropiezo, sin duda su indumentaria hizo que lo confundiera con un comerciante. Mala suerte, si lo hubiera mirado a los

ojos seguro hubiera reculado y cambiado de parecer. Antes de que el bribón pudiese agarrarse a sus calzas este lo asió por la muñeca y se la retorció hasta que brotó un chillido agudo de dolor de la garganta del rapaz. Su compinche se había perdido entre la multitud dejándolo a merced de los elementos.

—Você fez a presa errada —movió Vasco su cabeza negando.

El muchacho lo miraba con los ojos muy abiertos, apenas podía articular palabra. Se hizo un pequeño corrillo a su alrededor, los gentiles asentían con la cabeza, no había que ser un lince para saber lo que pasaba.

—Anda, soltadlo, solo intenta ganarse el pan… —terció el Seco Bargas apoyando una mano en su hombro, siempre defendiendo a los de su clase—. No hace nada más que quitarle un poco a quien mucho tiene —un tendero llamó a un alguacil a sus espaldas—. Vasco… No queremos acaparar más miradas de la cuenta, os recuerdo vuestras propias palabras…

—Largo de aquí —gorjeó con una sonrisa. Cesó en su agarre y le dio un puntapié en el trasero al ladronzuelo que salió trastabillado hasta caer sobre un charco a los pies de un mulo que tiraba de un carro cargado de pescado fresco envuelto en telas húmedas.

—Habéis hecho vuestra buena acción del día, os felicito.

—Ya podré dormir tranquilo.

—No estaba pensando precisamente en dormir… Os propongo ir al Dragao do Mar, Vasco, aún es pronto para caer en el jergón —comentó retomando el paso —, a ver si tenemos suerte esta noche y aparece nuestro amigo de la jaqueta verde —añadió Bargas con una media sonrisa acariciando su barba picuda y recortada a la francesa.

—No tenéis remedio —arqueó sus labios levemente el de la nariz torcida y ojos grises de lobo. Una sonrisa leve, cortés. Un poco desdeñosa—. Aprovechad esta noche... Pero, no os entretengáis demasiado... que mañana partimos para Castilla, aunque tenga que levantaros a base de estocadas.

—Muy categórico sois. Bien sabéis que los planes se truncan con un soplido, una bella mujer o un cuartillo de vino.

—Mañana nos vamos, Seco —sentenció—. Al alba, con los primeros rayos de sol.

—Entonces, Negro, aprovechad vos también antes de partir que, desde que desembarcamos, tenéis el humor avinagrado —lo llamaba Negro cuando quería pinchar—. No es bueno que almacenéis tanta hombría en vuestro cuerpo.

El «Dragão do Mar» era sin duda alguna el antro más animado de Lisboa para tomar un buen trago, arder, putañear y pasar desapercibido. Sobre todo, en una semana como aquella, en la que toda la capital portuguesa festejaba la llegada del grueso de los navíos procedentes de Ceuta, con las bodegas repletas de oro, negros y marfil, y el arribo de la flotilla expedicionaria venida de las costas guineanas, cuyo comercio comenzaba a ser muy rentable para las arcas de la corona. Lisboa aun no era la ciudad más rica de Europa, pero en pocas décadas lo sería; y ese pálpito inundaba la atmósfera y el ánimo de los gentiles, que acumulaban fortunas como maná caído del cielo.

Taberna, lupanar y teatro de variedades. Todo en uno, en el «Dragão do Mar». Ubicada intramuros junto a la puerta que guardaba la gran explanada del puerto, se había convertido en lugar de paso obligado para viajeros, marineros, comerciantes y caballeros despistados o nobles con ánimos de jarana. Y, también, era el lugar de trabajo de músicos, juglares, trovadores, bailarinas, mujerzuelas y malandrines con ganas y destreza como para sacarse un sobresueldo después de la tarde en el mercado.

Vasco suspiró hosco y se acarició la tupida barba con la palma callosa de su mano, apoyado en la pared, sumido en la penumbra y cerca de la entrada —en su oficio todas las precauciones eran pocas—. Sobre su mesa descansaba un cuenco a medio terminar con unas sabrosas gachas, una badana de tocino y un plato con tortitas de bacalao muy saladas, de esas que daban una sed de mil demonios.

Apuró la jarra de un trago corto y aplastó una cucaracha que se paseaba por el borde de la mesa. No estaban mal los caldos de Oporto, quizás demasiado suaves para su gusto, pero calentaban el estómago y daban brío por dentro.

La clientela se impacientaba, el trovador cantaba sin gracia y sin nervio unos conocidos versos. Apenas se le oía con ese tonillo afeminado. Las voces de los parroquianos se elevaban por encima de la suya y del rabel que lo acompañaba, diestramente acariciado por los dedos por un muchacho de rostro infantil y lampiño.

…El basalisco encarnado,
aquel de las manchas verdes,
volviendo amarillo el mundo,
agora, de rojo viene.
Leonida es, la de la corte
o de palacio, el rompiente
león; ¡qué será!, pues rompe
promesas como billetes.
Antojósele a la niña
que era lindeza el ser sierpe,
porque oyó que las hermosas
han jurado de crüeles.
Juntóse, que no juntara,
contra mí todos desdenes;
hizo bien, que mis cuidados
pecarán por todos siempre…

—¿Mais vinho?

Se volvió hacia una mujerona de carnes prietas de cabello liso y negro como el azabache. Rondaría las treinta primaveras. No era ni guapa ni fea; aunque quizás más bien lo segundo, caviló Vasco entornando los ojos, fijándose en la verruga de su mejilla. El sudor le corría por la frente, bajaba por el cuello y se perdía en el canalillo. La temperatura subía por momentos dentro del Dragao, recalentado a base de lingotazos de vino, eructos y pedos. Demasiada humanidad concentrada en un mismo lugar.

Asintió Vasco sin pronunciar palabra alguna. La «vadia» esbozó una sonrisa franca y se apoyó sobre la mesa mostrando un generoso escote mientras llenaba la jarra con el búcaro que sostenía con buen pulso. Vislumbraba Vasco desde su posición dos buenas aldabas y dos pezones con aureolas como dos chorizos. Y, también abundante pelo en el sobaco.

—¿Voce quer companhia? —preguntó sin tapujos y sin borrar la sonrisa de su rostro. Tenía media paleta partida. Una herida de guerra.

—Não essa noite —declinó la oferta sin apenas mover los labios. Hablaba el leonés en un susurro quedo y grave cuando bebía y estaba de malas pulgas, casi confidencial, que solía producir una incómoda desazón en quien no lo conocía.

Empero, la mujer no se dio por vencida; debía tener mucho brío, estar muy necesitada o no andar sobrada de luces. Con una agilidad inusitada para una hembra de su porte rodeó la mesa y se sentó sobre sus rodillas acariciándole la entrepierna sin recato alguno.

Los gritos soeces de la clientela acallaban ya completamente los versos del poeta y la melodía del rabel.

—Unos ojos de salvaje, una sonrisa de tahúr y un rostro de pirata... —le dijo al oído, su lengua acariciando el lóbulo, procaz. El aliento le olía a vino y quien sabía a qué más cosas—. ¿Cuál de los tres sois?

Vasco se envaró, sacó una moneda del bolsillo interior del coleto y, sin inmutarse, se la metió dentro del escote.

—Largaos, no busco compañía —la empujó levemente ayudando con su voz, áspera como la lija de un carpintero.

El trovador terminó al fin la última estrofa. Su integridad peligraba a cada minuto que pasaba. Más de cien almas bebían, gritaban y comían como animales encelados. Entre los cuerpos de los parroquianos observó como el poeta hacía una reverencia a la concurrida audiencia, demasiado exagerada la genuflexión. Por respuesta recibió la indiferencia, y, de propina, un escupitajo de un marinero ebrio y peludo como un oso con un monito apoltronado sobre su hombro. Se retiraron los denostados artistas hacia uno de los laterales que daban al patio interior. Por la misma puerta

aparecieron tres juglares de piel oscura, pantalones bombachos y torso desnudo y aceitoso, contorsionando sus elásticos cuerpos, haciendo cabriolas y echando fuego por la boca. Hubo aplausos y gritos de júbilo, más por la huida del poeta que por el número de los negros, caviló Vasco esbozando una sonrisa interior.

—No hace falta que seáis tan brusco, su amigo... —insistió la buscona dibujando una mueca de desagrado, su verruga pareció hincharse—, el que está arriba con Filipa y Renata —aclaró —... dice que sois hombre de vigor, como él, y más ardiente aún si cabe —le acarició su nariz torcida en un último gesto de cariño.

—No tengo amigos —graznó desabrido consiguiendo al fin que la mujerona se apartara del todo y se fuera con la cantinela a otra mesa. Ya sabía a qué olía su fétido aliento.

Maldito seáis, Seco. Condenado moro del demonio. Su compinche había subido con una de las barraganas a la planta de arriba. Lo que se suponía asunto de media hora, se había alargado hasta casi el doble. Conocía como se las gastaba cuando entraba a un lupanar con la bolsa llena. Le podían dar las tantas de la madrugada. La culpa era suya por haberlo permitido. Maldita sea su estampa.

Estaba cansado, hastiado de esperar. Y, sobre todo lo demás, un desasosiego le crecía por dentro a pasos agigantados. Corrían peligro, a cada minuto que pasaba, más. Lo sentía en su piel, lo olía, lo palpaba, su paladar lo saboreaba agrio. Hacía ya una semana que debían haber partido de regreso a Castilla. Pero, otro de los hombres del Capitán los encontró y les dio un nuevo encargo. «Os he buscado en varias de las posadas y… casas de lenocinio. Llevo así una semana, dando más vueltas que un tonto en una feria». «No me digáis... Qué casualidad. Quién os dijo dónde buscar», preguntó amenazante Vasco, la daga sobre el cuello palpitante del mensajero. «don Gonzalo», fue su escueta respuesta; «y, ahora, por favor, Negro, quitadme ese filo del cuello, que raspa; fuimos compañeros de armas cuando lo de Toro». Vasco aguzó la vista y, bajo su espesa barba cana, reconoció las facciones picudas del fulano. Empujó al malasangre contra la pared del callejón y cogió su mano izquierda, sus falanges eran las que debían. Aflojó la presión del pincho. Era el fodido gallego, Yago el Tres Dedos. Tan diestro con el acero como esquivo

con las palabras, uno nunca sabía si iba o venía. Habían luchado bajo las órdenes del Cardenal Mendoza en el flanco duro, el diestro, con la caballería pesada embistiendo en la vega toresana, haciendo retroceder a las tropas portuguesas que pretendían derrocar la corona de Castilla y la unión de Isabel y Fernando. El Tres Dedos le entregó una carta lacrada con el sello real de Castilla. «Qué carajo hago yo con esto», le espetó Vasco, la misiva ya le quemaba. «Esperar, es lo que me dijeron en Córdoba», respondió el otro con una sonrisa desdentada.

Debían esperar, pues. Maldito Gonzalo, maldita reina y maldito Tres Dedos. Esperar en el Dragão do Mar a que se presentase un hombre ataviado con una jaqueta verde ribeteada en plata y brocado en el pecho una enseña con un aspa de bermellón brochante tachonada con cinco escudetes.

En las jornadas que siguieron habían atisbado a varios hombres con jaquetas verdes, pero ninguno con la enseña de la casa de Braganza. Era aquella su última noche en Lisboa. Ya estaba decidido. Si no se presentaba a su cita ya no los iba a ver por allí, y devolvería su carta a don Gonzalo y que se la metiera a su mojigata alteza por donde le cupiera.

El canutillo de cobre con la misiva le quemaba dentro de los pliegues de su coleto —elegante por fuera, de cuero negro, y acolchado por dentro, para atenuar golpes y estocadas—. Una carta lacrada con el sello de la reina Isabel de Castilla para el duque de Braganza nada bueno podría traerle. Sabía de los líos de los duques con el rey Juan, con la Beltraneja como siempre de por medio y la infanta de Castilla de regreso a Castilla. Ayudaba que la duquesa fuese pariente de la reina. Su olfato, agudizado tras años de trifulcas, escaramuzas y de misiones clandestinas, así se lo decía. Esa carta apestaba a letrina, a traición y sangre, por muy jodidamente noble y real que fuese.

El gritito de sorpresa lo sacó de sus cuitas internas. Por inercia, llevó la mano al pomo gastado de su espada, acomodada en su funda de cuero y apoyada junto al rincón. Un jovenzuelo ataviado con un lujoso sayo corto, bermellón, tiraba del antebrazo de la mujerzuela de antes, la lujuria marcada en su mirada. Tras unos segundos de fingida lucha, ella dejó de resistirse y se volvió grácilmente sentándose sobre sus muslos, sus dedos jugueteando con el mechón que

tapaba la oreja del mancebo. Cuidando de no verter ni una sola gota del búcaro que sostenía con la otra mano, le dio de beber al muchacho. Los acompañantes del hidalgo —por sus ropajes, de su misma condición—, visiblemente ebrios, lo jalearon, y el rapaz dio otro trago antes de meter las manos por debajo del faldón de la mujerona. Sonreía esta complacida ante la perspectiva de ayuntarse con un joven noble —o más de uno si la cosa se animaba—, y ganar unos buenos dinheiros.

La noche avanzaba inexorable. La multitud de voces regadas por el vino era como una tormenta. Las conversaciones a gritos reverberaban en el techo de madera y en los grandes arcos de piedra que lo sostenían, volviendo sobre la propia clientela cada vez más borracha y exaltada. El monito se había subido a una de las vigas y observaba el desenfreno desde las alturas con aire distraído dando buena cuenta de un plátano.

La puerta se abrió de nuevo. Una bocanada de aire fresco y salobre penetró en la taberna. Sus músculos se tensaron. Entornó la mirada y se arrebujó en las sombras. Quizás fuese el hombre que esperaba.

Dos sujetos barbudos. Uno alto de cabello corto y otro más bajo con el pelo recogido en una coleta, de esas que estaban de moda entre la marinería. Ninguno llevaba una jaqueta oliva. Y un tercero, una cara amiga cuyos ojos lo reconocieron.

Por un segundo, Vasco se envaró aún más, pero pronto relajó los hombros y asintió con la cabeza. Se trataba del capitán genovés con el que habían compartido travesía desde Ceuta, un tal Cristóbal Colón a cargo de una carabela de la casa Centurione de Madeira. Sonrió este con gesto amigable. Todo sea dicho, un experimentado marino, por lo que pudieron comprobar durante el viaje, conocedor de las corrientes del Estrecho y de los vientos del poniente. Se jactaba el genovés de haber surcado todos los mares y océanos conocidos. Desde luego que olió como un perro de caza la tempestad que se fraguaba antes que sus hombres; nada más virar el Cabo de San Vicente, y, sin titubeos, ordenó fondear en una cala desierta justo antes de que la brisa se convirtiera en vendaval y la lluvia arreciase en tormenta, y convirtiesen al océano en una trampa

mortal. Su tripulación acostumbrada a tales extravagancias obedeció presta movida por un acto de fe, decían medio en broma medio en serio que el marino tenía un pacto de sangre con el océano y que le había vendido su alma. Un hombre recio, locuaz y de fácil verbo, con un carácter un tanto errático y con ínfulas de grandeza. Según el piloto de la nao, un fulano hablador con vino y viandas, por su cabeza pasaban las más estrambóticas teorías entre las que destacaba su firme creencia y propósito de llegar al Cipango y a la corte del Gran Khan sin bordear África, hacia el oeste, atravesando el Océano Tenebroso. De dónde y cómo había pergeñado esas extrañas ensoñaciones, era un misterio. Al parecer, esa idea le tenía sorbido el juicio. El mismo capitán se lo había insinuado, tras hacerle Vasco la falsa confidencia de que tenía a un pariente materno en la corte castellana. «Por las barbas del profeta», le dijo Bargas, a solas en la proa de la carabela observando la bóveda celeste bordeando la costa del Algarve, «ese capitán Colón está loco de atar; el mundo es plano, hasta los más necios lo saben, si no fuera así caeríamos al vacío». Vasco asintió sin decir esta boca es mía, cosas más inverosímiles se escuchaban; él era un hombre de acción, un soldado veterano reconvertido a espía por la gracia de Dios y de don Gonzalo Fernández de Córdoba. No entendía mucho de cartografía, y menos de barcos y marinería, y aún menos de si el mundo era plano o esférico. Bastantes preocupaciones tenía ya en la cabeza.

—Don Alonso, me alegra que nuestros caminos se crucen de nuevo —dio el genovés un paso hacia la mesa que ocupaba Vasco.

—Más me place a mí, don Cristóbal —replicó en tono jovial, incorporándose cortés y suavizando su acento y el rictus de su semblante. Le tendió la mano y el capitán se la estrechó con fuerza y determinación. Ya les dije a vuestras mercedes que cuando había oro de por medio Vasco era capaz tanto de dar estocadas como meterse en la piel de los personajes más estrambóticos.

El marino giró su corpachón hacia sus acompañantes mientras se quitaba el ropón.

—Un amigo, don Alonso de Bonastre; un comerciante aragonés que nos acompañó en la travesía desde Ceuta.

—Del condado de Barcelona —precisó muy en su papel haciéndose el ofendido.

—Sí, sí, perdón, un comerciante catalán —rectificó el capitán genovés.

Es de aclarar en este punto que tanto durante como después de la llamada Guerra de Sucesión castellana, ambos reinos habían cuidado de que sus mercaderes y tratantes pudiesen hacer negocio a uno y otro lado de la frontera. Más que nada, porque era fundamental que las empresas siguieran prosperando para el abastecimiento de sus arcas y, por ende, para poder sufragar caprichos y guerras regias.

Los hombres lo observaron taciturnos. Sus rostros, al igual que el de Cristóbal Colón, parecían curtidos por el sol y el salitre.

—Sentaos, por favor —sugirió Alonso de Bonastre—, tenéis sitio en mi mesa. Hay buenas viandas y buen vino en este tugurio.

El del pelo corto se quitó el gabán y el de la coleta hizo otro tanto.

—No queremos importunarle, don Alonso —objetó el genovés, sus manazas acariciando una mejilla recién rasurada que le quitaba años de encima.

—No es ninguna molestia —repuso Vasco abriendo las manos en el papel de un comerciante solícito. Ya puestos siempre era mejor llevarse bien—. Apenas quedan mesas en el local, y están al lado del hogar. Si no deseáis asaros de calor, os aconsejo que compartáis la noche conmigo.

Los tres hombres otearon el interior de la taberna para cerciorarse de lo que decía Vasco. Sus ropajes eran austeros, pero de calidad, cepillados y razonablemente limpios, y despedían un olor a jabón y perfume de casa de baños. Finalmente, los acompañantes del genovés se encogieron de hombros y dieron por buena la invitación. Se acomodaron en un taburete de madera frente a Cristóbal Colón, que lo hizo junto al mercader que tan diligentemente había pagado su pasaje desde Ceuta por encima del precio habitual.

La mujerzuela de antes pasó por el lado de Vasco echándole una mirada orgullosa, objetivo cumplido, tirando ahora ella de la mano del tambaleante rapaz que sonreía lascivo detrás de las caderas de la puta y jaleado por sus adláteres.

—Ya que vamos a compartir mesa —se quitó el capitán el bonete de la cabeza, lo plegó con

cuidado y lo puso en un lado—, permítame que le presente a mis amigos, don Alonso.

—Faltaría más, don Cristóbal —replicó Vasco alzando la jarra al paso de una sirvienta enjuta, de piel cobriza y ojos avellana. Ella le sonrió levemente en un gesto de reconocimiento, con un atisbo de sonrojo pudibundo. Era la fulana, Renata o Filipa, que había subido con Bargas, la que se le había insinuado a él primero. Condenado moro del demonio. Algún día le perderían sus ganas de alivio y fornicio—. ¡Más vino y manduca para estos hombres que parecen hambrientos! —gritó para hacerse oír entre las risas y las voces que inundaban el local.

—Este es el capitán Diogo Cão —anunció orgulloso el genovés. El del pelo corto asintió mientras se llevaba a la boca una tortita de bacalao. Tenía un rostro ancho y una barba descuidada en la que asomaban algunas hebras plateadas; su nariz grande y roja destacaba sobre el resto de sus rasgos—. En parte, el causante de tanto revuelo en la ciudad. Son sus naos las que acaban de arribar de un viaje de descubrimientos en la costa africana... Afirma que más al sur de las tierras se Guinea donde no ha llegado ningún europeo, existe un río infinito en el que, a su lado, el mismísimo Tajo quedaría como un arroyuelo.

Vasco dudó si reír la ocurrencia, pero se contuvo.

—Así es, el Zaire, o como diantres se diga en la lengua de los salvajes que habitan sus orillas, «el río que traga todos los ríos» —asintió Diogo Cão, su mandíbula crujía mientras masticaba la tortita—. Y, no os exagero cuando os digo que las riquezas que atesoran esas tierras son mayores que las de todos los reinos europeos juntos.

Silbó Vasco muy en su papel de comerciante, abriendo mucho los ojos.

—Muchas riquezas son esas.

—Como os lo cuenta mi buen amigo, no lo ponga en duda —terció el de la coleta frunciendo el ceño. Tenía un rostro alargado y un mentón saliente cubierto por una sotabarba de marinero. Andaría por la cincuentena—, para mayor gloria de Dios y del rey Juan —exclamó en tono pomposo.

Captó Vasco la indirecta sin amilanarse.

—Y este que habla es mi buen amigo Joáo Vaz Corte Real —apuntó Cristóbal Colón—,

recién nombrado capitán donatario de la Isla de San Jorge por mandato real.

—Y, ¿vos? —preguntó Joáo con indiferencia fingida, sus ojos eran astutos y lo observaban con meticulosidad—. ¿Qué os trae por Lisboa?

Vasco, impávido ante el escrutinio, mordió el tocino y dio un sorbo largo antes de responder sonriente y locuaz con la mejor de sus poses. Aquellos tipos no le daban ni frío ni calor, ya hubieran surcado los siete mares, fueran validos del rey o primos del mismísimo Papa. Era el canutillo de cobre que escondía en sus ropajes y el hombre de la jaqueta verde lo que esa noche le quitaba la tranquilidad y el sueño.

—Mi deseo es hacer negocio con paños de Flandes.

—Ya tenemos mucha tela en Lisboa —replicó Joáo hurgándose la nariz.

—Los de Flandes son mucho mejores y más refinados que la tela que os llega de Irlanda —entrecruzó sus dedos con aire confiado—. Tengo por empresa abrir una vía de comercio marítimo con la ciudad de Barcelona. Poseo dos almacenes de paños de las mejores calidades... que sus refinadas damas, sin duda apreciarían, y dos carracas listas para llenar las bodegas de mercancías —eructó acodándose sobre la mesa—. De vuelta quiero proveerlas con los perfumes y especias que pasan por Ceuta venidos de Oriente —sonrió abiertamente—. ¿Qué les parece la idea? ¿Les interesa? Es una empresa que puede arrojar pingües beneficios... Estoy buscando asociarme con alguien de por aquí…

La mejor forma de desviar la atención de uno mismo era que los otros te rechazaran y así se olvidasen de ti, solía decir Vasco, y era una estrategia que funcionaba.

Los tres se miraron. Diogo esbozó una mueca de indiferencia y Joáo de desagrado.

—Somos hombres de mar —apuntó Colón echándose para atrás un mechón de cabello que le caía por la frente—. En estos días, nuestros intereses se mueven por otros derroteros, mi buen Alonso —parecía contento el capitán genovés en uno de sus arrebatos de buen humor—. El mundo es muy grande y los mares muy anchos, hay que explorar nuevas rutas para que los comerciantes como vos podáis hacer negocio. Esa es nuestra labor, y es lo que nos desvela. Somos descubridores —apuntó con boato.

Asintió Vasco alzando su jarrita de vino.

—Cada uno a lo suyo, don Cristóbal —respondió.

Se levantó un alborozo generalizado cuando dos bailarinas atléticas, pezones empitonados, piel cobriza y pelo azabache, entraron bailando una especie de danza del vientre entre los fuegos que lanzaban por la boca los juglares.

—Esa espada no es de comerciante —apuntó Diogo Cão alzando las narinas, desconfiado. Una cadena de oro con un broche con forma de ancla sostenía su capa sobre los hombros.

Vasco mantuvo la pose sin desdibujar la sonrisa de su rostro.

—Estuve en las milicias, combatiendo… —alzó las manos ante la mirada hostil que le lanzaron los portugueses—. Pero, contra el rey Juan de Aragón —eso pareció relajarlos—. El padre de ese usurpador hideputa del trono de Castilla —barbotó airado, eso pareció complacerlos aún más.

A un gesto de Vasco un mozalbete imberbe y patizambo, con la cara llena de acné, se acercó para llenarles sus jarras. Renata o Filipa estaba atendiendo al marinero que parecía un uso, el monito agarrado a su cuello.

—Luché contra los castellanos en las costas de África —terció un Joáo visiblemente más relajado relamiéndose el vino del bigote, aunque sonaba un tonillo despectivo en sus comentarios —. Como soldados de tierra tengo entendido que son de lo mejorcito... pero en la mar... ¡parecían infantes borrachos! —carcajeó—. ¡Izaron velas con el rabo entre las piernas a esconderse en las faldas de esa fodida reina beata!

Vasco reprimió primero el impulso de alargar la mano hacia su cinto y, después, el de ensartarle al cretino la punta de su daga en la garganta. Muchos amigos, buenos hombres, perecieron en esas guerras. Apretó los dientes, labios curvados hacia arriba y levantó su jarra para chocarla con las otras. Los portugueses y el genovés respondieron al gesto.

—¿Y su socio? —inquirió Colón.

Vasco enarco las cejas y abrió las manos.

—Es hombre fogoso donde los haya. Me temo que ha caído bajo los encantos de las damas

portuguesas —guiñó un ojo con picardía.

—La dragona tiene el mejor género de Lisboa —apuntó Joáo dándole un cachete a la joven, casi una niña, de piel morena y ojos negros que pasaba a estribor ataviada con una túnica verde y sandalias de cuero.

—Creo que en breve lo comprobaréis, viejo granuja —terció Diogo mostrando su espléndida dentadura—. Os recomiendo las esclavas canarias... Esas aborígenes, guanches o como diantres las llamen, son muy fogosas… eso sí, hay que saber domarlas.

—Para eso me he traído la fusta, querido Diogo —replicó el marino alzando un pequeño látigo de cuero que llevaba colgado del cinto. Siguió con la mirada el vuelo de las moscas alrededor de las velas, parecía ligeramente aturdido por el vino, y luego volvió a fijarse en la muchacha—. Para las yeguas salvajes.

Rio Vasco al ritmo de las carcajadas de sus contertulios, pendiente con un ojo de la puerta de la calle y con el otro de la que daba a los pisos superiores. Ni el condenado Bargas y ni el fodido hombre de Braganza hacían acto de presencia.

—Se os ve de muy buen humor, don Cristóbal... —advirtió Vasco. El genovés apuraba las gachas con un cucharón de madera que había dejado Diogo sobre la mesa.

—El rey me ha concedido audiencia y se pensará mi propuesta de navegar hacia el oeste —con ambas manos asió los antebrazos de los dos marinos en un gesto de camaradería—. Gracias a mis amigos que me han abierto las puertas de palacio —carraspeó—. Aún nos queda el escollo del obispo Diego Ortiz, y maese Rodrigo y maese Vizinho.

—Con la iglesia hemos topado —terció Diogo haciendo un mohín despectivo. Se irguió sobre el taburete.

—Y, peor aún, con esos perros judíos —secundó Joáo escupiendo al suelo—. Todo lo miden según sea el beneficio para las arcas reales.

—Son consejeros del rey, es su deber —dijo Colón en tono conciliador—. Confío en su buen hacer, con los Centurione siempre han tenido buenos tratos.

—Yo también confío en que su empresa llegue a buen puerto, don Cristóbal —echó Vasco la

espalda hacia atrás con fingida jovialidad y añadió—: Y, si logra abrir una nueva vía de comercio con Oriente, acuérdese de mis paños; aunque sus ideas se me antojan inverosímiles...

Vasco sirvió más vino y clavó alternativamente su mirada en los dos experimentados marinos portugueses dándoles coba para seguir hablando. Parecía que los caldos calmaban su talante y avivaban su lengua.

—No tanto, no tanto —farfulló Joáo chupándose los dedos después de mojar una migaja de pan en el aceite que habían dejado las tortitas sobre el cuenco. Tenía unos dedos callosos, gordos como salchichas y unas uñas llenas de mugre—. Hace unos años navegué con una expedición danesa muy al oeste… encontramos una tierra que no figura en ningún mapa con unos bancos de bacalao como nunca antes había visto, Tierra Nueva del Bacalao la llamaron los condenados norteños.

—Buenos marinos los descendientes de los vikingos, y audaces como pocos —apuntó Colón. Se enderezó complacido, sacando pecho—. Conocen los secretos del mar y no se arredran fácilmente. Lo sé de buena tinta.

—Y están las cartas de Toscanelli que les habéis dado a los judíos para su estudio —añadió Diogo alzando el índice, con el dorso de la otra mano se limpió los restos de pan de la barba.

—¿Quién es Toscanelli? —preguntó Vasco apuntando mentalmente todos los detalles de la conversación. Quizás le fuese de interés a su patrón.

—Un sabio, médico y matemático florentino —terció Joáo.

—Muchas cosas para un solo hombre —replicó Vasco mojando una sopa en el aceite.

—Ha trazado un mapa basándose en los escritos que dejó Marco Polo, con todas las islas que un avezado marino debería encontrar rumbo al poniente hasta llegar a las tierras del Gran Khan y las Islas de la Especiería —se abrió Diogo Cão un cordel del sayón bordado y emitió un eructito —. Seis mil quinientas leguas de mares desconocidos entre Lisboa y la tierra de los hombres de ojos rasgados.

—Pues... os puedo asegurar que en la tierra del bacalao no había ni un alma de Cristo, ni salvaje que se pareciese —Joáo golpeó la mesa con el puño—. ¡Os digo que son tierras por

descubrir y colonizar!

Vasco miraba a uno y a otro con la mente brincando por delante de él como un galgo que se hubiera soltado de su correa. Intuía que esos marinos azuzados por el vino le estaban proporcionando información valiosa, de la que no se consigue con la mera observación de barcos entrando y saliendo del puerto. Aunque lo que decían no tenía mucho sentido para él, eran hombres cercanos al rey y eran descubridores de nuevas tierras. Habría otros que encontrarían sentido a sus palabras. Él solo tenía que retenerlas en su cabeza.

Las viandas llegaron junto con más vino y los tres marinos comieron y bebieron profusamente. Se enfrascaron en una discusión en la que los más jóvenes abogaban por las tesis del tal Toscanelli, y el viejo marino Joáo porque al otro lado de la Mar Océana había tierras ignotas y vírgenes para los europeos.

Vasco ojeó de soslayo. El jodido Bargas seguía arriba con un buen entretenimiento. Los lobos de mar ya tenían dos rameras sentadas sobre las rodillas y una tercera que coqueteaba con don Cristóbal y que estaba a punto de unirse a la fiesta. Quedaba poco por hacer en el Dragao do Mar, no era Vasco de pagar dineros por lo que podía conseguirse gratis. Se iba a retirar a la posada y dormir unas horas hasta el alba. Mañana sería un día duro, muchas leguas que cabalgar hasta la frontera con Castilla.

Hizo ademán de coger su ropera y levantare cuando una brisa fresca entró por la puerta que daba a la explanada del puerto. La silueta de un hombre se dibujó a contraluz abriendo su capa. Vasco aguzó la vista desde la penumbra, lo justo para descubrir el escudo de la casa de Braganza bordado sobre una jaqueta verde oliva.

Sacó los labios en un mohín pensativo, apretó el dedo contra ellos un momento, frunció el ceño y escupió al suelo.

Maldito Tres Dedos. Maldito don Gonzalo. Maldita reina. Maldito Bargas.

Se le antojaba que la noche se le complicaba e iba a durar más de lo esperado.

III. Una noche toledana

Esa misma noche en el barrio de Alfama. Abril de 1483

Mala noche, barruntaba Vasco para sus adentros, los tacones de sus botas de cuero altas retumbaban sobre el firme adoquinado de las calles sinuosas del Alfama, el mayor barrio intramuros de Lisboa. Reinaba el silencio, pero era un silencio peculiar y huraño que le disgustaba. Una espesa bruma venida del estuario caía sobre la ciudad y le confería a sus calles un aspecto fantasmagórico. Había dejado atrás los edificios de dos y tres plantas de las vías principales que rodeaban el acceso al puerto, la pendiente subía ligeramente hacia arriba, ahora las casas eran encaladas y solo de una o dos alturas, reminiscencias de la ocupación musulmana.

En la siguiente esquina Vasco aguardó con impaciencia, sintiendo que la oscuridad lo cercaba como una pared maciza más allá de la luz del candil que colgaba de la puerta de la casona. Se cerró el capote y se ajustó el sombrero de fieltro, los músculos entumecidos. La humedad y el fresco calaban hasta al tuétano. Era la hora menguada, al filo de la medianoche. La temperatura había bajado, y el contraste con el cálido ambiente del Dragao do mar se hacía patente a cada paso que daba.

Seguía a una sombra embozada a unos prudentes veinte pasos. El lacayo del duque de Braganza caminaba por delante. Se habían encontrado en las letrinas, según lo convenido. Un sujeto bajito y enjuto, cejijunto, de pocas palabras. «Quien malas hadas tiene en cuna». «O las pierde tarde o nunca», replicó Vasco. Era el santo y seña. El hombre terminó su meada en el agujero del patio maloliente, se subió las calzas y, mientras Vasco aún se sacudía la verga, se acercó y le susurró un sígueme hasta la antigua Puerta del Mar.

Mala noche.

Creyó oír unos pasos amortiguados a su espalda. La luz fluctuante que escapaba por los bordes de la tapa de hierro del farolillo proyectó sombras móviles en la calle. Esperó agazapado en un zaguán. Solo eran dos borrachuzos abrazados, que cantaban desentonando con voz rota una canción de marinería, lograban mantenerse en pie gracias a la pericia y equilibrio de uno de ellos, el otro iba casi a rastras. Apenas había almas vivientes, y los que había, de dudosa calaña, beodos que regresaban a casa, solos, en cuadrilla o acompañados de mujerzuelas.

Siguieron adentrándose en el entramado de calles estrechas del laberinto del Alfama. En algunas esquinas colgaban faroles cuya luz servía de guía, y de las puertas de algunas moradas, las más acaudaladas, se sostenían luminarias alimentadas por ceras o sebos, como ánimas flotando en la oscuridad. Más arriba, se adivinaba entre las sombras y la neblina, la imponente silueta del Castillo de San Jorge, sede del palacio real en la capital.

Pasó Vasco barruntando tormenta bajo la antigua Puerta del Mar de San Juan, y subió por una empinada escalinata hasta llegar a un pequeño ensanche que conformaba una plazoleta rectangular. Había una fuente de piedra en el centro, un muro encalado al fondo, una pared alta, de monasterio o convento a un flanco, y una casa, con un gran portón cerrado a cal y canto, al otro. El hombre del duque de Braganza lo esperaba junto al pilón. La tenue luz de farolillo alumbraba desde una de las esquinas, meciéndose al compás de la brisa que llegaba del estuario.

Vasco avanzó unos pasos hasta situarse frente a él.

Una sonrisa aviesa afloró en el rostro del supuesto caballero, instintivamente, se llevó la mano al pomo de su espada. Ese fulano tenía lo de caballero lo que él de cura. Aquello destilaba hedor a peligro.

—No hagáis ninguna tontería —le advirtió el cejijunto dando un paso atrás, abriendo su ropón. Dejó al descubierto la funda donde descansaba su herreruza—. Estáis rodeado.

Vasco frunció el ceño, ojeó a uno y otro lado y atisbó como tres sombras sigilosas se materializaban entre la fina bruma, como salidas de la nada. Le habían tendido una celada. Su

corazón comenzó a golpearle el pecho a ritmo de tambor.

—¿A qué viene todo esto? —preguntó girándose lentamente, evaluando la situación. Los tres encapuchados se encontraban a menos de diez pasos, sus manos empuñando las espadas. Mal pintaba el asunto. Esa noche tocaban bastos—. Solo soy un simple mensajero.

A pesar de la subida y de la sorpresa, intentó que su voz no sonase quebrada.

—Viene a que me vais a dar la carta y vais a venir con nosotros, si queréis vivir... —desenvainó su espada y, zas, zas, zas, los matarifes imitaron el gesto—. La justicia del rey dictaminará quienes sois, eso a mí no me incumbe.

—¿De qué se me acusa? —con su mano diestra, Vasco sacó su acero toledano y rozó la punta sobre el empedrado.

El cabecilla dejó de sonreír. Solo se oía el rumor del agua cayendo de la cabeza de pez de la fuente. Algo en la pose de Vasco, tranquilo y confiado, le hizo recular otro par de pasos.

Desde muy niño, el leonés aprendió un principio básico de la vida y la supervivencia: si uno se empeña, y él lo había hecho a fondo, puede ser tan peligroso como cualquier malnacido que se cruce en tu camino. O más. Solo era cuestión de demostrarlo y no dejarse amedrentar.

—Estáis conspirando contra el rey de Portugal. Es un acto de traición —su voz sonaba con menos firmeza que antes. Quizás reconocía los ademanes de espadachín y de soldado de su contrincante—. Si queréis ver el sol de la mañana, vendréis con nosotros y seréis testigo de la traición del duque. Podemos hacerlo por las buenas o por las malas, vos decidís.

Vasco aspiró hondo y bajó pulsaciones.

No quedaba otra sino batirse y vender caro el pellejo. Habría que derramar sangre.

De sobra sabía que su futuro se presentaba incierto, más que incierto, negro era como se presentaba; se había metido en la boca de un lobo de colmillos afilados y aliento fétido. O, mejor dicho, alguien lo había metido, pero de eso ya se ocuparía más adelante, si salía con vida de ese entuerto. Relajó sus hombros, se santiguó y asió el pomo de la tizona con firmeza. Así era su oficio, había que estar preparado para los reveses que le deparaban los hados. Un espía sin apellido noble del reino de Castilla pillado con las manos en la masa... tenía pocas posibilidades

de sobrevivir en la corte del rey Juan. Las heridas entre ambos reinos supuraban después de la paz de Alcazobas. Aun cantando como un jilguero —le tenía aprecio a don Gonzalo, pero no tanto como para perder la vida por él, ni por su patria, ni por su reina, Cristo o la madre que lo parió—, no tenía demasiada información que dar a sus captores, más que le habían encomendado un viaje para recabar información sobre las defensas de Ceuta, el comercio entre Lisboa y África, y el rumbo que tomaba Portugal. Lo de la carta venía de añadido, se imaginaba la trama, la Beltrajana de por medio y la infanta Isabel protegida por los Braganza de regreso en Castilla, pero poco más. Quizás por eso lo habían escogido, por eso y porque era prescindible. Un don nadie.

—Está bien, hay que templar los nervios, vos ganáis, no hay necesidad de violencia. Me rindo... —su voz decía una cosa, pero su rostro traslucía otra. Con un paso se acercó al hombrecillo cejijunto que llevaba la voz cantante en aquella comedieta. Ahora fue Vasco el que arqueó sus labios en una mueca que asemejaba una sonrisa. Les iba a dar estopa a los portugueses—. Os mostraré la carta que pedís, e iré con vos y resolveremos este malentendido...

Con lentitud, metió la zurda por debajo del coleto, mostró el canutillo de cobre y se lo lanzó al falso enviado de Braganza. Los otros tres esperaban acontecimientos. El canutillo voló hacia las alturas, se perdió entre la bruma y bajó hacia la mano que alzaba el portugués trastabillado para cogerlo.

—¡En el infierno! —bramó Vasco.

Con una rapidez felina se abalanzó hacia la figura del hombre en tres rápidas zancadas, y, sin darle tiempo para que reaccionase flexionó la rodilla derecha, estiró el brazo y clavó la punta de la ropera en el bajo vientre, primero una vez y después otra. Era el leonés bueno en lo suyo, de los mejores. Apenas dos latidos le llevaron sesgar una vida. Un grito ahogado de sorpresa y otro de dolor surgió de la garganta del hombre que sostenía en la mano el cobre con la misiva real dentro.

Se giró dándose la vuelta, encarándose hacia los secuaces del impostor. Había jugado con el factor sorpresa; como veterano de guerra, de escaramuzas —a veces con los moros y a veces con

los cristianos— y de reyertas en tabernas de mala muerte, sabía que la sorpresa era crucial en cualquier lance. Quien golpeaba primero, lo hacía por doblete. En esos extremos tenía siempre presentes las palabras de su tío Froilán, capitán de las huestes del infame y caído en desgracia don Álvaro de Luna —caído en desgracia arrastrando a toda su familia al ostracismo, no había más que verlo a él—. «Cuando te halles en desventaja, mi querido Vasco, asesta la primera estocada al que comande la cuadrilla, intenta que sea mortal o que lo deje impedido... eso te dará cierta superioridad, momentáneamente, pues los hijdeputas tendrán un momento de duda y de zozobra… y después busca hueco por el flanco más débil. Y, lo más importante, sal cagando leches, porque luchar en desventaja numérica no trae nada bueno».

Había que actuar rápido pues. Había que matar rápido también. Y, sobre todo, había que salir de la encerrona cuanto antes, el tiempo jugaba en su contra.

Se dejó caer el capote al suelo, necesitaba agilidad y fluidez de movimientos. Desenfundó la daga rondela sujeta al cinto y avanzó con cautela hacia el flanco derecho —detrás se intuía una callejuela angosta que bajaba hacia la Mouraria—, dejando la pared de piedra del convento a su espalda. Al menos los tendría de frente. No tenía forma de vislumbrar los movimientos de sus oponentes, ni mucho menos discernir cuál era el eslabón más débil.

El corazón le latía en las sienes. Había que jugársela más pronto que tarde. Era mejor bajar a la Mouraria que subir hacia San Jorge, caviló.

Hubo un breve intercambio de susurros entre los matarifes. No les debía dar más tiempo a que se organizasen.

Con un gruñido avanzó hacia las figuras recortadas en la bruma e intentó dar el primer estoque en el pecho del espadachín que le tapaba el hueco a la Mouraria, acompañó el acercamiento con una finta ascendente seguido de un tajo en oblicuo desde la diestra. Chocaron los aceros. Clanc, clanc. El matarife no era manco y ya estaba prevenido, desvió ambas acometidas con destreza, retrocediendo un par de pasos hacia los peldaños.

Las espadas de los portugueses parecían más cortas que la suya, de hoja más pesada, advirtió Vasco; fijarse en esos pequeños detalles era lo que podía salvarte la vida en este tipo de lances.

Sintió unos pasos y un quejido a su derecha. Una figura espigada se materializó entre la fina bruma. Sin pensárselo, reculó medio paso hacia atrás, pivotó sobre el pie derecho adelantado y se giró lo justo para que la punta de la espada chocara con el filo de su daga, con esa sutil maniobra desvió por un dedo la cuchillada directa a su bajo vientre. En esos lances el cuerpo de Vasco se movía mecánicamente por el hábito del adiestramiento y por el instinto de supervivencia. Un borrón parando golpes, buscando huecos y pinchando el acero. Créanme vuestras mercedes que cuando uno se bate a muerte es mejor no pensar, si uno lo hace se puede dar por muerto más pronto que tarde.

En el siguiente pestañeo, cedió un cuerpo para generar el espacio suficiente y acomodar su ropera, flexionó las piernas, el tronco equilibrado y bajo, y se estiró para hendir la carne medio palmo por el costado del hideputa. En un solo tiempo ejecutó parada y estocada, de forma natural, como si la espada fuera parte de su anatomía. El matarife cayó al suelo con un lamento de dolor. Lo remató de un tajo en el cuello abriéndole la aorta. La sangre manó abundante tiñendo el empedrado con un charquito carmesí. Uno menos, solo quedaban dos.

Por el rabillo del ojo atisbó otra sombra moviéndose rápidamente. Apenas vio venir el acero por la espalda. Se revolvió lo justo para alzar la ropera y, con un giro de muñeca in extremis, detener el filo con la guarda, hincando una rodilla en el adoquinado. El tajo iba directo a su clavícula. El matachín, mucho más fuerte y corpulento que Vasco, empujaba con fuerza la hoja y la hacía rechinar en las patillas de su guarda. La respiración le raspaba el pecho, le pelaba la garganta, siseaba a través de su sonrisa fija, sus dientes apretados. Apenas pudo entrever una cara ancha y sudorosa y unos ojos inyectados en sangre. Vasco cedió en el empuje y se revolvió en el suelo haciendo que el otro trastabillase hacia adelante con la inercia del empeño que empleaba, lo justo para que le pudiese clavar la daga en la pantorrilla. Le sacó un grito. Saltó sangre. Fue una maniobra barriobajera aprendida en riñas callejeras, sin gloria ni honor, pero eficiente. El fulano aulló de dolor, empero logró mantenerse en pie y le cerró el hueco por el que podía escapar intentando asestarle un par de mandobles a la desesperada, desde arriba, que Vasco esquivó por los pelos revolviéndose desde el suelo como gato panzarriba.

El leonés observó como el otro compinche se acercaba por la retaguardia desde el pasadizo que daba a la Mouraria, espada en la diestra y daga en la siniestra. Era el fin, pensó. Al menos, se había llevado a dos hideputas por delante. El sudor recorría su frente, se lo secó con el dorso del guante. Eso no le servía de consuelo. Aún quería disfrutar de la vida, del buen vino y de las mujeres hermosas. Sobre todo, de eso último. Se acordó de las caricias de Berenguela Hinestrosa y de su piel suave y perfumada. No quería morir en una plaza de la Albolafia. Lucharía hasta el último aliento. Sacó fuerzas de donde apenas le quedaban. Reculando, se irguió apoyándose contra la piedra de la pared del convento.

De nuevo preparó su guardia flexionando las piernas. La sangre zumbando por sus venas, pum, pum, pum, y, sobre todo, el deseo de vivir, le insuflaron nuevas fuerzas con las que luchar. También agudizó su ingenio.

—No es necesario que uno de vosotros muera —dijo tomando el resuello. Su pecho subía y bajaba como un fuelle. A los otros también les faltaba. Matar y defenderse es algo que cansa a todo el mundo—. Habéis cumplido con vuestro cometido. Lo habéis intentado, os podéis llevar la carta. Con eso os darán una recompensa —apuntó con la espada al cadáver del cejijunto.

—Somos dos contra uno —gruñó el más flacucho, respirando entrecortadamente.

—Uno y medio por lo que ven mis ojos —matizó Vasco templando el tono.

Ambos se miraron sin saber qué responder. Al menos razonaban la propuesta. Un perro ladró dentro de una de las casas. Algunos postigos se abrieron dejando entrever una rendija de luz. Era un vecindario de gente humilde y temerosa, plebeyos, criados, malandrines de tres al cuarto. Absorbían la violencia sin atreverse a mover un músculo. Como mucho darían buena cuenta de la carroña. La cobardía y la seguridad que proporciona el rebaño estaban en la naturaleza humana. Culparlos por no interesarse por el asunto sería igual que culpar a una oveja por balar.

El de la cara ancha, la herida en la pierna hacía que se sostuviese renqueante, escupió un gapo al suelo antes de tomar la palabra.

—Ese de ahí… —señaló hacia el cabecilla tendido en el firme con las piernas abiertas y las manos inertes sobre la herida—. Era mi primo Macías, un buen hombre —tartamudeaba un poco,

su voz era bronca—. Y, a este, lo conozco de un día, pero sé que tiene esposa y dos hijos en el Alentejo.

—Seguro que Macías hubiera aceptado el trato, parecía persona cabal. Ya no hay nada que hacer. Es la mejor opción para todos —aventuró Vasco. Hurgó dentro de su falquitrera y sacó una bolsita que hizo tintinear—. Veinte ducados, son de vuesas mercedes, y también, para las viudas y los hijos, eso ya depende del criterio de cada uno.

Veinte ducados. Era una cantidad nada desdeñable.

El de menor envergadura, de nariz aguileña y orejas de soplillo, parecía opinar lo mismo, se adelantó un paso alargando la mano con una sonrisa que dejaba al descubierto los huecos de su dentadura.

—¿Hay trato? —inquirió Vasco.

—¿La carta y veinte ducados? —preguntó el grandullón que parecía hacer cuentas mentales, manaba sangre de la herida empapando sus calzas, se le veía sudoroso y cansado—. Más vale pájaro en mano que ciento volando —arguyó con un atisbo de sonrisa.

—La carta y veinte ducados.

—Tirad la bolsa al suelo —ordenó el matachín de la nariz aguileña—. Sin trucos.

—Sin trucos —repitió Vasco. No dudó en hacerlo. Más valía su vida que veinte ducados y todos los tesoros de la Alhambra juntos.

Cuando el flaco recogió la bolsa del suelo sonrió ladino a su compinche.

—¿Nos vamos o nos quedamos? —preguntó al grandullón que parecía tener pocas luces y no bajaba la punta de su espada—. Podemos quedarnos con este o ensartarlo en un pincho, nos darán recompensa.

Antes de que el fulano pudiera responder se oyó un zaaaaaas que rasgaba la noche. Un cuchillo salido de la negrura le había atravesado el cuello. El aliento salió del hombretón en una ráfaga encarnada y plumosa. De vivo a muerto en menos que canta un gallo.

«El fodido moro, al fin», pensó Vasco aliviado.

Era la especialidad del Seco Bargas, los cuchillos y matar por la espalda. Un maestro con la

faca. No era muy noble, ni su nombre aparecería en los romances de los trovadores, pero era un método muy efectivo, y Bargas un asesino consumado.

—Ya era hora —dijo Vasco a la brumosa oscuridad, a la par que una sombra alta y espigada se materializaba en la forma de un hombre embozado bajo la tenue luz que daba el farol de la esquina—. Aunque llegas un poco tarde.

—Me ha costado encontraros —masculló sacando otro cuchillo de debajo del ropón—. El genovés dijo que me llevabais poca ventaja. He dado vueltas y vueltas por este laberinto del demonio, hasta que oí el chocar de aceros. Habéis armado suficiente alboroto como para despertar a todos los corchetes y alguaciles de Lisboa.

Como para darle la razón un silbato sonó demasiado cerca seguido de unas voces que rompían la quietud noche.

—Parece que ellos también se han percatado.

—¡Socorro! ¡Socorro! ¡A mí la guardia del rey! ¡Dos espías castellanos!

Ambos se volvieron hacia el matarife que retrocedía detrás de la fuente con maneras desmañadas presa del pánico.

Ahora sí los postigos se abrieron y asomaron cabezas a contraluz.

—¿Qué hago con ese infeliz? —inquirió Bargas con una voz calmada, balanceando un cuchillo en la diestra.

—¡Decidid, portugués de mierda! —lo apremió Vasco—. ¡Os podéis quedar con la carta, pero nos devolvéis la bolsa con los veinte ducados! ¡Lanzadla, ahora! ¡O un cuchillo atravesará vuestro pescuezo!

La amenaza surtió efecto, el sicario arrojó la bolsa y Vasco alzó la mano enguantada para recogerla al vuelo. Asintió con la cabeza y, sin mediar palabra, Bargas entendió lo que había que hacer. Dio un paso atrás afianzando su cuerpo, el brazo derecho se dobló por encima de su cabeza para terminar estirándose y proyectar el puñal justo en el momento en que el talón del fulano se tropezaba con la pierna del muerto al que llamaban Macías, este percance le hizo perder el equilibrio, caer al suelo y salvar su vida in extremis. La punta de la faca le pasó rozando

la cabellera.

Bargas se encogió de hombros ante la mirada reprobatoria del leonés, como diciendo mala suerte. La parca no deseaba más ofrendas por esa noche.

Las voces y los pasos de los corchetes se acercaban cada vez más, estarían a un par de esquinazos.

—Salgamos de esta encerrona, Negro.

—Aquí somos carne de cañón —concedió Vasco enfundando su tizona y señalando a la callejuela empinada que bajaba hacia el arrabal de pescadores—. Hacia la Mouraria, a la casa de Ibrahim.

—¿Os fiais del judío?

—No nos queda otra.

—¿Y la carta?

El tiempo apremiaba.

—Que le den por culo a la carta, a don Gonzalo, a su alteza la reina y a la puta madre que la parió —sentenció Vasco enfilando hacia las escalinatas.

IV. Una belleza conquistada

Córdoba. Finales de mayo de 1483

Los dos jinetes detuvieron sus monturas exhaustas y se apearon de los caballos estirando los músculos entumecidos. Observaban soñolientos las últimas leguas del camino. A sus pies, la fértil vega del Guadalquivir con sus huertas y frutales tapizando el paisaje, y la ciudad de Córdoba levantándose en el llano, junto al meandro del río. Bargas le tendió una piel de vino y Vasco agradeció el gesto con una leve sonrisa.

Casi dos semanas llevaban cabalgando sin descanso desde que escaparon de la ratonera de Lisboa. Una encerrona que bien pudo haberles costado la vida. La noticia de que una pareja de espías castellanos andaba suelta por los arrabales puso a la ciudad patas arriba. Las puertas de la urbe permanecieron vigiladas día y noche, miembros de la guardia real patrullaron las calles con denuedo y cuadrillas comandadas por alguaciles llamaron casa por casa buscando a los malnacidos que habían asesinado a tres hombres de palacio. Rumiaba Vasco que de palacio tenían lo que él de monje —no le parecieron gentes de calidad, ni siquiera asesinos bien adiestrados, sino más bien valentones o jaques de medio pelo—. Incluso el puerto, en plena catarsis por la llegada de las naos, estuvo bajo estrecha supervisión de los soldados de la guardia real, soliviantando el ánimo de comerciantes, armadores y navegantes que veían como sus tratos menguaban y sus mercancías permanecían en las naves durante más tiempo de lo esperado, lo cual repercutía en sus bolsas y, por ende, en las arcas de la corona. Quizás fue eso precisamente lo que los salvó de un cacería aún mayor y más exhaustiva. Se escondieron en casa de Ibrahim,

un judío converso que la corona de Castilla tenía bien abastecido de plata en el barrio de la Mouraria. Los veinte ducados también terminaron finalmente en su bolsillo. Una lástima, veinte ducados daban para mucho en aquellos tiempos.

«Es el peaje por montar tanto alboroto, y por disponer vuestra huida», les dijo un Ibrahim ceñudo y pensativo, calentándose las manos mugrientas sobre las brasas del hogar cuando llamaron a su puerta en plena madrugada.

Permanecieron ocultos en un agujero frío y húmedo, bajo un saladero de bacalao propiedad del viejo, durante una semana, a base de pan, sopa de ajo y gachas, durmiendo entre cucarachas y ratones. Cuando las aguas se calmaron, el converso les proporcionó una vía de escape hacia el sur en una barquita de pescadores que pilotaban su yerno y su cuñado cual avezados lobos de mar. No hicieron más preguntas de las precisas, se trataba de gentes razonables y discretas. Arriaron velas y fondearon en una cala cercana a Sines. Allí tenían dispuestos dos caballos, víveres y un guía medio sordo esperándoles para cruzar el Alentejo. Tras diez días de tragar polvo y dormir al raso cruzaron la frontera por la Sierra de Aracena y llegaron a Sevilla, donde compraron monturas de refresco para el último tramo del viaje, y de ahí a Córdoba cabalgando sin perder una noche.

—Al fin en casa —suspiró Bargas dando un paso al frente, dejando que su alazán pastase en el prado salpicado de tréboles.

—Si tú lo dices, Seco. La mía está lejos de aquí —bostezó Vasco. El Bierzo quedaba muy al norte. Sintió una punzada de añoranza, un eco de su niñez; pero, la verdad era que pocos de los suyos quedaban por allí, y los que quedaban malvivían trabajando la tierra yerma por cuatro mendrugos de pan, o haciendo de palafranes de condes y marqueses. Lo de Álvaro de Luna llevó a la ruina a su familia, para siempre. Escupió al suelo. El pasado, pasado estaba.

—Vos no tenéis casa, maragato —estornudó Bargas—. En vuestro caso, uno es de donde pace.

—De todos lares entonces.

—Por lo que os conozco, será de todos lares y de ninguno.

—Está agrio —Vasco le tendió de nuevo el pellejo de vino a su amigo—. Habéis tenido suerte de que Isabel y Fernando se hayan instalado en Córdoba.

—No os quejéis tanto, que hemos llegado sanos y salvos, y eso es lo que cuenta.

—Aun huelo a pescado, a ese bacalao de los cojones —rezongó el leonés acercando la manga a su nariz—. Y vos, a yegua portuguesa encelada.

—Pues decidle a la Beren que os de un buen baño —los labios de Bargas se arquearon hacia arriba—. Y, si vos no queréis, no dudaré en ocupar vuestro lugar si a la dama le place.

—Es lo primero que voy a hacer en cuanto lleguemos —estiró el cuello con una media sonrisa torcida.

—Y que os enjabone y frote a conciencia, por todos los recovecos y os quite las malas pulgas —palmeó Bargas la espalda a su amigo—. Y, mejor que lo haga antes de que os vea don Gonzalo... u os huela.

La forma y la inclinación de los ojos del Seco Bargas, oscuros como un pozo sin fondo, daban a su rostro un aire naturalmente cínico, y habitualmente apuntalado por una sonrisa impertinente.

—El Capitán tendrá algo que decir… —Vasco sacó una piedra de sal de una bolsita y la colocó en la palma de la mano para que el animal la lamiera. Cojeaba un poco, tenía una pequeña herida en la pata delantera izquierda, pero llegaría a su destino. Se había portado. La última cabalgada fue sin descanso desde Sevilla hasta Écija, y después, siguiendo las aguas del Guadalquivir, el río grande, como lo llamaron los moros—. Alguien nos la ha jugado.

—No penséis más en eso, cuando un tonto coge la linde... —hizo un aspaviento con la mano —. Lleváis todo el camino obcecado sin dejar de hacer conjeturas a cuál más descabellada.

—A punto de morir estuvimos o, peor aún… de caer presos.

—A punto no es lo mismo que morir o caer… Siempre tan agorero… De peores hemos salido… y saldremos —dio un trago corto y se limpió el bigote con el dorso de la mano—. Mirad qué ciudad... ¡Qué maravilla! —exclamó Bargas cambiando de tema con un brillo de añoranza en su mirada, el pecho hinchado y los brazos abiertos.

A la caída de la tarde, con el cielo teñido de violetas y naranjas, desde las terrazas fluviales

que separaban la campiña de la vega, el paisaje era sencillamente espectacular. Casi a vista de pájaro se podía apreciar un esbozo de la ciudad a los pies de la Sierra Morena, sus murallas bordeando la curva del Guadalquivir. La mayor parte de Córdoba estaba protegida por sólidas defensas —aún perduraban en la memoria de los cordobeses los peligros de la frontera granadina —, y su caserío se dividía en dos grandes barrios: la Villa y la Axerquía, separados por un muro interior que iba desde la Puerta del Colodro hasta el río en paralelo a la Feria. Las torres y campanarios de iglesias, conventos y hospitales se levantaban hacia el cielo entre un entramado de casas encaladas. Empero, dos edificios destacaban por encima del resto flaqueando el acceso a la ciudad por el puente romano: el Alcázar de los Reyes, con sus torreones, jardines y huerta —todo amurallado—, y la imponente Catedral —la antigua mezquita aljama, consagrada al cristianismo cuando dos siglos antes Fernando III la liberó del poder musulmán— que daba la bienvenida a todo aquel que se aproximase desde del sur.

Vasco aguzó la vista, sus pensamientos aun reposaban en el Capitán. Los campamentos militares se levantaban extramuros, tiendas de tela blanquecinas formando hileras más o menos simétricas; un pequeño destacamento cerca de la Torre de la Calahorra, y otro, mucho más grande en extensión, se atisbaba más al este, al otro lado de la muralla almorávide que llamaban del Marrubial.

Bien sea dicho que conozcan vuestras mercedes que a finales del siglo XV la antigua capital de Al Ándalus era una de las ciudades más importantes del reino hispánico que intentaban construir Isabel y Fernando, tanto por sus habitantes como por su actividad mercantil. Con sus más de treinta mil almas y sus catorce collaciones era mucho mayor que los centros de poder situados en el corazón de la meseta castellana: Medina del Campo, Arévalo, Segovia, Ávila o Toledo.

—Dicen que fue esplendorosa cuando la gobernaban los tuyos, los califas. Que fue la capital del mundo.

Rio el Seco Bargas por lo bajini, su nuez subía y bajaba.

—Ahora, los míos son los vuestros. Soy tan cristiano como vos, Vasco, no lo olvidéis. De

niño me bautizaron en la mismísima catedral.

La familia de Bargas, mudéjar desde los tiempos de la reconquista de Córdoba, había mantenido sus costumbres y su religión durante generaciones. Pero, los vientos cambiaban con rapidez inusitada en el reinado de Isabel y Fernando, y no soplaban precisamente a favor de las minorías judía y musulmana. En los últimos años no fueron pocos los convertidos a la fe de Cristo por miedo a las represalias de la Iglesia y los oprobios y acusaciones de la vecindad. Y, en muchos casos, ni así era suficiente para la Inquisición, cuyos tentáculos eran cada vez más alargados y retorcidos.

—No me hagáis reír, a otro chucho con ese hueso, Bargas… os he visto con el culo en pompa rezando a la Meca.

Bargas no respondió a la chanza. Dio otro trago al pellejo.

—Aún no lo puedo creer… —musitó abstraído. Se pasó la lengua por los labios.

—¿El qué?

Amagó Bargas un atisbo de sonrisa que se quedó en mohín estirando su cuerpo cual largo era.

—Que los bárbaros cristianos hayáis conquistado toda esta belleza.

—Ya estáis con la misma cantinela de siempre... —bostezó Vasco—. La fe, Bargas, la fe es un poderoso aliado que mueve montañas, y mueve al pueblo llano con la promesa de la salvación eterna y hace que los infelices muramos por nuestros nobles…

—Que tanto nos cuidan… como vuestro amigo el Capitán. Cualquier día os dará una patada en el culo y si te he visto no me acuerdo.

—No es mi amigo —rezongó.

Movió la cabeza Bargas resignado, como diciendo vos veréis, volviendo a su discurso tantas veces manido.

—Vais siglos por detrás, no tenéis ciencia, ni médicos, más que esos galenos con sus punzones y sanguijuelas. No lo entiendo... —bufó—. Vuestros poetas y constructores nunca se acercaron a la belleza musulmana, sin los judíos no entendéis de finanzas, no sabíais de regadíos, ni de mar... —suspiró.

Vasco se sabía de memoria la retahíla.

—Y, sin embargo… —lo cortó en seco. El dolor de cabeza agudizado por el cansancio acumulado era bien patente. No había que darle a Bargas más cuerda de la precisa o podía pasarse así todo lo que quedaba de cabalgada—, aquí estamos... A punto de propinar a tus hermanos nazaríes un puntapié en el culo y arrojarlos al mar siete siglos después. Una sociedad que se mira el ombligo y se cree tan superior a los bárbaros que los acosan… lo tiene crudo, sobre todo cuando esos bárbaros no dudan... —filosofó—. Vuestros jodidos reinos de taifas no consiguieron en siglos lo que Isabel y Fernando han hecho en unos años: unidad, esperanza y fe para el reino de Castilla y de Aragón.

Bargas espantó moscas con la mano dando por zanjada una conversación tantas veces comenzada. Hizo visera y escudriñó el valle.

Un reguero de carros cargados de mercancías, venidos de la campiña y de la vega, a esa distancia parecían una procesión de hormigas, circulaban bajo el arco de herradura que funcionaba como puerta anexa al puente romano.

—Vamos, Vasco, parece que hemos llegado justo para la feria de mayo —se limitó a decir.

De un salto, el Seco Bargas montó en su alazán, tiró de las riendas y espoleó al animal, enfilando al paso hacia el camino que llevaba a Córdoba.

Vasco se dejó vencer por el sopor. El agua estaba muy caliente dentro de la tina. Cerró los ojos adormilado mientras unos dedos masajeaban su cuero cabelludo. Comenzó a canturrear sin percatarse de ello. El pelo, húmedo, le caía a la altura de los hombros. Las manos expertas de la Beren acariciaron su rostro anguloso curtido por el sol, su amplia frente, sus pómulos marcados, su nariz torcida, sus gruesos labios y su barbilla. Las yemas expertas de la mujer presionaban con meticulosidad cada centímetro de su piel.

—¿Qué tarareáis? —le susurró Berenguela, recorriendo ahora el cuello de Vasco, presionando en el punto justo, desentumeciendo músculos y tendones.

—¿Cómo? —gruñó este saliendo de la duermevela.

Un cielo añil se vislumbraba a través del vaho impregnado en el cristal del ventanuco.

—Ese canturreo vuestro. Se me antoja melancólico, triste... esa es la palabra.

Vasco cerró de nuevo los párpados. En su encierro en la Mouraria, escuchaba esas canciones desde el alba hasta el atardecer, graves y densas. Las cantaban los marineros al zarpar y las varinas cuando tejían o vendían el pescado.

—Es la música del destino, según dicen los lisboetas. No siempre es triste —matizó Vasco en un susurro ronco acariciando su mano. Había levantado su deseo—. Canta sobre emociones fuertes, amores y desamores, traiciones, celos, venganzas y desgracias.

Al momento Vasco fue consciente de su desliz.

—Lisboa... Lisboa... Ahora me entero que estuvisteis en Lisboa —suspiró paciente. Los ojos oscuros de la Beren lo observaban desde arriba, el ceño ligeramente fruncido. Sus manos bajaron hacia su pecho, y sus dedos se entretuvieron enroscándose con su vello—. Os fuisteis sin despediros —le dio un pellizco en el pezón derecho. Vasco se envaró—. Y, después de tres meses sin saber de vos, hasta creí que habíais muerto, aparecéis andrajoso y piojoso en la puerta de mi casa... pidiendo comida y catre.

Sonrió Vasco esquinado. Sus ojos grisáceos pedían algo más.

—Aquí estoy, que es lo que cuenta. Y, cuanto menos sepáis… mejor para vos, os lo aseguro.

—Siempre con tanto misterio —suspiró—. Os veo partir y cuando regresáis, venís con más hambre que un mendigo, más flaco que un galgo y con una nueva cicatriz —le acarició el costado. Era el recuerdo de unos malandrines en Ceuta, ellos se llevaron la peor parte.

—Y con la bolsa llena.

—Aún no he visto ni un solo real —advirtió la Beren socarrona.

—Pronto los veréis. Os pagaré el doble por mi estancia.

—No hace falta. Ya os fío, sobra confianza. Y, ni siquiera pregunto de dónde os vienen los dineros —hablaba la Beren alargando las sílabas en un tono suave—. No me miréis con esos ojos de cuadrillero —sonrió la mujer con desgana—. Que ya me sé vuestra coplilla —sus labios se acercaron al lóbulo de la oreja de Vasco—. Casa con vos, muy apropiado para vuestro carácter…

ese cante tristón.

—Pero también puede ser atrevido —entrelazó sus dedos callosos con los de ella, le dio un tironcito y la asió del cogote con la otra mano—. Dicen que estos fatum saben cómo nadie cantar la gracia y las desgracias de su pueblo.

—Malnacido de ojos bonitos... —susurró ella abriendo su amplia boca.

Sus labios chocaron y sus lenguas se enroscaron con la avidez de unos amantes primerizos. Ella bajó la mano y comenzó a masajearle su miembro ya enhiesto como el palo de un estandarte.

—Veo que no habéis perdido fuerzas, ni ganas... —sonrió la dueña de la casa de baños entre los vapores que emanaban del agua—. Supongo que me habréis guardado respeto y castidad.

—Suponéis bien —sonrió Vasco arqueando el cuerpo, su piel de gallina—. Igual que vos —jadeó.

Ambos se observaron conscientes de las mentiras del otro. Vasco tiró de su brazo, pero ella se mostró renuente.

—¿Algún impedimento?

La dueña de la casa de baños negó con la cabeza dibujando una sonrisa amarga.

—Esperad al menos que me quite este vestido. Cuesta las ganancias de una semana, y ni siquiera os habéis fijado en él.

Vasco reparó ahora en el elegante atuendo de Berenguela: una saya celeste de cuerpo y falda completamente lisos sobre un cos blanco. El escote en pico y sus bordes unidos con una trena acentuaban su exuberante figura a la par que le daban un toque de distinción.

—Estáis preciosa, como siempre. Poseéis la belleza de una reina, la entereza de un caballero y la astucia de un prestamista judío.

—Mejor que no sigáis por esa senda, piropear nunca fue lo vuestro —carcajeó—. Precisamente, habéis acertado, un prestamista judío me ha regalado este vestido.

—¿Un nuevo amigo? —inquirió con una punzada de celos mientras le desanudaba los cordoncitos que unían las telas por la espalda.

—Un antiguo pretendiente —gimió al tiempo que Vasco pasaba su mano por su espalda, su piel morena erizándose al contacto de sus dedos.

—Puede esperar, pues.

—Puede —acató ella—. Pero, no mucho, que una va cumpliendo años y hace ya unos cuantos que enviudé.

—Burro por burro, más vale el que conoce la casa.

—Y... quién os ha dicho que él no la conoce... —rio descarada. Ante la mirada torcida de Vasco besó su mejilla y añadió—: No os preocupéis, no tan bien como vos.

La Beren se retiró unos pasos para desvestirse. Se descalzó los chapines y se quitó la camisa margomada dejando al descubierto unos pechos abundantes de pezones rosados y empitonados, como rodajas de chorizo, que contrastaban con su piel morena. Fue dejando su ropa pulcramente doblada sobre una sillita de madera y respaldo de cuero, ubicada frente a un pequeño espejo redondeado que cubría el desconchón de una pared blanca. El pelo suelto y ondulado, color azabache, le llegaba por la cintura. Por sus venas corría sangre mora, eso saltaba a la vista, como por media Andalucía y media Castilla. A través del espejo cruzaron sendas miradas lujuriosas, sobraban las palabras. Ella se sonrojó cuando se despojó de bragas y medias, y se mostró ante Vasco tal y como su madre y Dios la habían traído al mundo.

El leonés se deleitaba dentro de la tina, contemplando sus piernas largas y fuertes, sus caderas anchas, su busto firme y su pubis velludo. Aun entrados los treinta Berenguela de Hinestrosa seguía siendo una hembra de bandera; conocía hombres que matarían por poseerla una sola noche y que se dejarían cortar un dedo por acariciarla.

—Ven aquí, reina mora... —la apremió con deseo.

Se mojó los labios cuando alzó la vista y sus ojos se encontraron con los de Vasco; abrió las piernas y, levemente, se masajeó entre los pliegues de su sexo acentuando la excitación del leonés.

—¿Me deseáis? —sonrió lasciva.

—Mucho.

Ella caminó de puntillas y se introdujo en la tina, aun humeante y caliente, se encaramó sobre Vasco y le colocó un pezón entre sus labios. Este lamió y chupó con avidez y después se sumergió en el valle que formaban los dos pechos de la Beren, ahogándose en aquel perfume incomparable que destilaba su piel. La Beren lo besó con pasión y ternura. La adoración incondicional que ella le mostraba, estaba enamorada hasta el tuétano, lo excitó aún más. Entró de golpe. Era deliciosa, un tumulto de sensaciones. Luz del sol y agua de mar, fruta madura de verano y almizcle. Se turnaron para guiarse uno al otro; no hablaron con palabras, sino con el roce silencioso de la piel contra la piel, el contacto de dedos y labios, la mezcla de alientos.

V. Un día de feria

Córdoba. Finales de mayo de 1483

Paseaban bajo un cielo despejado y un sol esplendoroso sobre el empedrado que subía aledaño al Alcázar por el barrio nuevo. Había dejado su humor huraño en el camino polvoriento. A cada paso que daba, Vasco sentía que las fuerzas volvían a él y lo revitalizaban. Después del baño y de un opíparo desayuno a base de queso con aceite, pan de centeno, gachas y vino aguado, salían a lucir palmito por la ciudad en ferias. Era uno de esos días en que la vida podía ser maravillosa, un regalo divino.

—Regresaré al atardecer —se despidió la Beren de Manuel, un hombre pasada la cincuentena, corpulento y calvo, sus manazas retorciendo el pescuezo de un gallo sobre una de las mesas de la cocina. Clac, clac. El encargado de la taberna que se había traído Berenguela del pueblo no tragaba al leonés. Y quizás no le faltaba razón; Manuel la quería como a una hija, y no veía con buenos ojos que un aventurero, un soldado de fortuna como Vasco, se trajinase a su señora, mojase sopas cuando gustase, durmiese a pierna suelta, y encima le robase el corazón. Pues por toda la servidumbre era ya conocido que la dueña del negocio estaba prendada del leonés de ojos grises y nariz torcida.

—Puedo mandar a Antoñín que os acompañe. En la ciudad hay mucho canalla suelto en estos días, debéis tener cuidado, señora… —dedicó una mirada torva al del Bierzo que acostumbrado a miradas torvas, aguantó estoico el envite—. ¡Antoñín! ¡Antoñín!

La cara rechoncha de Antoñín, fiel reflejo de la de su padre, asomó por la puerta del corral dibujando una leve sonrisa, los cacareos de las gallinas de fondo.

—Descuidad, Manuel, que ya tengo buena escolta —repuso ella—. Os lo aseguro.

—Solo me preocupo por vos, señora.

—Ya lo sé y es por ello que os lo agradezco de corazón —puso una mano sobre su hombro apaciguando su ánimo.

—Disfrutad del buen día, mi señora, que bien lo merecéis —le guiñó un ojo Azucena, esposa de Manuel y encargada de la cocina, mientras removía el guiso de lentejas. La cocinera era de las que se postulaba a favor de Vasco, y de que su patrona podría domeñar su corazón indómito—. Y seguro que don Vasco sabrá guardaros de los pillos y de los bribones —se limpió las manos en el delantal y cogió un cuchillo para desollar una liebre.

Masculló algo Manuel que no acertaron a oír del todo —algo como que tiene de don lo que vos tenéis de monja—, llevándose de seguido una colleja de Azucena, era una mujer de armas tomar y casi tan corpulenta como Manuel.

El negocio no le iba mal a Berenguela Hinestrosa, conocida en toda la ciudad como «la Beren»; la casa de baños y la posada en herencia que le había dejado su esposo, además de su apellido, daban buenas monedas con las que llenar la bolsa. Había enviudado joven, a los veintitantos, de un marido ya mayor, de cincuenta y muchos —las malas lenguas decían que se encaprichó de sus ojos y la sacó de puta del barrio viejo de Sevilla, y que ella a cambio le sorbió el seso y la hombría—. Sin hijos que mantener, le gustaba la buena vida y podía permitirse algunos lujos, vestidos caros y perfumes.

El barrio que prosperaba alrededor del Alcázar, perteneciente a la collación de Santa María, era parada obligada de señores, caballeros, escuderos, pajes y sirvientes, que se dejaban sus buenos maravedíes en la casa de baños después de un arduo viaje y antes de ser recibidos por los monarcas. La Beren manejaba su negocio con mano de hierro; se había ganado cierta fama en la ciudad de mujer de carácter y de no dejarse amedrentar por la adversidad. Y había invertido ganancias para agrandar el establo y ampliar el número de habitaciones, lo cual a su vez le repercutía en más ganancias. Poseía instinto para los negocios, de eso no había duda, y era perspicaz y obstinada. Tenía a su servicio a tres criados de confianza, Manuel y Azucena, y a su

hijo Antoñín, venidos de Andújar, que cuidaban de ella como si fuesen familia y de la fonda como si fuese suya, y dos palafraneros que se ocupaban de las cuadras, sobrinos de la cocinera. Por supuesto que también estaban las mozas que trabajaban calentando la tina y dando jabón cuando se terciaba, a las que permitía ganarse unas monedas, siempre y cuando el fornicio se realizase dentro de la posada y los clientes gastasen en el negocio —alguna incluso había conseguido buen casamiento—.

Sin duda que Berenguela Hinestrosa era un buen partido y una hembra a la que era difícil domar, como se decía en los mentideros cuando su nombre salía a la palestra. La Mora Rica, la llamaban algunos por su aspecto, envidiosos de la fortuna que se había labrado y de su buen hacer. Fuera de las casas nobles era lo máximo a lo que un hombre sin linaje y sin reputación que guardar podía aspirar. A estas alturas Vasco carecía de lo uno y de lo otro tampoco iba sobrado. Pero, se resistía el leonés a una vida placentera, había algo oscuro en su sangre que tiraba siempre para otro lado. Por algo lo apodaban el Negro; pero esto es otra historia que más adelante será contada.

Las puertas se abrieron de golpe. Un grupo de soldados salió al trote de las caballerizas del Alcázar en dirección al puente. Se apartaron para dejarles el paso franco. La visión de los jinetes canalizó los pensamientos de Vasco en otro sentido: debía contactar con don Gonzalo más pronto que tarde, y reportarle lo acontecido en el viaje. Un regusto amargo le subió por la garganta. Alguien los había traicionado en Lisboa. Era consciente que tanto el Seco Bargas como él eran peones totalmente prescindibles en una partida de ajedrez que jugaban reyes, reinas y duques, y en la que apenas lograba vislumbrar una panorámica del tablero. Quería verle el rostro al cordobés antes de sacar conjeturas prematuramente.

Puerca profesión la que le había tocado, pero no encontraba nada que se le diese mejor.

Berenguela lo cogió del brazo despreocupada, llamando su atención a la par que esquivaba unas boñigas de mula.

—Os hace falta un buen corte de pelo —dijo risueña—. Tenéis el cabello ensortijado de un muchacho. Y ni un ápice de calvicie.

—Algunas hebras grises ya asoman.

—En efecto, y eso os da un porte distinguido —añadió con retintín.

—Los años no pasan en balde... excepto para vos que mejoráis como el buen vino.

—Qué zalamero estáis hoy —replicó pizpireta—. Puede que… algún día no muy lejano tengáis a bien sentar esa cabeza vuestra —le dio un pequeño coscorrón.

—No sois vos la primera que lo intenta y por ahora ninguna lo ha conseguido.

Vasco se rio sin percatarse de la desazón en el rostro de Berenguela. Se soltó del antebrazo y le dedicó una ojeada pronunciada, de esas que en las mujeres constituye exclusivo acervo, fruto de generaciones y generaciones de aguantar en silencio a los hombres soltando toda suerte de estupideces.

—Espero no ser la última —farfulló desabrida un paso por delante, cabeza altiva, y apretando los labios en un gesto contrariado.

Bordearon en silencio el resto del perímetro de palacio y caminaron hacia el río hasta toparse con las murallas. Subieron a las almenas, a Berenguela le gustaba ver el gentío desde las alturas. Las aguas del Guadalquivir cargadas de limo y barro se arremolinaban en los pilares del puente romano y movían las palas de las norias que molían el trigo traído de la campiña. Las carretas cargadas de mercancía ya hacían cola para entrar en la ciudad. Pronto se le pasó el mal humor a Berenguela, era mujer práctica por naturaleza y agradecida con la vida —nadie le iba a aguar el día de feria, ni siquiera su amante taciturno—, y comenzó a hablar de las novedades de la ciudad jugando con los tirabuzones que le caían por el pecho, la sonrisa dibujada en sus labios.

—El progreso ha llegado al fin a estas tierras, de sopetón… con nuestros queridos reyes… después de décadas de sequías y hambrunas, la suerte está de parte de los cordobeses.

—La corte es lo que tiene, para bien o para mal la acompaña cierta opulencia —sus palabras contenían leves trazas de ironía.

—Con el comercio, el dinero cambia de manos y eso crea riqueza —afirmó escudriñando el vuelo de una garza que se posaba sobre el lomo—. Y es bueno para los negocios.

—Vos sois la experta en tales menesteres, a fe mía que buena fama os habéis labrado. La Mora Rica… por algo os viene el mote.

Berenguela se revolvió y se cruzó de brazos.

—A veces creo que os molesta que una mujer tenga algo más que serrín en la cabeza.

Sonrió Vasco.

—Al contrario, es algo que me estimula. Sois una rara avis dentro de vuestro género…

—Mirad quien fue a hablar —relajó su expresión—. Vos sí que sois raro… más que un perro con dos colas —conocía demasiado bien al leonés y su particular carácter, cuando quería pincharla quería decir que estaba de buen humor.

—En verdad que me encanta oíros platicar de negocios…

—No os creo del todo, ni siquiera un poco…

—Pues hacedlo, es cierto cuánto os digo.

Berenguela lo observó alzando una ceja.

—Lo único malo es que con la riqueza... vienen también los impuestos.

—De eso no os quepa duda, a nuestros señores les gusta sentirse cómodos allá donde ponen sus soberanas posaderas.

Ambos rieron y Berenguela continuó con sus diatribas.

Era un hecho constatado que la prolongada estancia de los reyes, a caballo entre Córdoba y Sevilla, había aumentado notablemente la actividad comercial en las tierras andaluzas. Se había incrementado el intercambio de seda con industriales italianos, y se habían organizado nuevos gremios de hiladores y torcedores. De igual modo, la lana había tenido la misma respuesta, creándose una creciente producción de paños con comercio tanto dentro como fuera de las fronteras de Castilla. No en vano, la cañada real soriana atravesaba la ciudad de Córdoba, disponiendo de descansaderos a la entrada y a la salida, en el Marrubial y en el Campo de la Verdad. Y el número de rebaños había aumentado considerablemente para abastecer los talleres.

La llegada de los reyes también había repercutido en otras mejoras urbanas, centradas en la ampliación y pavimentación de las principales vías; el soterramiento de arroyuelos; la mejora del

alcantarillado; y un nuevo y mejor abastecimiento de agua fresca. La gente prosperaba y estaba contenta con el rumbo que tomaba Córdoba y, por ende, sus vidas y la de sus familias. Casi todos.

Quizás había llegado el fin de las cortes itinerantes, suspiraba Berenguela Hinestrosa, la mente puesta en su casa de baños, y los reyes tomarían la decisión de asentarse en una ciudad que tanto los agasajaba hiciera frío o calor. Era lo que se comentaba en las plazas y en los mercados de la Medina y la Axerquía. Vasco dudaba que los deseos de Berenguela se cumpliesen, había servido a los «católicos» —como comenzaban a ser conocidos— en sus guerras, no los había tratado en persona, pero sí a quienes lo hacían. Se había forjado una imagen de Isabel y Fernando como gentes prácticas, versadas en las intrigas políticas y palaciegas, que aprovechaban cualquier resquicio para favorecer sus intereses. Como buenos soberanos, también conocían bien a su pueblo, a su manera se preocupaban de darle cobijo y le procuraban progreso y futuro. Sobre todo, le daban esperanza. Así lo tenían comiendo de su mano cuando había que utilizarlo en las empresas de la corona. La miseria, el hambre y la promesa de la salvación eterna eran poderosos aliados de los señores y de la nobleza. Córdoba era solo un emplazamiento estratégico en la reconquista que pensaban culminar Isabel y Fernando. Cercano a Sevilla y Cádiz, y, sobre todo, cercano, aunque a una distancia prudencial, de Granada, la obsesión de la reina desde que le hiciera la promesa al Papa de expulsar a los musulmanes de la península. En cuanto dejase de ser un enclave estratégico volverían a la costumbre castellana de cambiar la corte según su conveniencia.

Los rayos de sol se reflejaban en las aguas de un remanso a la altura del molino de la Albolafia, dándoles un brillo metálico que deslumbraba. La reina Isabel había dado orden de desmontar la noria, un año antes, cuando estaba preñada de la infanta María, arguyendo que el constante ruido que hacía al girar no la dejaba descansar en sus aposentos del Alcázar.

—Que el ruido de la noria no la deja dormir en su alcoba real… y va su alteza y para la noria —movió la cabeza Berenguela Hinestrosa con aire de reproche.

—Para eso es reina —sonrió él tomándola de la mano para ayudarla a bajar los empinados

escalones—. Para hacer lo que le plazca.

—Para eso y para más cosas —se recogió el vestido afianzando las suelas de corcho de sus zapatos en cada paso, la escalinata estaba plagada de verdín—. Os puedo asegurar que al molinero y a su esposa no les ha hecho ninguna gracia. Han tenido que volver a la sierra a cuidar puercos.

—Como vos decís, la ciudad progresa y la gente parece contenta —advirtió Vasco alzando la voz ante la algarabía que formaban las arrieros que avanzaban en sus carros.

—De todo hay en la viña del señor, bien lo sabéis.

Pasaron detrás de una cuadrilla de corchetes que montaba guardia en el puente. Observaban con desgana el paso de las carretas cargadas de género para vender en el mercado de la feria. El alguacil que los mandaba hizo una seña alzando el mentón desde la sombra del arco de herradura. El más bajito de sus secuaces, de calvicie incipiente y gruesas patillas, se levantó como un resorte y dio el alto a una tartana tirada por un par de robustos bueyes que bufaron cansados. Dos de sus compinches comenzaron a abrir vasijas de cerámica cargadas de aceite y a husmear dentro, hasta que el carretero visiblemente enojado dejó caer una bolsita a las manos del cabecilla que esperaba ya impaciente retándolo con la mirada, altivo y con actitud chulesca. La corrupción seguía campando a sus anchas, y era aceptada como algo natural en el día a día. Era ese un mal endémico que se agrandaría con el paso de los años y que socavaría los cimientos del gran imperio que aún estaba en ciernes y que nadie vislumbraba. Otra hubiera sido la historia y nuestra grandeza si los que estaban arriba hubieran primado con más frecuencia la justicia y la rectitud del buen hacer de unos pocos hombres honrados frente al egoísmo, la avaricia, la ruindad, la venalidad y la incapacidad de la mayoría de nuestros señores y nuestros nobles. «Qué buen vasallo que fuera, si tuviese buen señor». Ya lo decía el cronista en el romance del Cid; entonces uno recuerda a las gentes de bien y de baja cuna que tanto esfuerzo, lágrimas y sangre derrocharon para crear un imperio, y a cambio fueron tan mal pagadas. Créanme vuestras mercedes que las cosas, en una vida, bien poco han cambiado.

—En general sí… he de reconocerlo… la gente está contenta… —concedió ella abriendo las

manos en ese gesto tan característico. Caminaba resuelta sobre sus chapines de piel—. Ya sé que cuando las cosas le van bien a una no conviene quejarse ni alzar la voz.

—Percibo cierto cinismo en vuestras palabras.

—No es oro todo lo que reluce —replicó Berenguela frunciendo el ceño.

Un pequeño perro de pelaje áspero y sucio trotó hacia ellos, les ladró y salió corriendo cuando Vasco fingió que se agachaba a por una piedra para lanzársela.

—A qué os referís—se extrañó—. El mundo es mundo porque unos pocos imponen sus normas —ambos sabían cómo funcionaban las cosas. No se iban a escandalizar porque la corrupción campase a sus anchas entre los que tenían una pizca de poder.

—No eso, sino que han acontecido… algunas cosas desde vuestra marcha —se giró en redondo dando un tironcito al antebrazo de Vasco, el cual siguió sus pasos como un perrito faldero. Berenguela, ataviada con los mismos ropajes que un par de horas antes se había quitado (para deleite de Vasco), levantaba miradas de admiración y envidia a partes iguales entre los caballeros que cabeceaban a su paso quitándose el gorro y las damas que le sonreían con falsedad detrás de sus abanicos.

—¿Cómo cuáles?

—Como la ley de mujeres holgazanas.

Sonrió Vasco, esquinado, ante el comentario de su acompañante.

—Suena a chanza. No hay hembra holgazana sino marido que no sepa manejarla.

—No os lo toméis a la ligera, Vasco.

—No lo hago... contadme más. Desde luego que sus altezas ganan en extravagancias con los años.

—Se trata de una ley que ha promulgado nuestra querida reina Isabel. Afecta directamente a todas aquellas mujeres casadas o que tengan pensamiento de contraer nupcias en esta ciudad —arguyó—. Toda doncella que se case en Córdoba no tendrá derecho a los bienes y herencias tras la muerte de su marido.

—Una ley singular. Os habéis librado de ella por poco.

Berenguela respondió con un gruñido de desaprobación dando un saltito detrás de Vasco para parapetarse del barro que despedían las ruedas de una carreta cargada de naranjas. Las calzas de Vasco se ensuciaron a la altura de la pantorrilla.

—Se le ha antojado a su alteza que las mujeres cordobesas están ociosas —rio ella mientras le tendía un trozo de lino.

—No hay más que verlo.

—¡Vasco! —se quejó. Alejó las palabras con la mano como si fueran mosquitos.

—Cuéntame cómo ha llegado a esa conclusión nuestra querida Isabel.

—Resulta que su alteza Isabel —enfatizó las tres sílabas—, gusta de pasearse entre los adarves y torreones para contemplar las vistas de los atardeceres. Se ha corrido la voz y como es de esperar… a esa hora, aguardan en la explanada frente al Alcázar docenas de damas, señoras de las casas nobles y esposas de prósperos comerciantes en su mayoría, que salen al paseo con sus sirvientes y retoños, para contemplar a la reina y vitorearla, claro está.

—El pueblo siempre la ha adorado, es su punto fuerte, o uno de ellos.

—A la vista está… El caso es que Isabel, extrañada de ver siempre tal cantidad de mujeres sin hacer ninguna otra cosa que esperar su presencia, se acercó a ellas y preguntó a la más cabeza de chorlito (la primogénita de los Sotomayor), cuál era su dedicación y si ayudaban a sus maridos en las labores de sus oficios. A lo que ella, inocente de su respuesta, respondió de manera negativa diciendo «que para eso estaban ellos, ¡cómo manda la ley de Dios!». Ante dicha afirmación, la reina enfurecida por tal comentario les espetó que, si no ayudaban a ganar beneficios a sus maridos, tampoco tenían el derecho de disfrutarlos. Y, a los pocos días, ni corta ni perezosa, va y promulga la dichosa ley.

—Esa es nuestra reina, una mujer singular donde las haya, siempre pendiente de los pequeños detalles —suspiró Vasco quitándose las manchitas de barro con las manos. De sobra era conocida la fama de austera, ignorante de la opulencia que le rodeaba, y la profunda religiosidad de Isabel, en contraste con su esposo Fernando.

—Hoy estáis con cierto gracejo… Me gusta veros así… Pero, hecha la ley hecha la trampa —

sonrió ladina. Se ajustó la cinta que le recogía una larga trenza que le llegaba hasta la cintura y se retiró un tirabuzón despejando la frente—. Así pues, los enamorados acuden a Alcolea para el casamiento.

Vasco rehusó su mirada franca.

—Curioso hecho…

—La ley habla solo del sacramento del matrimonio en Córdoba —le dio ella la espalda.

—Eso lo daba por hecho, la holgazanería solo tiene cabida en las cordobesas.

—Sabéis vos que ahora tenéis la gracia en el culo —respondió soez Berenguela, a la vez que sonreía cortésmente, demasiado, a un hombre de barriga prominente, calvo y de cara ancha y sonrojada por el vino, enfundado en un sayo largo pasado de moda. El gordinflón parecía dar órdenes, enfurruñado y brazos en jarras, a un grupo de albañiles que reparaban una zanja en mitad de la calle maestra.

—¿Quién es ese? —quiso saber Vasco, no le había pasado inadvertido la exagerada reverencia que le había dedicado la Beren.

—El mayordomo de la ciudad, don Rafael Guzmán —susurró—. Sonreíd, necio. Es buen cliente, y se ha encaprichado de una moza de Montemayor que le hace ojitos y le frota la espalda. Conviene tenerlo contento, a ver si nos arregla el empedrado de Santa María. Será bueno para el negocio.

En lugar de sonreír, Vasco le dedicó una mirada taciturna y una mueca torcida que hizo que el otro bajase la cabeza. Cuando de acojonar se trataba, pocos ganaban al leonés.

Torcieron a la izquierda buscando sombra y se adentraron en el barrio de la Medina bordeando los muros de la catedral. Un niño de piel oscura vendía cucuruchos de almendras con miel. Berenguela se detuvo a comprarle uno. Se metió dos en la boca, y le tendió un puñado a Vasco.

Una multitud se agolpaba en la puerta principal del imponente edificio, bajo el minarete reconvertido en campanario cristiano.

—¿Reparten pan y vino...? —aventuró Vasco.

—Más bien están dando ostias como panes —Berenguela no solía morderse la lengua.

—¿Cómo es eso? —Vasco estiró el cuello.

Adentro había una especie de estrado de madera desde el cual una figura oscura arengaba a las masas con desigual suerte. Había algunos que se daban la vuelta con el rostro contrito y otros que lo jaleaban. Detrás de los naranjos había un pequeño cementerio con algunas cruces y lápidas de piedra. La escena resultaba ciertamente rocambolesca.

—El otro asunto que os quería contar —frunció sus labios y después esbozó una sonrisa gentil recogiéndose el vestido para depositar una moneda en la mano callosa de un mendigo tullido y tuerto que, al sentir el roce del metal, le devolvió una mueca desdentada—. La Santa Inquisición ha llegado a Córdoba.

Vasco dejó a la Beren en la puerta de la alcacería, quería comprobar la calidad de las nuevas sedas para las camas de la casa de baños, y, a base de codazos se situó entre las primeras filas.

La fodida Santa Inquisición.

Nada bueno podía traer la presencia de esos fanáticos religiosos. Perros sarnosos de Dios, farfulló para sus adentros. Follacabras. A su pesar, los conocía lo suficiente como para saber que mientras menos tratos tuviese menos problemas y remordimientos de conciencia le quitarían el sueño. Tampoco es que su conciencia apareciese en demasía, pero alguna vez se paseaba de madrugada entre susurros, y eso siempre incomodaba.

Subió al estrado y tomó la palabra un hombre corpulento en hábitos dominicos, de nariz prominente y rostro afable, pero de ojos duros como la piedra, cuya voz atronadora llenaba el patio de los naranjos. Conocía de sobra a Tomás de Torquemada y sus tejemanejes, no en vano había sido uno de los tres confesores de la reina por «su prudencia, rectitud y santidad», y a partir de ahí fue subiendo en el escalafón. Un sujeto astuto cuya ambición y fanatismo no tenía límites. El fraile dominico enjuto y enclenque, situado a su diestra, asintiendo a todo cuanto despotricaba Torquemada tampoco le era desconocido. Alonso de Ojeda, principal artífice de la Inquisición, hombre vil y desalmado donde los hubiera. Sabía de pocos con el alma tan podrida como la suya.

Vasco había presenciado el primer acto de fe de la inquisición en Sevilla auspiciado por el de Ojeda, dos años atrás, donde fueron quemados seis hombres y mujeres judíos en los llamados «cuatro profetas», que no eran sino cuatro grandes estatuas huecas de yeso dentro de las cuales los siervos del Dios cristiano metieron vivos a los herejes para asarlos a fuego lento, como cochinillos. Aún recordaba el hedor a carne quemada y los alaridos de los reos. El segundo auto no lo presenció, no tuvo agallas para hacerlo —tenía cierto reconcomio por dentro—, pero fue cómplice y partícipe, ya que fue enviado para infiltrarse en la llamada conjura de los conversos y desenmascarar a Pedro Fernández Benadeva. Tragó saliva recordando al buen hombre y sus buenos ideales. Se hizo pasar por un menestral converso expulsado de Segovia y pronto se ganó su confianza —ya os dije que Vasco era bueno en eso, en aparentar lo que no era y en que las personas confiasen en sus personajes—. Quizás si Fernández Benadeva hubiera llevado hasta el final la conspiración se hubieran evitado muchas atrocidades. Quizás si él no se lo hubiese puesto en bandeja a don Gonzalo y este a la reina, y la reina a la Inquisición… Quizás esos hideputa ahora no estarían allí subidos en unas tarimas, arengando a las masas, y alguno habría sido pasado a cuchillo, como bien se merecían muchos de esos mala sangre. Demasiados quizás. Agua pasada no mueve molino, se dijo, de nada servía lamentarse.

El tercer sacerdote era más joven que los otros dos, alto y espigado, de largos miembros, nariz aguileña y dos bolsas moradas cayendo de sus párpados. Cuando Torquemada habló de la purificación del alma y la salvación eterna, el joven inquisidor alzó la barbilla como un animal del bosque que oliera el humo.

—¿Quién es aquel? —preguntó a un gentil que escuchaba con atención a Torquemada, la angustia sembrada en su rictus. No era de los que aplaudían. Se fijó Vasco en que no era tan gentil y que bajo su ropón escondía un jubón con el círculo rojo en el pecho que marcaba a los judíos del reino de Castilla, también por obra y gracia de sus «católicas» majestades.

—Dicen que un tal Lucero venido de Huelva —respondió con un hilillo de voz—. Un don nadie.

Una brisa suave tiró de la capa del tal Lucero, las hojas de los naranjos que bordeaban el patio

se balancearon y se estremecieron. El aire transmitió la última afrenta de Torquemada en todas las direcciones. «…Marranos impíos arderán en la hoguera…».

Vasco ya había oído esa canción y no le agradaba la melodía.

Torquemada levantó un puño grande y carnoso. El rumor de la turba se hizo más profundo. Un diminuto torbellino de aire hizo volutas alrededor de todos ellos como preludio de la tormenta que estaba por llegar en los tiempos venideros.

Una muchedumbre enfervorizada abarrotaba los aledaños de la feria en el paseo de la ribera, un engrudo en el que se mezclaban personas y bestias casi a partes iguales. Como resultado, los sonidos se trenzaban unos con otros y se hablaba a voces entre rebuznos, balidos, relinches y mugidos. Los ganaderos venidos de la sierra y de la campiña llevaban como muestra a sus mejores ejemplares, mientras los rebaños esperaban a las afueras a que se cerrasen los tratos.

El viento dejó de soplar y el olor a humanidad y mierda, por momentos, se tornó nauseabundo. Berenguela se tapó la nariz con un pañuelo bordado. A Vasco le recordó a la fetidez de un campo de batalla, sólo faltaban la sangre y las moscas revoloteando sobre los cadáveres. Pasados varios minutos uno se acostumbraba a la pestilencia de tanto gentío y animal junto en un mismo lugar.

Convertida la calle en mentidero más zumbón que las gradas de la Corredera, cantaban sus bebidas aguadores y alojeros, vendíanse pastelillos y carnes sazonadas, proliferaban improvisados bodegones de puntapié para saciar el hambre por unos vellones, pordioseaban los mendigos, alborotaban criadas, pajes y escuderos tras sus señores, corrían todo tipo de especies e invenciones fabulosas de las guerras de los moros, se parloteaban en corrillos los acontecimientos y los rumores del Alcázar, que no eran pocos, y eran alabados el cuajo y la audacia caballeresca del Rey, haciéndose todos lenguas, y en especial las damas, de su elegancia y figura esbelta, que a decir verdad, ya no lo era tanto, pero la corona que portaba siempre hacía el resto.

La feria se concentraba en la cuesta que corría paralela a la antigua muralla romana que

separaba la Medina de la Axerquía; desde los baluartes del río —donde se agrupaba el ganado en corralas—, hasta la explanada de la Corredera, a la que algunos lugareños ya comenzaban a referirse como plaza. Eran dos ferias las que se celebraban en Córdoba al cabo del año, una en Pentecostés y la otra coincidiendo con el primer día de Cuaresma. En sus inicios fue lugar exclusivo para las transacciones comerciales entre mercaderes y ganaderos. Con el tiempo, y al calor de los negocios fijos, surgieron titiriteros ambulantes, tabernas, tenderetes de viandas, sombreros, telas y zapatos, y otras fiestas con las que celebrar los acuerdos comerciales allí alcanzados. El origen de tales eventos se remontaba dos siglos atrás, cuando el rey Sancho IV concedió a la ciudad el privilegio de contar con dos ferias del ganado en agradecimiento a la lealtad demostrada por los señores cordobeses cuando le disputó el trono al infante de la Cerda. Ese tipo de prebendas constituían por aquellos años un instrumento más político que otra cosa, ideado con el fin de apoyar la repoblación tras la reconquista, incrementar la actividad de los mercaderes y, como no, fortalecer las políticas fiscales recién inauguradas.

—La calle de la Feria en su apogeo… —observó Berenguela oteando a su alrededor.

—Y dicen que van a cambiarle los curas el nombre por el de algún santo… —apuntó Vasco con sarcasmo.

—¿Dónde habéis oído eso?

—Donde el Potro.

—Seguro que el Rana estaba pasado de ese aguardiente… Cuando el pueblo no está por la labor no se le pueden imponer nombres —repuso Berenguela con una expresión solaz en su semblante. Se había acercado a uno de los tenderetes adosado «al Muro de en Medio» a acariciar unas suaves telas de colores chillones.

Proliferaban estas construcciones, sobre todo desde la expansión del Barrio Nuevo de Tundidores. Con el paso de los años, los puestos se hacían permanentes, utilizando estructuras fijas y convirtiéndose en las llamadas «casas tienda», de varias plantas, dando como resultado construcciones con muy poco solar y no poca altura. Al tiempo que se consolidó aquel caserío adosado a la muralla, los tenderetes del otro flanco hicieron lo propio y terminaron

convirtiéndose en el Barrio Nuevo de los Tundidores —los artesanos que igualaban y recortaban los paños—.

—El pueblo tiene fuerza cuando quiere y cuando no bien se deja llevar —musitó Vasco todavía conturbado por la visión de viejos conocidos ostentando el poder inquisidor. Mala cosa, barruntaba.

—En eso os doy la razón.

Ninguno de los dos había pronunciado palabra alguna al respecto. Pero, en el rostro de Berenguela se vislumbraron también signos de preocupación cuando se alejaron del tumulto congregado en la Catedral, hasta que llegaron a la feria donde sus músculos al fin se destensaron y una sonrisa perenne afloró en sus labios. Las gentes que no fueren cristianos viejos tenían la mosca detrás de la oreja, cavilaba Vasco; como ella —por sus venas corría sangre mora, no había más que admirar su exótica belleza, sus ojos negros y su tez aceitunada—, y como el fodido Bargas —dudaba si su amigo estaría al tanto de que Torquemada y el de Ojeda rondaban por Córdoba, él también los había tratado—. Y, como tantos otros judíos, moriscos y conversos; gentes instruidas, gentes de bien leales a la corona, físicos, comerciantes, hombres de letras y de ciencia que eran tachados de marranos por los más rastreros. La envidia era un mal endémico asentado en Castilla, bien lo sabía Vasco. Si los reyes no veían las ventajas de tener a su servicio a súbditos capaces de generar riqueza, conocimiento y progreso, muy ciegos tenían que estar Isabel y Fernando, y muy lerdos debían de ser sus consejeros, sus obispos y sus nobles. Quizás no se mereciesen estar donde estaban. Era lo que había y no era bueno darle más vueltas.

Vasco se fijó en un lujoso paño de seda teñido de verde que acariciaba Berenguela.

—¿Os gusta?

—Es suave y resistente. Y, es precioso —añadió—. Me haría un vestido para deslumbraros.

—¿Cuánto queréis por él? —preguntó Vasco alzando la mirada.

El hombre de cabello ceniciento, de grandes y velludas orejas respondió con una sonrisa aviesa.

—Cincuenta maravedíes.

Vasco lo escrutó con ojos de halcón acariciando la falquitrera de piel que colgaba del cinto. Apenas tenía diez, porca miseria, no le daba ni para invitar a Berenguela a una buena comida en la Posada del Potro. Cuando cobrase su soldada del Capitán otro gallo cantaría.

Berenguela le tiró de la mano.

—Vámonos —alzó el tono de voz, falsamente airada—. Conozco quien puede vendernos paños mejores y a mejores precios… —dejó caer—… cerca de la Corredera hay un puesto de un joven veneciano del que todo el mundo habla, Giovani, y dicen que tiene buenas mercancías.

—El hombre propone y la mujer dispone —se encogió de hombros Vasco.

La sonrisa del comerciante se borró de su rostro achatado. Se estiró el ropón forrado de piel y se acomodó el fajín.

—Esperad, esperad. No vayáis tan rápido. Puedo haceros un precio especial —guiñó un ojo a Vasco—. Vuestra bella y adorable esposa os estará agradecida.

Las mejillas de Berenguela se tornaron de color rosado.

—Ni soy adorable ni le estoy agradecida —dio un paso al frente cruzando los brazos—. Este marido mío se pasa más tiempo en la taberna que cumpliendo con sus obligaciones.

—Pues no debiera descuidar su hogar —rio, sin querer su mirada bizqueaba y se perdía en el busto de la Beren.

—Lo de bella es un cumplido y os lo agradezco —repuso una Berenguela enérgica—. Pero, cincuenta maravedíes, con eso puedo comprar una vaca y tres puercos.

—Es una hembra de carácter —se disculpó Vasco, acto seguido Berenguela le clavó el tacón en su bota.

—Si yo le contara... —asintió comprensivo mirando de reojo hacia el balcón. Dos mujeres de negro los escrutaban desde arriba. Cogió la tela y se la pasó por la mejilla—. Suave… es el tejido cordobés de mejor calidad, y, mejor que el del italiano —dibujó un mohín de desesperación—... Señora, le dejo el paño por cuarenta maravedíes.

—¡Cuarenta maravedíes! —exclamó Berenguela fingiendo sorpresa, inflando los carrillos. Observó de reojo como dos damas de edad avanzada ricamente ataviadas, con vestidos de

calidad y cofias de lino bordadas, ponían la oreja en su conversación; matriarcas de los Angulo (nobles señores de Córdoba), tras ellas un sirviente y un mozo llevando fardos—. Es mucho dinero —se cruzó de brazos.

—Las telas bien lo merecen.

Berenguela le hizo un gesto con el dedo índice para que se acercase. El mercader, tras un instante de duda, bordeó el puesto picado por la curiosidad del regateo hasta situarse frente a Berenguela y Vasco.

—Estos paños... me los venderá por veinte maravedíes... —susurró ella.

Negó el comerciante con la cabeza.

—No puede ser… —carcajeó.

—Os conviene —replicó la Beren paciente.

—¿Y por qué debería hacer eso? —inquirió extrañado arrugando el morro.

—Porque yo fingiré que acepto sus cuarenta; lo vocearé bien alto para que me oigan esas damas emperifolladas de ahí atrás, las de los señores Angulo... Están interesadas en su mercancía y también están atentas a mi proceder.

—¿Quién sois vos? —preguntó rascándose una verruga debajo de la oreja.

—Aquí en Córdoba tengo un nombre, Berenguela la de la Casa de Baños, ¿habéis oído hablar de mí?

El vendedor entornó los párpados y asintió.

—La Mora Rica… —carraspeó—. Disculpadme, a mi edad ya me falla la vista.

—Berenguela Hinestrosa es mi nombre —respondió apretando los labios taladrando con la mirada al comerciante—. Y de mora tengo tanto como vos. Soy gentil, sin linaje pero de familia de cristianos viejos —dijo con demasiada convicción.

—Os pido perdón… Doña Berenguela. Tenéis fama de mujer de negocios... de fuerte carácter, pero justa en el trato.

—Está bien, no os preocupéis… acepto sus disculpas —reculó su actitud beligerante. Era hora de tirar del anzuelo—. Las Angulo, también saben quien soy... Con mis veinte maravedíes aun

obtendréis un beneficio de cinco maravedíes sobre el coste de producción de las telas —se las quitó al tendero y las acarició con las yemas de los dedos—. Si esas arpías creen que me habéis rebajado el precio a cuarenta, pensarán que es una ganga y querrán el mismo trato… por no ser menos que la Mora Rica… Os lo digo yo, que conozco bien a los de su condición. Vos sacaréis una buena tajada de ellas y de sus conocidas que no son pocas. ¿Qué os parece el trato?

El hombretón se frotó el mentón bajando hacia la papada. De soslayo oteó a las damas Ángulo que los observaban con disimulo cuchicheando entre susurros.

—Está bien —gruñó—. Pero, si se equivoca...

—Si me equivoco... —lo cortó—. Puede venir a mi casa de baños… que yo misma os prepararè el agua de la tina y os frotaré con jabón.

Sonrió el comerciante enseñando sus dientes amarillentos. Berenguela cogió rauda los paños y se los cedió a Vasco que los guardó en un zurrón de piel de vaca curtida.

—¡Me habéis convencido, mercader! —exclamó guiñando un ojo—. ¡Os doy los cuarenta maravedíes que pedís! ¡Espero que los valgan!

Berenguela, sacó una bolsita, contó los vellones sin mostrarlos y se la tendió al comerciante que, tras contarlos de nuevo, se la guardó presto dentro de la escarcela colgada del tahalí de terciopelo que le ceñía la túnica.

Mientras sorteaban al gentío subiendo la cuesta que los llevaba a la explanada de la Corredera, Vasco atisbó de soslayo como el vendedor sonreía de oreja a oreja mientras le vendía los paños a las damas de Angulo. Berenguela de nuevo lo tomó del antebrazo, sus ojos brillaban y sus labios se curvaron hacia arriba.

Sin lugar a dudas, era una mujer extraordinaria esta Berenguela Hinestrosa.

VI. El juego de cañas

Córdoba. El mismo día de feria de finales de mayo de 1483

Todas las mañanas de feria, antes de las primeras luces del alba, los comerciantes formaban fila ante grandes puestos a la espera de que llegaran los hombres del mayordomo y los ornados cofres de hierro que escoltaban desde el palacio de la casa consistorial. Cada comerciante que no tenía terreno propio pagaba una tasa y cogía del cofre un trocito de papel en el que se indicaba cuál de las decenas de nichos y cruces sería suyo aquel día. Ningún prestamista, carnicero, panadero ni granjero podía confiar en hacer fortuna conservando un sitio en particular. O así habría sido si el asunto no hubiera estado amañado. Mateo y un servidor solíamos andar por allí por si había con jaquetaalgo que rapiñar —alguna hogaza de pan suelta, un poco de tocino con patas o un trozo de queso que se caía al terruño—, y siempre dudé de que algo pergeñado con tanto esmero para dar la apariencia de ser justo estuviese a salvo de la corrupción. Sobre todo porque el mayordomo contaba los reales y los metía en una cajita, y siempre se guardaba algunas monedas entre los pliegues del ropón con una naturalidad pasmosa bajo la aquiescencia de mercaderes y el resto de hombres del consistorio que lo veían como algo normal. Así eran las cosas y así comenzaba la jornada en el llano de la Corredera los días de feria.

Para cuando Vasco llegó allí con Berenguela a la hora del juego de cañas, pasado ya el medio día, la explanada era un hervidero de actividad y fiesta. Los hombres y las mujeres cantaban y bailaban al son de las flautas y timbales de los juglares. Los titiriteros interpretaban sus pequeños dramas, ligeramente retocados para incluir en la historia alguna figura reconocible; los más populares eran aquellos en los que los nobles andaluces derrotaban a las huestes musulmanas y

recuperaban alguna ciudad de la frontera. Los criados de las casas de renombre se apresuraban con enormes cestas de mimbre sobre sus cabezas para abastecer las comidas de sus señores. Los pequeños prestamistas atendían sus mesitas, cubiertas de fieltro verde, y sus balanzas. Los viajeros y los curiosos se acercaban para admirar el caos. Los comerciantes anunciaban su género: pan, pescado y carne y telas, y daban orientación espiritual sobre cómo gastar los vellones. También había puestos de calceteros, guanteros, sombrereros, esparteros, jubeteros, curtidores y especieros. Y, el aire apestaba a excrementos frescos de caballo convertidos en pasta por el pisoteo de decenas de cascos de caballos y suelas de zapatos.

La plebe se diferenciaba claramente de la nobleza y de la nueva burguesía. Con las leyes suntuarias de Isabel y Fernando, quienes no tuviesen la condición de noble o un determinado nivel de fortuna, no podían vestir pieles, sedas ni determinados ropajes reservados a la élite —a los raterillos nos venía bien, era fácil saber cerca de quien había que estar—. Era esta una forma de discriminar como otra cualquiera, como con los judíos y los moros; así se las gastaban nuestras graciosas majestades, los católicos.

—Hoy tenemos juegos de cañas — advirtió Vasco observando alternativamente las cuadrillas que limpiaban el centro de la plaza y, al fondo, los andamios de madera con el dosel para la corte —. Dios los cría y ellos se ayuntan —mumuró, las tablas del flanco norte encontrábanse repletas de gentes de señorío vistiendo sus mejores ropajes rodeando a la reina y a su séquito, en gradiente, según la pureza de sangre o el abolengo de la casa. Era lo habitual en esos menesteres.

—Y mañana, toros — replicó Berenguela recogiéndose la tela del brial para no mancharse con el barro o lo que fuere pasando junto a un pequeño teatro de títeres—. ¿Os gustaría estar allí? Sentado entre las gráciles damas de la corte con jaquetas ribeteadas en oro y sombreros de terciopelo…

—No es mi sitio, bien los sabéis… ¿y a vos?

—A estas alturas… tampoco creo que lo sea —dibujó un esbozo de sonrisa—. Andad, dejémonos de cháchara, vayamos al mesón de Pedro Mejía, con los de nuestra ralea… antes de que se acabe el cocido que cocina su mujer.

—¿Os habéis enemistado con la Catalana? — preguntó Vasco con retintín. Era la dueña de la otra fonda permanente de la Corredera. De sobra era sabida en Córdoba la rivalidad entre ambas mujeres en cuanto a astucia para los negocios y belleza.

— Esa pelandrusca sube hasta el doble los precios en días de feria y agua el vino hasta hacerlo un caldo caliente que no hay quien lo beba — replicó presta. Se acercó al leonés y su mano se deslizó hacia su entrepierna, entre tanto gentío se disimulaba— . Ni se os ocurra ponerle los ojos encima a esa Catalana... — apretó el escroto de Vasco, este dio un saltito; los ojos de la Beren titilaban con furia—. U os corto estos cojones de toro bravo.

—¿Celosa? —carraspeó.

—Mucho —sus pupilas echaban fuego.

—No tenéis por qué —sonrió malicioso.

—Eso espero —ella cedió en la presión de su agarre—. Jamás os lo perdonaría.

Desde la balconada de la hospedería de Pedro Mejía tenía unas vistas privilegiadas de la Corredera. Ya se habían bailado las danzas al estilo aragonés y los zancudos disfrazados de moros y cristianos terminaban su parte de festejo. En la llamada Pared Blanca, el tramo desde la esquina de los obreros al testero alto, completamente lisa, sin puertas, rejas ni balcones, se había habilitado el dosel para la presidencia. La reina Isabel se hallaba en el centro, sentada en una silla de madera tallada, rodeada de sus damas de compañía, consejeros, confesores y nobles. Los guardias con las alabardas detrás, bien uniformados y atentos a cuanto ocurría a su alrededor. Desde la distancia se la veía un aura angelical, con su vestido color marfil de amplias mangas y tenues motivos florales, su cabello trigueño y su piel de porcelana. Relucía sobre el pecho el joyel regio de la cruz y la venera, muy consciente de la imagen de magnificencia que debía proyectar, y de la importancia que la propaganda y la escenografía ejercían sobre el pueblo llano. De naturaleza lozana y carácter fuerte, ya pasada la treintena —y cuatro hijos paridos—, aún conservaba cierta belleza de su juventud que encandilaba a la plebe.

El pueblo la vitoreaba y ella correspondía con una sonrisa glacial y un saludo

condescendiente.

—Con poco se conforma el gentío —era esa una voz atiplada y familiar.

Vasco se giró para encontrase de frente con las ojeras y el rostro afilado de Juan Álvarez Gato, siempre elegante y atildado. Eran viejos camaradas desde los tiempos de la conspiración de Juan Pacheco y los rebeldes que proclamaban rey al infante don Alfonso, ambos del mismo bando, el perdedor. Después eligieron acertadamente, al apoyar a la nobleza que logró el ascenso al trono de Isabel. Eran tiempos cambiantes en los que una cosa compensaba a la otra.

—Me alegro de veros, Gato —lo saludó con una leve inclinación.

—Y yo a vos, mi amigo leonés —respondió con el mismo gesto. Era el conocido literato un hombre delgado, estrecho de hombros, de bigotito y perilla. A sus treinta y pocos ya marcadas las primeras entradas en los laterales de la frente—. Me preguntaba si estaríais vivo o muerto. Había oído que disteis con una mala estocada en Toledo que os llevó al estaribel…

Vasco oteó a su alrededor. Estaban en un aparte en la esquina de la terraza. Había varios corrillos que comían y bebían sin prestarles la menor atención. Podían hablar en libertad.

—Bicho malo nunca muere, o eso dicen — sonrió este dándole una tarascada—. En Toledo pinché a quien no debía… pero ya se resolvió lo del hideputa, era de sangre noble, ya sabéis como se resuelven estas cosas.

—Por el Capitán, según dicen… parece que vuestros destinos están unidos por un lazo invisible… Quizás algún día debáis cortarlo y dejaréis de dormitar bajo su sombra. Os merecéis la misma gloria, que méritos habéis hecho de sobra.

—Uno se aferra a lo que puede.

—Eso desde luego, Vasco, pero os merecéis algo mejor que ser su perrito faldero —siempre tuvo el literato en alta estima las cualidades del leonés.

—Algún día Gato, algún día, como bien decís, cuando no deje a deber deudas… —infló el pecho antes de suspirar en un quejido—. Mientras tanto prefiero la sombra que me da el Capitán, que el sol a veces ciega.

—Habéis mejorado vuestro aspecto desde la última vez que nos vimos…

—En Ávila, si no recuerdo mal.

—En Sevilla, cuando lo de los judíos —corrigió—. Estabais en una taberna con la lengua bien suelta, despotricando toda clase de sandeces sobre los reyes, la Inquisición y no se qué conjura, os tuve que acostar antes de que perdieseis la cabeza o algo más.

—Tenéis razón —respondió Vasco sombrío.

Juan Álvarez Gato lo escrutó con curiosidad, con esa mirada tan suya, astuta, de zorro que olisquea el bosque en busca del rastro de una presa.

—Camisa limpia, aljuba de terciopelo, calzas nuevas, incluso oléis a lavanda. Parecéis un artesano recién salido de una casa de baños —sonrió ladino—. Y próspero —se ajustó la gorra entera de media vuelta y aplastada, al estilo milanés, adornada con cuchillas y una pluma blanca.

—Quizás me haya reconvertido a menestral.

—El mono no es nada, aunque vista brocado de seda —carcajeó. Tenía Juan Álvarez Gato un humor muy revirado—. No es vuestro sino, bien lo sabéis. Y, vuestra mirada os delata, no son los ojos de un curtidor de pieles ni de un ebanista.

—Seguís en buena forma, con la lengua bien afilada. Espero que también la pluma.

—En eso estamos, amigo, en eso estamos, buscando la inspiración entre la luna y el sol.

—Curioso oficio el vuestro… ganarse el pan con la inspiración y jugando con las palabras. Debe de cansaros, pues no tenéis buen aspecto.

—No es cansancio, sino desazón, mi buen Vasco. Llevo tres noches sin garabatear ni una sola frase, y eso desespera y altera mi ánimo y mi conciencia.

Encogió los hombros el leonés.

—Si vos lo decís, os creo.

Vasco se dio un tironcito de la manga de la aljuba, le estaba algo tirante, perteneció en tiempos pretéritos al difundo marido de Berenguela. De soslayo observó a la «Mora Rica» sentada en una mesa junto al dueño de la hospedería y varios señores de edad avanzada, ataviados con ricos ropajes, que la lisonjeaban sin recato.

—Una mujer interesante donde las haya…

En las escaleras que daban a la taberna, una criada gritó y un hombre rio en alto dándole otro cachete en el trasero. Nadie les prestó más atención de la debida. Pedro Mejías alzó su oronda cabeza, asintió dando a entender que estaba todo en orden y volvió a sus quehaceres con Berenguela y sus invitados.

—¿A quién os referís?

—A la reina Isabel.

—¿Y eso? —rio—. Os ha encandilado con su prosa y sus oraciones…

—A vuestra amiga Berenguela, zopenco —exclamó divertido—, a la que no paráis de mirar… y muy bella — dijo Gato sin volverse, cambiando el rumbo de la conversación—. Tiene un aplomo suave e inescrutable, una presencia sutil que atrae las miradas pero sin que pareciere que reclama atención, y cuando conversa muestra una intensidad amable que la hace aún más elocuente.

—Nadie mejor que vos para describir los encantos de una dama. Parece que la conozcáis.

Gato bajó la cabeza sonrojándose muy levemente.

—De pasada. Estuve ayer en su casa de baños, casualidades de la vida.

—Lo nuestro son las casualidades, Gato.

—Y, allí se susurraba sobre vos…

—Nada bueno, supongo.

—Que aparecéis y desaparecéis como los ojos de Guadiana… El leonés de ojos tristes, os llaman las mocitas. La mala fama, antes descubierta que la buena sea cierta.

—Es asunto mío y de nadie más.

Alzó la mano Gato en un gesto conciliador.

—Y de la dama, supongo.

Hizo Juan Álvarez Gato una pausa para que un joven zagal fornido y de aspecto tosco, uno de los hijos de Pedro Mejía, les sirviese una jarra de cerámica con vino dulce y dejase un cuenco con torreznos grasientos. A Vasco no se le escapó la mirada de complicidad que intercambiaron ambos.

—Veo que os sigue gustando el vino aguado…

—Deja menos resaca —replicó Gato con una ligera sonrisa.

—Pero tiene otro regusto.

—Deberíais sentar cabeza, Vasco, siempre dando tumbos por esos caminos de Dios, llenos de polvo y lodo —aplastó un mosquito sobre su cuello.

—Verdes las han segado ya… Quizás ese sea mi sino y no el que proponéis de asentar cabeza y posaderas — dio Vasco un trago largo.

—Os envidio, viejo amigo. Sois un hombre admirado, temido y amado, lo cual constituye el apogeo de las fortunas humanas.

—Los hay hábiles con las palabras y la pluma, como vos y… hábiles con el acero. Cada cual se gana la vida como puede —sonrió taimado.

—No me juzguéis mal… Simplemente, os pongo en antecedentes porque os aprecio — se apoyó el literato en la barandilla de la terraza. Se recogió un mechón que le caía por la oreja. Había un cierto amaneramiento en sus gestos. Con Vasco no lo disimulaba—. El que está a su siniestra es uno de sus principales pretendientes, un cambista converso que se está haciendo de oro en tiempos de guerra con los moros.

Vasco oteó por encima del hombro de su contertulio, bajo el toldillo entre las macetas. Un hombre que le podría doblar la edad a Berenguela, de pelo ralo caído a la altura de los omóplatos, mejillas hundidas y nariz aguileña, le servía una copa de vino entre las chanzas de Pedro Mejía y los otros dos. Berenguela sonreía coqueta. Una punzada de celos le atravesó el vientre.

—Las hembras buscan seguridad, Vasco... — posó la mano de finos dedos sobre su hombro —. Y, Berenguela Hinestrosa se está ganando a pulso las envidias y habladurías de buena parte de las damas de la ciudad, pavoneándose por Córdoba, acaparando miradas por doquier… las miradas de sus maridos.

—Ya sabéis mejor que nadie que la envidia es un pasatiempo muy nuestro.

—En efecto, pero eso no quita que sea un arma arrojadiza… Y vos no la ayudáis en nada,

paseándoos en plena feria con ella colgada de vuestro brazo. Una lengua afilada puede ser más dañina que la punta de una daga. Ya he escuchado de ella que una mora no debe amasar tanta fortuna y menos sin un marido que cuide de sus intereses —hizo una pausa. Se pasó la lengua por el bigote—. Corren tiempos revueltos, la Inquisición está en Córdoba, y los acontecimientos se suceden muy rápido. La época de nuestros reyes es época de cambio. Para bien o para mal.

Como en otras ocasiones, su viejo amigo tenía razón. Vasco asintió mirando al tendido. Tendría que tomar una decisión con Berenguela más pronto que tarde. No era cuestión de prolongar una situación improrrogable.

—También corren malos tiempos para los judíos y para los conversos —apuntó Vasco dando una giro a una conversación incómoda.

Sabía que el poeta simpatizaba con las minorías siempre que no estorbase a sus intereses.

—En eso tenéis razón. Breves treguas dan las adversidades —la voz de Gato tenía ese tono tan extrañamente atiplado.

—Esperemos que con la reina por estos lares, la sangre no llegue al río como en Sevilla.

—Mucho esperáis vos. Isabel ha cedido ante el empuje y la influencia de Roma. La bula papal de cruzada tiene mucho peso y Fernando… ya sabéis de su apoyo a la Inquisición.

Ambos se volvieron hacia el dosel real.

Observó Vasco en la distancia el rostro regio de Isabel, sereno y confiado, mezclado con una sonrisa no tan efímera como en otras ocasiones. Hernando de Talavera permanecía a su lado estoico, con la mirada ausente. A buen seguro que al confesor y consejero de la reina no le agradaba la presencia de tanto inquisidor por Córdoba. No en vano, el de la Orden de San Jerónimo se había opuesto a la creación de la Santa Inquisición, y había denunciado sus abusos en Sevilla, llegando incluso a predicar en las plazas de la ciudad con la idea de evitar medidas más duras contra una población que había sido convertida al cristianismo —pero conocía poco y mal los problemas de los sevillanos y a los hombres a los que se enfrentaba—. Y, cuando las cosas se torcieron, dio un paso atrás cobijándose bajo las enaguas de Isabel para escribir no se qué de un catecismo. Sentado a la diestra de la reina, se encontraba Gonzalo de Chacón junto a

una bella joven, que podía ser su hija o su nieta, y que había desposado en segundas nupcias. Decían de ella que le había quitado las penas, el aire melancólico y algunas telarañas. Conocía Vasco al consejero de la reina, un hombre cabal y recto —cuando lo de Sevilla intentó que el poder inquisidor menguase en Castilla, sin éxito—, obsesionado con servir a los intereses de la corona y de su reina, pero que había perdido fuelle, los años ya le pedían cuentas.

Ni rastro de Fernando ni de los hombres del rey, ni Peralta, ni Mendoza.

—Os esperaba en el graderío, junto a la corte — observó Vasco.

—Ya no sirvo a Isabel. Ni como escribano ni como mayordomo.

—No me digáis. Muy revueltas deben estar las aguas…

—Una tragedia… — el leonés enarcó una ceja ante el tonillo burlón de Juan Álvarez Gato—. Ya os he dicho que corren tiempos de cambio... Isabel me ha relevado de mis obligaciones. Quiere caras nuevas a su lado, a ese pedante de Nebrija, por ejemplo —dibujó un mohín de desagrado—. La Inquisición ya lo tiene enfilado por sus traducciones de los textos sagrados, que siga por ahí y ya verá…

—Dicen que es un hombre sabio.

—Y estirado donde los haya.

—Cuentan que anda recopilando unas normas para la escritura y el habla castellana, vos siempre decíais que era algo que había que hacer para asentar el idioma y darle lustre.

—Ya será menos… si lo dije sería azuzado por el vino… —repuso con ironía soterrada—. ¿Y qué sabréis vos de esas cosas?

—Poco y menos me interesan —cogió un puñado de torreznos del cuenco de madera. Hizo ruiditos al masticarlos—. No parecéis muy afectado por vuestra marcha.

—Cuando ya sean publicados mis días en mal gastados y todos cuantos pecados yo mezquino cometí, así os acordaréis de mí… — apuró su jarra, sus finos labios dibujaban una sonrisa de satisfacción—. Así tengo las noches para dedicar a la pluma, como vos decís… o al insomnio.

—¿Seguís pues con ese hábito vuestro de escribir robándole horas al sueño?

—Ya os dije que es cuando me viene la inspiración —se encogió de hombros el poeta

arqueando las cejas.

—No hay mal que por bien no venga, Gato — Vasco se acodó en la baranda de madera estirando los músculos del cuello. El gentío rodeaba la zona central del ensanche de la Corredera, que había sido vallada y era custodiada por un retén de soldados enfundados en relucientes cotas de malla y uniformes con capa—. ¿Y don Fernando? No he visto a ninguno de sus hombres de confianza — preguntó sin interés, más por matar el tiempo que por curiosidad. Si a la reina medio la tragaba, el de Aragón le causaba indigestión y flatulencias. Sus continuas intrigas políticas y tejemanejes lo habían metido en más de un atolladero.

—Dicen que cabalga por la marca fronteriza con el ejército, ya sabéis vuesa merced de su ardor guerrero… por Lucena tranquilizando a los lugareños que temen una represalia de los moros —hizo una pausa y se hurgó la oreja con el meñique—. La captura de Boabdil el Chico ha causado gran conmoción en ambos bandos.

Vasco tosió con un trozo de carne mal masticado. Dio otro trago largo apurando su jarra para evitar atragantarse.

—¿El rey nazarí ha caído prisionero? —barbotó.

—Veo que Berenguela os tiene sorbido el seso además de otras cosas — sonrió avieso. Ambos la miraron de soslayo—. No la culpéis, aun es solo un rumor que se extiende por Córdoba, pero en la corte los susurros son más certeros.

—Contadme cómo ha ocurrido.

—Se os ve curioso.

—No todos los días se captura a un rey, y más si lo es del reino al que se guerrea.

—Avatares del destino, Vasco —chasqueó la lengua—. Boabdil quería emular a su padre y partió con ánimos de castigar Lucena... Recibió una buena tunda de parte del duque de Cabra que reunió una hueste y acudió en auxilio de la fortaleza. Cayó prisionero, creyendo sus captores que por sus armas y ropajes se trataba de un caballero granadino de relumbrón, hasta que alguno de sus súbditos se fue de la lengua y lo delató... Eso es lo que se dice.

—Menudo mequetrefe tienen por amo los de Granada —bufó Vasco. Desde luego que los

católicos estaban bendecidos por la diosa fortuna, parecían tener una flor en el culo para que las cosas se volvieran a su favor.

—No debe tener buenas entendederas el moro…

— No lo parece… Estará contenta la reina — remarcó el leonés. Pensaba en si el Capitán estaría en Córdoba o haciendo alguna encomienda.

—De sobra es conocida la obsesión de los reyes por recuperar Granada, así lo han prometido a Roma. Cuentan que será su principal legado para la posteridad.

—Un legado bañado en sangre, como todas sus empresas —masculló Vasco. No en vano llevaba luchando para Castilla (en uno u otro bando) desde que tuvo edad para empuñar un acero.

—Aunque tengáis razón… —reconoció, se cruzó de brazos y se acarició la perilla en un gesto divertido—. Tened cuidado con vuestras palabras, la corona tiene ojos y oídos en cada esquina, en cada taberna y en cada zaguán. Se dice en la corte que el Capitán tiene pajarillos que le susurran al oído, y él a la reina —advirtió con sorna, sus ojillos destilaban malicia.

—¿Qué capitán? —repuso alzando una ceja.

—El vuestro, cual va a ser… Mirad, ya comienza el juego de cañas. Y, precisamente, ahí está vuestro amigo y principal valedor — apuntó con el dedo Juan Álvarez Gato, había cierto retintín en las últimas palabras—. Qué sorpresa… No ha querido dejar pasar la oportunidad de impresionar a la reina.

—No seáis malo —se mesó la barba y sus labios se curvaron hacia arriba.

Juan Álvarez Gato también conocía a don Gonzalo desde tiempos mozos.

—Más lo es quien lo piensa que quien lo dice —se quitó el bonete y lo dejó sobre el alféizar para enjugarse el sudor con un pañuelo de lino—. ¡Qué calor hace en estas tierras!

Los tambores comenzaron a repicar y el sonido de las trompetas se elevó por encima del griterío que ya inundaba los rincones de la plaza. Los padrinos que darían fe del ganador esperaban en el centro de la explanada. A la altura del Hospital de la Santísima Trinidad cabalgaba sereno Gonzalo Fernández de Córdoba, el mentón rasurado bien alto y la mirada fija

en la reina, al frente de dos cuadrillas de ocho jinetes con armaduras de caballería ligera y otras dos con igual número de infantes. Todos ellos pertrechados con largas lanzas y adargas de cuero teñido de azul sujetas con cuerdas a sus espaldas —se podía leer en ellas «donceles de la Reina» como mote de la cuadrilla—. También llevaban atados pañuelos celestes en la manga derecha a modo de distintivo.

Los caballeros azuzaron sus monturas al trote y en mitad de la plaza hicieron cabriolas varias para deleite de la plebe que vitoreaba al de la casa de Aguilar, don Gonzalo comenzaba a hacerse un nombre que destacaba por encima del resto. Finalmente, los jinetes se colocaron en una hilera en la parte occidental de la plaza y los infantes corrieron detrás de ellos formando en filas de cuatro. Todos parecían hombres curtidos y perfectamente adiestrados. Se notaba la mano del cordobés, caviló Vasco. Durante unos instantes, sus pensamientos viajaron de aquella noche en el Duero a la batalla de Albuera contra los portugueses, donde tantos hombres buenos murieron y donde comenzó a oírse bien alto el nombre del Capitán. La suerte repartía naipes muy desiguales.

—Tengo curiosidad por ver… qué sorpresa nos tiene preparada don Gonzalo — musitó el literato.

Jinetes ataviados con armaduras pesadas entraron en tropel en la plaza. Hasta treinta y dos, con adargas y pañuelos carmesíes, contó Vasco mientras formaban en paralelo en dos hileras.

Las cañas solían ser un pasatiempo exclusivo de la nobleza para deleite de los gentiles. En ocasiones el juego se tornaba peligroso, dependiendo de la fogosidad de los contrincantes, pero con este simulacro de batalla, se acostumbran los caballeros a no temer las lanzas en la verdadera guerra. Vasco se rascó la barbilla. No era habitual que participasen soldados de infantería en estos lances. Sobre todo, si se enfrentaban a caballería pesada.

Don Gonzalo se adelantó con su rocín árabe, negro azabache, hasta situarse al lado de los padrinos e hizo una reverencia a la reina que permanecía impertérrita. Del otro bando hizo lo propio otro caballero de rostro achatado y lampiño.

—¿Quién es? — quiso saber Vasco.

—Uno de los Guzmanes si no me equivoco, el padre y el hermano mayor están con el rey.

Los padrinos intercambiaron unas palabras con ambos y regresaron con parsimonia a la grada.

Empezaba el juego de cañas.

Una cuadrilla de ocho jinetes de rojo avanzó hacia el centro. Desafiaban abiertamente a sus oponentes que no parecían ansiosos por comenzar la liza. Los caballeros de azul se mantuvieron en perfecta formación ignorando las pullas que les lanzaban los del otro bando. Cuatro de los carmesíes se adelantaron medio cuerpo y lanzaron sus cañas contra las adargas celestes, toc, toc, toc, toc, sin que hubiera más respuesta por su parte que el relincho de sus rocines. El de los Guzmanes alzó el brazo y todos sus jinetes se situaron en el centro de la plaza en actitud amenazante.

El público se impacientaba, no era un juego como los que acostumbraban a presenciar, en los que los unos acometían a los contrarios con las largas cañas sin una estrategia preconcebida.

Don Gonzalo alzó la mano y los infantes se quitaron los escudos mostrando unas ballestas que llevaban escondidas atadas a su espalda. Lanzaron una andanada a la caballería medieval, que desde su posición no vio venir el ataque. La mayoría de las cañas, finas y sin punta, alcanzaron las armaduras de los caballeros de rojo. La plaza se llenó de vítores y aplausos. El de los Guzmanes gritó encolerizado y sus jinetes se prepararon para una carga. Los caballeros bajaron lanzas de madera y espolearon a los corceles hacia las filas de sus contrarios. Los de la cuadrilla celeste, perfectamente sincronizados, abrieron su hilera para escorarse en dos grupos hacia los flancos de la explanada. Al mismo tiempo, los infantes formaron un cuadrado perfecto, hincaron sus escudos en tierra los de delante y los de detrás sostuvieron lanzas clavándolas firmemente en el suelo, apuntando a los caballeros que se les echaban encima.

Vasco esbozó una sonrisa artera ante la estratagema que a todas luces había preparado su patrón. Sabía de la afición de don Gonzalo por estudiar textos de batallas antiguas y combinar diferentes técnicas de combate y cuerpos del ejército.

—Este don Gonzalo nunca dejará de sorprendernos — comentó Juan Álvarez Gato en un murmullo—. Siempre dije que apuntaba alto.

—Siempre lo dudasteis —puntualizó Vasco.

—En el campo de batalla, nunca —matizó—; en las guerras de la corte aún tiene mucho de estrategia que aprender.

Asintió Vasco. No era el único que opinaba de igual parecer. Gonzalo era demasiado directo y no sabía emplear subterfugios, lo cual le había llevado a enemistarse con el propio Fernando, que no aguantaba que fuera uno de los favoritos de la reina, sino el que más.

Entre murmullos, el gentío observaba con atención la escaramuza que se desarrollaba en la explanada: los hábiles jinetes de caballería ligera se movían como pez en el agua entre el polvo que levantaban los cascos de sus rocines, habían rodeado a sus contrincantes con facilidad pasmosa y lanceaban una y otra vez a los caballeros ataviados con sus pesadas panoplias, que faltándoles el espacio para maniobrar intentaban detener las puntas de las cañas con sus escudos. Los corceles árabes tan vivos, tan veloces, tan dóciles al freno, no tenían rival alguno frente a los destreros y palafranes que montaban los de rojo. La infantería resistía en el centro, sus palos eran un brazo más largo que los del resto y mantenían a raya a los rucios y sus jinetes, que, privados en el juego del uso del acero, poco más podían hacer que esquivar los palos si no querían terminar con un ojo saltado o haciendo el ridículo apeados de sus bestias.

El Capitán se divertía con el joven Guzmán, lo había apartado del grueso de la refriega e incluso se permitía el lujo de hacer cabriolas y jugar con el rapaz para divertimento de la plebe que vitoreaba el nombre de don Gonzalo a los cuatro vientos. Cuando la humillación alcanzaba cotas preocupantes, los dos padrinos se levantaron de la grada y agitaron sendos pañuelos blancos. El juego de cañas había llegado a su fin.

La reina parecía distraída hablando con Hernando de Talavera, pero Vasco se había percatado de que, de cuando en cuando, seguía con la mirada las gráciles maniobras de su fiel capitán.

VII. El capitán

Córdoba. Finales de mayo de 1483 (al día siguiente del juego de cañas)

Desde el alba las calles de la ciudad estaban ya repletas y animadas para despedir la feria de Pentecostés. Las ruedas de los carruajes repiqueteaban sobre el empedrado. Los obreros iban y venían reparando y haciendo el mantenimiento del puente. En el mercado, los carniceros vendían filetes de ternera, pechuga de pollo, lomos de cerdo, higadillos y sesos, y los panaderos, horneaban la masa del pan y de las dulzainas. Delincuentes de baja estofa levantaban con palas las boñigas de los callejones y del firme, vigilados por alguaciles ojerosos con aliento a vino que llevaban los colores de la reina. Los naranjos que bordeaban las vías principales mostraban orgullosos sus flores de azahar, y adelfas y jazmines coloreaban las plazoletas abrazando las altivas palmeras.

Quizás no fuese posible que la ciudad tuviera el mismo aspecto que en otros tiempos mejores, que sonara y luciese como lo había hecho en el esplendor Omeya — como argüía el condenado Bargas—; pero, después de años de hambruna y miserias, corrían buenos tiempos para Córdoba. Y sus católicas majestades habían contribuido al progreso, de eso no había lugar a dudas. Aunque las minorías judía y musulmana pagasen el pato del festín. Siempre hay alguien que pierde para que otros ganen, no dirán vuestras mercedes que no es ley de vida, antes ahora y siempre.

A lo que vamos, vestía el leonés su viejo coleto de cuero cocido tachonado de acero; capa, calzas marrones y botas altas completaban el atuendo. Llevaba la ropera y la daga al cinto. No

era cuestión de desentonar en el campamento con la soldadesca, y su aspecto debía ser confiado y gallardo.

Se estiró sobre el caballo para dejar paso a una cuadrilla de guardias que daba el relevo en las puertas de la muralla. Le dolía la espalda a la altura de la zona lumbar. Las camas de la fonda del Potro no eran tan acogedoras como las de la casa de baños de la Beren. Tras el juego de cañas llegó el lanceado de toros y antes de que el primer astado hiciese su aparición en la plaza, Vasco se escabulló con su viejo amigo Gato sin despedirse de Berenguela Hinestrosa. «Vos sabréis lo que hacéis con esa dama que, aunque sin linaje, vale más que todas las nobles cordobesas juntas». «Allanarle el futuro», le respondió un Vasco taciturno, con un pellizco en sus entrañas, muy adentro. «Sois hombre con suerte y obtuso donde los haya», añadió el literato, «muchos se dejarían cortar un dedo por yacer con semejante hembra».

En eso y en otras muchas cosas tenía razón Juan Álvarez Gato.

Un regusto amargo subía por el esófago del leonés. Aspiró hondo y espantó las caricias de Berenguela de su mente. Se merecía un futuro mejor que tener a su lado un soldado veterano sin más oficio ni beneficio que espadachín y espía, y con la bolsa medio vacía. Para ser sinceros, tampoco se imaginaba Vasco su vida futura regentando una fonda, calibrando la temperatura del agua de los baños o sirviendo cochinillo a los nobles que acudían a ver a los reyes, y engordando junto a Berenguela por muy sinuosas y suculentas que fuesen sus carnes.

Se acarició la falquitrera escondida bajo el jubón. El encuentro con don Gonzalo no debía demorarse más. Apenas unas monedas, lo justo para comer y dormir un par de días, y beber en compañía de Gato y Bargas, si es que aparecía. Había acudido a la casa de sus padres despuntando los primeros rayos de sol, en el arrabal del Campo de la Verdad, en lo que algunos seguían llamando de Saqunda, pero la encontró cerrada a cal y canto. ¿Dónde demonios estaba el condenado moro? Se lo imaginaba putañeando o durmiendo la mona, o ambas cosas.

Ya tendría tiempo de buscarlo. Ahora, tocaba rendir cuentas y cobrar.

Espoleó su caballo y enfiló ribera arriba hacia los campamentos de levante, la retaguardia de los ejércitos de lo que algunos empezaban a llamar con buen tino «reino de España», esa quimera

que Isabel y Fernando se proponían alcanzar más pronto que tarde con el colofón de la conquista de Granada en el horizonte; aunque de todos es sabido que en unos años el colofón sería otro, mucho más grandioso que el anterior, y en el que tanto Vasco como el servidor que humildemente escribe, pusimos nuestro granito de arena. Pero, esa historia la dejaré para más adelante.

Dos guardias soñolientos, ojos rojos y con aliento a vino, se olía desde la montura, se levantaron y salieron a su encuentro pica en mano.

—Santo y seña para entrar al campamento —dijo el del pelo revuelto bostezando alzando el mentón. Dio un hipido y el otro soltó una risotada.

Los oteó Vasco y no estaban para muchos trotes, utilizaban las picas para sostenerse más que para otra cosa.

—Si tantos halcones la garza combaten, a fe que la maten

—Si tantos halcones la garza combaten, a fe que la maten —repitió—. Ese era el del mes pasado…

—Sí, ese ya no os sirve. Habéis llegado con cierto retraso —asintió el del rostro aniñado y sin un pelo en la mejilla—. No sois soldado —lo oteó de arriba a abajo.

—En efecto no lo soy, pero lo fui —acarició el cazo de la ropera escudriñando a los dos mequetrefes.

—Lo siento, no podéis pasar —dijo el del pelo revuelto en tono firme dando un paso al frente secundado por el otro guardia. Tenía cara de pilluelo.

Ambos se miraron con una risilla de complicidad.

—Pues id a avisar a don Gonzalo Fernández de Córdoba.

De nuevo los labios del rapaz se curvaron hacia arriba.

—¿A quién? Ese no me suena. Llevamos poco tiempo por aquí, y nuestras órdenes son estrictas.

—Muy estrictas —repitió el compinche en tono cómplice, demasiado.

—Tendréis que esperar a que venga Romerito.

—¿Y quién diantres es ese Romerito? —preguntó Vasco, ojos entornados, ya se olía la picaresca.

—El que pone el santo y seña cuando le sale de los cojones, y el que nos ha dado este uniforme y estas picas.

—Y el vino —añadió el del rostro lampiño, se hurgó en la nariz y se sacó un moco que se limpió con el sayo—. Pero vendrá tarde, ha ido a la ciudad a conseguir más telas para las tiendas.

—A ver a un italiano—terció el primero—. No lo esperéis hasta el almuerzo, si es que viene, porque cuando va a la ciudad se le complica el día.

Vasco suspiró hondo, acarició el pomo de su espada primero y después rebuscó dentro de la falquitrera y les tendió dos vellones. No quería tener un altercado a las primeras de cambio, mientras menos llamase la atención, mejor que mejor.

—¿Os vale así el santo y seña hasta que venga Romerito y sus cojones?

Ambos se miraron y, tras un parpadeo, asintieron volviendo a la sombra del roble dejándole el camino libre al interior de campamento.

Las carpas de lona se levantaban en ringleras más o menos paralelas formando un amplio rectángulo a las afueras de las murallas del Marrubial. Los hombres se afanaban en sus quehaceres diarios, entraban y salían de las tiendas, bromeaban y compartían en corrillos los chascarrillos de la noche de farra. En su mayoría eran mozalbetes, apreció, y no tenían aspecto de soldados. Mesnaderos, más bien, pastores y agricultores reclutados para la ocasión. Había una cierta relajación en sus semblantes y ademanes. Los veteranos habrían partido con Fernando y su recua de nobles lisonjeros. Respiró hondo sorbiendo mocos y los escupió al suelo de un gapazo. El Capitán decía que la Corona necesitaba un ejército regular si aspiraba a consolidar su estatus, pero para ello había que conseguir hombres dispuestos y mucho oro para mantener la costosa maquinaria que conllevaba tamaña empresa. Oro que la Iglesia y la Cruzada proporcionaba de forma regular. En esta solución se hallaba el germen de un mal endémico que perduraría durante décadas, sino más, e iría socavando los cimientos del imperio que estaba por venir como la

carcoma pudre la madera: la estrecha y lucrativa simbiosis entre el poder eclesiástico y el Estado. Una relación que con el paso de los años se tornaría indisoluble. Con un poco de tiempo llegaremos a esa parte, ahora centrémonos en el asunto de este capítulo. Vasco cabalgaba entre las tiendas del campamento.

De una de las lonas salieron dos mujeres con el pelo revuelto, el vestido sucio y el cansancio dibujado en su mirada. Un soldado barbudo, sujetándose el calzón a pecho descubierto, se despidió con una vulgaridad y volvió adentro enseñando su velludo trasero. La más joven, apenas llegaría a los veinte, le tendió una bolsita a la otra y esta se la guardó presta bajo los pliegues de su vestido —manchado de barro, vino y otros efluvios—, antes de agacharse, recogerse los flecos y orinar en cuclillas aireando sus bajos a plena luz del día. Esbozó la hembra una sonrisa insinuante ante la mirada torva del leonés. Tenía vello abundante en las pantorrillas. No había pudor en un sitio como aquel.

—Si queréis alivio, por diez blancas os hago un apaño —negó Vasco con la cabeza. Se levantó de un salto la mujerzuela y agarró a la otra por el cuello metiendo la mano debajo de la camisa para mostrar un pecho turgente y blanquecino—. Las dos por diez… —carcajeó ronca, había un puntito de locura en su mirada—. No encontrareis nada mejor…

Vasco espoleó a su montura impertérrito, sintió una punzada de nostalgia que le duró apenas un segundo. Cerró los ojos. En otros tiempos, en otro lugar, él había sido uno de ellos. Carne de cañón. Un arma en manos de reyes, duques, marqueses y condes para defender unos intereses que la mayoría de estos pobres diablos no alcanzaban a comprender. Vasco el Negro lo apodaron, un soldado con pocos escrúpulos capaz de lo mejor y de lo peor, al que algunos llamaron héroe por degollar en la noche a niños vestidos de soldado a la orilla del Duero. Algunos de esos recuerdos le removían su escasa conciencia. Mejor no pensar en ello. Tampoco era que su situación hubiese mejorado en demasía. Ahora, él era una herramienta algo más sofisticada, pero sirviendo a los mismos y corriendo los mismos peligros, siempre al filo de la navaja. Cortó en seco ese hilo de pensamiento, a nada bueno le llevaba.

Estornudó y escupió al suelo otro gapazo, en primavera siempre tenía mucho moco. Se detuvo

ante un caldero humeante atendido por un cocinero desdentado con la calva reluciente. Reprendía este a un arrapiezo con el que a buen seguro compartía cierto parentesco, al menos las mismas orejas de soplillo y los mismos ojillos de topo.

—Buenos días nos de Dios —saludó Vasco apeándose del alazán con soltura.

Ambos se volvieron sin disimular su pereza.

—Buenos días serán para vos —bostezó el hombre; dio un pescozón al aprendiz y se limpió las manos en el delantal grasiento. Sin prestarle atención, el mozalbete arrojó unos trozos de tocino de un saco de carne y dio vueltecitas al guiso de la marmita con un cazo herrumbroso. No olía mal el rancho de la tropa. Los había olido y comido mucho peores— . Estos condenados tragan como diablos, ya sea en tiempos de paz o en tiempos de guerra.

—No me cabe la menor duda — repuso Vasco con una media sonrisa.

—Y los peores son esos mercenarios germanos — gruñó.

—Desde luego —lo secundó Vasco—. Comen como bestias.

La Iglesia y la Corona habían movilizado a sus recursos de propaganda, que tan bien manejaban y buenos resultados les daban. En todos los púlpitos de Castilla, Aragón, Sicilia y Cerdeña resonaba el llamamiento pontificio que apelaba al sentimiento religioso de los fieles y excitaba el ideal de la guerra santa contra el moro.

—Pardiez, ya no sé de donde voy a sacar condumio para tanto animal de bellota —apretó los labios como si hubiera mordido un limón. Giró la cabeza y miró al joven con incredulidad y desdén—. Deja de echar tocino, idiota, o nos quedamos sin sustancia para mañana —hizo un intento de darle otro pescozón, pero esta vez el chico fue más rápido de reflejos.

—Busco a don Gonzalo —atajó Vasco, no estaba para monsergas y tampoco le iban a sacar más blancas.

El cocinero tardó unos segundos en responder, no sin cierta sorna.

—¿Cuál de ellos? Abundan en estas tierras muchos Gonzalos y más que vienen de la meseta.

—El de la casa de Aguilar —añadió en tono firme.

—Ah, ese capitán... Su tienda está pegada al arroyo —se volvió y se metió en la boca unos

dedos regordetes de uñas negras haciendo presión sobre la lengua. De sus labios brotó un agudo silbido—. ¡Matallanas! —gritó a la par que le daba una patada en el hocico a un perrillo escuálido que lamía el caldero con ojos suplicantes—. Jodido perro sarnoso... ¡Este de aquí busca a tu señor!

De un corrillo de tres soldados uniformados, a unos veinte pasos, se volvió el más alto, barbudo y orondo. Sostenía un pincho con carne grasienta que asaba al calor de la lumbre. No tardó en reconocer Vasco a Rafalito Matallanas, uno de los hombres de confianza del Capitán. Ambos se conocían de la guerra con los portugueses. De poco seso y poco razonar, pero de lealtad inquebrantable. Oriundo de La Rambla, un pueblo de la campiña cercano a Montilla, cuya tenencia de la fortaleza había ostentado don Gonzalo después de su hermano Alonso. El hombretón, alto y fornido como una montaña, hizo visera con las manos y aguzó la vista. Se lo quedó mirando unos instantes, masticando un pedazo de panceta como una vaca que rumia el pasto.

—¡Diantres! ¡Si es el condenado Negro, en persona, con su nariz torcida, más feo que un mono! —una sonrisa afloró entre su tupida barba—. ¡Este mala madre tiene los cojones de un toro bravo y el virote de un caballo! —los dos soldados rieron la ocurrencia de Matallanas—. ¡Os creíamos muerto en Ceuta!

Desde luego que la discreción no era una de sus principales virtudes. Le faltaba vociferar que volvía de una misión de espionaje en el reino de Portugal. Vasco tiró de las riendas de su caballo y caminó hacia Rafalito Matallanas. Vestía el rambleño un sayo sin mangas por el que sobresalían las del jubón. Las piernas cubiertas por calzas, un peto y espaldar para proteger el lomo.

—Pues siento desencantaros, Falito, ya veis que sigo vivito y coleando —sus labios se arquearon en un esbozo de sonrisa.

—Mirad ese acero, Juanillo —cogió del hombro a un jovenzuelo de barba rala y mirada ojeriza—. Ese pincho ha matado a más hombres que pelos tenéis en los huevos. Y, a esa daga no hay que perderla de vista… es capaz de trinchar un pollo antes incluso de que se diese cuenta de

que estaba muerto.

—No asustéis al muchacho, Rafalito.

—Para eso haría falta algo más que vos —replicó el mozo con expresión huraña.

Matallanas le dio un empellón y el mancebo bajó la cabeza dando un paso atrás.

—Un respeto a tus mayores, Juanillo. Diablos con el rapaz… ha salido respondón.

—A esa edad muchos lo son —terció Vasco.

—Me alegro de veros —el hombretón lo calibró con la mirada y le dio un abrazo, zarandeándolo—. El Capitán pregunta por vos cada día. Ya sabéis que no pierde la esperanza fácilmente y, a su manera, os aprecia —se quitó el capacete y se enjugó el sudor que le caía por la frente. El sol empezaba a apretar desde bien temprano—. Venid, está haciendo prácticas de tiro con las espingardas.

Le dio un medio abrazo y lo cogió por el hombro. Tras una breve inclinación de cabeza a los otros soldados se encaminaron hacia el borde septentrional del campamento. Dejaron el jamelgo a cargo del que Matallanas llamaba Juanillo y se apellidaba Ponce de León, quédense vuestras mercedes con ese nombre y ese personaje.

—Aun sigue con esos artilugios...

—El Capitán pregona que son el futuro del ejército. Ya lo conocéis, siempre pergeñando nuevos trucos para utilizar en el campo de batalla...

—Ya presencié el juego de cañas de ayer.

El carcajeo de Rafalito Matallanas se transformó en tos.

—Me libré por poco, tenía una jaqueca descomunal... Pues con esas está... Dando protagonismo a la infantería. Y, además quiso darle una lección al joven Guzmán.

—Bien aleccionado salió de la Corredera.

—Ese Guzmán es espada mellada en vaina labrada, y no le perdona el Capitán al padre que apoyase a su tío, el conde de Cabra, cuando lo retuvo prisionero —nada más decirlo, una sombra oscureció el rostro del fornido rambleño. Ambos callaron en señal de respeto, sabían que a don Gonzalo no le gustaba que se hablase de aquellos años enclaustrados en Santaella en los que su

esposa falleció presa de su propia sangre—. Sígueme, Negro, te llevaré con él.

Atravesaron la zona de lonas en las que se alojaban los soldados extranjeros que habían acudido a la cruzada. Altos, de piel blanquecina y rubicundos sonreían con descaro a las mujerzuelas que les preparaban la comida. Se juntaban en grupitos alrededor de la fogata, sin uniformar, en calzas y camisas, escudos y armas desparramados por el terruño. Al fondo se escuchaban ladridos y quejidos de bestias. Un corrillo de una veintena de soldados jaleaba con fervor en no menos de tres lenguas diferentes.

—Les encantan las peleas de perros, los gallos y los toros. Todo lo que sea ver sufrir a los bichos los pone locos —masculló Matallanas escupiendo al suelo—. Condenados diablos…

Atisbó Vasco entre las piernas de los soldados como un enorme mastín daba una dentellada en el cuello a un cruce de lobo de pelaje oscuro que pronto se tiñó de rojo.

—¡Fali! —le gritó un mercenario ebrio con la enseña del ducado de Anjou en el pecho alzando una jarra de vino. Un enorme mostacho rubio le cubría el labio superior. Apenas chapurreaba castellano, las palabras salían entrecortadas de su garganta—. ¡Esperar esta noche partida de dados!

—Ya veremos, Gastón, ya veremos… —repuso hosco.

—¡Dar revancha! —rio.

Alzó la mano Rafalito con desdén apretando el paso sin responder.

—Estos hijos del demonio acuden a la guerra como moscas a la miel y cuando ven que aun no hay moros a los que clavar el pincho lo único que hacen es armar bulla. Han venido de todos lares… tenemos franceses, polacos, suizos, algún hideputa inglés también ha caído por aquí… pero los peores son los lansquenetes, esos germanos lo único que tienen son ganas de matar o de foder …

—Un cruzada sin guerra no es una cruzada.

—Pronto la habrá... No lo dudéis. Pero, mientras tanto van acumulando pecados que perdonar a base de fornicio y de emborracharse hasta las trancas —emitió un sonoro eructo—. Es lo que les ha dado el rey para que se mantengan sin armar bronca y no entren en la ciudad... Putas y

vino.

No lo dudaba Vasco. Un ejército ocioso no acarreaba más que problemas. Y Fernando era gran conocedor de la naturaleza del hombre.

Eran estos mercenarios consecuencia de la bula a favor de la Reconquista granadina; en ella se otorgaba una indulgencia plenaria a cuantos contribuyesen en la causa. La súplica dirigida por los reyes al Papa para que confirmase las indulgencias para la conquista de Canarias pedía también que las ampliase a la guerra con el reino de Granada. Los monarcas buscaban un nuevo tipo de cruzada con mayores alicientes, semejantes a los de la lucha contra los turcos. Fue un año antes cuando llegaron a un acuerdo con Roma para unir sus fuerzas contra los infieles. Los estados pontificios y sus aliados atacarían al turco, e Isabel y Fernando a los moros de Granada. Sixto IV había impuesto un décimo de un año al estado eclesiástico y se reservaba un tercio para la guerra antiturca, dejando el resto para la campaña de Granada. La bula era mucho más rica en gracias y favores que las anteriores, tanto para los cruzados como para los contribuyentes con su limosna. Además de motivar el Papa a todos los fieles a que colaborasen con sus nobles y sus reyes, otorgaba cuantiosos favores espirituales. Con el fin de aumentarlos se aplicó a la Cruzada los legados donados para redención de cautivos, se promulgó la paz en la cristiandad y se prohibió perturbar la guerra contra los moros e invertir dineros en fines extraños a la misma. Emisarios nombrados para tal empresa fueron Francisco Ortiz, Pedro Ximénez de Préxamo y Fray Hernando de Talavera, otorgándoles facultades para componer y dispensar a su albedrío. Bajo la tutela de aquellos actuaron predicadores, jueces y comisarios diocesanos. El resultado fue que millares de cruzados vinieron a la Península a pelear y hasta que la guerra empezase de verdad había que entretenerlos como fuere.

—Putas y vino pagados por la gracia de Dios... —sonrió Vasco.

—Tiene cojones, Negro, por doscientos maravedís os dan la absolución y por cien salís del purgatorio —gruñó—. No hay derecho, yo que llevo yendo a misas de domingo desde que nací… y matando moros desde muchacho…

—¿A cuánto sale el cielo? —preguntó socarrón, sin olvidar que por diez vellones uno podía

aliviarse con dos desgraciadas.

—A cincuenta castellanos de oro por cabeza —consiguió arrancar una sonrisa del rambleño —. O algo así…

—Mucho es. Casi prefiero veros la cara en el infierno y que nos mee San Pedro desde arriba.

—No bromeéis con las cosas de Dios, Negro, que todo lo ve y oye… —replicó tosiendo y señaló con el mentón hacia las tiendas de los rubicundos—. Y, encima los hideputas mangurrianes me sacan la soldada por las noches a base de timbas y dados. Ayer perdí un cuarto de salida del purgatorio —asomó un atisbo de su dentadura amarillenta.

—Debéis dejar los vicios, Falito… os consumen.

—Cuando vos dejéis el vino y las mujeres. Además, nuestro Dios lo perdona todo rezando un avemaría y tres padres nuestro.

—En eso tenéis razón, suerte que tenemos… —carcajeó Vasco. Rafalito apretó el paso para no cruzarse con otra pareja de mercenarios que lo saludaban con la mano—. Creía que las leyes de nuestros queridos reyes prohibían los juegos de azar... para preservar la pureza de nuestras almas.

—En las guerras siempre hay un aparte, amigo, bien lo sabéis, la reina es indulgente cuando le conviene… —sonrió mordiéndose los labios. Hizo una pausa el soldado para cambiar de tema. Subían por una pequeña trocha que circundaba una verde colina plagada de jaramagos y amapolas—. A propósito, alguna vez habréis de contarme de vuestras ausencias, aparecéis y desaparecéis como el Guadiana, y ni el Capitán ni vos soltáis prenda. Solo sé que os fuisteis a Ceuta.

—Alguna vez, Falito, alguna vez. Cuando te corten la lengua los moros te contaré mi historia —lo palmeó en el brazo.

El inconfundible ruido de las espingardas comenzó a oírse como truenos en la lejanía.

—El diablo se os lleve, condenado leonés. Sé guardar un secreto como el que más —golpeó una piedra con la punta de la bota—. No me malinterpretéis, mi lealtad… ya sabéis que es inquebrantable hacia don Gonzalo, le debo mucho, pero uno se harta de hacer recados por el

campamento. Vos podríais ayudarme, por los viejos tiempos…

—Queréis medrar…

—Solo un poco, uno cumple años y tengo ya el culo pelado de tanta cabalgada.

—Veremos que se puede hacer, pero no os prometo nada.

Algo se removió en su conciencia. «Por los viejos tiempos». Esos viejos tiempos siempre retumbaban en su cabeza de cuando en cuando, como el repiqueteo de fondo de un tambor, y siempre volvían para ajustar cuentas pendientes. Se acordó de cómo había luchado con Falito Matallanas, espalda con espalda, dando mandobles y estopa a los portugueses antes de que saliesen corriendo con el rabo entre las piernas. Esos eran los viejos tiempos, teñidos de sangre roja y borboteante.

Detrás de la loma, una explanada se abría al encinar a los pies de la sierra. En la linde del arroyo se levantaban una docena de espantapájaros ataviados con turbantes y túnicas nazaríes atados con sogas a unas cruces hechas con palos.

Un grupo de soldados alineados en parejas, a unos cincuenta pasos, se turnaban para cargar y disparar a los muñecos. El Capitán y un hombre canoso, de rostro huesudo y alargado, daban órdenes y adiestraban a los infantes en el uso de las armas de fuego.

—¿La Santa Hermandad? —preguntó Vasco. El viejo que cargaba la espingarda vestía con sayo de paño blanco, la cruz granate bordada en pecho y espalda.

Se encogió de hombros Rafalito. El olor a pólvora se hacía patente a cada paso que daban.

—Ese es Bermudo Villaescusa, un experto armero de Castilla, toledano según cuentan... Estuvo a las órdenes de Carrillo y no suelta prenda de en qué bando peleó en la guerra, si con la Beltraneja o con la reina —explicó. Movió los dedos haciendo un gesto de «no importa»—. Ha caído por estos lares y en gracia con el Capitán... Es reservado y habla poco, y tiene unos cambios de humor bruscos, pero sabe Dios que conoce como funcionan esos canutos escupe fuego del diablo.

—El Capitán utiliza los recursos que tiene a su alcance —repuso Vasco consciente de que él

era uno de esos recursos.

—De sobra lo sabéis, es hombre pragmático donde los haya y lo que le importan son los resultados.

Gonzalo Fernández de Córdoba se acercó a Vasco enjugándose el sudor que le caía por la frente con un pañuelo. Ya en la treintena era un hombre vigoroso, de complexión fuerte y piel atezada, con un rostro agraciado de mandíbula ancha y pómulos salientes. Algunas entradas despejaban ya su amplia frente. Siempre elegante, vestía con ropas de calidad, botas de cuero alto, camisa blanca de seda de mangas anchas y jubón de terciopelo azul.

El de la Santa Hermandad se desgañitaba detrás, como un poseso, con uno de los espingarderos apremiándole a cargar el arma con más brío.

El saludo fue firme. Ambos se cogieron del antebrazo con fuerza, de igual a igual. Los ojos verdes del capitán se clavaron en los de Vasco a la misma altura.

—Me alegra veros, Vasco —su sonrisa parecía sincera.

—Más me alegro yo de veros a vos —replicó seco.

El de Córdoba lo escrutó de arriba a abajo, asintiendo, dando por bueno el aspecto que presentaba.

—¿Cuándo regresasteis?

No acostumbraba Vasco a mentir al Capitán, era de sobra una cualidad que ambos valoraban.

—Antes de ayer, al caer la noche… cruzamos el puente.

La sonrisa se desvaneció del rostro de don Gonzalo al registrar la mirada glacial del leonés.

—¿Y Bargas? —preguntó cruzando los brazos.

—Con menos rasguños que yo. Andará de jarana por la feria siguiendo el olor de alguna hembra.

Asintió el de Córdoba frunciendo el ceño.

—Esperaba con ansia noticias de vos… ¿Por qué esta demora en vernos?

Vasco evaluó al hombre que tenía delante. Su mirada parecía franca, sin titubeos, como siempre había sido. Y, sus gestos decididos. Aunque en su oficio debía ser precavido, no le

quedaba otra que confiar en aquel que lo había enredado en los tejemanejes de la corte. Otra andanada de las espingardas tronó a sus espaldas. Y de nuevo se desgañitó el armero toledano increpando a toda la tropa.

—Os conozco como si os hubiera parido, leonés —continuó el Capitán escudriñando sus ojos grises, como si pudiese ver en su interior—. Algo os conturba. Vuestras razones tendréis.

—Alguna sí que hay —replicó con voz queda.

—Vayamos a mi tienda —sugirió estirando el brazo para ceder el paso.

Matallanas hizo ademán de seguirlos, pero el Capitán se volvió y lo paró en seco.

—Falito, acercaros a la intendencia y que nos traigan vino y buenas viandas. El leonés y yo tenemos mucho que hablar.

Matallanas abrió la boca para decir algo, pero se lo pensó mejor y calló. Exhaló bruscamente y dio media vuelta. Ante todo Rafalito era muy bien mandado.

—Debéis de confiar más en Falito, está deseando que le encomendéis otras tareas y demostrar su valía. Es un hombre que daría la vida por vos.

El Capitán lo ojeó de soslayo.

—Os ha entrado un venate fraternal con Matallanas… vaya, quien lo diría viniendo de vos…

—Por los viejos tiempos —precisó.

—Bien pasados están, leonés.

—Siempre quedan rescoldos…

—Cada cual tiene su sitio en este mundo, Vasco —replicó con paciencia—, y Matallanas no es de los que saben cerrar el pico. En el campo de batalla, desde luego que lo quiero cubriendo mis espaldas, sabe manejar esa tizona larga como un diablo. Pero, mientras tanto… es lo que hay.

—Puede intentarlo, devoción no le falta —insistió.

—Quizás… más adelante —apuntó don Gonzalo circunspecto rascándose la oreja.

Vasco asintió. Sabía que el Capitán maduraría la idea en privado.

—No habéis partido con el rey hacia la frontera… —apuntó Vasco cambiando de tema.

—A vitorear al hideputa del conde de Cabra, mil rayos me partan antes que hacer de palmero de mi tío… —escupió bajando el tono de voz—. Deduzco que ya os habéis enterado de la captura de Boabdil.

—La suerte acompaña a Isabel y Fernando por donde quiera que van…

—Desde luego que la fortuna está de su parte.

La tienda del capitán se erguía en lo alto de una loma, a la sombra de un alto alcornoque custodiada por dos lanceros de rostro lampiño uniformados igual que Matallanas. Serviciales, inclinaron la cabeza a su paso.

—Estáis pertrechando a la tropa como es debido —dijo Vasco al echar la cortina.

—Es un primer paso. Hay que mantener un ejército estable y adiestrado. Son muchos los peligros que acechan a Castilla; y no solo están en Granada. Italia, Francia, los turcos, sin olvidar a los portugueses —de una jarra vertió un poco de agua en la jofaina y se lavó las manos polvorientas—. Que os voy a contar que no sepáis ya... —rio un puntito nervioso—. Al contrario, sois vos el que me tenéis que poner al tanto de cómo bajan las aguas por Lusitania.

—No tan revueltas como por aquí.

Se quitó el cinto y el acero el de Córdoba, dándole la espalda se abotonó una jaqueta sin mangas adornada con motivos geométricos y se recostó en una jamuga. Estirando un brazo abrió el arcón al lado del camastro, rebuscó entre sus ropajes y sacó una bolsa llena de monedas de plata. La agitó un poco y se la lanzó a Vasco, este la cogió al vuelo y tanteó su peso satisfecho.

Treinta reales de plata, con el cuño real, suficiente para salir de apuros, comprar ropa nueva, un traje, un caballo, liquidar deudas, ordenarse un poco la vida. Comer caliente sin depender de los muslos generosos de Berenguela Hinestrosa

—Esto por regresar con vida —señaló el de la casa de Aguilar—. Y, el resto, como siempre, depende de lo que contéis.

Serían diez excelentes de oro que añadir al botín. Más otros diez que se quedaría el Capitán como pago por su rescate del estaribel de Toledo.

—Este viaje casi me costó el pellejo —graznó el otro—. Poco me parecen.

—Gajes del oficio, amigo Vasco. Nadie dijo que fuera un trabajo fácil —chasqueó la lengua y torció el gesto en una pose muy suya cuando algo lo contrariaba—. Para ello os saqué de la cárcel, para que fueseis mis ojos y mis oídos —le recordó en un tono tajante. Parecía un puntito nervioso—. Sois un hombre notable, poseéis ciertas habilidades… que no creo deban ser desperdiciadas; por vuestros origenes tenéis la educación de la que otros carecen, también tenéis la cabeza bien amueblada y sois diestro con el acero. Sin duda fue una lástima que vuestra familia cayera en desgracia cuando lo de Álvaro de Luna, pero las cosas son así… —eso era innecesario—. Podéis probar suerte de nuevo en el ejército, ya veis que el campamento está repleto de buscavidas de la peor calaña, o podéis vender vuestros servicios como matarife de tres al cuarto… o, podéis trabajar para mi —abrió las manos en un gesto que daba a entender que eso era lo que había. Tenía los labios tensos en un rictus burlón.

Atrás quedaron los tiempos en que eran iguales. Muy atrás, en la orilla del Duero o en la batalla de Albuera.

Vasco respiró hondo. Mantuvo su rostro hierático. La espalda erguida; la expresión dura. Tenía que preguntárselo ahora. Llevaba con ese resquemor desde la celada de Lisboa.

—¿Sabíais vos que era una trampa?

Don Gonzalo le dirigió una mirada de advertencia, pero Vasco se mantuvo impertérrito.

—¿A qué os referís?

—A la carta para el duque de Braganza y a la celada de la que escapamos por los pelos, a estocada limpia. A punto estuve de que me ensartaran como a un cerdo cuatro matarifes en una plazoleta.

El Capitán tardó en responder. Quizá demasiado, pensó Vasco, como si intentase deliberadamente que no pareciera que tenía la respuesta demasiado preparada.

A unas malas podía clavarle la punta de su ropera, degollar a uno de los guardias, batirse con el otro, y salir cagando leches por la linde del arroyo, mientras los espingarderos hacían prácticas con su culo. Y, después a esconderse en un agujero bien hondo, de los alguaciles, de la Santa

Hermandad y de su puta madre.

No era un buen plan, definitivamente no lo era, tendría que apechugar con lo que había.

—Sabía que algo olía a podrido —masculló, sus ojos verdes encendidos de rabia—. El rey Juan ha condenado a muerte a Fernando de Braganza por conspirar con Castilla. El duque mantenía correspondencia con la reina, buscaba aliados para fortalecer su posición frente a su soberano. Ella me pidió que le hiciese llegar una misiva, y utilicé el mejor medio que disponía.

Se estaba metiendo en un terreno muy peligroso, Vasco se daba cuenta. Duques y reyes. Siguió sus movimientos con mucha cautela, como si estuviera avanzando por una ciénaga. No quería saber más de lo preciso, pero él mismo se lo había buscado.

—A mí.

—¡Dejad de tocaros esa ropera, diablos, Vasco! —dibujó un gesto de hastío—. No vamos a batirnos en duelo —hizo una pausa en la que negó con la cabeza por dos veces—. ¡A vos, sí, para esos menesteres os pago y bien! —gruñó ofuscado—. Desde que llegó el correo con las nuevas de Portugal supuse que algo había salido mal. Os creía muerto, o encerrado en alguna mazmorra de San Jorge. Fue un alivio veros regresar —fijó su mirada en el leonés, apenas un leve parpadeo—. No, no os he traicionado, Vasco. No soy de traicionar a mis hombres, bien lo sabéis.

—Era lo que quería oír de vos —graznó—. Con eso me basta.

Los hombros de Vasco se descolgaron de sus orejas. Gonzalo se levantó para verter el vino del búcaro en dos jarras de metal plateado. Le tendió una a Vasco y este se sentó en un taburete. El vino sabía mejor en plata.

—Corren tiempos revueltos en la corte. Intentaré indagar al respecto —volvió a recostarse en la jamuga. Se pinzó el entrecejo—. Mientras tanto, andémonos con pies de plomo.

Asintió Vasco dando un sorbito. Era un caldo de Montilla, de las tierras de la Casa de Aguilar, de sabor fuerte, a terruño.

—¿Confiáis en el Tres Dedos?

Se encogió de hombros el capitán. Frunció el ceño antes de contestar.

—Me lo endosaron… —dio un trago corto. Abrió las piernas—. Me dijeron que habían elegido a un jinete de confianza. Cuando me enteré de que era el jodido gallego, dudé... Nunca me gustó ese cagalindes. Pero venía de parte de Torquemada y este de parte del rey.

—¿Del inquisidor? —a Vasco se le atragantó el caldo.

—De quien si no, a cuántos Torquemadas conocéis en la corte, Vasco... Es hombre de confianza de don Fernando —hizo una mueca de hastío—, y cada vez más mete las narices en asuntos de gobierno… Al hideputa le gusta el poder tanto como quemar herejes —hinchó sus pulmones y apuró su copa.

—Mucha gente sabía del asunto, pues.

—Qué esperáis, Vasco, el fodido Fernando es el rey de Aragón y esposo de la reina de Castilla. Algo sabrá…

—A veces los intereses de Castilla y Aragón son contrapuestos.

El Capitán lo fulminó con una mirada templada como el acero.

—Dejad de pensar, leonés, no os pago para ello —su tono no admitía réplica—. Encargaros vos de buscar al Tres Dedos y que os cuente lo que sabe y lo que no sabe... ¿entendido? —se levantó de la silla para rellenar ambas copas—. Y yo me encargo de indagar en el Alcázar.

—Encontraré al gallego y le haré cantar como a un trovador —susurró.

—Eso... lo doy por descontado —el Capitán volvió a sonreír, relajado—. Ahora, bebed buen vino montillano y contadme de vuestro de viaje.

VIII. Interludio

Majestuosa era la palabra. Nichos, columnas, arcos, paredes y camarines, que se mostraban repletos de poemas, alabanzas a Dios, al sultán, el lema de los nazaríes o textos sagrados. Los ojos del cristiano iban de un lado a otro admirando los detalles del salón de embajadores, mejor era eso que sostener la mirada de los abencerrajes. O, la de la propia Aixa. El palacio quitaba el hipo a cualquiera, desde sus jardines hasta sus corredores pasando por esas fuentes tan graciosas de perritos o lo que diantres fueran. Nunca antes había presenciado tanto derroche de opulencia y ostentación, ni siquiera en el Alcázar de Córdoba ni en el de Sevilla. La estancia en la que se encontraba estaba ornamentada por un zócalo de piezas vidriadas y una delicada decoración de ataurique en yesería en la que se combinaban figuras geométricas y vegetales con gran armonía. El techo, pura belleza, con los Siete Cielos del Paraíso Islámico —desde luego que estos moros tenían suerte con más de uno donde elegir—, con el trono de Dios situado en el centro, pintado por el cubo central de mocárabes, y los cuatro árboles de la vida en las diagonales. La cúpula, una obra maestra digna de los mejores carpinteros de Castilla, con paños de madera de cedro rematada con lacería salpicada de multitud de estrellas, perfilada de tal manera que parecían nácar, marfil y plata. Si salía con vida de allí, era algo que merecería la pena contar a sus nietos.

Aixa observaba con dureza al emisario de la reina Isabel, sus entrañas bullendo por dentro le pedían que le cortase la cabeza y se la devolviese entre sus intestinos a esa barragana hedionda que se decía soberana de Castilla. Apenas pegaba ojo, pasaba las noches en vela, las penurias que su hijo debía estar pasando la mantenían en vilo con el corazón en un puño. Se lo había advertido y el muy necio, sangre de su sangre, había querido jugar a la guerra, pero la guerra era un juego que Boabdil desconocía y en el que las decisiones dejaban calado. Para eso había puesto en el

tablero a Aliatar. También echaba de menos al temible general, sus caricias, su energía y su virilidad. Había sido un buen amante, mejor hombre y un extraordinario comandante; era una pérdida irreparable para su causa, necesitaba a guerreros así al lado de su hijo.

Sintió una punzada en su bajo vientre abriéndose paso entre el dolor por el cautiverio de Boabdil. Aspiró hondo, debía mantener la calma, en momentos así era cuando una reina debía mostrar entereza.

Los caballeros Abencerrajes la observaban con recelo. En absoluto les placía que una mujer los comandase, el sultán debía volver cuanto antes al precio que costase. Esos abencerrajes eran capaces de todo. Sus viejas rencillas y el odio hacia los zegríes era lo único que los mantenía de su lado. Pero, las tornas podían volverse en su contra en cualquier momento. Un leve cambio en la brisa que soplaba del sur podría hacer tambalear el trono de Garnata e incluso la deriva de la guerra. Aún tenía que negociar con los reyes africanos y hacerles ver que Boabdil, su Boabdil, era un sultán fuerte como el que más. Era su tabla de salvación, la de toda su familia y la de la propia Garnata.

Debía actuar con rapidez. Aceptaría cualquier petición de la zorra castellana y luego ya verían. Tenía claro que en cuestiones de guerras y amores había que valerse de todas las argucias.

El caballero cristiano hizo una leve y torpe genuflexión, quizás a propósito. Vestía ropajes moros, oscuros y un turbante carmesí. Sus rasgos eran afilados, su piel atezada, su barba hirsuta y su perilla y bigote poblados y oscuros. Podría pasar perfectamente por uno de sus súbditos. Asintió con la cabeza y uno de sus elches, el de ojos azules y cabello trigueño, le dio fuerte con la jineta enfundada en las corvas para que se arrodillase sobre el zócalo de mármol. Así lo hizo el cristiano.

—Estás en presencia de una reina —dijo Aixa con voz dura como un pedernal.

—Disculpad mi falta de modales, mi señora. Pensaba que la reina era la que llaman Morayma.

Se sonrió bajo el velo la hija de Aliatar. Su nuera estaba en uno de los camarines abovedados, sentada sobre cojines jugando con sus dos nietos, Ahmed, el mayor de seis años sostenía un

caballo de madera, tenía los ojos soñadores de su padre, y Yusuf, de apenas tres primaveras, jugaba con los collares de plata de Morayma, que observaba todo con ojos vacuos. La pérdida de su padre y de su esposo la había sumido en un profundo pozo de tristeza. Era ella, Aixa, la que tenía que mantenerse firme, fuerte como un roble para que el linaje tuviese alguna posibilidad de mantenerse vivo.

—Vuestra falta de modales os puede costar la cabeza, tened cuidado con lo que decís si estimáis lo que tenéis tan buen puesto encima de los hombros.

—Las palabras de la reina de Garnata son palabras sabias, palabras de reina —rectificó sin amilanarse alzando la mirada.

La disposición del salón de embajadores no sólo proporcionaba una atmósfera fresca al estar la mayor parte del espacio en penumbra, sino que además los rayos de sol que penetraban del exterior producían un efecto de intensa iluminación concentrándose en el trono donde Aixa asentaba sus posaderas.

Los labios del cristiano se arquearon levemente hacia arriba. Tenía un porte altivo y gallardo y una mirada profunda, inquietante, casi rayando la locura. Por un momento, solo por un latido, Aixa se sintió intimidada, incómoda en su propia sala del trono. Hombres como aquel pretendían acabar con el esplendor de Garnata.

—No os faltan agallas para cabalgar en solitario hasta las puertas de Alhambra.

—Hay muchos ojos abiertos y oídos prestos a escuchar... Mi reina prefiere que estas cosas se lleven con sigilo... La mejor forma de pasar desapercibido es cabalgar solo.

Asintió Aixa.

—¿Cómo os llamáis?

—Hernán Pérez del Pulgar, mi señora —respondió adulador—, para serviros en lo que humildemente pueda.

Un murmullo hosco corrió entre los labios de los caballeros abencerrajes, sombras oscuras que los flanqueaban. Alguno se llevó la mano al pomo de la espada.

—No conozco vuestro nombre… —uno de los del turbante se acercó a Aixa para susurrarle

algo al oído mientras miraba al cristiano de soslayo. Frunció Aixa el ceño—. Dicen que sois hombre de hígados... os reconocen de Alhama, y también dicen que os batisteis con valentía.

—Tal debe el hombre ser como quiere parecer —respondió Pérez del Pulgar. El contador real, caballero continuo de la Corona había guerreado contra los nazaríes junto al duque de Cádiz en Alhama de Granada, en el sitio de las tropas, protagonizando una arriesgada misión en la que logró eludir el cerco sarraceno y llegar hasta Antequera para pedir auxilio, evitando así la pérdida de la fortaleza.

—Gozáis de mi hospitalidad en esta visita… no tenéis nada que temer.

—Gracias, mi señora.

—¿De dónde sois? —inquirió Aixa enroscando el dedo índice en uno de los rizos que le caían por el costado.

—De Ciudad Real —respondió Hernán irguiéndose. Oteó a los abencerrajes, si sus miradas fueran puñales ya estaría ensartado en la pared sangrando por los cuatro costados.

—Bien lejos estáis de vuestro hogar.

Los ojos de la reina eran oscuros como el azabache, como su cabello ensortijado. Sus pinturas enmascaraban sus arrugas, pero no el cansancio y las ojeras.

—Sirvo a mi reina lo mejor que puedo.

—¿Y a vuestro rey?

Se encogió de hombros Hernán Pérez del Pulgar.

—Isabel y Fernando son solo uno.

Rio Aixa bien alto para exorcizar sus nervios. Aun en su ocaso era una mujer bella. Ataviada con suaves sedas de color lila y abundantes oros colgando de su cuerpo, despedía una aura salvaje y racial.

—Eso está por ver... Acabemos con esto de una vez —sus uñas largas y esmaltadas en rojo tamborilearon los brazos del trono—. Decidme, qué es lo que quiere vuestra reina a cambio de mi hijo.

Hernán alzó el mentón y clavó sus ojos en los de Aixa, sin parpadear, sin moverse un ápice.

Sabía que su vida pendía del hilo de sus palabras, así que las escogió cuidadosamente ciñéndose al mensaje de su soberana.

—Isabel os habla de mujer a mujer, de madre a madre y de reina a reina —carraspeó subiendo el tono de voz, solemne, su corazón retumbando por dentro—. Quiere que sepáis que vuestro hijo, el sultán Boabdil —acentuó esas sílabas con parsimonia como si quiera subrayar el valor intrínseco de su significado—... se encuentra en buen estado de salud, no está herido y está siendo atendido con respeto a su rango y sus costumbres —el rostro de Aixa se relajó—. Como mujer y madre, Isabel sabe por lo que estáis padeciendo y es su deseo poner punto y final a esta situación, y como reina de Castilla os propone un trato a cambio de la vida de Boabdil.

Válgame Dios, pensaba Hernando Pérez del Pulgar, jamás hubiese pensado el castellano que pudiese existir palacio tan deslumbrante como la Alhambra. Al pasar bajo el arco de la puerta de Elvira se volvió de nuevo para que sus retinas no olvidasen la opulencia de sus salones, las finas tallas de las esculturas, el olor a jazmín en todas las estancias y la suntuosidad de sus jardines, el agua refrescaba el ambiente en cada uno de sus rincones. El cielo debía ser algo parecido al castillo rojo. Se palpó la testa para asegurarse de que seguía allí, por poco, había faltado poco. Era mujer temperamental donde las hubiera esa Aixa, una hembra difícil de domeñar, ni un sultán lo había conseguido. Pero, su reino estaba al borde del abismo, bien lo sabía la reina mora y bien lo sabía Isabel, que le había impuesto unas condiciones de vasallaje imposibles de aceptar. Ambas soberanas lo sabían de sobra. En eso consistía la negociación, en un tira y afloja hasta llegar a un acuerdo. El tiempo corría en contra de los nazaríes. A buen seguro que Mulay Hacen y el Zagal no aguardarían en su madriguera de Málaga a ver si el sol salía por Antequera.

Espoleó su caballo admirando los firmes muros de Granada, detrás, las imponentes montañas con los últimos neveros del invierno reflejando la cálida luz del sol de primavera. ¡Qué ciudad! ¡Dios bendito! ¡Qué riquezas! Sus ojos no habían visto mucho mundo desde que despertó a la vida en su Ciudad Real natal. Toledo, Sevilla, Córdoba y a lo lejos escondido en el monte, Málaga. Lo de Granada era harina de otro costal, como sacada de un cuento de hadas. Sus habitantes y sus comercios parecían vivir en una isla de abundancia ajenos a la tormenta que se

fraguaba en torno a ella y que la iba a golpear como un martillo golpea a hierro el yunque. Mezquitas, puertas de oro y plata, baños, puentes, aljibes, alhóndigas, alcaicerías, una madrasa y un maristán. Tarde o temprano todo ello caería bajo la cruz cristiana, eso lo tenía claro Hernán Pérez del Pulgar, que escrutaba cada resquicio de los baluartes calculando cuantos hombres harían falta para asediar la ciudad con alguna posibilidad de éxito. Muchos, miles, decenas de miles, y muchos de esos cristianos caerían en el intento. Desde luego que los artilleros tendrían mucho trabajo por delante y también tendrían que acrecentar su ingenio y su pericia.

Al trote emprendió el capitán su camino hacia Córdoba sorteando las últimas carretas cargadas de verduras y cereales que entraban en la urbe. Ya tenía otra hazaña que contar. Dio un trago al odre de agua, una última mirada a la colina de La Sabica, decían de ella «que bajo la luz de las estrellas era de color plateado, pero bajo la luz del sol se tornaba de un tono dorado». Daba fe que los poemas no exageraban. Aunque esta hazaña por nadie sería recordada, pues la reina le había hecho jurar biblia en mano que no lo contaría a nadie so pena de enemistad regia, y también le había prometido 40.000 maravedís anuales de quitación y salario a cargo de la Corona. ¿Por qué yo, mi señora? Le preguntó más curioso que inquieto cuando la encomienda, le gustaban a Pérez del Pulgar las empresas audaces y temerarias, le daban vidilla. Porque no fío ni de mi sombra, solo de unos pocos valientes…y vos sois de esos afortunados, y además tenéis a Dios de vuestra parte, le respondió acariciando el crucifijo. Había quien decía que no era Dios sino la fortuna, que para el caso era lo mismo. También había quienes lo tildaban de estar más loco que una cabra. Quizás todos tuvieran algo de razón. Pero, el caso era que a Hernando Pérez del Pulgar aún le sobraba cuerda para rato y sus hazañas serían contadas por todo el reino en años venideros haciendo bueno el antiguo lema familiar: «El pulgar, quebrar y no doblar».

Así pues, se ajustó el turbante y con una sonrisa en los labios emprendió el camino de regreso para contarles las nuevas a su reina, el emisario de Aixa estaría en los Cuatro Vientos en una semana, un alfaqueque con plenos poderes para negociar la liberación de Boabdil el Chico; y él volvería a Alhama, que bastante tenía ya con sus moros por esos lares.

El vino le sabía amargo, pero le embriagaba los sentidos y le apagaba el hormigueo en el bajo vientre y las voces que le venían de dentro. Si no fuera por el hedor que despedían los perros cristianos, no se bañaban estos hideputas ni aunque tuviesen los cojones plagados de pulgas y chinches, casi que la cena le resultaría soportable. No estaba nada mal el condumio que preparaba esta Catalana. Partió un trozo de pan y mojó en la garbanzada, demasiado vinagre, al menos la carne era de cordero y estaba bien especiada.

Se echó un mechón de pelo trigueño sobre el sitio donde debiera estar su oreja y se rascó la cicatriz que le subía por el cuello. Con el calor le palpitaba, había tenido que abrirse la camisa para aliviarse. Hacía un calor de mil demonios en la condenada Córdoba. Su señor le había enviado a él para que recibiera un mensaje y actuase en consecuencia. Sus hombres lo esperaban a medio día largo en un bosquete de la sierra de Baena. Él pasaba desapercibido entre infieles. Sus padres eran cristianos de Caravaca, casi ni recordaba sus caras ni de donde eran, solo recordaba el olor de su madre a tierra mojada. Era muy pequeño cuando lo apresaron en una razia los zegríes, a su familia la pasaron a cuchillo, pero a él y a su hermano pequeño les fue perdonada su vida para servir a grandes señores como elches tornadizos. Se convirtieron a la verdadera fe y comenzaron un duro entrenamiento militar que los llevó a ser lo que eran, soldados sin alma fieles a su señor y a la fe del islam. El destino era caprichoso, ahora él estaba en el bando contrario a su hermano que servía a los nazaríes en el palacio de la Alhambra. Quizás pronto se reencontrarían, en la batalla probablemente, esperaba no tener que matarlo, sería una pena después de todo lo que habían pasado. Porque el Zagal pensaba reconquistar Granada para Mulay Hacen, y perjuraban ambos que querían la cabeza de Aixa y de Boabdil en una bandeja. En todas las familias cocían habas. La cabeza de Boabdil era lo que había venido a buscar precisamente.

—Bilal —así lo llamaba su amo Muhammad ibn Sa’d al-Zagal, señor de Málaga—. Necesito de tus servicios.

—Ordenad y obedeceré, mi señor.

—Será una misión peligrosa —se rascó Muhammad ibn Sa’d al-Zagal la tupida barba negra

como el tizón, como sus ojos.

—Son los tiempos que corren, mi señor. No le temo al peligro. Mi vida es vuestra. Son los designios del altísimo.

—Obraste con astucia al dar la noticia del ataque de Boabdil a esos donceles del rey cristiano —apoyó la mano en su hombro y se aferró a él como un garfio.

—Solo seguí vuestras órdenes.

—Alá está de tu parte, Bilal —observó el mar turquesa del Mediterráneo desde las almenas de la Alcazaba de Malaqa, el oleaje salpicaba el gran azul de pequeñas estelas de espuma blanca más allá de la ciudad y el puerto—. En tu camino se cruzó la persona indicada. Todo está escrito, solo tenemos que seguir los designios del altísimo.

—Así sea —Bilal se llevó la mano al pomo gastado de su jineta e inclinó la cabeza muy levemente.

Era un fervoroso creyente el Zagal, como lo llamaban sus hombres. Y un astuto guerrero. Si él hubiese sido sultán otro gallo cantaría. Pero, Alá, sus caminos eran inescrutables, había puesto a su hermano Mulay Hacen en el trono, y este había perdido la fuerza de su carácter desde que se enamoró de la perra cristiana; esa Zoraida lo había hechizado, le había sorbido los sesos y la hombría, no había nada más que ver como se paseaba por palacio, como un alma en pena, una sombra de lo que fue.

—Hermano —ambos se volvieron para ver aparecer a Mulay Hacen, como no, la perra cristiana detrás, escoltados por guardias africanos de piel negra como la noche, altos y fuertes como bueyes. Los ricos ropajes del sultán depuesto contrastaban con las oscuras y austeras telas y turbante del Zagal y de Bilal—. Te estaba buscando —su voz había perdido fuelle, su mirada era acuosa, su pelo había encanecido y su rostro poseía un tono macilento, rayando lo enfermizo. Tenía sus arrebatos, pero ya no era el hombre que fue—. Tenemos que actuar antes de que la malnacida de Aixa e Isabel lleguen a un acuerdo.

El Zagal alzó la mano y escrutó a la perra cristiana. Era bella la mujer antaño conocida como Isabel de Solís antes de convertirse al islam para ser reina de Granada. Muy bella. Zoraida. Un

velo blanco cubría su fino rostro, pero sus ojos eran de un verde penetrante.

—Entre mi esposa y yo no hay secretos, hermano.

—Hay cosas que las mujeres no deberían saber —respondió el Zagal hosco.

Frunció los labios Mulay Hacen y emitió un gruñidito de desaprobación.

—No os preocupéis por mi… Os espero en nuestros aposentos, esposo mío —se alzó de puntillas sobre la piedra, sus pies descalzos, en sus tobillos unas pulseras de plata que brillaban a la luz de la tarde. Le dedicó una sonrisa aviesa al Zagal.

Era mujer astuta, desde luego, si no, no habría llegado donde estaba, a un paso de convertirse, de nuevo, en reina de Granada. Qué más daba que estuviera presente o que no, se iba enterar del asunto en cuanto Mulay Hacen descargase su escasa hombría esa noche.

—Debemos actuar rápido —apuntó Mulay Hacen abriendo su mano hacia las montañas—. La ramera de Isabel ya ha enviado mensajero a la Alhambra.

—¿Cederá Aixa? —inquirió el Zagal.

—Boabdil es su debilidad. Cederá.

Desde luego que su hijo no era la debilidad de Mulay Hacen, pensó Bilal siempre cabeza gacha y tres pasos por detrás. Los lazos de sangre se cortaban con facilidad cuando eran reinos lo que estaban en juego. Había visto demasiadas traiciones entre padres, hijos, esposas y hermanos como para que le sorprendieran las palabras que escuchaba.

—¿Confiáis en ese donillero de Fernando?

—Confío tanto en él como en una rata —se sonrió, su mirada, por momentos, volvió a ser afilada y cortante—. Pero, en esto nos conviene... Y, si no... ¿qué podemos perder? —arqueó las cejas. Bilal le resultaba invisible, siempre era así con el sultán.

El Zagal oteó de soslayo a Bilal para cerciorarse de que seguía a unos prudentes tres pasos. Este se mantuvo impertérrito. Tenía claro que el Zagal podía ser duro, bien lo sabía, su piel estaba marcada de cicatrices a lo largo y ancho del mapa de su anatomía, testigos del carácter de su señor, pero a su manera se preocupaba por sus hombres, y él era uno de sus hombres. Mulay Hacen, sin embargo, sacrificaba a los guerreros como si fueran los peones de un tablero en pos

de salvaguardar al rey y la reina.

Alá estaba por encima de todos ellos, caviló Bilal, tenía un plan para cada uno, si no nada tendría sentido.

—Confío en ti, Bilal... Necesitamos soldados de Dios, como tú... —suspiró el Zagal—. Mi hermano aún está débil, cuando se recupere será de nuevo un gran sultán, gobernará para todos y juntos aplastaremos a los cristianos y recuperaremos el esplendor de Al-Andalus.

Sonaba bien la melodía.

Mulay Hacen volvía ya a sus aposentos a retozar con la perra cristiana, parecía que eso era lo único para lo que tenía energías y ganas. De todo el palacio eran conocidos los males del sultán que se materializaban en forma de mareos y fiebres intensas, seguidos de periodos esporádicos de delirios. Había quien decía que los físicos no le encontraban mal ni cura, que Zoraida lo había hechizado. Bilal no lo creía, simplemente lo que pasaba era que Mulay Hacen se hacía viejo. El Zagal lo apreciaba, lo amaba como hermano y le perdonaba sus defectos; si él estuviera en su lugar, no dudaría en hacer lo correcto.

—Y yo confío en vos, mi señor.

Se volvió el Zagal, el viento del sur cargado de salitre ondulaba los pliegues de su túnica. Sus ojos, duros y fríos como el acero que portaba, lo escrutaron intentando sondear en su interior.

—¿Y en mi hermano?

Se mantuvo impertérrito Bilal.

—Está enfermo.

—Se recuperará, Bilal, no lo dudes —sus ojos de halcón se endurecieron, sus rasgos afilados parecían aún más afilados.

—Sirvo a vuestra familia desde niño. Lo serviré a él con igual devoción —mintió. No pensaba ni por asomo seguir las órdenes de un viejo decrépito que corría chorreante detrás del coño de su puta cristiana.

Lo asió del hombro.

—Lo sé Bilal, lo sé —se volvió hacia el gran azul de nuevo—. Para ganar esta guerra,

debemos recuperar Garnata. Nuestros hermanos de África nos han prometido soldados y armas. Pero, deben vernos en una posición dominante, no aquí… acorralados por los cristianos y Aixa —escupió—. Tenemos que evitar que el enviado de Aixa llegue a Qurtuba.

Bilal siguió con la mirada una nave que entraba en la bahía, la media luna roja como bandera, procedente de las costas africanas. El puerto de Malaqa era un enclave estratégico tanto en lo comercial como en lo militar. Para los musulmanes era la puerta de África en la península.

—¿Nos fiamos de los cristianos?

Carcajeó el Zagal.

—Como dice mi hermano, antes me fiaría de una rata. Pero, es lo que tenemos. El rey Fernando quiere pactar con nosotros a espaldas de su esposa, y viceversa. Sus razones ambos tendrán... Y nosotros debemos aprovechar las opciones que se nos brindan desde Aragón.

Asintió Bilal circunspecto.

—¿Cuáles son las órdenes pues?

—Iras a Qurtuba y allí esperarás a que un hombre del rey te dé instrucciones. Te reconocerá por tu oreja —le acarició el Zagal el trozo de carne cicatrizado, él mismo le había cercenado el cartílago cuando Bilal era crío y se negó a acatar sus órdenes y matar a un muchacho que había robado en la despensa de palacio—. Llévate a unos cuantos hombres de confianza que puedan pasar desapercibidos, no muchos y que esperen a media jornada.

—Así se hará. Sea la voluntad de Alá.

—Bien, Bilal, bien —le palmeó la espalda—. Vayamos a comer algo, partirás dentro de dos días —carraspeó y se hurgó la nariz—. A propósito, sigues escuchando esas voces…

—Es la voz, mi señor, la voz del altísimo —lo corrigió con una mirada glacial.

—¿Y qué te dice?

—Nada nuevo —sus labios se curvaron hacia arriba.

—Lo de siempre...

—Que mate cristianos, todos los que pueda.

Carcajearon ambos.

—Pronto lo harás, pronto lo harás, Bilal, no te quepa duda... eres el brazo ejecutor del altísimo, al menos, uno de ellos. Te adiestramos bien, mi pequeño cachorro.

La francachela de la posada tomaba forma conforme la clientela pasaba el vino de la jarra al gaznate. En la mesa de al lado había un perro cristiano, hediondo y barbudo, que llevaba toda la tarde ladrando sobre como matar moros de diversas formas, trinchados, asados a fuego lento, con una soga al cuello. Cada cuartillo de vino le sacaba de dentro una nueva hazaña, parecía que había estado en todas las refriegas el muy bastardo, en Loja, Zahara y Alhama, y en todas había escapado sin un rasguño y había matado a decenas de moracos, como él los llamaba. Algo se removía en su interior —pero no era la voz—. Eran de sus hermanos de quienes se reían ese atajo de rufianes de medio pelo y el vino y las mujerzuelas que les azuzaban la lengua. Al fin y al cabo, él era moro desde que tuvo años para empuñar una espada, que era la edad que contaba.

El ambiente se caldeaba dentro de la posada. Los últimos rayos de sol entraban por las ventanas. La Catalana se acercó a recoger la mesa, en persona, dejaba buenos dineros a cambio de un jergón, tres comidas y que le cuidasen el caballo. Y no hiciesen preguntas. La dueña era consciente. El dinero siempre acallaba las bocas de los pobres.

—¿Habéis terminado caballero de ojos bonitos?

Elevó el tornado la comisura en un amago de sonrisa hacia la Catalana. Era mujer de belleza castellana, sobria, de cabello liso color avellana recogido en un moño a juego con sus ojos. Aunque su carácter era andaluz por los cuatro costados. Se había quedado con el apodo por su familia, sus padres vinieron del condado de Barcelona reclamando una herencia y en Córdoba asentaron sus posaderas e hicieron fortuna con los años.

—Casi. Solo falta esa dulzaina de leche que servís de postre.

—Un poco de vino mientras tanto... —acercó el búcaro a su jarrita.

—Así sea.

—A mi mejor cliente que no le falte de ná —repuso con gracia y una sonrisa abierta—. ¿Ha venido ya vuestro amigo?

La comisura volvió a su sitio. No le convenía llamar la atención, y con su mera presencia ya lo hacía.

—¿Qué amigo? —preguntó con calma, dando un sorbito a su vaso.

—Lleváis dos tardes sentado en esa mesa sin dejar de mirar la puerta con el anhelo dibujado en vuestro semblante —no era mujer de callarse las cosas, aunque si supiera con quien estaba hablando se lo hubiese pensado dos veces—. ¿O es una mujer a quien esperáis?

Sus ojos azules, fríos se clavaron en los de la Catalana hasta que esta desvió la mirada y se le subieron los colores. Así que es eso, suspiró aliviado, no tendría que matarla, le caía bien esa Catalana de piel de porcelana y genio ligero.

—Espero a un primo para tratar un asunto de caballos. No llegué a tiempo para la feria y quiero comprar una yeguada para llevar a la sierra.

—Los egipcianos de Medina Azahara dicen saber mucho de caballos y tienen buenas yeguadas.

—Quizás caigamos por allí.

Recogió el plato de su mesa y le guiñó un ojo.

—Espero que tarde algún día más —le susurró en su única oreja.

Sintió un cosquilleo en la entrepierna. El olor a hembra siempre le despertaba la lívido.

—¡Catalana! —gritó el mequetrefe matamoros de la mesa de al lado embriagado por el vino, sus mofletes estaban hinchados y rojos como tomates. Cogió de los pelos a la ramera que tenía encima y la puso sobre las piernas de su otro compinche—. ¡Dejad a ese quitahipos y veniros donde están los hombres de verdad! —abrió sus rodillas en un gesto obsceno.

—No hagáis caso a ese farfante —se volvió hacia el tornado en un susurro—. Siempre anda buscando bronca...

Bilal parpadeó, fue el único movimiento que hizo, su misión estaba por encima de estas minucias. De un tajo podría rebanarle el pescuezo al hideputa. Ahogó su ira en un trago de vino. Debía ser paciente. La voz no le había hablado en días, a veces ocurría, y surgía en los momentos más inesperados.

En cuanto la Catalana se volvió el gazmuño intentó asirla de la cintura, pero esquivó su mano con una suave finta y le dio una sonora bofetada seguida de las risotadas y chanzas de los parroquianos que observaban la escena.

—De rabo de porco nunca bom virote —le espetó la dueña de la taberna.

Un hombre de patillas canas, de hombros anchos dio un paso desde la barra asiendo el pomo de una daga, la Catalana le hizo un ademán con la mano para que se mantuviera tranquilo.

Bilal se levantó aprovechando la distracción y salió al patio para aliviar la vejiga, hastiado del vino y tanta pestilencia a humanidad, necesitaba respirar un poco de aire fresco.

Escondido entre las sombras observaba la escena alumbrada por un pequeño velón de sebo. Estaban los tres visiblemente beodos. La mujerzuela se apañaba con los dos hombres, de rodillas uno la asía de la cintura a la par que ella cogía la verga del matamoros y jugueteaba con su lengua. Había esperado afuera de la taberna a que saliera el gaznápiro. La voz había despertado de repente, como solía pasar, y le había susurrado que lo matara. Al fin. Una señal del altísimo. Los había seguido por el entramado de callejuelas hasta la iglesia de Santa Marina, cerca de la puerta del Colodro. Allí habían abierto las maderas de una pequeña cuadra y habían empezado la faena previo pago de unas monedas a la ramera que, aunque de cuerpo lozano y pechos turgentes, ya peinaba canas y las arrugas surcaban su rostro.

Poco duraron los verriondos. Era la fulana buena en su oficio. En tres embestidas terminó el gordinflón que la montaba por detrás y en unas sacudidas más terminó desinflando la verga del otro. Se vistió rápidamente y sin mediar palabra desapareció por las sinuosas callejuelas de la Medina sin reparar en la sombra que los oteaba desde el soportal de la sacristía. «Mátalo, ahora». Era una orden directa del altísimo. «¿Y al otro?». «También». Quién era él, un simple soldado, para negarse a saciar los deseos de sangre del verdadero Dios.

Se sonrió por dentro. Él también era bueno en lo suyo.

En cuanto los ecos de los pasos de la mujerzuela se perdieron en la quietud de la noche, atravesó el firme que separaba la sacristía del establo en tres grandes zancadas. El gordinflón aún

se estaba atando las calzas, emitió un sonoro pedo antes de que un cuchillo le rebanase el pescuezo, seguido de un quejido ahogado. El gazmuño tendido sobre la paja espatarrado con el miembro flácido lo observaba con ojos vidriosos, a medio camino entre el reino de Morfeo y la sórdida realidad que se cernía sobre él. Quizás tuvo un momento de lucidez porque intentó levantarse dando un quejido justo en el momento en que el puñal se clavó en su vientre, una, dos, tres, hasta diez veces.

—En boca cerrada no entran moscas —le susurró al oído mientras se perdía el hilillo de vida de su mirada—. Matamoros…

Desató a la mula, el animal no merecía morir y prendió la paja con lo que quedaba del velón de sebo. A Bilal le gustaba el fuego. El fuego era un elemento purificador y dejaba pocas pistas en los cadáveres.

Una sonrisa de oreja a oreja se dibujó en su semblante mientras regresaba a la Corredera. Era lo que tenía matar, siempre lo revitalizaba y también animaba su hombría. Gustaba de fornicar después de una batalla o de quitar una vida. Pensó en la Catalana y en que su habitación estaba justo encima de la suya.

IX. La reina y el halcón

Extramuros de Córdoba. Principios de junio de 1483

—Los descubrimientos son una prioridad para el reino de Portugal, alteza, sus naos exploran la costa sur de África buscando una ruta marítima que lleve a su flota hasta la India —carraspeó don Gonzalo haciendo un alto en su informe, observando un punto negro en el cielo que se materializaba en forma de ave batiendo alas para compensar la caída—. Los tratados con Florencia y Venecia han propiciado que Lisboa se haya convertido en la «Señora del Mar y del Océano» —el capitán alzó la mano enguantada para que el halcón peregrino se posase en su antebrazo. La cabeza negra del pájaro osciló adelante y atrás. Sintió la presión de sus afiladas garras a través del cuero y de sus ropajes. Le rozó la cabeza con el dorso de la mano y le puso la caperuza—. El rey Juan impulsa con brío las exploraciones marinas, retomando la labor iniciada por su tío abuelo, Enrique el Navegante.

Isabel dibujó un mohín de desagrado cuando escuchó el nombre del monarca portugués. Su esposo Fernando la apremiaba para enviar de vuelta a su hija a Sintra y así evitar abrir un nuevo frente cumpliendo con las Tercerías de Moura pactadas en Alcazobas. Un nuevo frente. Sería fatal para sus intereses, el reino no podría acarrear con ello. La Iglesia, como no, alineada con los deseos de su esposo, también la presionaba, Torquemada y Mendoza a la cabeza. Tragaría sapos y culebras. Después de la caída de los Braganza no le quedaba otra que devolver a su primogénita para que cumpliese su regio destino y se desposase con el hijo del rey Juan. Fernando prefería al infante portugués antes que las proposiciones venidas de Francia y Nápoles; la unión afianzaría lazos en la Península y los haría más fuertes —no se fiaba su esposo de los franceses y mucho menos de los napolitanos—. Que los espías hubieran interceptado la misiva

en Lisboa le había venido en gracia a Fernando para sus aspiraciones. Curioso.

Suspiró con ligereza.

Jugaban con la pequeña Isabel como si fuera una pieza de un damero maldito, algo que en su juventud perjuró que nunca haría con sus hijos. El haber nacido Trastámara podía ser una bendición o una condena. Tendría que apechugar con el legado de la familia, que para eso eran madre e hija, y reina y princesa. Joder. La sangre azul no era algo regalado, había que ganársela a pulso.

Una bandada de palomas levantó el vuelo desde el bosquete de encinas que se abría a sotavento de las ruinas de Medina Azahara. La reina hizo un ademán con la cabeza y su capitán —bien sabía que era suyo, desde que le sonrió por primera vez en Arévalo, cuando era ella infanta y él un paje advenedizo al servicio de su hermano, que en paz descanse— quitó el caperuzo y lanzó la rapaz con un ágil movimiento en arco de su brazo. La soberana lo observó de soslayo, admirando las virtudes físicas de su Gonzalo. Era un hombre fuerte y gallardo, apuesto, elegante y rebosaba vitalidad. Como Fernando, unos años atrás. Y, sobre todo, era un hombre leal a la reina. Sintió una punzada en el bajo vientre.

—¿Qué hay de las defensas de Ceuta? —preguntó la reina.

Cabeceó a uno y otro lado el Capitán a la par que respondía.

—Sus baluartes son sólidos... Haría falta un asedio prolongado, una gran flota, buenos marinos y atacarla también por tierra.

—No podemos permitirnos nada de eso —repuso Isabel.

—Los portugueses saben de sobra de la importancia estratégica de Ceuta para su comercio y sus expediciones. Tienen la ciudad y el puerto bien guarnecidos con varias coronelías y artillería pesada --carraspeó--. Ya se ha intentado y nunca ha prosperado la hazaña, y más con parte de la nobleza andaluza de parte de los presidios portugueses, tienen buenas relaciones con los lusitanos, ambos se han socorrido mutuamente frente a los cárabos de los corsarios berberiscos y los ataques de los «moros santos» a uno y otro lado de la costa.

—Según contáis, capitán, y si vuestro hombre está en lo cierto, las Indias son el verdadero

objetivo, pues —Chacón, siempre de negro, adusto y con el semblante serio, apretó el lomo de su rocín con las rodillas hasta situarse entre ambos. Llevaba colgada del cinto una cinquedea de hoja ancha, una daga que denotaba su posición como hombre de calidad en la corte. Al de la casa de Aguilar no lo trataba de don. Nunca aprobó la cercanía y la confianza que mantenía con la Reina (a la que cuidaba como si fuese hija suya), y en más de una ocasión había tenido que recordarle cuál era su sitio, por el bien de Castilla. Pero, Isabel nunca terminaba de desprenderse de él. Tenía que reconocer el consejero real que era un excelente soldado y un consumado estratega, y que había tejido una red de espías al servicio de la Corona (o más bien de la Reina), tanto dentro como fuera de Castilla. En cierto modo era los oídos y los ojos de Isabel.

—Mi hombre sabe ver y oír, Chacón. Y, sí, el comercio con Oriente es lo que abastece las arcas del rey Juan —replicó el capitán como si hubiese leído su pensamiento, observando el vuelo del halcón, apenas un borrón surcando el cielo en busca de su presa—. La guerra entre el Imperio Otomano y Venecia ha aumentado de forma desorbitada los precios de la pimienta y otras especias…

Había cogido la rapaz altura sobre la bandada y ahora volaba en picado plegando alas con una velocidad endiablada. Un chillido de muerte. Con violencia alcanzó a una paloma clavando sus garras, aleteando para compensar el peso y la caída. Hubo aplausos entre las damas de compañía que cabalgaban unos metros por detrás; cerraban la comitiva una veintena de jinetes bien pertrechados con armadura ligera, capa carmesí, lanza y espada, vistiendo los colores y escudos de Castilla.

—Así como de la seda, traída por los venecianos para Italia y Lisboa, y de ahí para el resto de Europa por la costa portuguesa —interrumpió un torpe Chacón con afán de protagonismo bajo la mirada gélida de la Reina. Su rostro fino, su cabello largo y plateado, y su bigote caído le daban al consejero el aire de un podenco tristón—. Hay otra vía para la seda, desde la India a través del Mar Rojo, para comerciarla en El Cairo y hacerla llegar a Ceuta o Tánger a través de los reinos de la Berbería de Levante, pero, aunque es nuestro derecho de expansión también ese comercio lo controlan los portugueses...

Asintió grave lsabel. Sus ojeras violáceas, tenuemente maquilladas, denotaban cansancio y noches en vela. Necesitaba la soberana actividades que la distrajeran de sus cargas y le ayudasen a sobrellevarlas. La caza era una de ellas. No había que pensar mucho. Sobrevivir o morir. Como en la corte.

—Sea como fuere, el resultado para la ciudad de Lisboa son nuevas mercancías que intercambia con el resto de Europa —resumió el de Córdoba—, además de los productos africanos, incluidos los esclavos que embarcan en Ceuta y Tánger, llegan a su puerto pimienta, canela, jengibre, nuez moscada, plantas medicinales, tejidos de algodón, porcelanas, sedas y diamantes. Auténticos tesoros con los que comerciar y aumentar sus riquezas.

—Si consiguen abrir una nueva ruta por el mar de África hacia Oriente... las rentas de la corona de Portugal se multiplicarán. Debemos mirar al océano y a África más pronto que tarde, alteza —opinó Chacón ecuánime. Se desató el cordel que trenzaba el cuello de un tabardo de paño tosco y mangas bobas. El sol comenzaba a picar.

Isabel se volvió frunciendo los labios en ese gesto tan característico que hacía cuando algo la contrariaba, observó el Capitán. Sus cejas eran más oscuras que su cabello rubio, así que su mirada se hacía sentir aún más penetrante. Algunas arrugas horadaban ya su tersa piel bordeando los párpados. Todavía tenía un rostro bello, aunque había perdido la frescura de su juventud, y poseía una silueta delgada con las carnes justas donde debían estar, calibró el de Córdoba. Un retortijón le apretó las entrañas. El recuerdo de sus labios, su lengua juguetona y sus caricias le vino de sopetón, igual que la erección de su miembro, enhiesto como el palo de una bandera. Se revolvió inquieto sobre la silla de su corcel.

—Ya lo sabemos, Chacón. Pero, no podemos acometer tamaña empresa… —dijo Isabel con un tono paciente que rayaba la reprimenda. Últimamente el consejero solo decía obviedades. Su mente ya no era tan aguda como antaño. El tiempo no pasaba en balde para el siempre fiel Gonzalo Chacón. Sus segundas nupcias con María Manrique de Lara le habían dado nuevos bríos, pero no los suficientes, caviló la Reina—. ¿Pretendéis acaso que Castilla rompa el tratado de Alcazobas e iniciar una nueva guerra? Ya perdimos suficientes navíos en África, y no pasa

por mi cabeza derramar más sangre castellana inútilmente… y las arcas reales no soportarían un nuevo frente, bien lo sabéis.

Al paso, cabalgaban hacia el halcón que picoteaba el vientre de la paloma sobre la hierba, aún con vida. El cetrero real se acercó corriendo a enfundar al ave con una caperuza de cuero gastado.

—Habría pues que negociar un nuevo acuerdo con el rey Juan antes de que su influencia se extienda —observó Chacón persistente—. Y más, ahora, es el momento… quizás si enviáis a alguien de confianza con vuestra hija…

Otro que se sumaba al carro, se dijo la Reina con amargura. Todos daban ya como hecho consumado que la infanta de Castilla volvería a Portugal. La joven Isabel tendría que ser fuerte, casi tanto como lo fue ella, y tendría que aprender a hacer de tripas corazón al mismo tiempo que se hacía mujer. Una apenas tenía infancia habiendo nacido Trastámara.

—Son tiempos difíciles, Chacón… —replicó intentando aparentar calma.

—España necesita una armada acorde a los nuevos tiempos —gustaba el consejero real de usar ese nombre en sus circunloquios.

España, pensó la Reina, tenía ciertamente fuerza y sonoridad. España. Su reino, su legado. Un sueño que podía convertirse en realidad. Pero, había que pararle los pies a Chacón con esas ideas peregrinas de gastar oro en barcos. Ya habían perdido unos cuantos en costas africanas. No era el momento. La guerra se libraba en tierra firme y los ahogaba en deudas.

—Si conseguimos tener una armada como la portuguesa, la balanza se equilibraría… —continuó un Chacón pertinaz que no pertinente.

—Chacón, os he oído… Bastantes quebraderos tenemos ya con Granada —esa interrupción cuidadosamente calculada, la expresión exigente, labios apretados, formaban parte de la imposición de su personalidad sobre la de su consejero. Algo que le había costado años de esfuerzo—. Con las posesiones de mi esposo en el Mediterráneo amenazadas por los turcos y por los franceses… creo que es suficiente. Por no mencionar el infortunio de nuestro amigo el duque de Braganza, pocos aliados nos quedan ya en la corte portuguesa… —se giró hacia el cetrero

real, su voz dura y suave como el mármol—. Leandro, me place ver el vuelo de ese pájaro que nos regalaron los asturianos.

—Como vuestra alteza ordene —respondió el halconero recogiéndose la capa de lana gris e inclinando la cabeza levemente. La reverencia fue tosca pero sincera. Enfiló hacia el carro tirado por dos mulas que cargaba varias jaulas con halcones, gavilanes, azores y otras rapaces en su interior.

—Lanzadlo vos mismo —ordenó. Echó un vistazo a sus damas de compañía que caminaban detrás, ataviadas con coloridos vestidos amarillos, verdes y azules, como pavos reales llamando la atención de los soldados. Cada vez las escogía de mayor edad y, a ser posible no muy agraciadas, no fuera a ser que su querido Fernando se encaprichase de alguna y le pusiera los cuernos (que casi no le cabían por la puerta del Alcázar, como se jactaban sus súbditos) justo al lado de su alcoba. Ya había tenido experiencias similares y había pasado muchas noches en vela pendiente de los llantos de los críos, y de los jadeos de su esposo y sus mancebas. Observó a su fiel Gonzalo, apuesto, caballeroso y servicial. Vestía una saya corta y ajustada, azul, de motivos florales dorados y un bonete verde de media vuelta abierto por el centro. Al contrario que ella, Gonzalo, ganaba con los años, como el buen vino. Escuchaba a las damas de la corte hablar de su capitán con elogios que podrían sonrojar a cualquier espabilada. Si ella no soportara la corona de Castilla otro gallo hubiera cantado... Algo se le removió por dentro al observar como sonreía. Le vino el recuerdo de su olor a hombría, el roce áspero de sus labios y sus manos torpes recorriendo con avidez su cuerpo—. Quiero tener unas palabras a solas con el capitán —eso iba para su consejero.

—Alteza… —titubeó oteando a la una y al otro con desconfianza—… si son asuntos de Estado… debería… estar al tanto.

—Tendré en cuenta vuestras cuitas con respecto a los portugueses —replicó gélida, cortando por lo sano cualquier comentario por añadidura. Los años de gobierno la habían endurecido, ya no era la princesa que ambos Gonzalos habían conocido de niña, ahora era una de las mujeres de su tiempo que amasaban más poder y una reina a la que también ambos admiraban de diferentes

maneras—. Más pronto que tarde tendremos que echarnos a la mar y reforzar nuestra armada, pero lo primero es lo primero, querido Chacón —dulcificó el tono—, y con eso quiero referirme a Granada. Hay que terminar lo que hemos empezado.

El rostro del consejero se ensombreció durante un segundo. Después asintió con la cabeza. Conocía suficiente a su soberana como para saber cuándo no tenía que contradecirla. Tiró de las riendas de su yegua y se apeó para estirar las piernas mientras lo alcanzaba el resto de la comitiva. Observó con resquemor como Isabel y Gonzalo se alejaban al paso encarando las ruinas de Medina Azahara. Tras darle no pocas vueltas en su cabeza, había llegado a la conclusión que debía respetar y aceptar aquella situación —como con todo en la vida— en la que su opinión valía cada vez menos, y debía de servir a la reina de otras formas. El buen esfuerzo quebranta a la mala ventura, se dijo para sus adentros.

El fraile Hernando de Talavera se acercó a Chacón e hicieron un aparte bajo una encina de tronco nudoso y cinco varas de copa. Dejaron que los caballos pastasen la hierba entre jaras y tomillos. El de San Jerónimo vestía los ropajes propios de su orden, túnica y capucha oscura. Siempre austero el confesor de la reina desentonaba en la corte como una escolopendra en la mesa de un banquete real. Sus telas raídas, los lamparones que las adornaban y su falta de higiene le conferían un aspecto mendicante. Y, eso que era uno de los comisarios de la Cruzada, con dineros y poder, pero el fraile seguía como siempre aferrado a sus costumbres. Era de agradecer en un hombre elevado de espíritu que el oro no le corrompiese el alma.

Tres jinetes aparecieron entre las encinas, portaban largas varas y parecían pastorear una pequeña manada de potrillos. De piel atezada y coloridos ropajes, tan pronto los vieron se dieron la vuelta chistando a los jacos a que volviesen por la senda que se perdía en el bosquete. A un gesto de Chacón cinco guardias fueron a su encuentro.

—Egipcianos —musitó el fraile—. Gentes pacíficas.

—Por sus ropajes lo parecen… Pero, mejor prevenir que curar —respondió un Chacón precavido—. Tienen el campamento al otro lado de la colina.

—Son inofensivos y siervos de Dios.

—Es lo que dicen de ellos, y buenos tratantes de caballos… pero los gentiles no se fían del todo.

—Todo lo extraño causa desconfianza. Démosles un tiempo y se integrarán con el pueblo.

—Sois benévolo por naturaleza.

—No tanto, Chacón, no tanto… —fijó su mirada en la pareja que se adentraba en las ruinas.

—Algo os incomoda…

—La Reina se toma demasiadas confianzas con ese capitán —apuntó mesándose la barba blanca de eremita que le caía a la altura del pecho. Últimamente había notado el clérigo una relajación en los hábitos cristianos de Isabel. El tiempo que le dedicaba a la oración no era el mismo, y había observado que no lo hacía con la devoción de antaño. Ya no le pedía consejo espiritual con la asiduidad de antes, más bien lo evitaba si era sincero consigo mismo, y le suministraba el sacramento de la confesión solo una vez a la semana.

—Tienen una relación especial... desde su juventud —cruzó Chacón ambas manos mientras escrutaba a la Reina y al Capitán. Suspiró—. Gonzalo Fernández de Córdoba siempre ha servido a la Corona de forma devota y leal.

Los guardias reales volvieron al trote donde las cortesanas extendían unas telas sobre la hierba y sacaban las viandas, alzando uno de ellos la mano al consejero real en señal de que todo iba bien.

—Más a la Reina que a la Corona —comentó el fraile. Había cogido una manzana de las alforjas y le deba pequeños bocaditos— Las damas murmuran y, bien sabéis vos que con pequeña herida se puede perder la vida... o una corona...

—Las damas siempre murmuran, está en su naturaleza… no seáis tan agorero —rio Chacón —. Me temo que eso es precisamente lo que Isabel pretende.

—¿A qué os referís? —preguntó el teólogo.

—Mi apreciado Fray Hernando… —sonrió un instante, pero adoptó una expresión agria mientras se sentaba sobre una roca de granito sintiendo en los hombros un agudo dolor de fatiga. Complacer a una esposa que bien podía ser su hija tenía ciertos contratiempos—. Conocéis bien

los asuntos de Dios, pero no tanto los que conciernen a hombres y mujeres.

—No entiendo a donde queréis ir a parar.

Chacón lo observó con un gesto burlón. Echó un trago a un pellejo de vino que colgaba de la silla. Eso le calmaría los dolores y las agujetas.

—Los devaneos de Fernando son conocidos en todo el reino. Y, según es mi parecer, nuestra reina se ha cansado de ser la cornuda de la pareja.

La manzana cayó de las manos de Fray Hernando. Se santiguó tres veces.

—Dios nos asista... ¿Creéis que Isabel yace con ese capitán?

Chacón apoyó su mano en el hombro del fraile.

—No lo creo —lo tranquilizó—. Ella nunca haría nada que traicionase al reino ni se dejaría llevar por la lujuria y el pecado carnal —afirmó convencido, hablaba ahora con esa confianza serena que solo se consigue al cabo de toda una vida de velar por otra persona—. Porque Isabel está casada con Castilla, y aun está enamorada de Fernando. Pero, sí, creo firmemente que quiere poner celoso al verriondo de su esposo.

Las risas en sordina de sus damas de compañía se elevaban por encima del susurro de un viento del Sur que mecía las hojas de los árboles y de alguna chicharra que anunciaba el calor del mediodía. Cabalgaban entre los acebuches y coscojas que circundaban las ruinas de la antigua ciudad califal, siempre a la vista del séquito real. Una reina de Castilla debía guardar las apariencias. En todo momento. Podía sentir la mirada reprobatoria de Chacón y de su preceptor espiritual clavándose sobre sus omoplatos como un afilado punzón de hierro —qué lejos quedaron los tiempos en que oraba mañana, tarde y noche suplicando que Fernando volviese sin ningún rasguño de la batalla—. Mientras sus suspicacias se mantuviesen en sospecha, bastaría. A ella le bastaba. Y, aunque así no fuere, a nadie le interesaría airear trapos sucios. Cada cual tenía un buen lugar en la corte, bien abastecidos de títulos, maravedís, carnes y vinos.

Su capitán no levantaba la vista del camino. Parecía avergonzado. Tenía su gracia, que tan aguerrido soldado con ella se mostrase tan vulnerable. Pero, bien sabía que era ante la reina con

quien se mostraba de tal guisa, y no con la mujer que había tras la corona. Eso vendría después, si la cosa iba bien encaminada, y las tornas cambiarían.

—Gonzalo, ¿qué os preocupa?

—Me temo que soy un libro abierto para vos, mi señora —alzó la mirada.

—Ambos nos conocemos bien. Fruncís el ceño hasta casi juntar las dos cejas y ladeáis la cabeza como un jamelgo cuando algo os conturba.

Sonrió la soberana marcando los hoyuelos en sus mejillas. Llevaba un vestido holgado, de amplias mangas, oscuro e informal. El cabello pajizo salpicado con algunas canas prematuras se ceñía bajo una cofia blanca de velo transparente. Pensó el capitán observándola a plena luz que su belleza no había disminuido un ápice, sino que se había transformado y refinado. Sólo las tenues arrugas que le aureolaban la boca y las sombras de tensión en las comisuras de los párpados delataban su edad.

—No sabía si debía hablar delante de Chacón.

—Habéis hecho bien. Nuestros asuntos son nuestros y de nadie más… —dijo en tono sibilino, quizás con doble intención. Volvió a sonreír, de forma mucho más otoñal en esta ocasión: luminosa pero fría al mismo tiempo—. Yo misma informaré a Chacón a su debido tiempo, cuando lo considere oportuno.

—Alteza... alguien nos ha traicionado.

—No me llaméis alteza mientras estemos a solas —le recriminó sin subir el tono de voz. Isabel tenía la calma de alguien que ha sido infeliz largo tiempo y no espera nada mejor—. Habladme de igual a igual.

La de la casa de Trastámara reprimió el impulso de cogerle la mano y entrelazar sus dedos callosos. Y también un segundo impulso de tirarlo a la hierba, quitarle las calzas y montarlo mientras él le mordía los pezones, cómo a ella le gustaba. Sintió un aleteo de mariposas en su vientre y un repentino ahogo en el pecho. Durante un par de latidos se ruborizó solo de pensarlo. En lugar de hacer lo que le pedían sus entrañas, se irguió y estiró el cuello en una pose altiva. No era una vulgar plebeya, era Isabel, la fodida reina de Castilla.

—Mi señora…

—Gonzalo…

Lo que en principio fue un juego y un entretenimiento para encelar a Fernando se había convertido en algo más. Peligroso. Excitante. Pecaminoso para el cuerpo y para el espíritu. Sabía que en algún momento había que ponerle fin. Estaban jugando con fuego regio. Pero era un fuego cálido y reconfortante que le daba la vida.

—Isabel...—convino—, alguien nos ha traicionado.

—De eso no me cabe la menor duda, Gonzalo —dio una vuelta a la brida alrededor de su muñeca. Siempre necesitaba hacer algo con las manos cuando se sentía incómoda—. El duque de Braganza ha sido sentenciado a muerte por el rey Juan, algo ha salido condenadamente mal —tensó los músculos de la mandíbula—. Quiero saber los detalles.

El Capitán se tomó unos instantes antes de contestar. Debía medir sus palabras.

—Mi hombre fue engañado y emboscado en las calles de Lisboa. Alguien suplantó al emisario del duque, sabían de vuestra carta. Consiguió salir con vida gracias a su pericia con el acero.

—Es un alivio, andamos faltos de hombres valientes y leales —suspiró. Después sonrió con crudeza sin apartar los ojos del capitán—. Pero, perdió la carta, y ahora nuestra posible alianza con la casa de Braganza es motivo de chanza y escarnio entre la nobleza de ambos reinos.

—Siento que las cosas no saliesen de vuestro agrado.

Isabel desechó el comentario con un gesto resignado. Eso podía significar cualquier cosa; el Capitán la había visto ordenar una ejecución, explicar al reo por qué debía morir y rechazar las fervientes súplicas de piedad de la familia, todo sin perder un ápice de compostura.

—No hace falta que nos flagelemos más de la cuenta, Gonzalo —pestañeó un par de veces—. ¿Confiáis en vuestro espía?

—No hay hombre más capaz para estos menesteres. Pondría la mano en el fuego por él cien veces.

Siempre que haya oro de por medio, caviló don Gonzalo.

—En ese caso, tendremos que buscar en un círculo más cercano —Isabel entornó su mirada hacia el cielo. El halcón planeaba sobre sus cabezas buscando una presa.

—¿Sospecháis de alguien en particular?

Aspiró Isabel hondo llenando sus pulmones antes de exhalar todo el aire en un suspiro. Tiró de las riendas y su montura se detuvo bajo un arco lobulado que en otros tiempos daba acceso a los jardines del palacio califal, y Gonzalo hizo lo propio.

—De estos tejemanejes solo sabíamos cinco personas: Chacón, mi esposo, Torquemada, vos y yo.

—Muchas son.

Asintió ella con expresión taciturna.

—El derrocamiento de un rey no es algo que se pueda hacer a la ligera, ¿no?

—Supongo que tenéis razón —convino él.

Carcajeó ella con un aire falsamente ingenuo.

—Dejadme a mí los asuntos cortesanos, Gonzalo. Esa no es vuestra guerra. Vos sois mi halcón que vigila desde las alturas, el viento que susurra mis oídos con las verdades que otros no se atreven a decirme.

Desmontó de su corcel blanco con la agilidad de una consumada amazona. Gonzalo la imitó. Le tendió las bridas y él las amarró a la rama torcida de una coscoja. Caminaron dentro de lo que en otros tiempos fue un edificio de planta basilical constituido por cinco naves, más una sexta perpendicular a las anteriores en su lado sur, que era por la que caminaban.

—He dado orden de encontrar al mandado del Inquisidor.

—Vos disteis el visto bueno —le recordó ella situándose bajo la sombra que daba una enredadera enmarañada a una columna.

—Era un viejo conocido… Y, no suelo contradecir las sugerencias del Rey, y todos sabemos que Torquemada habla por boca del Rey.

—Eso lo decís ahora —sonrió pícara.

Por un momento a Gonzalo le pareció la joven avispada que conoció en Arévalo quince años

atrás. Iba a replicar cuando oteó en la distancia una nube de polvo que provenía del camino que llevaba hasta Córdoba. Gonzalo hizo visera con las manos. Dos caballeros con escolta de seis hombres. Conforme se acercaban a las ruinas se percató de que portaban un pendón con los colores de Aragón. Los guardias de la reina les dieron un breve alto y señalaron hacia donde se encontraban.

—Son los hombres de Fernando. El puñetero Peralta, que nos traerá nuevas de la frontera —apuntó Isabel en un susurro no fuera que sus palabras se las llevase el viento a oídos que no debieran. La Reina sacudió la cabeza con fatiga, y el terral agitó sus rizos y cintillas—. Más tarde… continuaremos nuestra charla. Os espero en mis aposentos pasada la media noche.

Ella se acercó sin dejar de mirar a los jinetes. Sus dedos meñiques se rozaron. Un corriente recorrió el espinazo de ambos.

—Como deseéis, si os place allí estaré —respondió muy erguido, sus labios dibujando una leve sonrisa. Se volvió hacia los caballeros aragoneses y, a duras penas, consiguió tragar algo de saliva. En su interior se libraba una dura batalla entre un deseo carnal, irrefrenable, hacia Isabel, y la admiración y el respeto que también sentía por la reina de Castilla. Sabía de sobra que era una batalla perdida de antemano.

—Me place, Gonzalo, por supuesto que me place —replicó ella altiva cogiendo las bridas de su caballo.

El Capitán subía las empinadas escaleras descalzado, las botas sujetas en la siniestra, con la diestra asía un farolillo de hierro forjado con un velón de sebo dentro. La humedad y el frío se le calaban en los huesos. Sus hombros encorvados tiritaban bajo la camisola de lino y la fina capa. Al llegar al último peldaño contuvo la respiración, se agachó en cuclillas y pegó la oreja a la puertecilla de madera. Silencio sepulcral. Transcurrieron unos latidos de corazón. Apagó la vela de un soplo y con los nudillos dio dos golpecitos secos en la madera seguidos de otros dos espaciados, según lo convenido. Un pasador de hierro se deslizó desde el otro lado abriendo una pequeña rendija. Aplastó una araña que le subía por el brazo y, a cuatro patas, como un perrillo

faldero, empujó con la cabeza y atravesó el pórtico que conectaba el pasadizo secreto con la alcoba real.

Unos pies delicados, menudos y perfectos pisaban la alfombra de cenefas geométricas. Alzó la cabeza. Isabel le recibió con un camisón de fina batista, el pelo suelto como una cortina de oro, un crucifijo colgaba de su cuello y una sonrisita lasciva asomada en sus finos labios.

Se le erizó el vello de la nuca por la excitación y el peligro. La gotera cava la piedra cayendo en ella por continuas veces, recordó las palabras que le decía su madre cuando hacía alguna travesura y pensaba que nadie se daba cuenta. Porque era así en parte como se sentía, como un crío que robaba una sabrosa dulzaina de la despensa. Solo que la dulzaina era la reina de Castilla y la despensa eran sus aposentos del Alcázar. La suerte ya estaba echada desde hacía tiempo, pero no había que tentarla de esa manera.

Media hora antes de aquel encuentro clandestino, Gonzalo Fernández de Córdoba caminaba extramuros por la ribera del Guadalquivir, la noche iluminada tenuemente por la luz de una media luna creciente y las antorchas del baluarte del Alcázar. Andaba despacio entre el cañaveral, con tiento, con cuidado de no tropezarse con el ramaje o resbalarse en el lodo, por un sendero de apenas un brazo de ancho. Se detenía en su marcha cada pocos pasos y se quedaba muy quieto, agazapado entre las sombras, escrutando a uno y otro lado y escuchando los sonidos nocturnos. El cri cri estridente y agudo de los grillos, el ulular de un búho, el rumor apagado del río y las risas lejanas de los soldados en el adarve de las almenas animadas por el vino. La torre del Alcázar se levantaba como una silueta borrosa en la oscuridad, y las nubes cruzaban rápidamente la luna ocultando la luz y las sombras. A unos quinientos pasos río abajo de la noria apartó los juncos que ocultaban un viejo pozo. Alzó a pulso la piedra circular que cubría el agujero a ras de suelo y la dejó a un lado, junto a la abertura. Rebuscó entre las cañas, a los pies de un chopo blanco, hasta dar con la cuerda, en el mismo sitio que la había escondido la última vez. La ató al tronco del árbol con un doble nudo y la dejó caer por la oscura boca del hoyo. Se descolgó con agilidad y pericia salvando los cinco metros de caída. Se detuvo de nuevo para calmar su respiración. Con un pedernal y acero prendió la vela del farolillo que había escondido

en una hendidura de la pared del túnel. Se trataba de un angosto pasadizo, apuntalado con vigas de madera y excavado en el subsuelo, que comunicaba la cámara de la reina con el falso pozo. Una ruta de escape creada por algún califa celoso de su seguridad y que había descubierto él mismo, por casualidad, al inspeccionar minuciosamente las dependencias de la Reina. De su ubicación solo conocían tres personas: Chacón, la propia Isabel y él mismo. Y eso lo escamaba. Tres eran multitud. Un secreto compartido ya no era un secreto. Yacer con Isabel, bien merecía el riesgo. Era la octava ocasión en que realizaba el trayecto y visitaba furtivamente a su amante. Por momentos, se veía de muchacho trepando por las enredaderas hasta la alcoba de una Isabel más niña que mujer, para robarle un beso y unas caricias, allá en las tierras frías de Arévalo. Aquello fue un juego inocente. Pero, esto era diferente. Muchos lo calificarían de traición. Isabel era la reina de Castilla, y, aunque bien cornuda, tenía un esposo, el rey de Aragón. Que se le iba a hacer, la vida era así se jodida.

La luz de la luna creciente penetraba por las dos ventanas de la pared creando extrañas sombras en los aposentos reales. Sin decir palabra alguna Isabel alzó el pie derecho y lo colocó en la entrepierna de su capitán masajeando su miembro con un suave vaivén. Ella lo observaba desde arriba, ojos entornados, labios entreabiertos, relamiéndose con la puntita de su lengua, como un gato acechando a su presa antes de hincarle el diente. Gonzalo, sabía lo que le gustaba y cuál era su labor; le chupó la punta del dedo gordo, siguió por los tobillos, subiendo por la pantorrilla, un jadeo ahogado en el suave entre muslo, hasta besar su sexo velludo. Un espasmo de placer recorrió el espinazo de la Reina. No había vuelta atrás.

Después de un primer asalto en el que ella se había dejado hacer por completo subyugada ante la fuerza y la vitalidad de Gonzalo, Isabel abrazaba la espalda sudorosa de su capitán dibujando circulitos concéntricos. Dios la perdonase, pero cuando estaba ceñida a él, impregnada de su olor y de su hombría, se olvidaba de toda la carga que soportaba, de Granada, de los portugueses, de la inquisición, de la agotadora persistencia de los nobles con sus pretensiones de amasar una porción ínfima de poder. Se olvidaba de ser reina, y, sobre todo lo demás, se olvidaba de

Fernando. Y, cuando Gonzalo estaba dentro de ella empujando con ímpetu, entraba en éxtasis, alcanzaba un estado de plenitud tal que casi perdía el sentido de la realidad, algo parecido a lo que suponía que era la felicidad.

Pero, nunca se lo decía. Un mar de oportunidades perdidas y futuros desechados rugiendo entre los dos. No fuera a ser que la tomase como la niña enamoradiza que conoció en Arévalo. Ya era suficientemente peligroso lo que hacían como para que alguno de los dos se tomase el pecado carnal del fornicio como algo más espiritual.

En su lugar, lo abordaba con asuntos de Estado, normalizando la situación.

—Tengo un encargo para vos, Gonzalo —susurró acariciando el vello de su pecho. Notaba su corazón palpitante—. Debéis escoltar a un enviado de Granada.

—Vos mandad, y yo os obedeceré.

—¿En todo? —rio ella muy por lo bajini pegándose más a él.

El Cristo tallado en madera los observaba desde la pared de la alcoba con expresión severa.

—En todo, bien lo sabéis.

—Es un enviado de Aixa.

—¿La madre del sultán?

—Quien iba a ser si no, ¿Hay otra Aixa en Granada?

—Entre reinas anda el juego —susurró palpándole el muslo—. Las mujeres sois más razonables…

—No seáis bobo…

—¿Lo sabe vuestro esposo?

—Aún no —le mordió el lóbulo de la oreja—. Quizás más adelante. Todo a su tiempo…

—Mejor que quede así. No nos convienen sorpresas como la de Lisboa.

Frunció el ceño. Le vino un fogonazo. Había algo que le había llamado la atención en el relato del espía en Lisboa, algo que se había quedado latente en los recovecos de su mente. Ese capitán genovés. Quizás no fuese nada, quizás lo fuese todo.

—Pero, primero... Contadme sobre ese marinero que quiere llegar a las Indias cruzando el

océano —se acarició el crucifijo de plata que colgaba de su cuello.

—Es una locura —musitó el capitán quitándole la mano de la joya.

—Simple curiosidad de Reina —replicó en tono exigente.

—Aun así, no merece la pena malgastar vuestro tiempo.

—¿No era una locura que una niña fuese reina de Castilla? —inquirió—. ¿No era una locura unificar los reinos de las Españas?

—Eso de lo que habláis es diferente... lo del genovés son las quimeras de un soñador o un loco.

—El mundo está lleno de soñadores que cambiaron el mundo. Si fuese posible tomar la delantera a los portugueses… Chacón se pondría contento y la Corona también —le pellizcó un pezón y Gonzalo dio un respingo—. Insisto, ¿cuál es su nombre?

X. La Posada del Potro

Córdoba. Principios de junio de 1483

Vasco dio un traguito a su vaso, saboreando brevemente el licor antes de que pasara limpiándole el gaznate. Apoyó su espalda en la pared, debajo de una ristra de ajos que colgaba de las vigas del techo. El aguardiente que destilaba Paco el Rana no estaba nada mal, desde luego que no. Por dentro calentaba las entrañas y por fuera le alegraba a uno el maltrecho espíritu.

—Este orujo está cojonudo, levantaría el ánimo a un muerto —Falito Matallanas era de su misma opinión. Bebía a su diestra, su corpachón sentado sobre un taburete de madera de olivo—. ¡Don Paco! —gritó, estaba de buen humor el rambleño. Golpeó la mesa con la jarrita de cerámica y salpicó el contenido sobre su sayo—. ¡Servidnos otra ronda cuando gustéis! Y traednos también condumio... unas longanizas de chorizo y unas rebanadas de pan, que no somos de beber con el estómago vacío.

El Rana asomó la cabeza desde dentro de la cocina, su calva reluciente y sus ojos saltones muy abiertos le conferían al dueño de la posada del Potro el aspecto de un batracio blancuzco.

—¡Condenado Matallanas! ¡Pero si aún tenéis vuestro vaso lleno! —exclamó áspero.

—¡Qué más os da, id preparando el destilado!

—Voy a ver si nos queda materia —bizqueó un par de veces, hacía ese gesto constantemente —, que el Vasco este y el Gato se lo beben todo —masculló.

Paco el Rana, nacido en las montañas agrestes de Cantabria, había seguido a los reyes en su peregrinaje hacia el sur como cocinero de la hueste de un noble venido a menos y muerto en una refriega en la marca fronteriza, hasta que, cosas de la vida, terminó por asentarse en Córdoba.

Era un misterio, Paco era feo como él solo —con decir que su apodo apenas le hacía justicia, se pueden imaginar vuestras mercedes al espécimen—, y tenía más mala leche que un palomo cojo, pero el Rana había terminado conformando a la hija del antiguo dueño de la posada, una moza joven y lozana a la que casi doblaba la edad, y que estaba de muy buen ver. El padre, aún más sorprendente, dio el visto bueno al cortejo y le cedió el negocio a su yerno después del casamiento. Consigo había traído del norte su buen tino, su alambique y sus conocimientos sobre como destilar esa bebida del demonio, el orujo, que tanto enardecía el espíritu de los sedientos parroquianos.

—¡Poned pues a humear ese alambique que escondéis en la bodega! —alzó Matallanas la mano espantando moscas—. Qué feo es, la madre que lo parió —apostilló sin bajar el tono cuando el Rana se metió dentro de la humeante cocina.

—No os embaléis Falito, que un día se tomará a mal vuestras mofas, por mucho que lo llaméis de don…—musitó Vasco.

—Perro ladrador, poco mordedor… —con la manga se limpió unas gotitas que le caían por la barba—. Ese cántabro tiene leche en las venas en lugar de sangre.

—Coméis y bebéis en su casa, y encima os reís en su cara…

—Mientras le paguemos no pondrá pegas a mis chanzas—apuntó socarrón—. Le gustan más los vellones que a un judío.

En realidad, Falito Matallanas no tenía nada en contra de los judíos, aunque siempre los ponía como ejemplo en asuntos de dineros. Una vez le pregunté por qué lo hacía y me contestó con un ecuánime pues porqué va a ser, porque todo el mundo lo hace. Así iban las cosas y así van. Pero, centrémonos en el asunto.

—Por cierto… hablando de dineros… —terció Vasco—… aún no he visto que hayáis puesto sobre la mesa ni una moneda en tres días que lleváis viniendo por aquí, desgraciado.

Sonrió remolón el Matallanas a la pulla de su antiguo camarada de armas.

—Con lo que sana el hígado, enferma la bolsa —suspiró—. Esta noche tengo timba donde los francos. Mañana será otro día, os lo aseguro.

—Es lo que me preocupa… eso mismo asegurasteis ayer.

—Ayer fue con los flamencos, Negro —se frotó las manos y se masajeó el cuello—. Mirad quien nos regala la vista con su presencia.

La delgada silueta de Juan Álvarez Gato, siempre atildado —en esta ocasión con zapatos de cuero en forma de pico, calzas abombadas por el muslo, camisa blanca, saya corta sin mangas y bonete de piel—, se materializó bajo el dintel de la puerta que daba a las escaleras que conducían al piso superior. Avanzó hacia ellos sorteando a la ruidosa clientela que ocupaba las mesillas del centro.

—Gato —saludó el leonés alzando el mentón cuando el poeta llegó a su altura—. Os levantáis tarde.

—Vasco —le respondió con el mismo gesto y con ese tono atiplado—. Y, como no, el diablo me lleve… otra vez el condenado Falito Matallanas. ¿Hoy también nos tocará pagaros manduca y orujo? —apoyó la mano sobre su hombro en un gesto de camaradería.

—No lo dudéis —advirtió Vasco—. A este le gusta el yantar más que a los cerdos.

—Dineros tenga mi amo que caballos no han de faltar —alzó la jarra Rafalito Matallanas, todo elocuencia cuando había orujo de por medio, y se la bebió de un trago—. Hoy por mí, mañana por vos.

—Eso querrían verlo mis ojos —se pinzó Juan Álvarez Gato el caballete de su fina nariz sentándose frente con frente a Matallanas— El huésped y el pez, ya sabéis lo que dicen… al tercer día hiede.

—¿Tuvisteis una noche ajetreada? —replicó Falito con picardía. Su vozarrón se elevaba por encima del rumor de la taberna—. Parecéis cansado y ojeroso… ¿alguna moza?

Juan Álvarez Gato bajó la mirada durante un instante, pero se recompuso con dos parpadeos.

—Como siempre, la inspiración me llegó con la luna y las estrellas, y no he pegado ojo hasta bien entrada la madrugada —se acarició la perilla. Se había hecho un pequeño corte al rasurarse y tenía los dedos manchados de tinta, que alzó como prueba de lo que decía—. Hoy no cabe una aguja en la posada —apreció dando una ojeada a su alrededor—. Estará de buen humor el Rana,

si es que eso es posible…

—Vienen de regreso Fernando y su recua con Boabdil el Chico, y son muchos los que quieren ver al Sultán de Granada encadenado —apuntó Matallanas escupiendo al suelo con ese vozarrón perezoso—. Ese condenado moro tendrá lo que se merece.

—Es un rey, Falito —apuntó Vasco con esa voz ronca, apenas un susurro que contrastaba con la de Matallanas—. A buen seguro que duerme en mejor cama que vos esta noche. Y, hasta puede que en mejor compañía, si sus altezas están de humor…

Rio Rafalito Matallanas enseñando los dientes.

—Fodidos reyes —masculló Gato mojando un mendrugo de pan en las sobras de ese guiso tan sabroso, la adafina, un cocido de garbanzos con cordero que los judíos habían puesto de moda y a la que la Rosarito le había cogido bien el punto.

Uno de los cuatro de la mesa de al lado, los observó de soslayo. Vasco le clavó una mirada incisiva y cada uno volvió a lo suyo.

—Vos los conocéis bien —Matallanas estiró las piernas dando un sonoro eructo.

—Más que bien —replicó el literato tirándose de la manga—. Por eso digo que son fodidos.

María del Rosario, la esposa del Rana, conocida en sus dominios como la Rosarito, les trajo un búcaro lleno de orujo y unas longanizas con pan. Era la moza una morena de ojos negros y amplias carnes que solía llevar por atavío una falda holgada, un pañuelo verde anudado a la cabeza y una camisa de algodón blanca arremangada. Y, siempre olía al tomillo que echaba a sus guisos. Matallanas haciendo gala de su gran bocaza no pudo reprimirse:

—Ay, Rosarito, si vos quisierais y yo me dejara... —alargó sus manos intentando tocarle el lomo, pero la Rosarito, acostumbrada a los modales de taberna, lo esquivó con una suave finta y se colocó entre Vasco y Gato para depositar las viandas sobre la mesa.

—Eso mismo, diablillo, si yo me dejara… y ni se os ocurra tocarme con esas manazas que os las corto de cuajo, morueco —advirtió paciente.

—Es que estoy hambriento… —enseñó la fila de dientes superiores.

—Perdisteis la vergüenza de niño y no la volvisteis a encontrar—repuso moviendo la cabeza.

—De niño perdí y encontré muchas cosas, vos lo recordaréis bien.

—A veces, Falito, sois más tonto que una mula parda, ya lo decía vuestro padre que en paz descanse… —replicó molesta—. Bebed y cerrad esa bocaza.

—Cago en la Virgen… No sé lo que habréis visto en ese cántabro que os ha engatusado —carcajeó Matallanas.

Alargó el brazo y cogió la Rosarito la oreja de Falito retorciéndola hasta que el hombretón dio un gritito. Vasco suspiró, Matallanas no tenía remedio, tenía menos sesos que un mosquito.

Gato vertió el orujo en los tres vasos a la par que metía baza:

—Huya de habla dañosa la mujer placentera… pues un grano de agraz produce gran dentera.

—Cuánta razón tenéis, don Juan… Ahora soy una mujer casada, Falito, mostrad respeto ya que no podéis cordura —siguió en su empeño apretando un poco más—. Y, os puedo asegurar que mi marido tiene mucha más hombría que vos.

—Ahí os la han clavado, Falito —gorjeó Vasco.

—Pero bien —apuntó Gato con mucha sorna.

—¡Está bien, está bien... María del Rosario! —concedió el hombretón—, solo estaba de chanza.

La otra dejó de retorcerle la oreja, le había quedado roja como un pimiento.

—Idos con esas chanzas al cuerno o a ver vuestra puta madre, rambleño del demonio.

—Montalbeña teníais que ser… —replicó el Matallanas guiñándole un ojo y dando un trago largo bajo la mirada iracunda de la mujer, algo exagerada—. Hay confianza… nos conocemos desde niños y desde niños intenta domeñarme… —explicó Falito a dos de la mesa de al lado que se habían vuelto hacia él.

La Rosarito hizo ademán de retorcerle de nuevo la oreja, pero se lo pensó mejor y volvió a la cocina refunfuñando por lo bajo.

—Por vos señoras, por vos me hice hereje con Dios, adorándoos más que a él —dijo Gato atusándose el fino bigote, sus ojos chisporroteaban pícaros—. La esperanza es lo último que se pierde en el corazón de un hombre, Falito.

—Siempre con vuestra prosa maliciosa —Matallanas se tiró un sonoro pedo, era un hombre temperamental, de efluvios y ventosidades—. ¡Brindemos por la captura del Moro Chico! —exclamó jovial cambiando el rumbo de la conversación.

Vasco y Gato alzaron su vaso y chocaron con Matallanas que, de nuevo, lo terminó de un trago.

Los cuatro que bebían a su diestra también alzaron sus jarras.

—Aún tengo el hombro dolorido de asestar mandobles a los sarracenos en el Pontón de Bindera —Matallanas estiró el brazo y lo recogió en círculos concéntricos. Vestía ropa sencilla de lino grueso teñido de azul oscuro, sin ninguna de las galas que se asociaba a su condición de soldado. Su rostro dibujó una exagerada mueca de dolor.

—¿Estuvisteis vos en la batalla de Lucena? —preguntó con los ojos muy abiertos el joven lampiño de pelo mugriento que acompañaba a los otros tres parroquianos—. Contadnos como fue...

—Perdonad, señor, la impertinencia del rapaz —el del prominente mostacho tiró del brazo del muchacho. Tenía un cuerpo menudo y una cabeza desproporcionada—. Tú a lo tuyo, Joselito, cuantas veces te lo tengo que decir… No importunes a estos señores.

—No importa... no importa —Matallanas carraspeó solemne y alzó el tono alargando el brazo dando un cachete al mancebo—. Estuve con las huestes que reunió el Conde de Cabra para derrotar a ese Boabdil del demonio… Válgame Dios que si estuve.

Vasco y Gato se miraron con cara de circunstancias. Se sabían la historia de memoria, la habían oído al menos media docena de veces en los últimos días. Rafalito Matallanas ponía su voz a cualquiera que le prestase oídos, y parecía que en cada versión surgían nuevos detalles.

Resultó que cuando la razia de los moros, Matallanas se encontraba pasando unos días de asueto en su Rambla natal cuando atacaron los abencerrajes en la vecina Montalbán. Al poco de cruzar la frontera de Écija, se habían desparramado del grueso del ejército de Boabdil acosando en bandadas las poblaciones cercanas a Lucena haciendo estragos en cuantas villas y haciendas encontraron a su paso.

—Oímos las campanas que tañían en Montalbán pidiendo ayuda y reuní a un grupo de valientes rambleños para defender a nuestros apreciados vecinos, que aunque tienen el carácter agrio y mal beber, cuando no hay vino de por medio son buenos cristianos, y... tienen buenas mozas… —observó de soslayo la humeante cocina y se frotó los pechos en un gesto cómico.

Las risas brotaron desde todos los rincones de la taberna. Cada vez había más cabezas giradas y más oídos que prestaban atención.

Según nos enteramos más tarde por boca de Rosarito, la verdad fue que al alcaide de La Rambla le costó reunir una partida de hombres para patrullar las inmediaciones de la vecina villa. Si bien Rafalito se había presentado voluntario desde la primera llamada —nadie podía negar que era hombre fogoso y de corazón valiente—, hasta medio día después del tañer de las campanas cuando el peligro pareció haber pasado, no bajaron los rambleños por la trocha que les separaba de Montalbán. Por las inmediaciones quedaron aun rezagados algunos moros que intentaban huir en desbandada, pero cayeron emboscados en el camino de Aguilar, los lugareños conocían bien los recovecos y los atajos de las sendas. Flaco favor habían pergeñado a su sultán estos abencerrajes. Sus tropelías y saqueos no habían hecho si no alertar a los pueblos de la comarca, que comenzaron a reunir a mesnaderos incluso antes de que llegaran los jinetes del conde de Cabra.

Pronto cambió Rafalito Matallanas el tono imprimiendo un halo solemne que, aunque de tanto que lo era, en su evidente estado camino de la embriaguez resultaba cómico por sus hipidos entrecortados.

—En cuanto nos vieron aparecer salieron corriendo como conejos esos cobardes sarracenos —alzó el puño en alto escupiendo por el colmillo. Hubo algunos vítores por respuesta—. Les dimos acero y estopa, y los ensartamos con nuestras espadas, hip, hip…

Continuó Matallanas su relato bajo la atenta mirada de buena parte de la concurrencia, a medio camino entre la sorna y la curiosidad. Estaba claro que era hombre que gustaba gallear de sus hazañas y disfrutaba con ello; al contrario que Vasco que lo miraba impertérrito mientras comía —el leones siempre fue en esos menesteres de la estirpe silenciosa y rara vez mencionaba

heridas o batallas.

» Como buenos cristianos partimos de inmediato hacia Cabra y nos unimos a las tropas de don Alonso de la Casa de Aguilar y de otros alcaides que habían acudido a la llamada de socorro. Al llegar nuestra mesnada a las inmediaciones de Lucena, los ecos de las montañas repitieron un ruido estrepitoso de cajas e instrumentos de guerra, y en el campo agareno se cagaron los moros las patas abajo, creyendo que venía contra ellos todo el poder de Castilla. Boabdil y el propio Aliatar a buen seguro participaron de estos temores, de tal modo que la infantería granadina se retiró cobardemente hacia el camino de Écija —se levantó Rafalito Matallanas del taburete, el rostro contrito, y le quitó la jarra de las manos a Juan Álvarez Gato para darle un trago antes de continuar.

Fue en el campo de Aras donde nos plantaron batalla, los dos ejércitos enfrentados. En el primer choque acometimos valerosamente a las mesnadas nazaríes, a base de coraje y mandobles... —levantó sus manos el rambleño haciendo un molinete imaginario, iluminado por el medio azumbre de orujo que le daba gracejo y vigor—... dejamos a una treintena de caballeros de la flor y nata de la Casa de Granada muertos o heridos tirados de sus apeos, hip, hip… Fue entonces cuando el conde, viendo la oportunidad de la victoria en su mano, mandó a los lanceros arrasar con toda vida musulmana. Aliatar, el aguerrido general nazarí, maldita sea su estampa y se pudra su alma en el infierno, ordenó retirada no sin antes llevarse a dos almas de buenos cristianos por delante con sus malas artes. Los infieles huyeron en desbandada hacia un pequeño río enfangado llamado Pontón de Bindera… La oportunidad de este retén encaminó la victoria hacia los nuestros. Desordenadas sus filas, los moros vieronse obligados a pelear revueltos en confusos pelotones —se volvió a la mesa y dispuso mendrugos de pan, cucharas y chorizos para escenificar la batalla. Hizo una pausa para que las palabras calasen en la audiencia (créanme vuestras mercedes cuando les digo que Rafalito Matallanas perfectamente se podría haber ganado la vida como juglar o comediante).

Aliatar murió allí mismo a manos de Alonso de Aguilar —se levantó un murmullo de admiración hacia el hermano mayor de Gonzalo Fernández de Córdoba que fue acallado por las

risotadas ante cada hipido y eructo que soltaba el rambleño—. De nuevo el eco de los tambores, hip, hip… anunciaba la llegada de refuerzos cristianos para atacar por el flanco sembrando confusión y pánico entre los musulmanes; la infantería sarracena, atropellada por su misma caballería, que huía desordenadamente, abandonó las acémilas cargadas con el botín de las anteriores correrías y todos juntos y en tropel emprendieron una retirada vergonzosa y torpe, cebándose nuestras lanzas en los que menos corrían. En el fragor de la batalla atisbé el pendón nazarí a mi alcance entre una nube de picas y puntas de espadas, y me lancé hacia él como alma que lleva el diablo dispuesto a blandir el pendón o a morir en el intento... A lomos de mi caballo tordo, y con la ayuda de otro rambleño, mi buen amigo Carlos Capilla, nos batimos con no menos de media docena de caballeros que protegían el estandarte, y tras luchar con ardor y hombría conseguimos tan ansiada enseña. Cuando el pendón cayó, Boabdil intentó huir, pero su caballo quedó enfangado en la ribera del arroyo llamado de Martín González. El muy cretino se escondió entre la espesura del cañaveral, pero, al poco, fue descubierto por las partidas que batían el terreno. Nuestros soldados, adivinando por la indumentaria que se trataba de un personaje de valía, disputábanse al prisionero por futuras recompensas; uno de ellos, para asegurar la presa, intentó asirle, más el apuesto y altivo musulmán desnudó rápidamente su daga y le asestó una tremenda puñalada. Fue un lucentino, Martín Hurtado, un hombre valeroso donde los haya, quien logró reducirlo a base de golpes de pica. Los gritos y las voces de la refriega atrajeron al alcaide de los Donceles, a quien, finalmente, el hideputa del moro se acogió, rindiéndose a discreción.»

—¡Esas peroratas vuestras son más falsas que un excelente de plomo! —la voz provenía del fondo y había cierto desdén en ella—. De todos es sabido que fueron egabrenses los que se hicieron con el pendón nazarí.

—¡Ni en vuestros sueños habéis estado allí! —exclamó otra voz, un fulano rechoncho y de gran papada que compartía mesa con el otro.

—¡A no ser que hubiera barriles de vino de por medio! —añadió el que completaba el trío alzando la jarra bien alto.

La taberna se transformó en un clamor de risas estridentes.

Se trastabilló Matallanas dando un paso adelante. A punto estuvo de caerse si no llega a ser porque el muchacho lampiño y el del prominente mostacho lo agarraron por el camino. Eran de los pocos que mantenían el decoro y la compostura con Rafalito Matallanas.

—¡Cuidad esa lengua! —exclamó Falito entre hipidos. Hubo más risas, ahora contenidas, entre los parroquianos que se estaban divirtiendo con la escena.

Derribando un taburete, y con la mano en el pomo de la tizona lanzaba Rafalito Matallanas rayos con la mirada a los ocupantes de la mesa del fondo, los tres forasteros de aspecto recio cuyas largas herreruzas y capas estaban colgadas en la pared. Vestían ropas sobrias, por sus ademanes y miradas confiadas eran hombres de armas, calibró Vasco ya atento a lo que se avecinaba.

Empezó el hombretón a improvisar allí mismo todo tipo de improperios y blasfemias, incierto el equilibrio, sin soltar la empuñadura de la espada. Vasco y Gato sujetaban a Matallanas para impedirle que desenvainara el acero y fuese a por los tres fulanos que, achispados por la bebida y ajenos al peligro, azuzaban con sus guasas el griterío generalizado.

—Es una afrenta, cagoendios —farfullaba el rambleño, la respiración entrecortada, intentando desasir la diestra que le sujetaban sus amigos que habían conseguido sentarlo de nuevo—. Cagoendios en la virgen y en tó lo que se menea… Un palmo de acero pondrá las cosas en su, hip, sitio.

Gato le puso otra jarra mojando sus labios.

—Mucho acero es para malgastarlo tan temprano, Falito —mediaba Vasco, apaciguando al hombretón—. Dejadlo estar, que todavía estamos a tiempo...

Ante una de las gracietas todas las miradas se volvieron de nuevo hacia Matallanas.

—Poco me parece a mí —sin quitar ojo a los otros, el soldado se mesaba la barba, ojos desorbitados con expresión feroz—. Voy a ajustarles cuentas, me basto y me sobro con esos tres.

—¡Bebecharcos! —gritó alguien desde un rincón lo que provocó la hilaridad generalizada de la clientela—. ¡No fueron los cabrones, ni un rambleño achispado más tonto que el culo de un

burro el que ganó el pendón, si no uno de Montilla, uno de los hombres de Alonso de Aguilar! —más risas por respuesta.

Aquello ya eran palabras mayores.

—¡Hideputas! —bramó Matallanas. Vasco lo agarró del brazo, pero consiguió sacar dos palmos de espada—. Si sois hombres, salid fuera y tendremos más que palabras...

A continuación, hubo un cruce de bravuconadas e insultos a cuál más desafortunado por ambas partes, que solo consiguió enardecer a Matallanas y dar alas a los forasteros que habían ganado un adepto con el montillano que también andaba achispado y con ganas de jarana.

De tal guisa se tornaba la coyuntura que la concurrencia se disponía a presenciar un suceso de los que al día siguiente se comentan en los mentideros y tabernas. Y Vasco, a pesar de sus esfuerzos por tranquilizar al amigo, empezaba a aceptar como inevitable el verse a estocada limpia en la plaza con los forasteros, por no dejar solo a Rafalito Matallanas en la refriega.

Los cuatro hacían ademán de requerir sus espadas y encarar la puerta; y el leonés y el literato, impotentes para evitar la querella, les pedían comprensión y una disculpa a tiempo, y que desembarazaran el campo, que no había gloria en derramar sangre por aquel lance.

—Alea iacta est —concluyó Gato, resignándose, dando el último trago a un culillo de orujo —. Parece que no hay vuelta atrás.

—¿Cómo andáis de ducho con la tizona? —preguntó el leonés.

—Sigo ágil como un gato... Al menos, para guardaros el costado de una daga traicionera.

—Eso espero, porque este botarate se piensa batir él solo con esos cuatro mequetrefes, y habría que ayudarlo...

Y tras un profundo suspiro, Vasco empezó a levantarse de la mesa. Matallanas que ya tenía media espada fuera de la vaina, le echó una amistosa mirada de gratitud.

—Sois un amigo, Negro —le echó el brazo al hombro—. Y vos también, Gato.

—No nos fodáis, Falito —respondió Vasco malhumorado—. Riñamos con quien sea menester, pero no nos fodáis más.

—Así hablan los, hip, amigos —replicó, disfrutando visiblemente con la que se estaba

montando. Los de la mesa de al lado los jalearon unánimes, el rapaz abriendo mucho los ojos, desistiendo ya de los esfuerzos conciliadores y en el fondo encantados de antemano con el espectáculo gratuito.

Matallanas, incluso beodo, resultaba un luchador temible, la intervención del leonés de nariz torcida como pareja de baile, y Juan Álvarez Gato cubriendo las espaldas, no dejaba resquicio de duda sobre el resultado de la trifulca, al menos para los conocidos. Se cruzaban estos apuestas con los no allegados sobre el número de estocadas que iban a repartirse a escote los forasteros, ignorantes de con quiénes se jugaban los vellones.

Total, que bebió el leonés un trago de orujo, y ya en pie, miró a los forasteros como disculpándose por lo lejos que había ido todo aquello, e hizo gesto con la cabeza de salir afuera, para no enredarle la taberna a Paco el Rana, que andaba bizqueando, sudando como un pollo y llamando a voces a la Rosarito.

—Cuando gusten vuestras mercedes.

Se ciñeron las herreruzas y encamináronse todos hacia la plaza, entre gran expectación, procurando no darse las espaldas por si las moscas; que Jesucristo dijo como hermanos, pero no como primos.

En esas estaban, cuando desde la puerta de la cocina apareció la Rosarito, para desencanto de la concurrencia y alivio de Vasco. Pelos endemoniados y gritando como una posesa enarbolaba la posadera un rodillo de madera de esos de amasar pan que movía como si fuese una maza. Empezó a despotricar contra Falito Matallanas, su cara roja de ira. Crapuloso, fantoche, mangurrián, petimetre, verriondo, bultuntún, mamerto. El vocabulario de la Rosarito hacia Matallanas parecía no tener fin. Hasta que corta ni perezosa se cansó y lo cogió de la oreja y tiró de él con fuerza hacia dentro amenazando a los cuatro de la puerta con que no entraran más en la taberna sopena de recibir un buen escarmiento. Nadie le rechistó a la Rosarito. Los tenía bien puestos la esposa del Rana.

—Se fastidió la fiesta —dijo Gato.

—Al final será razón lo que decía mi abuela, que solo en el mundo las mujeres ponen cordura

—musitó Vasco descolgándose la tizona.

XI. Boabdil el Chico

Córdoba, principios de junio de 1483. Un ratito después de la trifulca de la Posada del Potro

Toda Córdoba estaba de algarada. La curiosidad popular había convertido el Campo de la Verdad y la entrada por el puente romano en pintoresca romería. Grupos de gentiles bajaban por la calle de la Feria y la Medina buscando las sombras de las murallas, deseosos de presenciar espectáculo y morbo. Algunas cuadrillas de alguaciles mantenían blandamente alejada a la gente que aplaudía el paso de cualquiera de los caballeros que iban y venían desde el Alcázar disponiendo de los últimos detalles de la entrada triunfal del rey Fernando. Los más zumbones azuzados por el vino pedían a grito pelado que la reina saliera a saludar; y, cuando a media mañana una comitiva de damas encabezadas por Isabel asomó por las almenas del baluarte, las acogieron en estruendosa ovación, a lo que la soberana correspondió con un gesto levantando la mano, tan grácil y gentil que de inmediato se ganó la aprobación de la muchedumbre congregada. Desprendida, galante, cálida con quien sabía llegarle al corazón, la ciudad de Córdoba había de dispensar a sus reyes durante sus estancias en el Alcázar siempre idénticas muestras de cariño y gratitud, pasando por alto los caprichos y excentricidades que arrastraba consigo la corte.

Los tamborileros hacían bien su trabajo creando expectación en el populacho. Repicaban con saña las pieles curtidas anunciando la llegada del Rey y su ilustre cautivo. Era algo que no se veía todos los días. Boabdil el Chico, el sultán de Granada, último reino musulmán de la península, había caído prisionero en manos cristianas. La plebe, la nobleza, los comerciantes, los

mendigos, la ciudad entera se agolpaba alrededor de los guardias, que con sus escudos dejaban un pasillo para que desfilase el ejército y sus nobles.

Por allí andábamos Mateo y yo —pronto entraremos de lleno en la historia—, ejerciendo nuestro oficio de pillos desde bien temprano. Dándonos encontronazos, escurriéndonos entre las piernas de los caballeros y los volantes de los vestidos de las damas, y cogiendo con manos largas cuantas monedas caían a nuestro alcance, bien lejos de los garrotes de los alguaciles. Ajenos al hombre que escudriñaba desde las alturas y que en pocas horas cambiaría nuestras vidas. Mateo gimió y me dio un codazo para que subiésemos encima de un carro en el hueco que habían dejado dos arrieros en busca de vino.

Al fin, se vislumbraban dos hileras de jinetes abriendo la comitiva con las picas en alto y los colores de Aragón.

Oteaban desde las murallas el espectáculo de la mañana. Matallanas era conocido entre la guardia del adarve y los había colado sin excesivos problemas. Bebía amigablemente el rambleño, apaciguado ya de sus demonios y buscando otros nuevos, con dos soldados rubicundos de ojos claros y piel rosada. Intuía Vasco que el bueno de Falito iba a terminar la farra en el campamento de los mercenarios extranjeros antes de echarse la siesta.

—Ambos soberanos quieren apropiarse de la victoria ante el pueblo—comentó Juan Álvarez Gato mientras descascarillaba un pistacho con los dientes.

Todo el empedrado desde el puente romano hasta el Alcázar estaba engalanado con estandartes que mostraban las enseñas de Castilla ondeando al viento.

Eso mismo estaba pensando Vasco. Si Fernando había cabalgado a la frontera para ganarse el favor de la marca, Isabel no había querido ser menos, y no había escatimado en gastos a la hora acicalar la ciudad. La propaganda era un arma poderosa que los Católicos sabían utilizar con astucia, cada uno de los gobernantes a su manera era un maestro en el arte de la manipulación.

—Hoy habrá riña en la alcoba real —vaticinó el leonés con un puntito de sorna.

—Si es que Fernando no tiene otros planes mejores —replicó un Gato malicioso—. La Reina

ya tiene una edad….

—Gallina vieja hace buen caldo —dibujó Vasco una mueca torcida.

—A nuestro rey le gustan las polluelas recién salidas del cascarón.

—Vos sabréis, que los habéis servido en cercanía.

—Mis labios están sellados —hizo una mueca y se pinzó los morros—. Lo que acontece en el Alcázar ahí queda… palabra de cortesano.

—Ya será menos.

Rieron ambos. Otro caballero cruzó raudo el puente. A Vasco le pareció reconocer al alcaide de los Donceles y primo del Capitán, Diego Fernández de Córdoba, que se llevó los vítores y aplausos del gentío alzando la espada a los cielos.

Gonzalo Fernández de Córdoba también se encontraba en la muralla, sobre las torres que flanqueaban los portones del puente, charlando amigablemente rodeado de varios soldados.

—Mirad quien está ahí…

Siguió Vasco el dedo de Juan Álvarez Gato, divisó al Capitán justo encima de uno de los tapices colgantes con el blasón que compartían Isabel y Fernando —se pusieron de acuerdo cuando la Concordia de Segovia en adoptar un escudo timbrado con corona real dorada sostenido por el águila nimbada de San Juan Evangelista—. En cuanto su primo subió la cuesta del Alcázar y los primeros pajes aparecieron sobre el puente se giró este para bajar las escaleras y fue entonces cuando sus miradas se encontraron. El Capitán dudó un instante antes de tocarse el bonete granate con la punta de sus dedos. Vasco hizo lo propio. Era lo convenido cuando quería transmitirle un mensaje en público. El de Córdoba bajó las escaleras y de forma casual se dirigió hacia Vasco esquivando a los guardias que lo saludaban con animosidad.

—Vuestro amigo viene a veros —apuntó perspicaz el literato, apoyado en el hueco de las almenas. Cogió otro pistacho y se lo colocó en la paleta para hacer palanca. Clac.

—Dejamos la amistad atrás hace tiempo, si es que alguna vez la hubo —gruñó Vasco adelantándose unos pasos—. Y, más vale que mantengáis vuestra lengua quieta, si no queréis perderla.

Tras un abrazo varonil a un efusivo Matallanas, el Capitán se plantó delante de ellos tal y como había hecho con los otros guardias.

—Juan Álvarez Gato, me alegro de veros, no esperaba que estuvieseis aun por Córdoba —lo saludó cogiéndole del codo.

—El apuesto y valiente Gonzalo Fernández de Córdoba —repuso Gato zalamero—. He pospuesto mi partida unos días. La belleza de vuestra ciudad me inspira. Pero, antes de que llegue la insoportable canícula estival habré partido para Madrid.

—Se os echará de menos en la corte, a vos y a vuestros versos.

—Unos más que otros —replicó Gato.

—Eso siempre pasa —repuso el Capitán con sorna.

—Seguro que el de Nebrija ya me ha hecho olvidar y ha rellenado mi hueco.

—Las damas dicen que no tiene vuestro ingenio, que es seco y estirado como un palo…

—Eso dadlo por seguro, don Gonzalo. Pocas sonrisas les arrancará con su dichosa gramática.

—Ya veis que es verdad que algunos os echaremos en falta.

—Siempre tan cumplido, Capitán —los ojos de Gato brillaban como dos soles, el rubor apareció en sus mejillas,

—No es cumplido quien dice la verdad. Y, ahora, disculpadme, pero tengo que presentarme en el Alcázar a recibir a Boabdil —se volvió el Capitán hacia Vasco para darle unas palmaditas en la espalda—. Tengo una nueva encomienda para vos, venid a verme cuanto antes —susurró al oído casual.

—Así lo haré.

—Antes de caer el sol.

Asintió Vasco estoico ante la falsa muestra de cariño del capitán contemplando los colmillos de un Gato que sonreía moviendo la cabeza.

—Rebosa carisma el hideputa, de eso no cabe duda… habrá hombres que lo seguirán hasta la muerte o hasta la gloria —comentó el poeta despreocupadamente cuando el Capitán se marchó

escaleras abajo—. Pero, no creía que vos fuerais uno de ellos...

—De algo hay que comer, Gato.

—Os vais a meter en un buen berenjenal, como sigáis por ese camino...

—No es asunto vuestro —replicó Vasco desabrido.

Tocaron las trompetas doradas alzadas al cielo detrás de los tamborileros. El rey andaba ya cerca del puente.

—¿Paga bien el Capitán? —inquirió pensativo el literato.

—No paga mal, que es lo que cuenta. Y, no preguntéis más, diantres, se supone que vos no debéis saber nada…

Su respuesta fue apagada por una explosión de júbilo, y una sucesión de vivas al rey y de aplausos desmedidos. Fernando apareció montado a lomos de un corcel grisáceo, el yelmo sostenido a una mano. Con la coraza puesta reflejaba la luz del sol y emitía destellos plateados. Su caballo también llevaba la testera de acero y una barda y un petral de cuero curtido. Sin duda alguna que proyectaba la imagen de un guerrero de leyenda. Saludaba el Rey con una sonrisa abierta a sus súbditos y estos le correspondían con vivas de agradecimiento. Lo escoltaban en ambos flancos, también con galas militares, el conde de Cabra, don Alonso de la casa de Aguilar, el señor de Fernán- Núñez de la casa de los Ríos, el de Luque de los Venegas, y los del Carpio de la casa de Sotomayor. Algo más rezagados cabalgaban el resto de nobles de las veinticuatro familias conquistadoras del cabildo de Córdoba: los Aguayo, Angulo, Argote, Cabrera, Cárcamo, Cárdenas, Carrillo, Páez de Castillejo, Córdova, Muñiz de Godoy, Góngora, Hoces, Infantas, Luna, Mesía, Gutiérrez de los Ríos, Sousas, Valenzuela, Vargas o Venegas. La flor y nata de Córdoba. No faltaba ni uno. Por la cuenta que les traía, la sombra del rey era alargada y daba buen cobijo.

Detrás, la caballería, y por último, un batallón de infantería con uniformes nuevos y corazas relucientes. Una pantomima perfectamente orquestada. En el momento más álgido, el Rey alzó la tizona y la Reina le correspondió el gesto desde el baluarte del Alcázar, los vítores y el griterío se elevaron por encima de los tambores y las cornetas.

—Un rey gallardo —comentó Vasco rebosando ironía—. Y una reina agradecida.

—Parece que él mismo regresase victorioso de la batalla. Viene de punta en blanco el jodido.

—La multitud lo adora.

—En las muchedumbres lo que se acumula no es el talento, sino la estupidez, querido amigo.

—Es lo que hay —musitó el leonés rascándose la barbilla—. Allégate a los buenos y serás uno de ellos.

Unas doncellas lanzaron pétalos de rosas de diferentes tonalidades al paso del soberano.

Suspiró Juan Álvarez Gato y se pinzó el caballete de la nariz.

—El olor a mierda de caballo ni las flores pueden ocultarlo.

—¿Echáis de menos la corte? —preguntó Vasco.

—Para nada —contestó seco—. Lo que echo de menos es mi bolsa llena de monedas —observó al leonés, ahora con curiosidad manifiesta.

—No estaréis pensando en que os fíe.

—No exactamente... —se acarició el mentón—. Lo que estoy pensando es... si la paga del capitán es tan buena como para que me enrole a su servicio...

Carcajeó Vasco con una mueca torcida cruzándose de brazos.

—Otra vez con lo mismo…

—Y la que viene.

—¿Tan mal estáis?

—Peor aún... no tengo ni para volverme a Madrid.

—Vos dedicaos a lo vuestro que es para lo que valéis.

—Aun soy bueno con la espada.

—No lo dudo —replicó—. Pero no basta con ser bueno, hay que tener algo que vos perdisteis hace tiempo... cierto instinto animal...

—Aún lo conservo.

—Con la pluma puede ser… pero no con el acero.

Se metió la mano dentro de la falquitrera y sacó una bolsita de cuero. La tanteó al peso y se la

puso en la palma de la mano.

—Con esto tenéis para el viaje.

A veces Vasco tenía esos arrebatos de generosidad con quienes consideraba de los suyos.

—No puedo... aceptarlo —lo observó con ojos muy abiertos—. Mi honor me lo impide, Vasco.

—Dejaos de sermones de cura. Ya me devolveréis el favor.

Vasco apretó su mano sobre la de Juan Álvarez Gato.

—Eso dadlo por seguro —le cogió del brazo—. Cualquier cosa que necesitéis.

Vasco asintió con la cabeza. En ese momento se apoderó del ambiente un silencio repentino que cortó cualquier atisbo de arrepentimiento de uno y de otro.

Una silueta solitaria se recortaba bajo el arco de la puerta del puente junto a la torre de la Calahorra. Un jinete erguido, cabeza altiva, mirada al frente, orgulloso y desafiante.

—El moro —musitó Vasco observando al rey de Granada.

—Vaya con el sultán —añadió Gato—. Y dicen que es pusilánime.

—Parece que le queda orgullo en la sangre.

La gente comenzó susurrar al paso de Boabdil el Chico. Este permanecía impasible, ajeno al rumor creciente y los improperios que ya se oían, mientras la montura avanzaba hacia el recinto de la Catedral. Si no fuera por las cadenas que unían sus muñecas, se presentaba Boabdil adecentado como rey, sobre un corcel blanco, la barba perfectamente recortada, vestido con ropajes de calidad, una marlota granate, holgada y acampanada con motivos florales en oro, un fajín verde y un turbante terminado en casco en forma de pico color marfil. Completaban su atuendo unas ajfaf en punta de cuero adornadas con cenefas que le llegaban a la altura de la rodilla.

—Diría que los tiene bien puestos —apuntó Vasco escrutando al hombre del que dependían los designios de miles de personas cuando pasó bajo el arco. Por su porte y su forma de cabalgar dedujo que no era un soldado. Tenía un rostro agraciado, casi afeminado, sin cicatrices ni rastros de penurias, y unas manos delicadas de dedos largos y finos. No obstante, su mirada era

orgullosa, casi retadora. Y no estaba asustado. Afrontaba su destino con estoicismo. Era valiente, a su manera, supuso. Los últimos coletazos de una dinastía en su crepúsculo —. Aunque tiene cierto aire a poeta, como vos.

—De poeta le queda poco.

De nuevo retumbaron los tambores y soplaron las trompetas. Mientras Boabdil se alejaba en dirección al Alcázar, entraba el grueso de la caballería, atronando los cascos de las bestias sobre la piedra del puente, y más al fondo se adivinaban ya las picas de la infantería. Iba a desfilar buena parte del ejército sino al completo.

Un día para engrandecer a la corona y a la nobleza.

Fue a partir de ese momento cuando comenzaron a concatenarse una serie de casualidades que hizo que mi camino se cruzase con el del leonés. La primera de ellas, que el Seco Bargas se encontraba viendo el desfile a unos cuerpos de donde yo me hallaba intentando librarme de dos raterillos que querían algo de limosna y me sacaban una cabeza.

—¿No es ese de ahí vuestro otro amigo? —señaló el literato en un bostezo, alzando el mentón hacia la multitud que contemplaba como las espaldas del nazarí se perdían en la cuesta camino del Alcázar.

Vasco siguió la mirada de Juan Álvarez Gato. Había tres carros detrás de la turba que se amontonaba en las murallas, junto a los muros de la Catedral, repletos de muchachos que no querían perderse la entrada triunfal del ejército. Dos de ellos se zafaban del agarre de unos rapaces de mayor envergadura y salían corriendo Medina adentro. A la derecha, una figura espigada, la cabeza cubierta por un casquete de fieltro se volvió antes de que el leonés pudiese distinguir sus facciones y se alejó hacia la calle que circundaba la Catedral. Por sus ropajes, andares y hechuras bien podía ser el condenado Bargas, caviló Vasco.

XII. El condenado Bargas

Córdoba, principios de junio de 1483

La jarca procesionaba en algarada hacia la explanada del Alcázar para celebrar la captura de Boabdil en busca del morbo y los barriles de vino y los asados de venado que habían ofrecido los reyes a la ciudad, siempre con buen tino mostraban sus majestades estos alardes de generosidad ganándose el favor de la plebe con unas pocas migajas y sobras.

Vasco y Gato seguían a la silueta espigada entre el gentío a unos prudentes veinte pasos. Era el condenado Bargas, ya no había duda en la cabeza de Vasco. Al torcer el último recodo y adentrarse en el laberinto de callejuelas había visto su rostro, inconfundible, su barba recortada, su barbilla puntiaguda, el pelo largo y desmadejado. No había vuelto a saber de él desde su regreso de Lisboa. Y, eso, que aún le debía su parte. No era Bargas de los que acostumbraban a perdonar deudas ni a regalar el sudor, sobre todo cuando se jugaba el pellejo en el empeño. Algo barruntaba el moro a sus espaldas.

—Lo vamos a perder —apuntó Gato cimbreando resuelto detrás de Vasco.

Iban a contracorriente subiendo por la judería vieja de la Medina, atrás habían dejado el desfile y la Catedral.

—No seáis cenizo —lo reprendió el leonés cogiéndole del brazo. Tiró de él hacia un puesto de panes para parapetarse tras unas mujeronas entradas en años y en carnes que hacían cola para recoger la masa cocida en el horno de leña. Bargas había hecho lo propio frente a otro tenderete de artesanía una veintena de pasos más adelante. Miraba su compinche una figurita, un Cristo de

madera, y oteaba a su alrededor como un zorro olfateando un rastro.

—¿Qué hacéis? —inquirió el literato, de naturaleza curiosa se había apuntado al carro sin que nadie lo invitase—. ¿Por qué no lo abordáis sin más?

Eso mismo se preguntaba una parte de Vasco, la parte más inclinada al raciocinio. Pero, la otra parte, la más visceral —y la que solía mantenerlo con vida—, le decía que el condenado Bargas andaba trajinando alguna maldad. Había algo en su expresión contrita, en cómo se movía, en cómo encogía los hombros, en su mirada huidiza. Y, ese algo no encajaba.

Zas. Zas. Zas. El carnicero del puesto contiguo fileteaba el lomo de un puerco con un cuchillo ancho y afilado como si fuese manteca, un enjambre de moscas zumbando a su alrededor. La cabeza del cerdo los observaba con ojos vidriosos desde el firme de terriza junto a otros restos de corderos y conejos.

—Algo se cuece, y no sé lo que es —pero pretendo descubrirlo, le faltó decir. Vasco arrugó el ceño.

Una de las comadronas señaló una liebre desollada y la mujer del carnicero, el delantal manchado de sangre y el pelo recogido en un pañuelo, la descolgó de la cuerda de un tirón. Clac, clac. A su lado se secaba la piel de un zorro.

Una liebre. Y un zorro.

Estiró el cuello y Bargas hizo un gesto parecido, pero este mirando hacia adelante con disimulo. Dejó el converso la pieza de madera y se apresuró entre el gentío que bajaba la calle.

Era eso, pensó. Una liebre y un zorro. Bargas estaba siguiendo a alguien. Vasco comenzó a caminar aligerando el paso para no perderlo en el siguiente esquinazo.

—¿Qué ocurre?

—Gato —el sexto sentido del leonés, agudizado tras años de escaramuzas, encerronas y celadas varias, zumbaba en su nuca. Peligro, anunciaba, o, cuando menos, cautela—. Será mejor que volváis a la posada —dijo en un susurro—. Es un asunto que no os incumbe el que tengo que tratar con Bargas.

El susodicho acababa de girar de nuevo hacia la izquierda.

—¿Estáis seguro?

—Hacedme caso.

—Podría ayudaros si la cosa se tuerce —se palpó la espada sujeta al cinto.

—No habrá necesidad.

Algo en la mirada acerada de Vasco debió de advertirle que hablaba en serio.

—Está bien —aceptó—. Luego os veré para tomar unos cuartillos de vino. No os retraséis.

Asintió Vasco sin volver la espalda, caminando sobre el firme irregular y sin pavimento de unas calles cada vez más estrechas y sombreadas, en las que rara vez penetraban los rayos del astro rey, si acaso a primera hora de la mañana. Se llevó la mano al pomo de la ropera, con la otra acarició la daga. El acero siempre daba seguridad, en su mundo era algo irrefutable.

¿A quién diantres estáis siguiendo, Bargas? Se preguntaba esperando acontecimientos, apoyado en la pared a que el otro avanzase.

Alguien tiró sin vocear un cubo de agua sucia desde una de las ventanas de una casa encalada con macetas colgando de la fachada. Vasco se apartó por poco, no así una pareja de curtidores, por las herramientas que colgaban de sus cinturones, que lanzaron varios improperios antes de continuar su marcha.

A su diestra aparecieron unos niños que jugaban a batirse con palos en mitad de la calle, los dos más grandes tenían acorralados a sus pares más pequeños, a los que sacaban más de una cabeza. En realidad, no jugaban, estaban de trifulca y había unos que claramente llevaban las de perder. Sin saber muy bien por qué, cuando pasaron por su vera, el leonés puso una zancadilla al más larguirucho, un trotacalles de piel morena más muchacho que niño, y tiró de su omóplato para que cayera al suelo. El pilluelo de pelo pajizo al que estaban a punto de apalear pudo escapar por el hueco dando gritos de júbilo. Salió corriendo como alma que lleva el diablo seguido por otro que no abría la boca.

El que había tirado al firme se levantó frunciendo el morro como un perro rabioso y, ante la sonrisa esquinada de Vasco, le hizo un gesto a su compinche para correr en pos de los otros dos polluelos que ya les habían sacado ventaja.

A todo esto, cuando los críos pasaron por su lado, el Seco Bargas seguía sin dar un paso, oteando indeciso en el siguiente recodo. Muy mal disimulaba el moro. Lo suyo no eran trabajos de hilar fino. Para eso estaba él, cavilaba Vasco. O solía estarlo.

Era una calle angosta de casuchas de una planta, solitaria. Se quedó el leonés rezagado en la esquina, apoyado en la pared desconchada, no fuera a ser que su compinche, si es que aún lo era, le diese por ojear detrás de él y lo descubriese. Hombre, Bargas, me alegro de veros, os he buscado por toda Córdoba y mira por dónde, nos encontramos aquí en las callejuelas de la Medina… Por cierto, a quien estáis siguiendo... No podría vigilar a Bargas por mucho más tiempo sin que finalmente se percatase de su presencia. O lo abordaba ya, o tendría que dejarlo estar y confiar en la providencia y en que no se la estuviese jugando.

Sintió de pronto una presión en el costado.

Estás perdiendo facultades, Vasco, se dijo, te han trincado y ni te has enterado. Cazador cazado. Quizás Bargas no fuese tan ingenuo y hubiese mandado a un secuaz a guardarle la espaldas. Pero, casualidades de la vida, ese no fue el caso.

—Aflojad la bolsa y dadme todo el dinero que llevéis encima —era una voz de niño con un tono amenazante la que apretaba el pincho.

Se volvió muy lentamente hasta encontrar los ojos color avellana, chispeantes, del pilluelo al que había librado de una paliza hacía unos instantes, unidos a un rostro cetrino lleno de mugre con el pelo pajizo cayéndole por los hombros. El otro muchacho aguardaba un paso por detrás, tenía algo más de cuerpo, pero su mirada quizás no fuera tan audaz. Ambos vestían con pantalones raídos y una especie de saya hecha con arpillera. No tendrían más de doce años, calculó Vasco. Y acertaba.

—Cría cuervos —musitó el leonés con esa voz pedregosa, susurrante, que ya de por sí acongojaba, y una sonrisa esquiva asomando a su rostro barbudo.

Observó con sorna el cuchillo romo con el filo mellado presionando sobre su costado. El de atrás sostenía un garrote con las dos manos y enseñaba los dientes, amenazante, o, al menos, lo

intentaba.

Definitivamente, estás perdiendo facultades, Vasco, dijo para sus adentros. Oteó a uno y otro lado, no había nadie más en las cercanías. Bargas acababa de desaparecer.

—Estabais dos calles más atrás…os he salvado de una buena tunda…

—Eso fue dos calles más atrás… —replicó el chicuelo de pelo pajizo—, ahora estamos dos calles más adelante... — apretó el pincho sobre el coleto de cuero.

—Creo que os habéis equivocado de presa.

—Yo no lo creo…

—Insisto en que os habéis equivocado. Ese pincho puede hacer pupa, es mejor que lo bajéis. Os lo ruego… no me gusta que me amenacen tan de mañana —apuntó con sorna mal disimulada —. No volveré a repetirlo.

—Solo pedimos algo de caridad cristiana —respondió el incauto ladronzuelo—. Tenemos hambre, podéis oír como rugen nuestras tripas —en verdad que podían oírse—. Compartid con el prójimo y dad a los pobres, es predicamento de Jesucristo Nuestro Señor.

—Nunca oí que dijese algo así.

—Ya os digo yo…

Como un rayo, sin que el rapaz tuviese tiempo a reaccionar, Vasco agarró su mano y se la retorció con fuerza hasta que arrojó el cuchillo al suelo. Lo inmovilizó por el cuello haciendo tenaza con el antebrazo. El otro muchacho asió la porra con fuerza y giró el torso, pero el leonés puso de parapeto el cuerpo del granujilla al que aprisionaba, quizás vuestras mercedes ya habrán adivinado de quien se trataba, llevándose el pobre diablo un tremendo cachiporrazo en la frente.

—¡Ay! —exclamé tocándome un incipiente chichón—. ¡Eres un pazguato, Mateo! ¡Tenías que cubrirme no abrirme la cabeza como un melón!

Mateo replicó con ese gemido tan característico, aspirando aire, como si se estuviese ahogando y le costase respirar.

—¡Era una buena idea, pero nos falta entrenamiento! —gruñí. Mateo me señaló con la porra con desdén y gimió de nuevo gesticulando con las manos—. ¡Sí, lo digo yo!

—Siento interrumpir —carraspeó Vasco a medio camino entre la diversión y la incredulidad ante la escena que estaban montando los dos pillastres—. ¿Cómo os llamáis? —inquirió aflojando el agarre sobre mi cuello, pero sin soltarme del todo.

—Lucas —gorjeé—. Y este es Mateo.

—Qué le pasa al grandullón… ¿es corto o se le ha comido la lengua el gato?

—Es mudo —repliqué intentando dar pena—. De nacimiento.

Se encogió de hombros Vasco.

—Os dije que os equivocabais de presa.

—Eso ya lo sabemos, mi señor —respondí tosiendo y de un modo locuaz conseguí articular —: Solo estamos jugando... —no solía amedrentarme ante la adversidad, era mi naturaleza, y, si no fuese así, probablemente, no hubiese sobrevivido en la calle durante tanto tiempo—. Ha sido un tremendo malentendido, os hemos confundido con otro.

Rio Vasco la ocurrencia.

—Juegos peligrosos y palos herrumbrosos y afilados... —dio una patada al cuchillo—... para unos granujas de medio pelo.

El leonés me escrutó con ojos de halcón. Su nariz torcida ayudaba a darle aún un aspecto más fiero a su expresión.

—¿Qué va a pasar ahora? —pregunté tragando saliva.

—Podría llevaros con vuestros padres y exigir que os den una buena tunda —ahora fue Mateo el que se encogió de hombros y le mostró el camino señalando al final de la calle—. O podría llevaros ante los alguaciles…

—No hay necesidad… mi señor, os lo aseguro… no lo volveremos a hacer…

Vasco nos dedicó una mirada maliciosa como diciendo eso no hay quien se lo crea.

Mi voz tremolaba y el resquemor apareció en los ojos de Mateo que había leído perfectamente en los labios del leonés. Habíamos recibido algunas buenas mantas de palos y sopapos varios de parte de los garantes del orden de la ciudad, y, si no hubiera sido por la intervención de don Anselmo, desde luego que tendríamos ya asignados unos mugrientos aposentos en los calabozos

limpiando letrinas y sirviendo a los carceleros. O sabe Dios qué cosas peores nos obligarían a hacer. Se rumoreaba de todo en los bajos fondos. No era extraño que de vez en cuando desapareciesen niños de la calle y nadie volviese a verlos. Tampoco nadie preguntaba. Y, los alguaciles menos.

Me temí lo peor y el pánico se apoderó de mi ser. Intenté zafarme dándole un puntapié con el talón, pero Vasco lo esquivó y apretó su brazo sobre mi tráquea ejerciendo presión hasta casi dejarme sin respiración. Pronto dejé de revolverme y de patalear.

—Bien, eso está mejor —apuntó Vasco—. Estoy de acuerdo en que no habrá necesidad de llamar a nadie…

Mateo miraba hacia atrás, indeciso. Estaba a un tris de echar a correr y dejarme en la estacada. Nunca lo había hecho, empero siempre había una primera vez para todo.

No obstante, las tornas estaban a punto de cambiar. Para todos. Un giro del destino inesperado que marcaría nuestras vidas para siempre.

Una idea cuajó dentro de la cabeza del leonés. Siempre había que aprovechar las oportunidades que a uno le daba la diosa fortuna, decía. Y, en esas calles y a plena luz del día barruntaba que tenía difícil seguir a Bargas sin que este se percatara.

—Lucas y Mateo... no avisaré a los alguaciles —entornó la mirada, sus ojos grises chispeaban con astucia.

—Gracias, mi señor... —balbuceé—. Ahora, si es tan amable de dejarnos marchar...

—Pero, os pediré algo a cambio... y os ganaréis un vellón si hacéis bien la encomienda.

Ambos abrimos los ojos como platos y asentimos con la cabeza sin dudarlo. Un vellón significaba pan y tocino para una semana, bien administrado.

—Por una moneda haremos lo que mandéis —repliqué mientras Mateo asentía con la cabeza —. Y, por dos, lo haremos con más gusto que por una…

—No tientes al destino, Lucas… que es muy caprichoso.

Me soltó y sacó una moneda de uno de los pliegues de su coleto. Jugueteaba con ella entre sus dedos rugosos y velludos como un consumado tahúr, nuestros ojos hipnotizados, mientras nos

explicaba lo que quería de nosotros.

Así era nuestra vida por aquel entonces, la suerte viraba caprichosa como una veleta lo hacía según soplase el viento del norte o del sur. Nuestro sino había cambiado por completo, pero nosotros aún no lo sabíamos, solo observábamos embelesados como el metal se deslizaba entre las manos del hombre de la nariz torcida y ojos de lobo, y asentíamos a cuanto decía. A fin de cuentas, la encomienda era fácil, sólo teníamos que seguir a otro fulano que había dos calles por delante sin que se percatase de ello. Pan comido.

Cuando terminó su propuesta lanzó la moneda al aire y Mateo, aprovechando su altura y envergadura, me dio un empellón, la cogió al vuelo y la aferró dentro de su puño.

Un rato después, el sol en su ocaso alargando las sombras de los tejados, Vasco observaba desde la esquina a los dos pilluelos cuyos servicios acababa de contratar. Mientras Mateo me cubría las espaldas, yo golpeaba la puerta carcomida de una casa en un callejón pegado a la muralla que separaba la Medina de la Axerquía. Era una vivienda estrecha, de aspecto decrépito, de una sola planta y con desconchones en la cal de la pared.

Nadie respondía desde el interior. Me volví girando las palmas hacia arriba. Vasco hizo un ademán con la mano para que esperásemos. Caminó con parsimonia hacia donde nos encontrábamos. De una de las ventanas del vecindario emanaba un fuerte olor a guiso que me abrió el apetito de una forma atroz. Se acercaba la hora de la cena y no había pegado bocado desde el desayuno en la parroquia.

Habíamos seguido al condenado Bargas —aún no había oído su nombre, pero ya lo condenaba— hasta esa callejuela sin despertar sospecha alguna. Vasco, siempre dos calles por detrás, atento a nuestros pasos. Aun no sabíamos a quién había a su vez seguido Bargas. No teníamos ni remota idea. Elucubraba el leonés en su mente que quizás fuese una antigua amante, o un marido despechado con el que quería ajustar cuentas. Aunque en el fondo no creía que se tratase de eso. No era nada personal. Por los gestos y ademanes que le había observado, Bargas estaba de caza.

—Había un hombre —reporté de nuevo cuando se acercó. Mateo se limitaba a asentir. El moro, como lo llamaba el leonés, había llamado a la puerta, y había abierto un hombre, no le habían visto la cara (pero era un hombre de eso estaba seguro), y tampoco hubo forcejeo de ningún tipo. Al cabo de unos instantes, no llegó al cuarto de hora, Bargas salió silbando una melodía, cerró el portón con una llave de hierro y con paso apresurado enfiló hasta la Catedral, a la cual accedió por una de las puertas laterales tras franquearle el paso el guardia de turno.

—Estáis seguros de que era esta puerta —dijo Vasco con el gesto torcido, las gallinas cacareaban en un corral cercano—. Y de que había un hombre dentro —suspiró. En su mente las piezas no encajaban—. Después, mi amigo se fue a la Catedral…

Asentí y así lo hizo también Mateo.

—Es esta la puerta a la que llamó, y después entró en la Catedral sin problema alguno —afirmé ecuánime—. Hemos cumplido nuestra parte del trato. Quiero mi moneda —exigí.

Mateo aferraba la suya con la mano hecha un puño. Un burro rebuznó dentro de otra corrala vecina.

—Ya veremos… —musitó Vasco mientras golpeaba la madera con sus nudillos. Tanteó la puerta carcomida. Podía derribarla, no parecía muy resistente, pero eso armaría mucho escándalo —. ¿Sabéis quien vive aquí? —nos observó a uno y otro.

Mateo se rascaba la cabeza con fruición sin abrir la mano. Casi se podían ver los piojos saltando. Después sonrió y comenzó a gemir y dibujar signos con los dedos libres. Tenía una memoria prodigiosa, para lo que le convenía.

—Es del viejo López —traduje.

—¿Seguro?

Asintió Mateo con la cabeza.

—Seguro.

—¿Cómo diablos os entendéis?

—Nos conocemos desde niños… —me encogí de hombros—. Para nosotros es algo natural.

Y en verdad que lo era, con solo mirarnos la mayoría de las veces sabíamos lo que el otro

pensaba. Era los que tenía compartir hambre y penurias durante años, a uno se le agudizaba el ingenioso poco que fuere. Y, además, habíamos desarrollado una especie de lenguaje de signos para transmitir mensajes y palabras.

—Pero la arrienda a viajeros —maticé siguiendo los gestos de Mateo—. El viejo López vive ahora en la Axerquía, donde la iglesia de la Magdalena.

Los goznes de una puerta se abrieron. Una perra preñada, un chucho marrón de orejas gachas, asomó el hocico resoplando, detrás, una mujer delgada de rostro alargado y piel oscura con una cría llorona sujeta en su regazo. Cuando vio a los zagales movió la cabeza negando.

—Vosotros dos… ¡Ya estáis pidiendo comida de nuevo! —les espetó—. Os dije que no vinierais más por estos lares. ¡Ganaros el pan como está mandado, trabajando, es lo que tenéis que hacer!

Le iba a responder que era eso precisamente lo que hacíamos cuando Vasco dio un paso al frente e hizo una pequeña reverencia. La mujer no había reparado en él.

—Vienen conmigo, señora —la otra reculó un paso sorprendida—. Estoy buscando a un amigo, he preguntado por el barrio y ellos me han dicho que quizás se tratase de la persona que habita en la casa del viejo Lope —mintió aderezando la mentira con quizás unas dosis justas de verdad.

—El viejo López… —corrigió—. La casa es propiedad de ese anciano tacaño…

La mujer acunó a la cría y lo ojeó de arriba a abajo mientras el bebé berreaba, desde sus botas de cuero a sus calzas oscuras, pasando por su espada, su coleto y su capa. Hasta reparar en su nariz torcida y en sus ojos grisáceos, entonces sonrió con picardía. Vasco le devolvió esa sonrisa esquinada que tantas puertas le abría, sobre todo cuando de féminas se trataba, y que tan bien conocería a lo largo de los años.

—La niña tiene los ojos hermosos de su madre y también su temperamento...

Agachó la cabeza la moza y se sonrojó un poco tocándose la larga trenza que le caía por el pecho. Mateo y yo soltamos unas risillas a su espalda, muy atentos a la escena, porque ya íbamos camino de muchachos y sabíamos de qué iba la vaina.

—No es mi hija, señor. Es mi sobrina.

Hasta que abrió la boca y vio el hueco en donde debían estar sus paletas, Vasco creyó que tenía más que cierto encanto. Y, nosotros también. Era un detalle que la afeaba y mucho.

—Pues ha salido a vos —replicó sin perder la compostura.

De la casa de al lado alguien asomó una cabeza por la ventana. Otra mujer, y tenían ambas cierto parecido por el rostro alargado y la nariz puntiaguda.

—¡María! ¡No te entretengas! —un grito estridente brotó de su garganta—. La comida está servida en la mesa.

—¡Ya voy, Justina, ya voy! No veis, hermana mía, que estoy atendiendo a un caballero… —respondió pizpireta. La tal Justina observó a Vasco con curiosidad, murmuró algo por lo bajini, algo como ya estamos otra vez, y volvió a sus quehaceres.—. Su amigo… es también un soldado —susurró María.

—Sois una joven detallista.

—Joven... —carcajeó—... sois un adulador...

—Os aseguro que no —arqueó las cejas.

—Mi prometido, que en paz descanse… también lo fue, un soldado y un adulador —de nuevo sonrió enseñando el hueco de las paletas—. Lo mataron los moros.

—Siento vuestra pérdida.

Suspiró María.

—Gracias, apenas tuvimos trato como para intimar… Pero parecía hombre de palabra y buen soldado… Es por ello que reconozco vuestros andares gallardos y vuestra mirada osada.

Se envaró Vasco de forma exagerada y eso la hizo reír de forma descarada.

—¿Qué más habéis deducido de mi amigo? —preguntó en tono seductor. Se acercó y arropó a la cría con la tela rozándole accidentalmente el dorso de la mano. Ella se ruborizó de nuevo sin evitar el contacto.

—Como vos… —carraspeó—… viene de fuera, buscando fortuna desde bien lejos. Desde Galicia, creo, por su parla apostaría que es gallego. Y, cuando regresa de jarana por las noches

agarrando a alguna de esas pelandruscas… nos despierta cantando jácaras en portugués… Y le gustan los gatos, les deja las sobras del pescado en la puerta para que se las coman —se pinzó la nariz en un gesto cómico.

—No tiene arreglo... —movió la cabeza—. Es el mismo de siempre…

Un hormigueo le recorrió las entrañas. Un gallego y Bargas. Tras años balanceándose en el filo del acero había aprendido a no creer en las casualidades. En su oficio rara vez se mostraban como verdaderas.

—Debe estar dormido, ya os digo que despierta a medio vecindario al llegar de madrugada con el espíritu alborotado por el vino y rara vez se le ve asomar el hocico por el día hasta que el sol se va… —rio a la par que se abría un poco el escote y se pasaba la mano libre por el cuello —. Qué calor hace...

—Tal cual —añadió Vasco circunspecto—. Volveré a tocar la puerta, estará pues durmiendo la mona.

—Hoy ha salido —la voz enérgica venía de la ventana. Justina asomó el hocico—. A eso del mediodía lo oí salir y después entró y recibió visita.

—¡A lo tuyo Justina! —la reprendió María acunando a la cría.

—A lo mío estoy, hermana. La comida está en la mesa… y se enfría.

—Ya voy, ya voy, qué hermana más pesada tengo por castigo… Si necesitáis cualquier otra cosa... —dudó, bajando el tono de voz, observando de reojo hacia la humeante ventana en la que se dibujaba la silueta de Justina entre penumbras—. Me llamo María y vivo en esta casa de atrás... cuido a mi madre que está medio ciega y medio sorda —le guiñó un ojo—. La tenemos a base de dormideras, la pobre no puede con los dolores de espalda. No se entera de nada.

La niña berreó con ansia.

—¡María! ¡Que Carmencita tiene hambre! —de nuevo gritó la hermana—. ¡Es que no la ves y no la oyes!

—Qué martirio…

—Así lo haré, María —le dedicó Vasco la mejor de sus sonrisas torcidas.

Rumiaba por dentro las múltiples derivadas de la visita de Bargas. Todas sus líneas de pensamiento convergían en una. El asunto apestaba a estiércol de mula. Hedía a mierda y traición. El Seco y un gallego. No podía ser otro que su gallego, elucubraba Vasco. Yago, el Tres Dedos. Iba a averiguar que se traían entre manos costase lo que costase. Se lo sacaría a palos si era necesario.

Vasco se plantó delante de la puerta ajustándose las herreruzas, los aceros siempre en su sitio por si había que echar mano. En su oficio uno nunca sabía lo que podía encontrar al otro lado de una puerta cerrada. La golpeó de nuevo con los nudillos.

Nada. Silencio.

Unas tripas rugieron a su espalda. Las mías, para ser fieles a la verdad. Se volvió malencarado.

—Dejad que os ayude, mi señor —dije con la mejor de mis intenciones.

—¿Cómo? —gruñó Vasco, que casi se había olvidado de sus pillastres, o sea se, de nosotros.

—La puedo abrir en menos de lo que canta un gallo —escupí, me froté las manos, y sonreí orgulloso enseñando unos dientes que mantenía extrañamente blancos entre tanta mugre—. Si me pagáis vuestra deuda… y nos convidáis a una buena comida, claro está.

Tenía arrestos para ser tan muchacho. Eso me lo tendrán que reconocer vuestras mercedes.

—Si la abres… daros por comidos y por cenados en la Posada del Potro —se apartó y me cedió el paso con un gesto de la mano.

Mateo seguía rascándose el cogote con el nudillo. Nadie le iba a quitar esa moneda, así como así. Luego me pediría que le librase de las liendres.

—¿Y mi vellón?

Vasco rebuscó de nuevo en los pliegues de su coleto, finalmente hurgó dentro de la falquitrera que colgaba del cinto y cogió una moneda sosteniéndola en alto.

—Como menguan los reales cuando se tiene la bolsa llena —suspiró, paseó el metal entre sus dedos, nuestros ojos de nuevo no lo perdían ni un parpadeo—. He visto muchas caras

hambrientas como las vuestras. En poco tiempo, seréis capaces de mataros entre vosotros por una moneda como esta. Carne de cañón. Una pena, en el fondo, aunque rufianes, parecéis buenos rapaces… muy en el fondo…

—Dejaos de monsergas… y dadme mi parte.

Cerró el puño el leonés y me señaló con el dedo.

—Si te empleas con éxito con la cerradura… será tuya.

—No lo dudéis —repliqué dando un paso.

—Estás muy seguro de tu destreza.

—Ahora veréis.

Vasco se volvió hacia el callejón y se abrió la capa.

—Vamos, Lucas, comprobemos si es verdad o solo alardeas en balde —me apremió—. Ahora, que yo te tapo.

Metí la mano en mi entrepierna y saqué un pequeño hatillo que hedía a meado y perros muertos. Escogí un par de clavos doblados, finos y herrumbrosos, y los introduje en la cerradura. Tras unos segundos hurgando en ella con movimientos precisos y dedos de consumado artesano —era eso lo que me consideraba en los menesteres de afanar lo ajeno— se oyó un celestial clac, clac. Lo había conseguido en apenas un abrir y cerrar de ojos. La puerta cedió con un leve empujón. Tampoco era una gran hazaña, bien lo sabía, las cerraduras de los pobres poco tenían que guardar y eran burdos mecanismos que podían saltarse sin apenas esfuerzo ni habilidad.

Vasco sonrió fugazmente, quizás cada vez le cayesen mejor esos dos granujillas. Echó un gapo al terruño y de un empellón me quitó de en medio.

—No estorbéis… Quedaos aquí, vigilando —nos ordenó en tono bronco.

—¡Sin empujar! —exclamé ofuscado recogiendo los clavos por el suelo—. Yo también os lo agradezco, Lucas, gracias por todo lo que habéis hecho por mí, Lucas, me habéis servido bien abriendo esa cerradura...

Sin hacer caso de mis chanzas, Vasco se llevó la mano al pomo de la ropera, desenvainó medio palmo y dio un paso cauto al interior de la casa.

—¡Gallego! —gritó—. ¡Tres Dedos!

Silencio sepulcral. Plúmbeo.

Esperó el leonés unos segundos a que sus pupilas se habituasen a la penumbra. Avanzó por el pasillo. Los listones de madera crujían bajo el peso de sus pisadas. Olía a mierda y a gato. A la izquierda se abría un habitáculo que hacía las veces de despensa y de cocina. Colgaban del techo dos perdices con el cuello estirado y una ristra de morcilla que olía a las mil maravillas, y había potes de cerámica cerrados con tapones de corcho en una estantería junto a un anafre de metal herrumbroso. El resto de la planta lo ocupaba una estancia a modo de dormitorio con dos sillas de madera junto a una puertecilla entreabierta que a buen seguro daba a un pequeño patio, un arcón del que sobresalía la manga de una camisa y un camastro revuelto.

Tardó Vasco varios latidos en percatarse de que a los pies de la cama había un bulto cubierto por una tela, a su lado una cola atigrada balanceándose.

—Coño —musitó. Se tropezó con una bacinilla, las heces y el orín del gallego se esparcieron por su bota y por el suelo.

Del todo desenvainó la espada y con la punta abrió la puertecilla que, en efecto, daba a un pequeño corral con un limonero y un agujero que hacía las veces de letrina al fondo. Intentaron entrar dos gatas tricolores, Vasco se lo impidió dándoles un par de puntapiés.

—El puto gallego y sus gatos. Tres Dedos... —susurró girándose hacia el cadáver de su antiguo compañero de armas—. No erais tan malo para terminar así —se santiguó Vasco. No es que fuera muy católico, pero solía hacerlo cuando uno de los suyos o de los que consideraba de los suyos, con aprecio o sin él, perdía la vida—. Zaaaapeeee —espantó con la espada al felino atigrado que intentaba acurrucarse junto a su amo y le quitó la sábana de encima—. Vete a cuidar de tu harén…

Se acercó al cadáver con respeto. El cuerpo se acomodaba espatarrado con los brazos abiertos semiflexionados. Había un charco de sangre que manchaba los tablones y que había manado de la garganta del difunto. Un tajo limpio rebanándole el pescuezo de cabo a rabo. Pobre diablo. Con los últimos rayos de sol penetrando entre las grietas del ventanuco apreció algunos detalles

de la habitación de los que no se había percatado, como las grietas del techo y la pared, el Cristo tallado en madera negra sobre el catre, los pies descalzos y sucios del muerto —iba en calzas y camisa gris—, y sus ojos vidriosos. El arcón estaba revuelto.

Dio una vuelta alrededor del fiambre agachándose para cerrar sus párpados para siempre, la sorpresa dibujada en el rostro del gallego con una extraña mueca. Se imaginó la escena tal y como había ocurrido. Probablemente. Apostaría su dedo meñique. Solo unos instantes, decían los rapaces. Un cuarto de hora entre que entró y salió de la casa. A buen seguro que llevaban razón. El Seco Bargas era rápido y preciso cuando la situación lo requería. El gallego abrió la puerta a Bargas, ambos se conocían y sabe Dios los tratos que tenían entre manos —ya habría tiempo para averiguarlo, por San Cristóbal que lo iba a hacer—; el Tres Dedos le ofreció un trago —había dos vasos de vino tirados a ambos lados del cuerpo, el caldo se mezclaba con la sangre del muerto—, Bargas aceptó el ofrecimiento antes de darle el viático —tenía una sangre fría pasmosa—, incluso mojó sus labios con una sonrisa burlona. Cuando el gallego diose la vuelta, el moro desenvainó el cuchillo afilado con sigilo —sin hacer ruido, como solía—, lo rodeó con su antebrazo derecho y le alzó el mentón dejando al descubierto su cuello. En un latido le rebanó el gaznate como a un pavo —entre risas Bargas le había contado en más de una ocasión que aprendió a degollar de niño con los pavos y los gallos del corral de su abuelo—. Después, mientras el otro se desangraba a sus espaldas, echó un vistazo a su alrededor, tampoco había mucho donde mirar, en el arcón y debajo del camastro, por si había algo que rapiñar. Antes de salir, considerado, tapó al gallego con una sábana.

Oyó un ruido a sus espaldas. Se había olvidado de los pollastres. Mateo había descolgado las dos perdices y las guardaba en un hatillo de tela negra, e intentaba hacer lo propio con las morcillas.

—¡Santa María Madre de Dios! —exclamé justo debajo del leonés, mi cabeza a la altura de su cinturón—. ¡Un muerto! —Vasco me dio un pescozón—. ¡Ay!

Mateo se quedó paralizado masticando un trozo de carne. Observaba la escena con unos ojos nerviosos que se movían y pestañeaban convulsivamente.

—Chitón, no blasfemes. Aquí no ha pasado nada —su voz era gélida y acariciaba la daga con su mano izquierda—. ¿Entendido? —ambos asentimos en silencio. Una expresión de zozobra asomaba en su rostro pétreo y eso, os lo puedo asegurar, acongojaba al más valiente—. No será la primera vez que dos rufianes como vosotros tienen un cadáver delante de sus narices —nos miramos Mateo y yo aguantando la respiración y de nuevo asentimos con la cabeza. Habíamos visto algún muerto en la ribera del río apuñalado fruto de alguna reyerta y habíamos presenciado el ahorcamiento de malhechores en la Corredera. Pero, presenciar esto era algo distinto. Era algo más íntimo, más sórdido.

—Voto a Dios que aquí no ha pasado nada —reaccioné a tiempo—, ¿verdad Mateo?

Mateo gimió. Eso era un sí.

—Nada de nada —traduje.

—Andad, vámonos de aquí cuanto antes —Vasco me cogió del cuello, presionando, y me dio la vuelta. Su sonrisa matizando peligro—. Con un poco de suerte, tardarán días en descubrir al gallego. Por vuestro bien, vais a mantener la boca cerrada.

—Cerrada a cal y canto.

Vasco suspiró.

—Os daré manduca y una moneda más de lo convenido, a cada uno... —una sonrisa asomó en mis labios, en los de Mateo aún se resistía—. Si me prestáis servicio para otra encomienda que tengo que daros.

Un rato después, Vasco observaba a dos rufianes famélicos atiborrándose de comida a manos llenas en un rincón de la Posada del Potro. Él apenas había probado la sopa de ajo ni la hogaza de pan. Su mente sin duda se mantenía inquieta vagando por peligrosos vericuetos mientras nosotros llenábamos el buche como si fuese nuestra última cena. «Después de asesinar al gallego enfiló directo a la Catedral», cavilaba el leonés sobre Bargas recordando mis palabras. No creía que fuera a rezar, ni a confesarse, ni a purgar sus pecados, que ya eran muchos, bien lo sabía él. Había acudido a suelo santo a encontrarse con alguien, pero, con quién; era ese pensamiento el que ahora le quitaba el sueño y las ganas de yantar.

Al menos, se consoló, había encontrado al traidor y tenía un hilo del que tirar. El condenado Bargas era la rata. Y ajustaría cuentas más pronto que tarde. Golpeó la mesa y se llenó los dedos de la pringue que Mateo acababa de derramar en su afán por rebañar el plato. Por San Cristóbal, la Virgen y todos los putos santos que eso sería lo que haría.

XIII. La posada de los Cuatro Vientos

En el camino de Granada. Mediados de junio de 1483

Cabalgaban al trote tres jinetes embozados entre las lomas de la campiña siguiendo el camino que serpenteaba hasta la frontera con Granada. Una luna llena amarillenta se alzaba luminosa en el firmamento. La noche era templada, pero una capa o un gabán siempre venían bien si finalmente había que batirse. Conocía Vasco la utilidad de estas prendas que podían enroscarse en el antebrazo y servir de defensa ante un estoque o arrojarse creando un instante de desconcierto en el adversario. Era una de esas noches de incertidumbre en que se enfrentaba a lo desconocido y cualquier precaución se le antojaba escasa.

El paisaje despedía un tinte fantasmagórico. El resplandor lunar creaba en derredor sombras grises, de formas abigarradas y alargadas. En más de un recodo de la senda se había llevado la mano a la tizona creyendo entrever la silueta de un bandolero agazapado tras una oliva. Respiraba hondo, calmando sus latidos, concentrado en el camino y en su montura. Rumiaba Vasco que no era a los salteadores a quien había de temer esa noche.

Gente de confianza, comentó el Capitán en la explanada de tiro, a las afueras del campamento de Levante con el de la Santa Hermandad desgallitándose unos pasos más allá. Llevaros a Matallanas, así tendrá una oportunidad, como vos mismo sugeristeis, ¿no? Apuntó con retintín, enarcando una ceja, sus labios curvados hacia arriba. En boca cerrada no entran moscas, se dijo Vasco observando la silueta del fornido rambleño sobre su yegua baya, un cuerpo por delante de él.

¿Habrá que matar? Inquirió Vasco sopesando los pros y los contras del encargo. Aunque por

diez excelentes de oro a repartir según su criterio había poco que sopesar. Se encogió de hombros el capitán antes de apuntar con la espingarda a un espantapájaros con turbante a unos cincuenta pasos. Cuando no, Vasco, cuando no…Respondió ufano antes de apretar el gatillo. ¿Y si algo sale mal? Masculló el leonés más incisivo que de costumbre —aún con oro, ese trabajo le daba mala espina desde el principio—. Se volvió el capitán contrariado torciendo el gesto. Más os vale, por el bien de todos, que no salga mal. Su voz había sonado con ecos de amenaza. Los ojos de Gonzalo Fernández de Córdoba parecieron perforar a los de un Vasco que supo mantener el semblante sereno bien plantado en el suelo, sus dedos retorciendo el mostacho, dispuesto a no dejarse impresionar ni por el de la casa de Aguilar ni por el mismísimo Papa si allí estuviera. No obstante, era una advertencia que, por el tono y viniendo de quien venía, nada tenía de velada. Y, no era el Capitán de los que advertían dos veces, es más, cuando se ponía ceñudo no le hacía falta ni hacerlo una vez.

Matallanas redujo la marcha y el resto lo imitó.

—No conviene cansar a las bestias.

Asintió Vasco escrutando el camino desierto que discurría entre encinares, olivas y campos de trigo.

—¿Cuánto nos queda? —preguntó el pimpollo. El tercero en discordia.

—Poco —respondió huraño el leonés. No acostumbraba a ir a pecho descubierto en este tipo de encargos, pero así era como se sentía con un Matallanas impuesto por un arrebato de buena conciencia y la sorna del Capitán, y este soldado que, aunque de buena planta, más parecía por su actitud un aprendiz de matachín que soldado. Mejor era no alentar más dudas y conformarse bien con lo que tenía.

—Una legua, Juanillo, detrás de aquel recodo —terció Falito Matallanas.

La verdad era que tenía sus reticencias —quizás estaba demasiado acostumbrado a faenar solo o con el condenado Bargas cubriéndole las espaldas—, pero, por el momento y para ser justos no podía tener queja alguna de Falito; su aliento no olía a vino y parecía despejado y lúcido. Se

estaba portando. Decidió apurar hasta la tarde del día antes del encargo para hacerle la propuesta, y apenas le había dicho nada, pero había bastado para que se apuntase —también era de agradecer su arrojo—, solo que el Capitán lo requería para una misión discreta y que habría oro de por medio. Pasado el primer momento de euforia, lo había abrazado con la fuerza de un oso hasta casi hacerle cortar la respiración, el rambleño se había mostrado precavido y se había ocupado de los preparativos de los caballos, hablado con los centinelas de las puertas y reclutado al tercer miembro de la expedición, todo sin circunloquios vagos y sin dar más explicaciones de las precisas. Vasco lo había vigilado en un segundo plano en todo momento, por si había que tirarle de las orejas para que no largara. Sabía de lo lenguaraz que podía llegar a ser Matallanas, sobre todo si había buen caldo o una timba de por medio. Pero no había sido el caso.

Volviendo a la noche que nos ocupa, nadie, excepto el de Córdoba y el mismo Vasco, debían conocer sobre su destino. Se lo había asegurado don Gonzalo con solemnidad estrechándole la mano. Y una boñiga de burra. ¿Nadie? ¿El Capitán actuaba por su cuenta? Bien sabía que tenía iniciativa en el campo de batalla pero en estos menesteres no lo hacía. Intuía Vasco de dónde y de quién venían las órdenes. De arriba. De muy arriba. Casi de Dios. Eso podía traer problemas, problemas regios, que eran grandes problemas. Todo lo que venía de la reina lo tenía, terminaba complicándose —aunque también acarreaba una buena recompensa—. No había más que echar la vista unas semanas atrás y recordar la celada de Lisboa. Al malnacido del Tres Dedos, en paz descanse, y al condenado Bargas. A este último, aún no le había puesto la mano encima. Un regusto amargo le subió por el esófago. Tenía sentimientos encontrados con el moro —era mucho lo que habían vivido, bebido y matado juntos—, desde pincharle las tripas con la daga hasta verlo desangrarse mientras le imploraba misericordia, pasando por sentarse solaz y pedirle explicaciones con una jarra de vino mano a mano con unos dados. Suspiró con un quejido. Estas decisiones era mejor no tomarlas en caliente.

No es que recelara una mala jugada de don Gonzalo; aunque también los paladines de la reina podían ser víctimas del engaño, o sobornados. Incluso, a la vista estaba, tratándose de viejos amigos y camaradas. Y, de ser así, Vasco no le hubiera guardado excesivo rencor. En aquel

tiempo, cualquier cosa en la corte de estos reyes de Castilla y Aragón podía ser comprada con dinero; hasta las conciencias. Lo de Bargas es distinto, se decía sin convicción, habían compartido muchas penurias juntos. Quizás por eso era distinto, o quizás por eso mismo no debiera serlo. Realmente, sentía la punta de un cuchillo horadándole el pellejo en su bajo vientre. Te estás ablandando, se dijo escupiendo al suelo desde el caballo, y eso nada bueno puede traer.

¿A quién hay que escoltar? Vasco sabía que cuan más peligrosa fuese la misión las respuestas y las concreciones de su valedor serían escasas. Mientras menos sepáis, mejor, por vuestro bien; respondió escueto don Gonzalo. Hoy os pica la curiosidad… u os han dado lengua donde el Rana, sonrió esquivo… Os puedo decir que es alguien importante que se reúne con alguien aún más importante, matizó, por eso hay diez excelentes de oro para que vos las repartáis a discreción y no hagáis este tipo de preguntas. No aportaba mucho la respuesta, pero sí las diez monedas, una pequeña fortuna. Debió de percatarse el Capitán de la contracción de sus músculos faciales apretando la mandíbula. ¿Hay algo que os conturbe? Negó Vasco con la cabeza. Nada. Con diez excelentes, no había nada.

«Mientras menos sepáis, mejor, por vuestro bien», se repetía Vasco; sobre todo, si le tendían una trampa o lo cogían vivo, nada tendría que largar. Y, de poco le serviría el oro si lo mandaban al infierno de una estocada. Básicamente, el trabajo consistía en ayudar a entrar a un fulano a la ciudad, en plena madrugada, y escoltarlo a hurtadillas hasta las puertas de la Huerta del Alcázar Viejo sobornando a los guardias del puente. Con eso, ya tenía suficiente para elucubrar.

Maldita sea, la encomienda tenía sus riesgos. Ya era un poco tarde para echarse atrás. El metal dorado lo había cegado, solía pasar con el oro, pero no había que ser un lince para atisbar de lejos el peligro, ni un sabueso para reconocer su olor pestilente. Alguien importante, para tratar un asunto delicado que debía ocultarse de miradas y oídos indiscretos. ¿En plena madrugada y por el camino de Granada? Y si dos y dos sumaban cuatro, debía de ser persona de calidad… como un enviado para negociar por Boabdil el Chico. El sultán ya partió para Porcuna, la torre de la villa jienense había sido la elegida por Fernando para que fuese cautiverio.

¿Habéis averiguado algo del Tres Dedos? Aun nada, rezongó Vasco, pero tengo a gente

buscándolo, le respondió al Capitán. En realidad, Vasco tenía a dos rufianes, a Mateo y un servidor, preguntando aquí y allá por el condenado Bargas, los ojos y oídos bien abiertos buscando en todos los antros y rincones de Córdoba. Le aseguramos a Vasco que tarde o temprano daríamos con él, siempre que se encontrase dentro de las murallas, que constituían por aquel entonces nuestro mundo y que conocíamos como la palma de nuestra mano de tanto pateo de aquí para allá.

Se preguntaba el leonés cuándo el viejo López hallaría el cadáver del gallego; cuando se acordase y fuese a reclamar su pago, probablemente. Nadie lo iba a echar de menos hasta entonces. Sus restos llevaban ya casi una semana pudriéndose en la casucha. De vez en cuando le venía un fogonazo y le reconcomía la conciencia; el Tres Dedos por muy hideputa que fuese se merecía un entierro cristiano. Se lo imaginaba el leonés rodeado de pis de gato, con el vientre hinchado y con los gusanos campando a sus anchas por sus intestinos. Algo crepitaba en su interior. Su escasa conciencia. Te estás haciendo viejo, Vasco, antes no tenías semejantes pensamientos. Nada bueno té puede traer eso.

Detrás cabalgaba el tal Ponce de León. Juanillo, lo llamaba Matallanas cariñosamente, parecía el rambleño haberlo adoptado en su seno. Lo había escogido el mismo Falito, decía que era un hombre duro —aunque joven, ya curtido—, que sabía manejar el acero y que no haría más preguntas de las precisas. Castellano de carácter fuerte y decidido, se había presentado voluntario para matar moros cansado de ser el mozo de espuelas de uno de los Guzmanes. Un poco mayor, pensó Vasco, para seguir de palafranero, pasaría ya los veinte de sobra, edad más que suficiente para servir de paje o escudero. Era hombre enjuto, estatura media, de barba hirsuta y rostro aniñado. Tenía una habilidad pasmosa con la tizona, y no estaba falto de coraje y mala leche, ambas cualidades que eran de apreciar. Había dado el visto bueno el leonés después de ver cómo se batía en duelo a primera sangre con un espadachín de Flandes el cual quería reparaciones por haberle birlado una manceba. En un abrir y cerrar de ojos, detuvo el primer tajo, fintó y amagó, y dejó una raja en la mejilla del rubicundo para deleite de la concurrida audiencia. ¿Cómo lo

conocisteis? Le preguntó en un aparte a Falito Matallanas. En una timba, le dijo medio en broma medio en serio. Por como arqueó los labios, más lo segundo que lo primero. Tampoco había mucho más donde elegir. Juan Álvarez Gato ya no estaba para estos trotes y el resto de rufianes que conocía no le iban a prestar mejor servicio que Matallanas y este tal Ponce.

Cenaron frugalmente donde el Potro antes de emprender marcha. Una sopa con migas de pan, un cuartillo de vino y un par de huevos cocidos les preparó la Rosarito. Algo ligero con lo que contentar al estómago. Estaban solos en la mesa de costumbre, al lado de la puerta trasera, a excepción de dos golillas recién llegados de Segovia que atendía el Rana en el otro extremo, y de los ratones que se peleaban por las miguitas de pan y restos de comida, y del gato tuerto de la Rosarito que intentaba cazarlos. Allí, a la luz de las velas, les contó Vasco cuánto debían saber para calmar su curiosidad, que iban donde los Cuatro Vientos, en el camino de Granada, a recoger a alguien de calidad y meterlo en la ciudad a escondidas. ¿Hasta dónde? Quiso saber Ponce, como lo llamaba Vasco, limpiándose el vino de los labios con la manga de su camisa. Hasta el Alcázar. Todos se miraron con aire de circunstancias, conscientes de que era una empresa de altos vuelos, pero nadie preguntó nada más porque llegó la Rosarito con las viandas y el Rana detrás, malencarado, dispuesto a saltar a cualquier comentario. Era de agradecer la discreción y que Falito no hubiese abierto su bocaza, parecía otra persona sin el vino corriendo por sus venas. Cuando terminaron la manduca Vasco les dio una pieza de oro a cada uno. Como adelanto, les dijo para avivarles el espíritu y la codicia, habrá dos más cuando lo dejemos en el Alcázar. Monedas limpias, bruñidas. Metal reluciente a la luz de los velones, bendito, recién acuñado por la gracia de los reyes. Eso siempre alegraba el ánimo.

El caso es que, para acudir a la cita, todos tomaron sus precauciones. En la parte posterior del cinto, Vasco se colgó una afilada daga, también en la caña de su bota derecha llevaba la corta cuchilla de matarife que tan buenos servicios había prestado en la cárcel de Toledo. Juanillo sacaba y desenfundaba la espada de su vaina recién engrasada con sebo de cerdo. No portaba más acero, decía que con un filo se bastaba. Iba sobrado de ínfulas el castellano. Quizás debiera enseñarle uno o dos trucos para bajarle los humos, cavilaba el leonés. Matallanas, como si fuese

a la guerra, portaba una pesada hacha sujeta en el lomo, en la montura una cachiporra y una espada en cruz de las de batalla en campo abierto. Algo exagerado para una reyerta nocturna pero así era Falito Matallanas.

A última hora había preguntado por Gato, el Rana le dijo que se había encerrado en su cuarto para la siesta y no había vuelto a verle el pelo. Estaría escribiendo sus versos. Cada cual a lo suyo, como Dios estaba mandado.

Se apostaron en un bosquete de altos chopos y sauces que circundaba la ribera de un pequeño arroyo lindando entre dos fincas de secano. Agazapados entre tamujos y adelfas, escrutaban las sombras a unas doscientas varas, los músculos entumecidos tras media hora larga de espera. Al pie de la siguiente loma se adivinaban las formas cuadradas de los Cuatro Vientos junto al puente que cruzaba el río Guadajoz, cuyas aguas corrían raudas hacia el norte deseosas de abrazar al Guadalquivir. Una pequeña fonda, situada estratégicamente en un cruce de caminos, a unas diez leguas de la ciudad, entre la villa de Espejo y Córdoba. Los viajeros no solían pernoctar en la posada, salvo que llegasen a deshoras, era más un lugar de avituallamiento. Se hacía allí negocio con el último descanso, o el primero según se viere, de comerciantes que transitaban entre territorios fronterizos en busca de fortuna vendiendo mercancías de uno y otro lado. Las hostilidades siempre dejaban abierta una rendija para que el comercio fluyera y las monedas llenasen las arcas reales —de una u otra manera siempre terminaban en las mismas manos—.

El dueño es de fiar, ya ha recibido mensaje con instrucciones, le dijo el Capitán cerrando la encomienda; paisano de Montilla, familia lejana, un hijo bastardo de mi abuelo, sonrió mordaz. Se asegurará de que no haya nadie en la posada, por lo que no hallaréis ojos indiscretos ni oídos molestos. Será coser y cantar. Eso esperaba Vasco, pero, tenía la mosca detrás de la oreja. Al final, en estos menesteres, ni se cosía con hilo fino ni se cantaba jácaras como uno quería.

—No hay luces que valgan —gruñó Matallanas al cabo de unos minutos en silencio poniendo voz a lo evidente.

La consigna era esperar pasada la media noche. Alguien asomaría un velón de sebo por la

ventana del establo. Esa sería la señal de que todo transcurría según lo previsto.

Dos perros ladraron entre las sombras grises de un corral ubicado al lado del establo.

—Esperad un poco. No os ofusquéis, Falito —musitó Vasco consciente de que Matallanas no contaba la paciencia entre sus virtudes.

—No me ofusco, carámbanos, Negro —protestó—. Es que no se ve ni un puñetero resplandor y llevamos un buen rato en cuclillas.

—Pues otro rato más estaremos —repuso el leonés consciente de que a veces surgían imprevistos.

De nuevo ladró el perro en la lejanía.

—Voy a cagar —gruñó el hombretón por respuesta.

—¡Pardiez, Falito! No podéis estaros quieto ni aunque pasen los demonios... jodío baldragas...

Vasco comenzaba a escamarse, veía peligrar las diez piezas de oro.

—¿Otra vez?

Bendito metal con el que comprar cama, comida, ropas y el calor de una bella dama. También el castellano se escamaba.

Se encogió de hombros Rafalito Matallanas ante la pregunta de Ponce de León.

—Juanillo, en estas lides es mejor ir con el vientre vacío.

—Van dos veces, Matallanas —repuso este desabrido.

—Ya me lo contaréis cuando os claven un pincho en la barriga y os hayan de coser sin un trago de vino que os calinte. El Negro os lo puede decir… sabe de lo que hablo…

—Alejaros lo suficiente para que no os huelan los perros —masculló Vasco—, Madre de Dios...

—De Dios no, la madre que lo parió en esa Rambla de la que tanto predicamento muestra… —refunfuñó Ponce de León.

Unas nubes altas ocultaron una franja de luna. El viento mecía suavemente las copas de los chopos. Un búho ululaba en algún lugar de la espesura, de fondo las ranas croaban ocultas entre el cañaveral y el fango, y los élitros de los grillos parecían inundar el bosquete de una sinfonía de

cricris desacompasada.

Matallanas soltó una sonora ventosidad para acallar los sonidos de la noche. Vasco suspiró. Echaba de menos el sigilo y la pose estoica de Bargas, inmóvil como una piedra cuando había que estarlo y rápido como una víbora según se terciase. Siempre fue un seguro de vida tenerlo cubriéndole las espaldas.

Otro sonoro pedo.

—¡Matallanas! —siseó Vasco.

Era lo que había. Con estos mimbres tendría que hacer un buen tiesto.

—Ya está, ya está —se oyó un suspiro a sus espaldas—. Aliviado del todo.

—Mirad allí —señaló Ponce de León con el dedo mugriento.

El leonés frunció el ceño. Un haz de luz en la ventana, pero no era la del establo, sino en el segundo piso de la posada. Le pareció atisbar dos siluetas antes de que se apagase el resplandor.

—Era la señal, ¿no? —inquirió Matallanas desde las sombras abrochándose el cinto—. Vayamos a por los caballos, recojamos a quien haya que recoger y volvamos a Córdoba.

Ponce de León se volvió hacia Vasco a la espera de una respuesta.

El leonés escudriñaba la posada en busca de algún indicio.

—Había dos siluetas en la ventana —dijo Vasco.

—Yo no he visto ninguna, solo la luz de una vela —añadió Ponce de León.

—Ni yo —terció Rafalito Matallanas moviéndose incómodo a cuatro patas.

—Como vais a ver nada si estabais cagando —rugió Vasco.

Cerró el pico Matallanas después de emitir un exabrupto ininteligible por lo bajini. Algo así como maldito negro hideputa del demonio.

Las órdenes eran precisas, cavilaba Vasco. Una luz, en el establo. Y el Capitán no solía errar en tales detalles.

Un ladrido seguido de un gemido lastimero y después otro. Silencio.

El viento silbante, refrescaba y mecía las hojas de las copas de los árboles, y el búho ululaba desde las alturas como si nada hubiese pasado.

—¿Qué demonios ha sido eso? —inquirió Ponce de León.

Matallanas y Vasco se miraron. Algo andaba mal.

—Dos perros menos —dijo Matallanas—. Y, ahora, ¿qué hacemos?

Vasco evaluó las alternativas mientras sus compinches lo observaban expectantes.

—Si nos retiramos, perdemos el oro… Y, si nos quedamos nos jugamos la vida.

—¿Y cuándo no? —repuso Matallanas que ya había tomado una decisión —. ¿Vos que decís, Juanillo? —preguntó el rambleño.

—Que no quiero perder el oro —respondió posando su mano en el cazo de su espada. También era una ropera, como la de Vasco, más manejable que la que portaba Matallanas.

—Ese es mi Juanillo —rio entre dientes—. Os dije que este hombre vale por tres.

—Al menos, hemos de saber qué está pasando —asintió Vasco recordando las advertencias del Capitán. El asunto tenía su trascendencia, no podían dejarlo de lado—. Vamos, iremos entre la espesura bordeando la linde del arroyo.

XIV. Maldito tornadizo

En el camino de Granada. La misma noche de mediados de junio de 1483

Caminaban con pies de gato entre la arboleda. Quizás no fuese nada, se repetía, solo un malentendido, la tensión y la mente que le jugaba una mala pasada. Quizás no había sombras en la ventana y quizás sólo quizás el misterioso personaje se había retrasado a su cita.

Y un carajo. Los perros ya no ladraban, el búho ya no ululaba y el viento ya no silbaba. Y, el cantar de los grillos hacía rato que se había desvanecido. Solo oía el sonido de su corazón y sus sienes palpitando.

Alzó la mano concentrado en sus sentidos.

Los goznes herrumbrosos de un portalón, ñac, ñac.

Los tres se detuvieron, encorvados. Crujidos, unas pisadas sobre el albero de la entrada al recinto. ¿Eran de una persona o de varias? No podía vislumbrarlo desde su posición. Estaban justo detrás de la posada. Hizo un gesto para que avanzaran siguiendo la linde del arroyo hasta apostarse bajo las sombras del puente que salvaba la corriente del Guadajoz.

Ahora sí tenían una panorámica de la entrada. A la izquierda se alzaba el edificio principal, rectangular, encalado, de dos plantas con techo de madera y paja. A la derecha, el pilón vertía su agua a una alberca alargada que hacía las veces de abrevadero; había un carro cargado de fardos de heno, y aperos de labranza, azadones y arados de diferentes formas y tamaños, pulcramente ordenados junto a las vallas del corral. El establo estaba al fondo con la puerta entreabierta.

Un resplandor anaranjado surgió del interior.

—Una fodida vela —apuntó Ponce de León escupiendo al suelo—. A buenas horas…

—Demonios… —masculló Matallanas—. ¿Y ahora qué hacemos?

Eso mismo se preguntaba Vasco. Un escalofrío le recorrió el espinazo. Su sexto sentido le alertaba del peligro. Aunque esta vez no hacía falta, con su sentido común le bastaba.

Pero, eran diez excelentes, al cambio casi diez mil maravedís, a repartir a discreción. Merecía la pena echar un vistazo.

—Yo he venido a por el oro —recordó Ponce de León en un gruñido. Pareció leerle el pensamiento el castellano—. Lo demás me importa una higa.

Era lo que tenía vivir sobre el alambre y falto de dineros en ese reino bendito de los católicos por el que nos tocó transitar. La vida de uno valía menos que una decena de piezas áureas. Mucho menos. Y, también se mataba por menos, mucho menos —conocía yo quien lo hacía por reales de plata e incluso quien daba palizas y amedrentaba por vellones—.

Matallanas se encogió de hombros. Aferró con dos manos su tizona alargada de hoja ancha, el hacha colgaba de su espalda, se santiguó y esperó a que Vasco se pronunciase.

—Está bien, vayamos pues —concedió el leonés—. No perdamos más tiempo —entrecerró los párpados y apretó la mandíbula. Se palpó el acero, eso siempre le transmitía cierta tranquilidad en los momentos de incertidumbre. En el acero uno podía confiar, era duro, afilado y cortaba. Verdades absolutas. Y él era un maestro del acero. Un espadachín consumado; para unos pocos, un asesino—. Vosotros rodead la hacienda, cada cual, por un flanco, el que más os disguste. Yo caminaré en línea recta. Encomendaos a Dios, a la Virgen, a Alá, o al puto diablo sí hace falta… pero, que no os maten.

—Ese es mi Negro, siempre dispuesto a lo peor… —soltó el rambleño.

Ponce de León sonreía como un duende maléfico, juraría luego Vasco que sus ojos brillaban en la oscuridad, y Matallanas no paraba de santiguarse, hasta que dejó de hacerlo, alzó la mirada al cielo y asintió para sí mismo convenciéndose de algo que solo él y Dios sabrían.

Cuadrilla de locos. Pero eran su cuadrilla.

Caminaba con aplomo, calmando la respiración y los latidos de su corazón, atento a cualquier ataque que pudiese recibir por uno u otro lado. Tenía la desagradable sensación de ser observado. Aunque todo parecía tranquilo, era esa misma ausencia de sonidos lo que le hacía recelar desde hacía rato. Ni un grillo, ni un ladrido, ni una gallina, solo las suelas de sus botas crujiendo, aplastando las piedrecillas del albero. Crac, crac, crac.

El portón de la posada permanecía cerrado a cal y canto. La ventana en la que creía haber vislumbrado un velón tenía ahora los postigos echados. Una pareja de murciélagos revoloteó sobre su cabeza justo cuando pasaba por delante de las balas de heno a los pies de una higuera. Era un buen sitio para una emboscada. Se llevó la diestra a la espada y la siniestra a la daga, los escrutó de soslayo sin perder de vista el haz de luz anaranjado que había aparecido de nuevo dentro del establo. Nada ocurrió. Caminó rodeando la alberca, la luna reflejándose en sus aguas negras llenas de verdina y algas, y siguió avanzando con paso firme hasta llegar al corral. De los perros que antes aullaban tampoco había rastro. Las gallinas dormitaban dentro de sus cajas, un ojo abierto y otro cerrado.

Se plantó delante del portalón. Del interior del establo manaba una luz titilante cuyas sombras se mecían según los vaivenes del viento. Gruñidos de cerdos, como si estuviesen comiendo. Hizo acopio de sangre fría y abrió por completo la puerta. De nuevo los goznes chirriaron, ñaaac, ñaaac. Olía a animal y a mierda. Los chillidos de los puercos cesaron. El velón de sebo estaba a medio gastar apoyado sobre el alféizar de la ventana del fondo a treinta pasos mal contados. A ambos lados había pequeñas cuadras a oscuras. Dentro de los dos primeros habitáculos vislumbró sendas vacas moviendo el rabo. Había una escalera de madera que subía a unas tablas bajo el techado donde se almacenaban sacos llenos de trigo y paja para el ganado. Una mula lo miraba con interés y con ojos acuosos y una yegua relinchó cuando pasó por su lado. En el siguiente cubículo, un cuerpo tendido en el suelo, ropas oscuras, pelo crespo y barba rizada y puntiaguda, sobre un charco de sangre fresca. Eran ropajes cristianos, pero, por su tez, su barba y sus rasgos, el fiambre se adivinaba moro. La mano derecha, por cierto, desprendida de su

muñeca con un tajo limpio, sostenía una espada jineta teñida de rojo. Dos cerdos olisqueaban la otra mano que estaba sobre una masa sanguinolenta. Redios. Sus intestinos. Habían destripado al moro y los puercos se los estaban comiendo. Salvajes. Qué clase de hombres hacían eso. La clase se hombres que le habían tendido una celada.

Vasco ahogó una arcada, arrugó el morro, exhaló todo el aire de sus pulmones y agarró la tizona. Se recompuso en un suspiro. Cosas iguales o peores había visto en la guerra. Ahora tocaba batirse y vender cara la piel. Al fondo aparecieron dos figuras, una de buena estatura y la otra más achaparrada, también espada en mano. El asunto se tornaba espinoso. Un gruñido a sus espaldas, los cerdos parecían excitados, a lo peor conscientes de la que se avecinaba. Ñaaac, los goznes del portón. Pasos que aplastaban el firme, una mezcla de barro, paja y mierda. Por el rabillo del ojo atisbó las otras tres siluetas que entraban en escena. Ninguno vestía ropajes moros, pero algo en su mirada le decía que lo eran.

Cinco contra uno. Pintaban bastos.

El más alto de los que tenía delante avanzó un paso. La luz de la vela alumbró sus facciones. Quizás fuese más joven que él. Rubicundo y espigado, rasurado, de mandíbula saliente y nariz ganchuda. Dejó el fulano vagar una sonrisa pálida sobre su rostro. Este tenía de todo, menos pinta de moro.

—¿Quién sois? —preguntó tranquilo.

Una cicatriz le surcaba el cuello, desde el omoplato izquierdo hasta la quijada.

Cristiano, al menos en algún momento lo fue, y con acento de levante. Por como asía la espada y como se movía, Vasco dedujo que sabía manejar el acero. Tenía porte de soldado o de matarife, o ambas cosas.

—Eso mismo iba a preguntaros —replicó Vasco.

Carcajeó ronco el de la cicatriz. Parecía confiado. Demasiado, esa podía ser una baza.

—Alguien a quien le han hecho una encomienda.

Al torcer el gesto se percató Vasco de que le faltaba la oreja izquierda.

—Yo también tenía una encomienda —sus ojos azules se posaron en el muerto y después en

él con una mueca asimétrica. Era la suya una sonrisa diabólica de quien ha visto la muerte de cerca en demasiadas ocasiones y se ríe de ella. Bien conocía Vasco a los de su misma condición.

—Teníais que destriparlo. No os bastaba con quitarle el aliento.

Se encogió de hombros. La luz del velón le confería un aspecto cadavérico al asesino, y la amenaza de su mirada gélida bastaba para alterar la compostura del más valiente. Si la muerte tuviese un rostro bien podía valerle este.

—Eso ha sido simple improvisación… —su sonrisa no flaqueaba.

—Un trabajó de carnicero.

Las cejas rubias del matachín se juntaron un ápice mientras pensaba su respuesta.

—Cada cual tiene su oficio… —alzó su espada e hizo un pequeño molinillo girando la muñeca.

Los engranajes de la mente de Vasco se movían al unísono intentando ganar algo de tiempo.

—Me envía el capitán de la reina, el de los Fernández de Córdoba —parpadeó—. Venía a recoger a ese…

—Pues ya veis, que se ha torcido el asunto de vuestro capitán… los cerdos están dando buena cuenta…

—Buen oro me va a costar… —escupió—. Al menos dejad que me lleve sus restos, algo podré cobrar —aventuró bravucón.

—Un mercenario —dibujó una mueca despectiva—. No sabéis ni qué hacéis aquí… pobre infeliz.

—Iluminadme con vuestra sabiduría —repuso el leonés sin amilanarse.

En ese momento le importaba un bledo lo que le contase con tal de que siguiera hablando. Y él respirando.

El que tenía al lado el rubicundo se escoró dando un pasito a la derecha. Era achaparrado y patizambo, de barba abundante y piel tiznada, podía ser igual moro que cristiano de las Andalucías, y como el otro empuñaba una jineta. Algo a su favor, era una espada más corta y pesada que la suya, más pensada para romper armadura y aplastar hueso y cartílago en el campo

de batalla que para escaramuzas y duelos en lugares faltos de espacio.

Dos a su favor. Se sonrió.

Lo único que tenía en contra era que había cinco matachines dispuestos a rebanarlo en rodajas y a destriparlo y servirlo a los puercos como desayuno.

—Tenéis agallas, lo reconozco, y ademanes de soldado —se fijó en cómo Vasco asía el pomo con firmeza y desenfundaba dos dedos de su herreruza. Su sonrisa se trasformó en un rictus—. Ese de ahí… —señaló indiferente con la punta de su espada—. Era un perro traidor a su rey. Un Abencerraje. Si sois avispado, con eso bastará, vuestra imaginación puede hacer el resto.

Vasco se giró brevemente, los de atrás se detuvieron y desenvainaron sus aceros. Observaron al cabecilla esperando órdenes. Tenía que ganar unos segundos más, seguir con la pantomima hasta que llegasen Matallanas y Ponce de León. ¿Dónde diantres estaban? Los segundos se hacían tan largos como minutos. Y, después, que fuera lo que Dios mandase. Si le daban a elegir no quería morir en un establo, rodeado de heces y moscardones, pero, era eso lo que había. Al fin y al cabo, era lo que la muerte tenía, que no solía dar muchas explicaciones cuando se presentaba. Bien la conocía él. No eran pocas las veces que había sido su aliado para mandar a indeseables al infierno.

—¿Quién os envía? —quiso saber Vasco. Unos latidos podían ser cruciales, la diferencia entre una vía de escape y que lo ensartasen a uno con un pincho entre pecho y espalda.

—Ya que vais a morir... os concederé esa gracia —su mirada tenía un aire de locura. Febril. Le recordaba aquellos fanáticos religiosos de la inquisición cuando veían arder a un hereje—. Muley Hacen, el verdadero rey de Granada —alzó el mentón orgulloso.

El propio padre de Boabdil el Chico. En su mente comenzaba a formarse un esbozo de lo que ocurría y de dónde se había metido. Dos y dos eran cuatro, casi siempre.

—Comprendo... sois uno de los que llaman elches, de la guardia palatina—dijo Vasco en un susurro. No hubo desprecio en sus palabras, cada uno era libre de sobrevivir a su manera, como Dios le diese a entender, el Dios cristiano o el musulmán. No obstante, había algo que no le cuadraba y ya que el otro tenía ganas de largar… alargó la conversación—. Lo que no

comprendo es cómo habéis llegado hasta aquí, hasta esta posta.

Avanzó un paso hacia adelante y cortó el viento con el filo de su espada en un rápido movimiento de zig zag, parecía que estiraba sus largas extremidades. Sus secuaces se pusieron rígidos como el metal que portaban.

—Un pajarito me lo susurró al oído —giró el tornadizo la cabeza y se señaló la oreja que le quedaba—. Un pajarito cristiano. De los vuestros —eso sí que no se lo esperaba Vasco—. En todos lados cuecen habas, ¿eh? Ahora, viene la diversión —alzó la mano para indicar a sus hombres que esperasen. Se quitó la capa y la arrojó al suelo—. Lo haré yo mismo. Mataré a este perro con mis propias manos. Vosotros —se dirigió a los de atrás—, quemadlo todo —clavó sus ojos fríos como los de un lagarto en el leonés—. Os prometo una muerte rápida, si sois merecedor de ella.

El matarife era a todas luces un trastornado, un sádico, de los que disfrutaban con la violencia y viendo sufrir a sus semejantes. Era la conclusión a la que Vasco llegaba tras esa breve conversación. Él también mataba, se ganaba la vida a base de sesgar otras, pero lo hacía sin artificios, y cada vez que quitaba un aliento, sobre todo últimamente, sentía un pinchazo en su conciencia. Y, aunque la mayoría se lo merecían, no disfrutaba con ello y si podía evitar padecimientos innecesarios lo hacía. Este espécimen era diferente. Tenía algo de animal e intimidatorio. Pero, mucho peor.

Vasco había alargado lo inevitable durante unos instantes. No le quedaba otra si no batirse con aquel engendro del diablo.

Brevemente, ambos contrincantes se observaron de arriba a abajo. La sonrisa del elche se oscureció al instante. Quizás advirtió algo en el leonés de lo que no se había percatado. Quizás fuese la firmeza con la que asía la espada o la tranquilidad que despedía su mirada.

Observó Vasco como el patizambo se llevaba la mano a la daga y se escoraba abriendo ángulo mientras los otros abandonaban el establo. La cosa se igualaba. Cuando llega la hora de batirse, lo único que de verdad puede hacer un hombre, es escoger su momento. Buscar una abertura, reconocerla cuando la ve y aprovecharla. Dos latidos y Vasco, como una centella, arremetió

contra el tornadizo con un amago hacia la testa y un estoque algo más serio hacia el vientre. No fue suficiente. El jodido era bueno, manejaba la jineta con destreza, y detuvo ambos golpes sin aparente esfuerzo. Ahora le tocaba a él parar los tajos emborronados que le lanzaba el otro. Clanc, clanc, clanc. Los aceros chocaban una y otra vez. Era rápido y preciso el condenado elche, pero se movía con demasiada brusquedad. Sus ataques eran predecibles para Vasco, de movimientos amplios, con mucho giro y potentes. Parecían las suyas artimañas más propias de un campo de batalla que de un duelista. Se agachó para evitar un filo que le hubiera rebanado el cuello si se hubiera despistado un latido más de la cuenta. Durante un parpadeo, lo tuvo a su merced, la espada jineta encajada en uno de los maderos, y el malnacido indefenso ofreciendo el costado. Era suyo. Encogió el brazo para lanzarle una estocada mortal y hendir carne y lo que se pusiera por delante. El patizambo también se percató, rápido como una víbora dio un paso con la daga presta para pincharle en la tripa. Vasco no tuvo por menos que girarse para salvar el hígado y la vida —fue aquella una oportunidad que maldeciría y de la que se acordaría durante mucho tiempo—; logró esquivar la puñalada por los pelos, dejando pasar al matarife por su propio empuje, y, de una patada rastrera, no estaba la cosa para muchas sutilezas, le barrió las piernas al hideputa. El otro cayó al suelo y Vasco se incorporó lo justo para poner la guarda y evitar una estocada del rubicundo que iba directa a su mejilla. Las dos espadas rechinaban, sus caras a escasos centímetros una de la otra. El elche sudaba como un condenado, probablemente él también. Vasco cedió un paso a propósito y el cuerpo del tornadizo siguió la propia inercia de su peso hasta caer encima de su secuaz. El leonés quedó de espaldas a la pared del fondo recuperando el resuello. Los otros dos ya se levantaban cortándole el paso.

De fuera, oyó un alarido seguido de un quejido de dolor y gritos de sorpresa. ¡Por Santiago Matamoros! Un vozarrón se alzó por encima del resto. Matallanas entraba en acción. Al fin. Esperaba que el joven Ponce y el curtido soldado mantuvieran ocupados a la recua de moros. Una cacofonía de aceros chocando, gruñidos y voces provenían de fuera del establo. Más valía tarde que nunca.

Aprovechó el leonés el momento de sorpresa para quitarse el gabán y sacar la daga con la

siniestra, así tendría mayor libertad de movimientos. A esas alturas le daba igual recibir un tajo que tres, lo que importaba era que él hincase carne más pronto que tarde. Colegía Vasco que o madrugaba rápido a uno de estos dos o lo iban a madrugar a él primero

El patizambo se percató del momento de zozobra de su adalid y desenvainó la espada dispuesto a prestar ayuda al de la oreja cortada. Asintió el elche resoplando y recuperando resuello, dándole permiso para entrar en acción mientras escrutaba el portalón y asimilaba su falta de cálculo. El fulano no se anduvo con chiquitas, se echó la capa al antebrazo y con un par de burdas fintas que a duras penas sorteó un Vasco que ya no estaba tan fresco, arrinconó al leonés contra la madera de la cuadra. Tajo, tajo, parada, tajo. No era nada elegante en sus movimientos como el rubicundo, pero sus mandobles cortaban igual. Este sí que se había batido en tabernas y antros de mala muerte.

Al menos, el cubículo era estrecho y solo había cabida para una pelea entre pares. Si el otro metía baza podía herir a cualquiera.

Aspiró hondo y alzando el acero lanzó una estocada a la garganta del patizambo el cual la paró de una forma tosca pero eficaz levantando la cruz de su espada. Los metales chirriaron y Vasco empujó con todas sus fuerzas trastabillando a su contrincante que terminó espalda con pared. Su daga, fulgurante, había pinchado en tela a la altura de la segunda costilla flotante. El condenado moro le había adivinado el movimiento y había puesto la capa de por medio. Gruñó el hideputa cuando la punta del puñal se hendió en su antebrazo. Pero no aflojó ni un poco el empuje de su espada. Era un fulano con oficio.

El velón proyectó en la pared una sombra moviéndose a sus espaldas. Como un acto reflejo soltó la daga y agarró al otro por el cuello girándolo y aprovechando la fuerza que él mismo ejercía. Aaaarggg. La punta de una espada jineta le desgarró el vientre al malnacido. El cuerpo del patizambo perdió toda la fuerza y se desplomó al suelo como si fuese un muñeco de trapo retorciéndose de dolor. El diablo de ojos azules lo observaba con una mezcla de estupor y curiosidad.

—¿Quién sois perro cristiano? —bramó.

—El que os va ensartar con este pincho, sucio tornadizo.

Afuera, los gritos de Ponce, y sobre todo de Matallanas, se levantaban por encima del resto. No parecía irles mal. Al menos, seguían vivos. También se percató el elche de que las tornas podían estar cambiando. Avanzó un paso, balanceó el peso del cuerpo y lanzó dos rápidos mandobles a derecha e izquierda haciendo que Vasco reculase. Después, pareció pensárselo mejor y retrocedió, sin dar la espalda, hacia la ventana. Cogió el velón del alféizar y lo arrojó sobre una de las pacas de heno seco sujetas en los tablones de arriba, la cual comenzó a arder al instante. El fuego prendió y se expandió en lo que tarda un corazón en dar cinco latidos. De un tajo cortó la cuerda que sostenía las pacas del techo que cayeron sobre el cubículo de Vasco que veía como la cosa se le volvía a complicar.

Entre el humo, cada vez más denso, entrevió al elche observando al portón y a él alternativamente. Dubitativo.

—Esta vez habéis tenido a la parca de vuestra parte —susurró—. No me olvidaré de vuestro rostro —finalmente, le dedicó una sonrisa demoniaca y se dio la vuelta.

Las llamas comenzaban adueñarse de los maderos. Vasco sudaba y tosía profusamente apoyado en su herreruza, apenas podía respirar. Tenía poco tiempo antes de que el fuego se expandiese por todo el establo. Sin pensárselo dos veces saltó sobre los bultos de paja que ardían con unas llamaradas cada vez más altas. Sus calzas y la saya prendieron cuando cayó al suelo trastabillado y una de las balas fue a parar encima suya. Sentía como la piel del lomo se calentaba y le quemaba. Se revolvió en el firme para quitarse de encima la paca y corrió como alma que le lleva el diablo hacia la salida. Dio un empellón al portalón dejando atrás los mugidos, chillidos y rebuznos que se alzaban por encima del crepitar de las llamas. Dando un alarido se abalanzó como un poseso, chamuscándose vivo, hacia la alberca.

Matallanas contaría después que fue como ver al mismísimo diablo quemándose el rabo.

Se sumergió en las aguas hasta que sintió como la humedad calaba en sus ropas y su culo dejaba de arder. Palpó el fondo cenagoso hasta dar con el filo de su espada. Alzó la cabeza para atisbar los últimos envites de una refriega, que, con el establo presa del fuego de fondo creando

extrañas sombras alargadas y los cerdos y las vacas saliendo despavoridos, parecía sacada de un cuento para asustar a los infantes. Matallanas tenía acorralado a uno de los hideputas de espaldas a los maderos crepitantes, parecía un molinillo el hombretón dando mandobles a diestro y siniestro con su espadón sin dejar de gritar. Era ese el estilo de Matallanas, pura fuerza bruta, muy de batalla, sin remilgos ni poses ni estocadas de bailarina. El acero del moro salió despedido hacia el aire, se arrodilló el infiel solicitando clemencia. No iba a pedir confesión como hacían los buenos católicos, se reiría después Rafalito Matallanas con una jarra de vino. Matallanas ni se lo pensó, se acercó al desgraciado y de una patada lo arrojó al fuego. Sus ropajes comenzaron a arder y los alaridos que soltaba el matachín mientras se quemaba vivo helaban la sangre. Intentó saltar el infeliz, a la desesperada, pero la punta del espadón inmisericorde del soldado ya estaba preparada para abrirle el vientre.

Ponce de León lo tenía más crudo. Se batía dentro de la corrala. A base de fintas y esquivas, paradas y contraataques, mantenía a raya a dos sicarios que, si bien no eran mancos en el arte de la espada, más parecía serlo el bravo castellano. Tenía un estilo extraño, alejado de los cánones, pero efectivo. No obstante, Vasco se percató de que cada vez sus contrincantes estaban más sincronizados y a cada estocada se acercaban más a su objetivo, que no era otro que abrir en canal al aguerrido cristiano que retrocedía en pasos cortos hasta los maderos que hacían de jaulas de las gallinas. En un intento de crear desconcierto, Ponce de León dio un amplio tajo y rompió varias de las jaulas, las gallinas y los polluelos cacareando corriendo por el firme. Eso le sirvió para ganar unos latidos, tomar aire y saltar la valla poniendo tierra de por medio.

Vasco oteó a su alrededor mientras salía de la alberca empapado. Con la efervescencia del combate, la sangre caliente y el corazón zumbando en sus sienes, aun no sentía dolor en golpes ni quemazón en la piel. Ni rastro del elche del demonio. El maldito tornadizo había desaparecido, y había dejado que sus hombres se batiesen el cobre a su suerte. Escupió al suelo. Eso era de cobardes. Seguramente, estaría viendo el desenlace de la refriega desde la oscuridad de la noche.

Avanzó a paso ligero hacia Ponce de León. Plof plof, tenía las botas llenas de agua. Tropezó con algo blando. Un cuerpo inerte. Y otro más al lado del carro. Los suyos se habían empleado a

fondo. Rafalito Matallanas que estaba arrodillado tomando resuello se levantó como un resorte.

—A buenas horas.

—He estado ocupado —replicó Vasco observando el rostro ensangrentado de Matallanas. Intuía que la sangre no era suya. La que manaba del corte en el brazo sí que lo hacía de las venas del soldado.

—¿Dónde vais?

—A socorrer a Ponce —masculló alzando el mentón hacia el prado que había tras el establo —. El muchacho empieza a cansarse. A poco que sigan así lo trinchan.

Matallanas frunció el ceño y arrugó la nariz, escupió un gapo sanguinolento al suelo, había un diente entre saliva y sangre.

—Habrá menos oro a repartir.

—Si es que lo hay —advirtió Vasco. Después de esta escabechina no las tenía todas consigo. Un completo desastre. Unos «cristianos», las palabras del elche hicieron eco en su mente, los habían traicionado. De los suyos. Ya habría tiempo de pensar en eso. Vasco dudó un par de latidos, y después le lanzó una mirada acerada a Falito—. Lo que haya… será a repartir entre tres y no entre dos.

—Ha habido mucha faena…

No sabía si el rambleño hablaba en serio o no. Si el propio Matallanas hacía estas cuentas y se prestaba a tal infamia, mal estaban las cosas en el ejército de los católicos.

—Vamos, dejaos de chanzas, Falito, y al lío —repuso al fin en un graznido—. Es una puta orden.

Matallanas sonrió con malicia antes de correr hacia el prado enarbolando su espadón.

Cogió al primer matachín por sorpresa, un moro de pelo rizado entrecano que cayó al suelo cuando la pesada tizona atravesó su hombro como si fuera manteca. El soldado sacó el acero de la carne y lo remató sin miramientos con una estocada que le abrió las entrañas desparramando intestinos sobre la hierba. El otro matarife, tras un momento de zozobra, intentó escapar corriendo por detrás del corral, huyendo de un Ponce que se apoyaba resoplando ya sobre su

espada y de un Matallanas que arrojaba su espadón al suelo y asía el mango del hacha que llevaba enfundada a su espalda. En apenas dos parpadeos balanceó el arma, apoyó un pie delante y dio un paso lanzando con maestría el filo hacia el pobre infeliz que habría puesto unas quince varas de por medio. No lo suficiente. Un quejido seco. El hacha se había clavado en la espalda del matarife. El cuerpo cayó al suelo a plomo, como una marioneta a la que le cortan los hilos que la mantienen en pie.

Tenía Vasco que reconocer que no poseía el sigilo de Bargas ni su sangre fría, pero los métodos de Rafalito Matallanas podían ser igual de efectivos. Empezaba a mirarlo con otros ojos.

Se acercó el hombretón a Ponce de León y le pasó el brazo por encima, con camaradería.

—¡Vasco, os dije que este Juanillo valía por tres! —gritó en dirección al leonés—. ¡Ha madrugado a dos de los moros el solito!

Sonreía Ponce de León feliz como un tonto al que le regalan una pluma de oca. Alzó el acero el castellano apuntando a Vasco, este le correspondió con el mismo gesto. Si supiera lo cerca que había estado de que lo dejasen a su suerte… sonrió para sus adentros, se le borraría esa sonrisa de tragasantos de su rostro.

Dio unos pasos atrás Vasco mientras observaba como se derrumbaba el establo y se esfumaba su oportunidad de presentarse con algo tangible ante don Gonzalo. La magnitud del desastre sería equivalente a la importancia del sujeto cuyo cuerpo se calcinaba a fuego lento bajo los maderos de las cuadras y su propósito. Las cosas no habían salido según lo planeado. Casi nunca lo hacían. Eran los gajes de un oficio incierto, un oficio en el que el batir de las alas de una mariposa en la alcazaba de Málaga podía desatar una tormenta en los caminos de Córdoba.

XV. Un doble castellano bien vale un silencio

Córdoba. Mediados de junio de 1483

La Rosarito le había preparado un mejunje, una cataplasma, una especie de sustancia pastosa mezclada a base de hierbas para calmar el dolor de las quemaduras y sajaduras varias que salpicaban su anatomía. Bajo la mirada cautelosa del Rana, no le debía de agradar que su hembra cuidase así de otro hombre, le había puesto el emplaste y vendado el costado con una tela de algodón blanco. Menos aún debían de gustarle al Rana las sonrisillas pizpiretas que le dedicaba la Rosarito cuando pasaba sus dedos por los moratones y Vasco emitía un sonido gutural parecido al gruñido de un lobo.

Se cerró la puerta a sus espaldas quedando a solas con sus pensamientos, de fondo la promesa de la Rosarito de venir a cambiarle vendajes al caer la noche. Respiró hondo Vasco y cerró los párpados que le pesaban como dos vigas de acero. Apenas había pegado ojo desde el día anterior. Habían regresado casi al alba. No dejaron ni un moro vivo. Matallanas remató a uno de ojos vidriosos que gemía algo ininteligible con una herida en la entrepierna que sangraba profusamente, y Ponce de León constató que el resto estaban bien muertos pinchando el acero en el vientre, ninguno se movió un ápice. Del malnacido que los comandaba, el elche de la cicatriz de ojos fríos y el cabello dorado, ni rastro. Había salido con el rabo entre las piernas, el muy cobarde. Pero, había cumplido con su misión. Se había quedado Vasco con el regusto amargo de ajustarle las cuentas y hacerlo cantar como a un jilguero. La familia que regentaba la Posada de los Cuatro Vientos había muerto asesinada mientras dormía, al menos no habían encontrado signos de lucha, eso se había dicho Vasco para apaciguar sus remordimientos. Los encontraron degollados, al matrimonio y al rapaz en la habitación de al lado. Eso había sido obra de un

animal que disfrutaba con los padecimientos de sus semejantes. No había necesidad de madrugarlos de esa manera, podían haberlos amordazado y maniatado. Él lo hubiera hecho en su lugar.

Se recostó sobre el almohadón y cruzó las manos sobre su pecho. Su respiración se volvió acompasada. Sus demonios pronto lo dejarían en paz y podría descansar unas horas.

Alguien los había traicionado. Alguien que conocía los planes del Capitán. Cristianos, dijo el tornado. Y, algo le decía que el hideputa no le había mentido ¿Quién si no? No tenía mucho sentido que hubieran seguido al emisario nazarí desde Granada y hubiesen esperado hasta la última noche para asesinarlo. Se incorporó un poco, alargó su mano y dio un sorbo a la jarra de orujo que le había dejado el Rana en la mesilla al lado del jergón. Se limpió los labios con el dorso de la mano y observó el atardecer recostándose sobre las aguas doradas del Guadalquivir, a través de la ventana se atisbaba parte del meandro más allá de las murallas.

La cara de don Gonzalo fue todo un poema cuando los vio aparecer por el descampado donde los muñegotes de las espingardas, con los ropajes llenos de sangre seca y el sol asomando por lontananza. Vasco negó con la cabeza y el Capitán supo sin más explicaciones que el encargo se había ido al carajo. Habían dado un rodeo para no llamar la atención más de lo preciso y Matallanas había alertado a los centinelas con su vozarrón para que no hubiera equívocos de quienes eran y despertasen al Capitán. Tras un opíparo desayuno en la tienda a base de gachas, queso curtido y fuerte de los Pedroches, vino aguado de Montilla, y pan con aceite, en el que poco hablaron y mucho yantaron, don Gonzalo le hizo un gesto a Vasco para hacer un aparte y platicar a gusto sobre lo que había ocurrido.

—Vayamos a dar un paseo, Vasco —se levantó el Capitán, su mandíbula parecía que iba a romperse—. Trae más viandas para estos dos, y más vino que darán buena cuenta de ello —ordenó a un joven paje de cabello oscuro y rizado.

Ponce de León esbozó una sonrisa nerviosa y Matallanas frunció el ceño mientras ambos salían del cobijo de la lona.

—Por la Virgen, Vasco… ¿Qué ha pasado? ¿Dónde está el moro? —inquirió ofuscado dando

grandes zancadas. Sus zapatos picudos pisaban el polvo del camino que conducía al arroyo.

Esas dos preguntas sobraban, pero era una forma como otra cualquiera de abordar el asunto. Y, don Gonzalo nunca fue hombre de andarse por los cerros de Úbeda.

—Muerto —dijo Vasco de forma bronca echándole una mirada retadora. No se iba a amilanar por mucho capitán y mucho oro de la Reina que tuviese, bueno, quizás por eso último agachó un poco la cabeza—. Ya estaba muerto cuando llegamos. Destripado y con los miembros amputados —matizó—. Y, los dueños de los Cuatro Vientos, con un tajo en la garganta, también el muchacho.

—Válgame Dios —sus narinas aletearon. No solía don Gonzalo ser expresivo ni en las buenas ni en las malas. Pero, Vasco observó que parecía realmente contrariado, y que los nervios afloraban con un rictus y un cabeceo constante—. No sabéis lo que está en juego…

Ni quería saberlo, bastante tenía ya con lo suyo.

—Nos han traicionado —dijo el leonés con aire sombrío. No estaba la cosa para muchos remilgos. Ya calmado el hambre, saciada la sed, y el corazón palpitando sin altibajos, a cada paso que daba sentía como le crujían los huesos, le quemaba el lomo y le pinchaban las articulaciones. Quería echarse en un catre y dormir hasta que el sol apareciese de nuevo por levante—. Otra vez.

No se le escapó al Capitán el tono punzante que empleó Vasco.

—Hemos dejado tiesos a cinco moros, zegríes probablemente. Se nos ha escapado el cabecilla, un elche hideputa —escupió el leonés al suelo ante el silencio del Capitán—. Contó que servía a Mulay Hacen, y que eran cristianos los que nos habían traicionado.

El de Córdoba lo escrutó con ojos de halcón. Apretó los puños y maldijo por lo bajini.

—¿Creéis en la palabra de un tornado?

Vasco se acarició la barba. Se encogió de hombros.

—Algo me dice que no mentía.

—Mucho decís ya, Vasco —se volvió hacia su tienda—. Y, estos dos... —alzó su protuberante mentón.

—Se han portado. Cumplieron su cometido con buenas formas —replicó. Ante el silencio del Capitán prosiguió—. Saben lo que sus ojos vieron, que había cinco moros que los querían ensartar como a pollos —hizo una pausa—. Nada más, salvo lo que su cabeza elucubre.

—Así es como deberá seguir siendo. Y, mientras menos elucubren, mejor para todos.

—Será como vos ordenéis —apuntó sin convicción—. Al menos, se intentará.

—Hablad con ellos y aseguraos.

—El oro es lo que mejor guarda un secreto —había que abordar el asunto en algún momento.

El Capitán le echó una mirada esquiva y continuó caminando por el sendero. Los cuatro centinelas cansados y ojerosos de antes volvían de la linde del arroyo arrastrando los pies y bostezando, entre las sombras del encinar del otro margen se alzaban las picas y se vislumbraban los guardias que les habían dado el relevo. Cuando se percataron de su presencia, se irguieron y saludaron al Capitán, este les devolvió el gesto alzando la mano. A Vasco le dedicaron un leve cabeceo en señal de reconocimiento.

Al llegar al riachuelo, don Gonzalo se agachó y haciendo cuenco con las manos recogió un poco de agua para echársela por el cuello. El viento del sur templaba el ambiente venido desde África. Las cabañuelas anunciaban un estío caluroso.

—Era un enviado de los nazaríes —apuntó sin que Vasco le preguntase—. Un caballero Abencerraje, un hombre de confianza de Aixa, la madre del Sultán.

Asintió Vasco circunspecto sin saber muy bien qué decir. No era el Capitán hombre de confidencias.

—Dicen que ella mueve los hilos.

—Eso dicen y están en lo cierto. Es una mujer de carácter, como nuestra Isabel —los labios del de Córdoba se arquearon casi sin querer. A veces le ocurría cuando hablaba de la Reina. Sospechaba Vasco que don Gonzalo seguía albergando sentimientos de esa mochuela que conoció en Arévalo y que se había convertido en una de las mujeres más poderosas y temidas de la cristiandad. Lo que no alcanzaba a ponderar era a cuanto le llegaba ese tonto enamoramiento a todas luces inconsistente—. Y, las mujeres de carácter tienden a entenderse entre ellas, aunque

les pese.

—Debíais habernos precavido. Quizás habría llevado más hombres…

—Mientras menos gente sepa de estos asuntos, mejor, os lo aseguro.

—Pues está claro que alguien se ha ido de la lengua.

El Capitán observaba el vuelo de una cigüeña, se posó el ave en su nido en lo alto de la copa de un enorme alcornoque. Los polluelos alzaron el cuello picoteando al aire.

—Eso es lo que me preocupa. El círculo donde buscar es reducido, y son gente de calidad con la que hay que ir con tiento.

—¿Quienes?

—La Reina y Chacón —respiró hondo—. Y, probablemente el Rey y algún otro... Torquemada o Mendoza, o ambos. Peralta, que se yo…

Probablemente y algún otro, eran palabras que no gustaban a Vasco. Y Torquemada y Mendoza, aún menos. Peralta le daba un poco igual, era hombre de acción, no de confabulaciones.

—Mal asunto, pues.

—Huele a intrigas palaciegas. Haré lo que esté en mi mano para enterarme de quién nos ha traicionado... Otra vez.

Asintió Vasco circunspecto.

—Queda el asunto del oro... —apostilló Vasco sin parpadear.

—Os daré la mitad de lo convenido. Aun es una buena tajada.

—La mitad más uno, así me salen las cuentas con los míos. Son más tercos de lo que pensáis.

—Bien sabéis que Matallanas no pondrá muchos reparos, es de conformarse con poca cosa; y el otro es apenas un rapaz que se deja barba para aparentar más edad...

Negó Vasco con la cabeza, tozudo.

—Y, el resto será para vos —propuso—… en pago por las cuentas atrasadas que aun os debo por sacarme de la cárcel de Toledo.

—Sois perro viejo y pulgoso —frunció el ceño, torció el gesto y se rascó la barbilla.

—Pero soy el mejor perro que tenéis... y bien sabéis vos que no fue mi culpa, ni lo de Lisboa, ni lo de los Cuatro Vientos. Aún así obrad como vuestra conciencia mejor disponga.

Debió ser la mañana siguiente de la charla de Vasco con el Capitán cuando me presenté junto a Mateo en la Posada del Potro ajeno a los acontecimientos y a las tribulaciones del leonés. Nada más entrar la boca se me hizo agua del aroma a guiso que despedía la cocina. Y los chorizos y las morcillas que colgaban parecían llamarnos desde el techo a que los cogiésemos y le hincásemos el diente. Todavía, tantos años después, comienzo a salivar cada vez que evoco los olores a tomillo, romero e hinojo con los que la Rosarito condimentaba las carnes y los guisos.

El sol picaba ya en la calle y dentro se estaba fresco. Se encontraba la taberna concurrida a eso del mediodía. Hombres de muy diversa índole y condición poblaban las mesas charlando amigablemente con una jarra en la mano; reían algunos ya con la cara desencajada y los carrillos rosados, y contaban chanzas y cotilleos mientras degustaban los torreznos y el pizporrete de la Rosarito.

Un hombre feo como él solo, calvo y de ojos saltones, con un delantal sucio y raído, nos cortó el paso nada más franquear el umbral de la puerta, apenas pusimos un pie dentro de sus dominios. El Rana, adiviné, aún no lo conocía en persona. Mateo me hizo señas con la mano para que fuese precavido. Carraspeé, e hinché mis pulmones, para hablar muy digno, pero no tuve ocasión de hacerlo.

—¡Largo de aquí, no quiero granujas en mi posada! —bufó con muy malas pulgas, y, sin mediar más palabra, nos cogió de las orejas, sus dedos eran tenazas, y nos enfiló hacia el pilón de la plazoleta a rastras. Escuché unas risotadas detrás y algunas voces que jaleaban al batracio de dos piernas y aspecto de hombre.

Creo que nos hubiera tirado a la fuente, y quizás nos hubiésemos marchado, si entre quejido y quejido no hubiera escuchado mi lamento.

—El de la nariz rota —conseguí articular, las lágrimas ya brotaban de mis ojos. Mateo gemía en tono lastimero—. El Vasco... o como demonios se llame. Tenemos un recado para él.

Cesó en la pinza, nuestras orejas a punto de reventar.

—¿Seguro? Si me estáis mintiendo os daré con el garrote... Os lo juro por Dios, por la Virgen y por lo más sagrado.

—Seguro —asentimos los dos—. Es asunto importante.

—Importante… —carraspeó con una risilla incrédula—…. Demonios, con el leonés, atrae a la gentuza como las moscas a la miel —masculló dándose la vuelta—. En la mesa del fondo lo encontraréis, al lado de la puerta que da al patio. Con dos rufianes que bien podríais ser vosotros dos dentro de unas primaveras.

—La puta que lo parió —susurré mientras comprobaba que mi oreja seguía en su sitio. Mateo arqueó las cejas como diciendo te lo dije, era el mudito tan precavido por naturaleza como yo echado para adelante. Ya me había advertido mi compadre de las malas pulgas que se gastaba el Paco el Rana. Ninguno de los trotacalles que conocíamos se había colado en su taberna, y había molido a palos a cuantos lo habían intentado. Pero, yo no quise esperar en la puerta a que saliera el leonés, unas monedas seguras bien valían la intentona—. Vamos, Mateo, a ver al Vasco ese.

Varios rostros se giraron hacia nosotros cuando entramos con la cabeza alta, zumbones y aparentando altanería. La mala vida nos había quitado muchas cosas, pero no el orgullo. Supongo que resultaríamos ciertamente cómicos, a todas luces dos trúhanes desarrapados de pelo grasiento y sucio caminando como si fuésemos gentiles. Se sonrieron y algunos conminaron al Rana para que continuase con el espectáculo, pero este ya había vuelto a los fogones de la cocina. Justo donde había señalado el posadero se encontraba el leonés de pelo crespo y mirada lobuna. Aún sin la barba lo reconocí al instante. Esa mañana se había rasurado y mostraba una hendidura en el mentón. Nunca había visto un lobo —que yo recordase, nunca había salido de Córdoba—, pero me imaginaba que el animal sería algo parecido a ese espadachín de mirada gris y aspecto peligroso. Y, no se me daba mal catalogar a los hombres, en las calles es de lo primero que se aprende, a base de palos.

El leonés alzó la mirada y, con un gesto de reconocimiento, nos acercamos hacia la mesa que compartía con dos fulanos vestidos con calzas y camisas ocres y grises. Uno de ellos era muy

corpulento, llamaba la atención por su altura y su envergadura, incluso sentado nos sacaba casi dos cabezas, el otro era muy delgado, asomaban unas fuertes venas por sus manos y por su cuello.

Alzó levemente la mano y el gigante cesó en su perorata. Parecía malhumorado, recriminándole alguna cosa a Vasco.

Cogió el leonés un cuenco con unos torreznos y un mendrugo de pan.

—¿Traéis noticias? —preguntó hosco.

Los dos hombres se giraron para establecer un conocimiento previo, con la sorpresa dibujada en su rostro al ver a un par de críos de nuestro calibre.

Asentí con la cabeza.

—Esperad en el patio —me espetó alcanzándome la escudilla con el rostro descolorido y mal gesto. La puerta estaba abierta para que corriese el aire.

—¿Y estos dos mancebos? —preguntó con un torrente de voz el hombre que más adelante conocería como Falito Matallanas. Según me contó la propia Rosarito, lo de Falito era un apodo de la niñez, como el suyo, porque había tres rafaeles en la familia Matallanas, y también me contó que, aunque hablador y vanidoso, se podía ver en él como a través de un cristal—. Los habéis recogido del hospicio…

—Si va a resultar que sois una hermanita de la caridad —apuntó el joven con desdén.

—Un asunto doméstico que no os incumbe —terció Vasco zanjando el tema con esa mirada taciturna que no admitía turno de réplica.

Mateo me quitó el cuenco de las manos y enfiló raudo hacia la puerta; le volvían locos los torreznos, mientras más grasientos mejor, sobre todo cuando no había que pagarlos o robarlos.

En el patio había unas mesitas bajo unas parras de uvas moradas. Las paredes encaladas y unas macetas colgando con azaleas y buganvillas le daban especial colorido. Al fondo, unas jaulas abiertas, las gallinas picoteaban el grano de unos comederos, y el agujero donde los parroquianos meaban oculto tras unas tablillas. Mateo se sentó en el suelo, en una esquina con sombra y comenzó a dar buena cuenta del manjar.

Yo le cogí un par de torreznos y, siempre con el genio de la intriga, un defecto o una virtud según se mire, apoyé una silla sobre la pared debajo de la ventana que daba a la taberna, justo encima de donde se encontraba Vasco con esos dos. Asomé el flequillo, craso error, y puse le oreja en la conversación que mantenían. Quería escuchar lo que estaban tramando los tres del contubernio. Quizás pudiese sacar algo en mi propio beneficio. Don Anselmo siempre decía que la avaricia rompe el saco, hasta ese día no fui plenamente consciente del significado de esa expresión.

—Decís que solo cobramos la mitad del oro —dijo el más enjuto de cara alargada y barba rala; ese jovenzuelo desgarbado que décadas después se haría un nombre en la historia como Ponce de León (pero, para eso aún que mucho camino por recorrer y muchas páginas que leer para vuestras mercedes). Centrémonos en el asunto. Tenía el personaje en ciernes un acento peculiar y hablaba atropelladamente, como si tuviese prisa por terminar las frases.

—Eso es —matizó Vasco con ese gorjeo tan suyo, como si tuviese guijarros en la garganta—. Estoy tan fodido como vos, o más. Pero, la fortuna repartió suerte esa noche, y daos por contentos por salir con vida.

No les había contado, con buen tino, cuanto se llevaba él ni cuanto había perdido.

—Me importa una higa lo que diga ese don Gonzalo. Nos jugamos el pellejo por la mitad de lo que prometisteis.

—No es lo convenido —terció Rafalito Matallanas con voz queda.

—Pues id y decídselo al Capitán —replicó Vasco en un tono cercano al hastío. Les estaba echando un guante que esperaba no recogerían.

Matallanas bufó y bajó la cabeza, mohíno. Siempre que se tenía que enfrentar con don Gonzalo el hombretón era como si menguase uno o dos palmos.

—Yo hablaré con él si es necesario —terció Ponce de León gallardo—. Se avendrá a razones.

Matallanas golpeó la mesa mordiéndose la lengua. Se hizo un silencio que duró solo unos segundos. Los de las tablas de alrededor los miraron de soslayo.

—Falito, habrá otras ocasiones de ganar un buen dinero —susurró Vasco intentando quitar

hierro—. Confiemos en el buen criterio del Capitán.

Asintió Rafalito Matallanas cogiendo un puñado de altramuces con sus manazas de uñas negruzcas y metiéndoselos en la boca. Masticó con fruición.

—Aquí se hace lo que el Capitán diga, Juanillo, ¿entendido? —Falito abroncó al castellano escupiendo algunas cáscaras al suelo, y este le mantuvo la mirada hasta que Vasco le alcanzó una jarra de vino y el pimpollo le dio un buen trago.

Era Ponce de León aun a tan temprana edad hombre temperamental y muy orgulloso, pero también parecía tener sesera para saber recular cuando la ocasión lo merecía. Es por ello que cedió:

—No es culpa nuestra que el hombre al íbamos a recoger estuviese bien muerto cuando llegamos —emitió un eructito. La Rosarito gustaba de aderezar el pizporrete con mucho vinagre y ajo—. Y, todo lleno de moros. Pero también es cierto que no hicimos el trabajo… del todo.

La cosa se ponía cada vez más interesante, cavilé. A mis ojos, esos tres se desenvolvían en asuntos de altos vuelos. Había oro y moros.

—Os portasteis bien, Ponce. Os batisteis con valentía y arrojo —Vasco sacó una bolsita de cuero, tintineaban los reales de plata, y la colocó en la palma de la mano que el soldado tenía libre, la otra descansaba sobre la empuñadura de su espada, sus dedos repiqueteando en el pomo. Sacó otra bolsita y la puso delante de Matallanas. Vasco suspiró en una especie de quejido seco —. Y ahí va otro excelente para cada uno, por cerrar el pico. Es más que suficiente —era lo que finalmente había conseguido sacarle a don Gonzalo.

Colocó Vasco las monedas sobre la mesa frente a cada uno empujando con el índice. Relucientes, con la imagen del rey y la reina boca arriba, de cuerpo entero y sentados en sendos tronos. «FERNANDUS ET ELISABETH, DEI GRACIA, REX FI REGINA CASTELLE ET LEGIONIS ET SICILIE», rezaba la leyenda.

—Un doble castellano bien vale un silencio —una sonrisa ladina amaneció en los labios de Ponce de León.

Asintió con la cabeza Matallanas. Ambos los retiraron de la vista pronto.

Mis ojos abiertos como platos, apenas respiraba, nunca antes había visto tantos dineros juntos. Dos excelentes de oro. Dobles castellanos. Había oído que existían, pero pensaba que era cosa de ricos y de nobles. Ni calcular podía mi mente a cuantos maravedíes equivalían.

Aquella visión, a la postre, marcaría mi futuro y mi provenir. Ya que fue en ese preciso momento cuando decidí que me iba a pegar a ese hombre como una garrapata, le serviría y me cobijaría con él, costase lo que costase; que más me valdría la pena correr todos los riesgos que estos tres corrían para dormir y comer caliente, aunque para ello tuviese que aprender a manejar la espada y batirme en duelo, que seguir por el camino que llevaba. No en vano, ya me jugaba la vida cada día que salía a patearme las calles en busca de un mendrugo que llevarme a la boca. Y ya puestos a jugarse el pellejo, mejor si había oro de por medio.

Esas eran mis intenciones, y, a punto estuve de truncarlas junto con mi vida esa misma mañana cuando el leonés se percató de mi presencia.

XVI. Carnicería de Abades

Córdoba. Mediados de junio de 1483

Salimos de la Posada del Potro por la puerta falsa, enfilando hacia la Catedral, intentando acompasar la respiración todavía entrecortada y una congoja que no se disipaba del todo. Como digo, a punto estuvo mi deseo de servir a Vasco Cortés de Astorga de truncarse a las primeras de cambio. Observé de soslayo el rostro, ahora sereno, del hombre que había estado a unos latidos de llevarme al purgatorio; decía Don Anselmo que a nuestra edad y con nuestro historial seguramente sería donde iríamos Mateo y yo si las cosas se torcían. Y, es que las cosas se habían torcido. Y, si no fuera por la intermediación de un alma caritativa, no creo que ahora mismo lo estuviese contando con tanta alegría.

Como se suele decir, me pillaron con las manos en la masa.

Resultó que al mismo tiempo que el gigante Matallanas y el escuálido Ponce de León se levantaron de la mesa, Vasco se plantó en el patio en tres zancadas sin darme tiempo siquiera a bajarme del taburete. De una violenta patada derribó la banqueta. Con la boca abierta y ya con una excusa plausible brotando de mis labios, algo así como que intentaba coger un huevo del nido de golondrinas que había bajo el tejadillo —por aquella época era rápido de mente y creía que ingenioso—, mis huesos dieron en el suelo. Aunque eso no fue lo peor.

Intenté incorporarme dolorido. Pero, antes de que pudiese revolverme Vasco me asió del pelo con rabia y me arrojó trastabillado donde Mateo, mi corazón a punto de salir desbocado del pecho. La cara de mi camarada, los carrillos aun llenos de torreznos, lívida como el mármol, debía ser un reflejo de la mía.

Me cogió del cuello alzándome sobre la punta de mis zapatos, su mano era una tenaza de

hierro. En ese momento, es verdad lo que dicen cuando la parca está a punto de llevarte, vi como mi corta existencia pasaba ante mis ojos. Había poco que mereciera la pena recordar, la verdad sea dicha. No tenía padre ni madre, ni familia conocida, solo a Mateo y al cura, don Anselmo, que fue lo más parecido a un santo que conocí en vida. Por lo demás, mi existencia se reducía al trato con los granujas de mi calaña, a los mandados de los reñidores para conseguir favores y alguna moneda, y a las peleas con los ladronzuelos de medio pelo por esta o aquella esquina. Todo eso pasó ante mí en dos parpadeos. Como digo, un escaso bagaje y poco que mereciera la pena recordar. No obstante, mi instinto de supervivencia, siempre me sacó de buenos apuros, me espabiló raudo. Quería aferrarme a la vida luchando como gato panza arriba. A Lucas Espósito aún le quedaba mucha tela que cortar y mucho mundo por ver. Intenté zafarme del agarre y a la par golpear a mi agresor moviendo frenéticamente mis extremidades a modo de molinetes; también Mateo sobrepuesto del susto inicial y, en un alarde de valor y coraje, viendo que la cosa iba a mayores y me ponía rojo como un tomate, trató de ayudarme, gruñó como un perro y mordió al leonés en la muñeca con fuerza. Sin miramientos, este lo derribó de un puñetazo de su mano libre quedando mi compinche tendido en el firme medio inconsciente.

Los dedos de Vasco se cerraban sobre mi cuello, estrujando, apenas podía respirar. Exhausto, dejé de moverme y de patear el suelo e intenté suplicar con la mirada aspirando una última bocanada, pero en sus ojos solo hallé un vacío inerte, frío y gris. Un vacío que iba a matarme si no ocurría un milagro, pensé. Era aquella la mirada de un loco sin raciocinio alguno. Mis esperanzas pasaban por que Dios, la Virgen María, el Espíritu Santo, o la madre que lo parió, interviniesen.

Y, alguien lo hizo, no sé si por mandato divino, pero lo hizo; intuyo que más bien fue casualidad, porque nunca en las casi siete décadas que llevo respirando por este mundo vi más milagro que el de levantarse el disco dorado rayando el alba, que con eso ya tiene Dios trabajo de sobra.

A lo que voy, una mano se posó en el hombro de Vasco tres latidos antes de que perdiese el conocimiento. Tiró de él sin apenas moverlo un ápice.

—Vasco —susurró la voz extrañamente atiplada de un rostro bello, casi femenino, si no fuera por la perilla y el bigote. En ese momento me pareció un ángel salvador caído del cielo, más tarde supe que se trataba de Juan Álvarez Gato, poeta, literato y amigo de correrías de Vasco—. Leonés, por el amor de Dios... dejadlo —volvió a repetir—. Lo vais a matar. Es solo un niño… ¡Negro de los cojones!

Eso pareció sacarlo del trance. Los ojos de Vasco volvieron a la vida. Aflojó la presión sin soltarme del todo, mis talones de nuevo sobre el terrazo del patio.

—¿Cuánto has escuchado? —preguntó. Su voz aún sonaba sombría.

Miré al hombre de mirada nerviosa que había a sus espaldas, dubitativo. Mi salvador negó con la cabeza e interpreté ese gesto lo mejor que pude.

—Nada —respondí tosiendo quejoso—. Nada, mi señor —repetí, boqueaba como una carpa en la nasa de un pescador, consciente de que quizás en mis palabras me jugaba mi futuro y mi vida.

Asintió Vasco dando por buena la respuesta.

Nunca supe si hubiese acabado conmigo aquel mediodía en el corral de la Posada del Potro. Había entrado en uno de esos extraños trances que tenía muy de cuando en cuando en los que afloraba a la superficie algo parecido a la oscuridad, por algo lo apodaban Negro. Nunca hablamos del tema ni yo se lo recordé. En mi fuero interno, siempre me digo que no, que hubiera parado de motu proprio, que las historias que contaban de las guerras no eran ciertas, que Vasco tenía alma noble y no mataba a niños indefensos.

Mateo se había quedado con el hombre atildado recuperándose del susto, siempre salía perdiendo, tenía el pobre un morado que le cubría media cara y le faltaba el genio que a mí me sobraba. Esa mujer tan amable de ojos soñadores y cara de niña a la que llamaban la Rosarito le había preparado un buen caldo con garbanzos y tocino, y el mudito, como lo apodó ella, había dicho que se quedaba a pies juntillas. No todos los días encontraba uno sin pagar dineros un plato caliente y sabroso con el que llenar el estómago.

—Más vale que me traigas algo bueno, porque por hoy ya has tentado a la fortuna más de lo que debieras —me advirtió Vasco.

Caminaba un paso por delante y ya se me había ido el tembleque del cuerpo. Siempre fui optimista por naturaleza, creo que ya lo he apuntado. El corazón alegre constituye un buen remedio y el espíritu triste seca los huesos, nos decía don Anselmo cuando nos veía flaquear en los días de invierno en los que aparecíamos ojerosos llamando a la puerta de la sacristía.

—Todo a su tiempo. No pequéis de impaciente —respondí sin volver la vista atrás—. Os voy a dar más de lo que pedisteis.

—Me contento con el encargo que hice.

—El que me sigue no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida —repuse jovial echándome a un lado para dejar paso a un carro cargado de botijos y paja.

Se sonrió Vasco de esa forma tan suya, como si en realidad no quisiera hacerlo.

—¿De dónde has aprendido las escrituras? —se pasó un trozo de lino por la frente, enjugando el sudor. Iba vestido con un jubón gastado y calzas en tonos ocres con agujetas de igual color, sin más adorno que las cuchilladas habituales por las que pasaba la camisa. Aquellas calzas y aquel jubón parecían arrugados, como vestidos de viaje largo tiempo encerrados en un baúl.

—De don Anselmo —respondí como si fuese algo natural.

—Y, quién es tan ilustre personaje…

—El párroco de San Juan, un santo varón… —repliqué con orgullo—. Nos facilita cobijo y sustento cuando puede, y nos da con la vara cuando se empecina en enseñarnos a leer y escribir con pasajes del Antiguo Testamento. Pone empeño, bajo amenaza de dejarnos a dos velas —tosí, aun dolían las marcas del cuello. Puse ojitos de perro degollado.

—Tendrá más paciencia que Job si pretende que dos alcornoques aprendan a leer y escribir, nada menos.

—Más que vuesa merced sí que tiene.

Dio la callada por respuesta con una mirada taciturna.

Andábamos por la sombra, el sol de mediados de junio pegaba ya bien alto por la calle de los

Comercios, como era conocida popularmente la vía que serpenteaba paralela a las murallas, conectando la Feria con la Catedral. Los mercaderes quitaban los tenderetes y las gentes se recogían del empedrado para almorzar y echarse la siesta. Había aun cierto bullicio, empero hubo algunos que repararon en Vasco y en el niño harapiento que lo acompañaba, seguramente más por mí que por él ya que recientemente había tenido un leve percance en esa esquina con un viajante de telas que tenía un agujero en el bolsillo de la casaca, y que pretendió hacerme partícipe de sus desgracias ante los alguaciles —ni que decir tiene que me escabullí justo antes de que llegaran—.

—Será mejor que pasemos lo más desapercibidos posible —sugirió el leonés.

—Es una idea excelente —respondí ufano.

Así pues, antes de llegar a la Catedral subimos por la calle de los Caldereros —a esas horas mucho menos transitada—, torcimos a la siniestra por la de las Badanillas —era ya tarde para vender badanas—, y luego a la diestra para enfilar por la de los Zapateros —mucho más lo era para vender zapatos— y terminar en la plaza de la Carnicería de Abades.

—Aquí es —dije señalando con el dedo.

La carnicería que regentaban los Abades estaba ya cerrada. Sobre el enchinado de cantos oscuros del centro de la plazoleta se acumulaban los restos de sangre y vísceras, las moscas revoloteando sobre ellas y un perrillo aprovechando su parte del banquete. Dos niños, apenas unos zascandiles, jugaban a caballeros espadeando con palos retorcidos y pisoteando el engrudo de intestinos, sesos y pellejos. Se oyó la voz alta y clara de la madre reclamando su atención para la comida con la autoridad de una reina y los zagales corrieron prestos hacia el callejón. Solo quedaba en la plaza la mujer de piel atezada, enlutada en riguroso negro, que cargaba con un fardo de verdura; golpeó esta la puerta de una de las casas de los hermanos Abades y se perdió dentro bajo la mirada reprobatoria del hermano mayor de los carniceros cuando se abrió el portón.

Vasco aspiró hondo y exhaló un profundo suspiro. De nuevo se enjugó el sudor de la frente con la tela.

—Me has traído hasta aquí para... qué, si se puede saber.

Las campanas de la catedral tañeron dos veces.

—Tened una pizca de confianza en mi…

Me giré inquieto, frotándome las palmas de las manos, por un momento inseguro de si aparecería. Lo había hecho durante los días anteriores. Al cabo de un instante lo hizo.

Por la calle de las Alfayatas apareció al fin una figura ataviada con hábitos dominicos y gorro de visera amplia que caminaba ligero. Tenía una frente despejada, una complexión gruesa y una nariz prominente. Era él, suspiré aliviado. Al mismo tiempo, se abrió la puerta de una vieja casona justo en frente de las carnicerías. Una mujer y una niña pequeña, morena y con la nariz ancha, recibieron al clérigo con un beso y un abrazo. Vasco aguzó la vista. Súbitamente echó un paso atrás y tiró de mi para ocultarse detrás de la esquina del Convento de Santa Clara.

El religioso enfiló directamente hacia el interior de la casa. los goznes chirriaron y el portón de madera se cerró tras ellos.

—¿Qué es esto? —inquirió con el semblante contrito. Advertí que estaba realmente sorprendido, azorado más bien.

—Ese es el cura que se reunió con vuestro amigo en la Catedral.

Para mí, en aquella época, todo el que llevase hábito era cura o monje.

—Y... —dudó alternando su mirada entre la casa y yo—. Cómo… sabes tú eso...

—Como vuestro... amigo... —a esas alturas ya me quedaba claro que no era su amigo—... no aparecía por ningún lado, decidimos que era mejor aguardar mendigando en los muros del templo, por si volvía. Cogimos el sitio dándole una ristra de morcilla al habitual, un lisiado con muy mala uva de las guerras de nuestros reyes—sonreí—. Y, así apareció hace dos días entrando por la misma puerta que la otra vez —mis labios se arquearon de nuevo hacia arriba.

—¿Seguro que era él?

—Seguro —afirmé abriendo las piernas y alzando el mentón—. Nunca olvido una cara —mentí.

—¿Y este? —estiró la cabeza un palmo para otear desde la esquina.

—Es el hombre al que va a ver en la Catedral —me observó con los ojos entrecerrados—. Antes de que me preguntéis, os diré que uno de los monaguillos, Froilán, dicen que ya va para cura, era discípulo de don Anselmo hasta que consiguió que lo admitieran en el clero, nos debe un par de favores cuya índole no voy a mencionar… —carraspeé dándome importancia—… solo puedo contaros que una vez lo pillamos afanado con otro pollastre en el campanario de San Juan y guardamos silencio a cambio de gracias futuras...

—Puedes ahorrarte los detalles —arqueó las cejas y movió los dedos de la mano, apremiando.

—Froilán nos contó que el individuo en cuestión, vuestro amigo… mantenía plática con este siervo de Dios de vez en cuando. No nos dijo más, lo señaló y se perdió dentro del templo.

—Tienes audacia y buen pico —musitó con un mohín, se le marcaron unas arrugas debajo de los párpados. Parecía un cumplido a medias.

—También sé callar cuando la ocasión lo requiere.

Asintió circunspecto.

—¿Sabes quién es?

Negué con la cabeza. En ese momento no sabía quién era ni había oído hablar del temido y temible Tomás de Torquemada, Inquisidor General en ciernes del reino, solo faltaba la bula del Papa para rubricar el cargo. Un hombre del que era mejor mantenerse lo más alejado posible, aunque por aquel entonces qué iba a saber yo de curas e inquisidores…

—Bien —me cogió con fuerza de la muñeca. Por un momento creí que me iba a hacer daño de nuevo. Pero fue un gesto para llamar mi atención—. Es mejor que esto no se lo cuentes a nadie —se agachó hasta ponerse a mi altura. Sus ojos no mostraban el vacío de antes, eso me alivió—. ¿Está claro?

Asentí con la cabeza.

—Claro como el agua.

—Ahora, dime dónde está mi amigo. Tengo que ajustar cuentas con él.

Desde cuándo llevaba el fodido moro con este doble juego. Qué le había contado a Torquemada.

Por qué lo hacía, ¿por dineros? ¿O había algo más? Si era por llenar la bolsa, tampoco se lo podía reprochar, eran tiempos duros los que les tocaban bregar, el oro era un poderoso motivo para cambiar de patrón y de parecer. Pero, es que había confiado en ese malnacido como si fueran hermanos, hasta hacía una semana hubiera puesto la mano en el fuego por él cien veces.

Los engranajes de su mente vislumbraban lo que podía estar ocurriendo. Mientras cabalgaba por el camino de tierra polvorienta, en la cabeza de Vasco las piezas comenzaban a juntarse y a encajar unas con otras. Bargas y Torquemada. Se conocieron cuando la conjura de Sevilla, cavilaba, que él supiese. Fue Bargas quien, en un momento de flaqueza, lo animó a continuar con el plan y entregar a los judíos para que los quemasen vivos. Quizás hablaba ya por boca —y oro — de Torquemada.

Su cara era un poema o un cristal traslúcido de las diatribas que poblaban su cabeza. Un puñal se le había clavado en las entrañas bien hondo y escocía generando ponzoña, era un dolor profundo que se expandía lentamente y le creaba un desasosiego mayor que el que estaba dispuesto a admitir. Empero, antes de matarlo, tenía el leonés que hablar con él. Ya que, en algún momento de su existencia, Vasco decidió que el moro, como lo llamaba cuando hablaba en confianza, era su amigo.

Nunca confíes en nadie, Vasco. No tendrás más amigos en el mundo que tu espada y tu coraje. La única certeza la hallarás en el oro y en el acero. Los sentimientos son una debilidad, jamás te dejes arrastrar por ellos como si fueras una hembra encelada. Las palabras de su tío Froilán, frases que se grabaron a fuego desde bien niño —y a mí me las repitió hasta la saciedad —, reverberaban en algún recodo de su pensamiento, haciéndose cada vez más patentes.

Escupió al suelo y espoleó su caballo tomando la trocha que se bifurcaba hacia el Norte a los pies de la sierra, hacia el campamento de los egipcianos. Era allí donde se escondía el tal Bargas, y era allí donde lo seguí dos días atrás a lomos de un borrico escuálido y pulgoso que negocié con uno de los arrieros de la Puerta de Almodóvar a cambio de trabajar para él durante una semana cargando fardos. Aún tenía el burro y aún tenía la deuda.

XVII. Una visita al campamento de los egipcianos

Extramuros de Córdoba. Mediados de junio de 1483

El sol comenzaba a declinar por el horizonte creando una amalgama de naranjas y violetas sobre poniente cuando Vasco alcanzó la cima de la loma. Los pucheros humeaban en la explanada del campamento de los egipcianos, al pie de la colina. Al fondo, detrás del bosquete de encinas, se divisaban a una media legua las ruinas de la antigua ciudad califal de Medina Azahara.

Era allí donde se escondía Bargas. Con esas extrañas gentes sin patria venidas en peregrinaje circundando la ribera del Mediterráneo. En su mayoría procedían del lejano Egipto Menor asolado por los turcos, y también de Grecia tras la caída de Cōnstantinōpolis. Huían de los otomanos, perseguidos como alimañas por haber formado parte de las huestes que defendían las murallas del decadente imperio bizantino y haberles presentado batalla con los ejércitos cristianos. En una primera oleada entraron en la península con salvoconducto real para peregrinar a Santiago, pero habían terminado deambulando por los caminos, primero por decenas y después por cientos y miles, buscándose el sustento y la vida. Con los años supe que el nuestro no fue un caso aislado, sino que, al contrario, el éxodo de los mal llamados egipcianos fue un acontecimiento que se dio por igual en toda la cristiandad.

Por aquel entonces, despertaban sentimientos encontrados entre los súbditos de Isabel y Fernando; iban estos pareceres a caballo entre la hostilidad de unos pocos —los mismos de siempre que recelaban de todo lo que no fuese adorar a Cristo crucificado—, a la fascinación por su cultura, sus cánticos y sus ropajes, de una mayoría, que bien pronto se dejaría embaucar por

las habladurías de envidiosos, fanáticos y acomplejados. Así era el reino de España en sus comienzos tempestuosos, y, con tristeza lo digo, así sigue siendo, una vez instaurada la grandeza de un imperio vasto y con inmensas riquezas allende los mares.

En lo poco que los había alternado en los arrabales extramuros de Córdoba, donde acudían a vender su artesanía y a tratar con caballos —los alguaciles tenían orden de no dejarlos entrar en la ciudad salvo en días feriados y de mercado—, parecían gentes alegres de espíritu y abiertas de mente. Pero, no terminaban de cuajar del todo, quizás porque, y nadie podía culparlos por ello, viendo cómo se las estaban dando a judíos y moros, preferían vivir como nómadas y en lugares apartados.

Los que estaban acampados cerca de las ruinas de Medina Azahara tenían mano para el ganado y extraordinario ojo para los jamelgos. Sabían de la crianza y del arte de la doma, y por su buen hacer se habían ganado la fama de consumados chalanes en el apenas año y medio que llevaban por tierras de las Andalucías.

El campamento colindaba al este con un arroyo de aguas claras que bajaba de la sierra y alimentaba al Guadalquivir dos leguas más abajo. Las carretas llenas de fardos de heno estaban colocadas a modo de circunferencia rodeando todo el perímetro, dentro se habían levantado una treintena de grandes tiendas de lona circulares. Unas dos docenas de caballos, potrillos y yeguas en su mayoría, pastaban tranquilamente en un prado aledaño, escoltados, vara en mano, por cuatro jinetes de coloridos ropajes que se percataron de la presencia del visitante en cuanto apareció por la senda. Sus vestimentas, su pelo largo, su piel oscura y su mirada altiva los delataban como egipcianos. El más joven oteó a uno de sus mayores y, bajo la aquiescencia de este, se llevó dos dedos pinzando la lengua, brotando de sus pulmones un agudo silbido entrecortado. Varias cabezas asomaron entre los carros, una de ellas silbó en respuesta.

Antes de que Vasco llegara a la barrera de carretas, como de la nada, emergió una ristra de niños que corrían desde la arboleda cercana a la huerta. Comenzaron los polluelos a alzar las manos y a pedirle dineros a cambio de carantoñas y cabriolas. Iban los zagales, más o menos mi edad tendrían, descalzos y desnudos de cintura para arriba mostrando una sonrisa de oreja a

oreja. Recuerdo bien que experimenté una punzada de envidia apostado desde mi escondite encaramado a la rama de una encina. Mentiría a vuestras mercedes si dijese lo contrario, envidia, sí, por esa repentina explosión de vitalidad, despreocupación y felicidad tan propia de los años de infancia, y que en mi caso siempre estuvo tan alejada de la realidad, que apenas podía imaginar que existiera tal dicha salvo en momentos muy puntuales. Poco les duró la intentona, pues tres hombres de mediana edad salieron para dar el alto al desconocido, espantando a los rapaces a voces con esa jerga ininteligible que hablaban entre ellos, hasta que consiguieron que se replegaran de nuevo a la frescura del bosquete.

Uno de los egipcianos, el más bajito, el que llevaba una gorra flamenca aplastada con una vuelta muy ancha se dirigió a Vasco:

—¿En qué puedo ayudaros? —preguntó con una media sonrisa artera. Tenía el rostro picado por la viruela, el pelo ceniciento y un enorme mostacho que se atusaba continuamente. Vestía unas medias de seda de color azul brillante que contrastaban con su liso y velludo chaleco y con su túnica de hilo fino—. Si queréis caballos, os puedo acompañar al arroyo, tenemos varios potrillos que valen su peso en oro, y dos o tres percherones que pueden dar servicio a un caballero como vos —escrutó con ojos de halcón el cazo gastado y lleno de arañazos de la espada de Vasco, y después chasqueó la lengua apoyándose en su largo cayado—. O, si preferís algún otro género, collares, vestidos, pañuelos, amuletos... también podemos pertrecharos de jubones, sombreros, navajas, zapatos o botas... —tenía un leve acento, ceceaba y arrastraba las eses. Sus ojos marrones centelleaban divertidos, y su sonrisa parecía extenderse hasta sus orejas de las que colgaban sendos pendientes plateados.

Vasco evaluó a los tres egipcianos. Aunque iban armados, roperas y dagas sujetas al cinto, no parecían agresivos, al menos no de momento. Debían estar acostumbrados a recibir visitas a deshoras.

Dos mujeres en edad de merecer cargadas con cántaros sobre sus cabezas asomaron por el terraplén que conducía al riachuelo. La de la falda amarilla y el pañuelo carmesí echó una mirada furtiva a Vasco y cuchicheó con su acompañante entre risillas mientras se perdían en el interior

del campamento contoneando sus caderas.

—Si gustáis otro tipo de mercancías… también os puedo ayudar… —dijo el del mostacho y la cara picada guiñándole un ojo, mostrando un colmillo dorado.

—Me place vuestro sombrero —señaló Vasco con cierta sorna. Sin apearse de su alazán, apoyó su mano en el cuerno de su silla y enseñó los dientes.

—Le gusta vuestro sombrero, Dika —rio el de la derecha relajando sus músculos faciales. Bajó la cabeza, saludando burlonamente y dejando que una larga trencita de su cabello castaño, del cual claramente se sentía satisfecho y orgulloso, cayera sobre su nariz.

—¿Este sombrero? —el que se hacía llamar Dika se tocó el ala gastada—. Tiene historia y también le tengo un especial cariño... Me lo regaló un navegante veneciano con el que trabé amistad durante el trayecto por el Mare Nostrum...

—Os daré veinte vellones —ofreció Vasco.

El del bigote frunció el ceño y los otros dos abrieron los ojos ante la perspectiva de un trato fácil y provechoso. El tono hosco de Dika les borró la sonrisa del rostro.

—Sabéis de sobra que no vale ni cinco —replicó rascándose la mejilla picada. Sus ágiles ojos se posaron en los de Vasco—. ¿Quién sois y qué hacéis por nuestro campamento?

—Me llamo Vasco… —hizo una pausa. Espantó una abeja con la mano—. Estoy buscando a un amigo y cuentan en los mentideros que anda por estos lares. Y, no he dicho que os diera veinte vellones por el sombrero... He dicho simplemente que os daré veinte vellones.

—Vasco… —repitió el del bigote pensativo, oteando su rostro, fijándose en su nariz torcida. Los otros dos lo miraron expectantes. Finalmente, se hizo a un lado—. Pasad… Creo que vuestro amigo os está esperando.

Vasco tiró de las riendas y el caballo cabeceó perezoso antes de adentrarse en el campamento tras los hombres que los escoltaban y les franqueaban el paso.

En el interior, las tiendas estaban dispuestas de forma aleatoria sin seguir ningún orden preestablecido. Habría más de treinta lonas, echó a ojo de buen cubero. De las cuerdas que las amarraban al firme colgaban coloridos abalorios y tallas de madera de figuras de animales y

símbolos celestes, alguna cruz y algún rosario también vio Vasco.

El campamento rebosaba de la actividad propia de la caída de la tarde. Cada uno afanado en sus quehaceres después del sopor de la hora de la siesta. Las mujeres preparaban humeantes guisos para la cena repartidas en grupitos, otras tendían la ropa en los cordeles que iban de una tienda a otra canturreando extrañas melodías, y las había, las más jóvenes, que cortaban el carrizo con un machete mientras las ancianas entretejían el mimbre para hacer canastas. Los hombres trabajaban la madera y la arcilla, y se ocupaban de afilar el metal con piedras peloncha para fabricar navajas y cuchillos. Había algunos que afinaban laudes y pequeñas guitarras con forma de media pera.

Parecían gentes pacíficas y gentes felices. Gentes que intentaban asentarse en tierra extraña empleando sus conocimientos y habilidades.

Algunas miradas se posaron en el leonés; sus ojos orgullosos los delataban, eran las suyas miradas de quien ha padecido y ha sobrevivido a la adversidad y al peligro.

—Podéis ir a pie —lo conminó el cabecilla. A un ademán suyo el de las trencitas asió las riendas y Vasco se apeó ágilmente del caballo—. Me llamo Dika y soy, por decirlo de alguna manera, el jefe de estos pobres diablos —abrió las palmas de la mano—. Somos gente de bien, pero también sabemos defendernos cuando la ocasión lo requiere —dejó caer sin alterar un ápice el tono de voz.

—No es mi intención causaros problemas. Solo quiero tener una conversación con Bargas.

Observó el otro de soslayo su acero colgando de la cintura.

—Las armas no os serán necesarias en nuestro hogar. Consideraos mi invitado, la hospitalidad es una norma sagrada de nuestro pueblo.

—Soy soldado —replicó Vasco como si tal hecho fuese explicación suficiente.

—Yo también lo fui, la mayoría de aquí lo fuimos... desde que tuvimos edad para sostener una espada —matizó—. Insisto.

Se quitó Vasco el cinturón y la vaina a regañadientes y se lo dio al hombre que llevaba la voz cantante. Aun le quedaba la cuchilla de matarife escondida dentro de la bota. No era un gran

consuelo, pero era algo.

—¿Y bien? —inquirió Vasco.

—Aun espero los veinte vellones que me habéis prometido —respondió presto Dika, su colmillo de oro reluciendo—. Que os estén esperando y que seamos gente de bien... no quita que tengamos que comer todos los días. Un trato es un trato.

—Sois buen negociante, de eso no me cabe la menor duda —Vasco le arrojó una bolsita que Dika cogió al vuelo en un alarde de reflejos.

—Venid por aquí, a estas horas... vuestro amigo estará jugando a los dados —se guardó los dineros en un pliegue en el interior de la túnica.

Al fondo del campamento, bajo la sombra y el frescor que daba una encina milenaria, cuyo tronco podrían rodearlo no menos de ocho hombres, atisbó Vasco el perfil del condenado Bargas. Su silueta desgarbada y su risa le eran inconfundibles.

Sobre sus rodillas se regocijaba una moza de aspecto lozano que reía a carcajada limpia. Dos hombres se sentaban a sus flancos sobre sendos tocones a modo de taburetes. Una mujer morena, de pelo ondulado, con un mechón blanco colgando de su flequillo, agitaba un cubilete de madera. La egipciana alzó la vista, dejó de agitar el vaso y todos se volvieron hacia Vasco y Dika.

Bargas le dio un cachete a la chica mientras le susurraba al oído alguna obscenidad. Esta se sonrió pícara, dio un brinco y se alejó en dirección a la tienda más cercana. Por lo demás, el Seco Bargas mantuvo la pose serena mientras se acercaban, sin borrar esa media sonrisa que Vasco tan bien conocía de su afilado rostro.

—Este amigo pregunta por vos —anunció Dika.

—Más tarde continuaremos la partida, bien os merecéis la revancha... —comentó Bargas al resto de jugadores agitando los dados sobre la palma de su mano. Los hombres y la mujer del mechón se levantaron circunspectos, esta última echó una mirada valorativa a Vasco y observó a Dika de soslayo—. ¡Leonés! —exclamó Bargas achispado—. Me preguntaba cuando apareceríais... —dio un sorbo a su vaso y vertió parte del contenido del búcaro en otro—. Este es

el hombre que estaba esperando, Dika. Tenemos asuntos de los que tratar.

—Por supuesto, por supuesto —replicó el egipciano—. Os dejaremos intimidad para vuestros negocios.

Dika y la mujer se retiraron entre cuchicheos a una distancia prudencial.

—Me ha costado encontraros —Vasco le dedicó una mirada glacial, de esas que acongojaban, pero no pareció tener efecto sobre el condenado Bargas—. Os debo dinero, Seco.

—Eso es cierto, eso es cierto. Perdonad, debí buscaros yo primero, pero he estado entretenido —abrió los brazos. En la camisa gris asomaban dos lamparones amarillos a la altura de los sobacos.

Advirtió Vasco que su tizona descansaba en el suelo, al lado de uno de los tocones.

—No sabía de estas amistades vuestras.

Bargas se estiró para acercarle el vaso.

—Uno tiene que tener amigos hasta en el infierno…

—Eso es cierto, buenos amigos —matizó.

—Por favor, sentaos... No os quedéis de pie, como si os fuera a morder, con esa cara de mohíno... Probad este brebaje, leonés. Lo fabrican fermentando la cebada y, por lo visto es muy popular en Europa. Está agrio al principio, pero uno termina acostumbrándose al sabor.

Vasco saboreó la bebida sin prestarle demasiada atención. Ahí tenía al malnacido, delante de él y como si nada hubiera pasado.

—No está mal.

Se tocó la caña de la bota a la par que tomaba asiento, un reflejo de lo que barruntaba en su interior.

—Vasco, sois tan previsible... —apuntó Bargas despreocupado. Saludó con la mano a Dika y a la mujer que los observaban en la distancia y estos le devolvieron el gesto—. Dejad ese cuchillo en su sitio, no os daría tiempo ni a sacarlo de la bota.

—¡Maldito traidor! —barbotó Vasco—. Merecéis que os degüelle aquí mismo.

Carcajeó divertido Bargas.

—No seáis necio. En un duelo a espada, puede... —concedió haciendo un gesto con la mano como si espantase moscas. Cogió ufano un cuchillo herrumbroso que había junto a una hogaza de pan. Tenía el filo romo, pero terminaba en punta, y era de hierro. Suficiente para Bargas—. Pero en lo que cuchillos se refiere, no sois rival para mí —apoyó la punta en la madera y le dio unas vueltecitas, haciéndolo girar, empujando el mango de madera con su dedo índice. En un rápido movimiento, apenas dos parpadeos, asió el puñal por el filo, se balanceó ligeramente hacia atrás y lanzó el chuzo con violencia.

Zaaaaaaasssss.

Vasco se quedó petrificado viendo como la punta del cuchillo se desviaba apenas una uña raspándole el lóbulo de la oreja. El metal se clavó en el tronco de la encina con un sonido sibilante.

—Seguís teniendo buen pulso —se llevó la mano al rasguño, una gota de sangre manó de la herida. Clavó sus ojos en los de Bargas—. ¿Por qué? —era la pregunta que llevaba barruntando todo el día—. ¿Por qué me habéis vendido?

—Porqué... —sonrió esquinado—. Vendido… Traidor a quién, Vasco... —trinchó un trozo de tocino con otro cuchillo y le dio un mordisquito—. Quizás vos seáis el traidor... ¿No os lo habéis preguntado?

Desde luego que el encuentro en nada se parecía a como lo había imaginado. A esas alturas Bargas debía estar bien muerto con un pincho clavado en el vientre.

—¿Qué queréis decir? —entornó los ojos, con una tela se limpió el arañazo.

—No puedo ser más traidor que vos, Vasco —apuntilló deglutiendo el sebo—. Servís a vuestro patrón... y yo al mío. Todo depende del prisma con el que se mire...

—Traidor a mí...

Arqueó Bargas las cejas y dio otro sorbo al brebaje.

—No me han dejado otra opción.

—Siempre la hay.

—A veces no, y bien lo sabéis. A ver... contadme... —su tono era condescendiente—. ¿Qué

habéis averiguado?

Vasco tragó saliva. No le gustaba la deriva que tomaba la conversación. Y, sobre todo, no se esperaba esa respuesta. Se metían en un terreno pantanoso, plagado de peligros que podían engullirlos sin dejar rastro. Qué diablos, pondría todas las cartas sobre la mesa, quería llegar al fondo del meollo.

—Que estáis conchabado con el perro de Torquemada —dijo al fin—. Que fuisteis vos quien me traicionó en Lisboa... Que matasteis al Tres Dedos a sangre fría y que alguien cercano a la Reina avisó a los moros hace dos noches.

Bargas dio un respingo, y lo observó con renovado interés. Se acodó en la mesa y juntó las manos.

—Id con cuidado, Vasco. Mucho sabéis ya... Más de lo que esperaba.

—Con cuidado voy.

—En Lisboa os salvé la vida —estiró sus brazos—. Podía haberos dejado a vuestra suerte en aquella plazoleta. Y, ahora mismo os estaríais pudriendo en una mazmorra o criando malvas bajo tierra.

—Eso os lo concedo. Y, es la razón por la que aun seguís con vida.

Se sonrió Bargas.

—No sabía que fueseis vos el de la emboscada de los Cuatro Vientos —sus finos labios se cerraron—. Esperaba que no estuvieseis implicado. Pero, de alguna forma... también entraba dentro de lo plausible.

Bargas observó a un grupo de muchachos que volvían con unos conejos colgando a la espalda y unas trampas en la mano, se dirigían hacia Dika y la egipciana que no les quitaba ojo.

—¿Por qué? —insistió ofuscado. Asimilaba la información a cuenta gotas.

—No os enroquéis, Vasco. A veces sois tan obtuso... Entiendo vuestro enfado. En esta ocasión, os han cogido desprevenido y no estáis acostumbrado a que yo sea el que lleve la voz cantante... Como os he dicho no me han dejado más opciones que lo que veis, Vasco —alzó las manos—. Me tienen bien cogido por los cojones. Torquemada se acercó a mi cuando lo de

Sevilla. Sabía de sobra de vuestra lealtad con don Gonzalo y optó por mí... el eslabón más débil de la cadena siempre es el que se puede corromper más fácilmente. Amenazó a mi familia... corren malos tiempos para aquellos que no somos cristianos viejos, Vasco... —recogió los dados y los agitó entre sus manos—. Y, la Inquisición ha ganado poder tanto en Castilla como en Aragón. Ya habéis visto como están las cosas en las calles de Córdoba y Sevilla, revueltas, es decir poco. Un pequeño rumor de un vecino envidioso se puede convertir en una sentencia de muerte para un humilde siervo, su esposa e hijos. Y, si la Inquisición pone el ojo ya te puedes dar por fodido... —carraspeó masticando otro trozo de tocino—. El caso fue que después de lo de Sevilla, Torquemada me hizo una propuesta irrechazable, oro, un bautizo cristiano y perdón para mis pecados y los de mis padres, y los de mis abuelos, ya puestos… —rio con sarcasmo—. Me propuso trabajar para él, y para el Rey... Sí, habéis escuchado bien. Vos servís en última instancia los deseos de la Reina y yo los de su esposo… Así que, os pregunto de nuevo, Vasco, ¿quién es el traidor? —ante el silencio de Vasco continuó hablando—. Su alteza Fernando, por supuesto estaba al tanto de la red de espías que la reina Isabel pergeñaba con su querido capitán por el bien de Castilla... Y, también era consciente de que no le contaban todo lo que sabían, que había cosas que se guardaban para ellos dos, y para Castilla. A la Inquisición la tiene Fernando comiendo de su mano; pidió ayuda donde sabía que no le iban a rechazar y, como bien conocedor de la naturaleza humana, también sabía que Torquemada no pondría impedimentos si eso le ayudaba a medrar.

Asintió Vasco dando un sorbo a su bebida.

—Debíais haberme advertido. El Capitán podría haberos protegido.

Carcajeó Bargas y arrojó los dados sobre la mesa. Dos puntitos solitarios. Ojos de serpiente. Una mala mano.

—Voto a Dios, Vasco, podéis ser más obstinado que una mula si os lo proponéis… en los días que corren, es de locura contravenir los deseos de los inquisidores reales —espantó las moscas que revoloteaban sobre la carne—. Y, decir que al Capitán le importamos dos cominos, es decir mucho a mi corto entender. Quizás a vos... si le conviene y le place... Pero, a mí —negó con la

cabeza antes de suspirar.

—¿Y el Tres Dedos?

Se encogió de hombros Bargas, se arremangó la camisa y se acodó incómodo sobre la mesa.

—Tuve que matar al gallego. Amenazaba con contarlo todo si no le pagaban más oro. Ay, la codicia y el oro... —suspiró teatralmente—. Pobre diablo el Tres Dedos, no tuvo entendimiento para saber a quién estaba conminando. Después, decidí esconderme por aquí durante un tiempo, hasta que las aguas se calmasen. Pero, hace dos días me llegó otro encargo del inquisidor. Debía transmitir cierta información… a un emisario de los zegríes. Me dijeron que era de vital importancia para el devenir del reino.

—Un tornadizo rubicundo al que le falta la oreja derecha —apuntó Vasco.

—En efecto, ya veo que os habéis encontrado con él —sonrió esquivo—. Parecía un hombre peligroso.

—Y un asesino.

—Como vos y como yo. Solo que cada cual sirve a su señor.

—No como nosotros... —escupió—. Una alimaña a la que le gusta la sangre y degollar inocentes.

Bargas alzó las cejas como diciendo es lo que hay.

—¿Lo dejasteis con vida?

—Es escurridizo como una anguila.

—Los zegríes también tienen sus espías. Y, los tornados que han abrazado la fe del Islam... pasan perfectamente desapercibidos en las ciudades cristianas. Me planté en la posada de la Catalana, y le transmití el mensaje. Que el emisario de la Alhambra esperaría en los Cuatro Vientos a una escolta para llevarlo al Alcázar. Los tejemanejes que hay dentro del Alcázar, los desconozco, Vasco, pero hasta donde puedo colegir, el Rey y la Reina tienen diferentes opiniones de como se ha de gobernar el futuro reino que llaman de las Españas.

Vasco emitió un gruñidito.

—¿Por qué me contáis todo esto?

—Muchas preguntas salen de vuestra boca, mi querido Vasco —dio una trago largo a su jarrita de barro y se limpió los labios con el dorso de su mano. No había ni un ápice de tensión en su voz, todo lo contrario que en la del leonés—. Os ofrezco un trato...

Ahora fue Vasco el que se envaró y rio entre dientes.

—Un trato, de vos... Es lo último que esperaba oír, y creedme, lo último que pienso hacer. En cuando salga de aquí hablaré con el Capitán.

Bargas alzó la mano, una mueca de disgusto dibujada en su semblante.

—Ay, vuestro Capitán… No os adelantéis a los acontecimientos. Tal y como yo lo veo... hasta que sus altezas reales arreglen sus desavenencias... —tenía los botones de la camisa desabrochados, aplastó un mosquito sobre su clavícula—… A nosotros nos tienen como esbirros y recaderos de terceros. Y, si no al tiempo, a ver cuál es la siguiente encerrona en la que nos meten. Nos hacemos viejos, Vasco... Y, en una de estas encomiendas nos ensartan a las primeras de cambio... No me digáis que no estáis cansado de vivir a salto de mata y de servir a don Gonzalo como si fueseis un perro de presa en busca de carnaza. Vamos, Vasco, los dos nos hemos rebozado en la mierda una y otra vez para que estos hideputas nos den las sobras del festín...

El caso era que no le faltaba razón al condenado Bargas. Vasco empezaba a verlo con otros ojos.

—Estáis divagando.

—¿Y qué?

—Dejaros de tanta palabrería, siempre que divagáis es por algo que no querré hacer… qué proponéis exactamente... —dijo con un hilo de voz.

—Que unamos esfuerzos y busquemos nuestro propio beneficio. Compartamos información y saquemos cuanto oro nos sea posible para, algún día, poder retirarnos sin temor a vivir en la pobreza y a que un cuchillo nos cercene la garganta en mitad de la noche.

Se rascó Vasco la barba incipiente que brotaba de su mentón. Era un juego peligroso el que le proponía Bargas, pero no era descabellado del todo. Si seguían así, desde luego que la cosa no

podía terminar en buen puerto; y el Capitán y Torquemada, si te he visto no me acuerdo, en eso también le daba la razón. Al final cada perro se lamía su propio zipote, es algo que había aprendido a hierro desde niño.

Bargas le proponía coger el toro por los cuernos.

—¿Cómo sé que no me venderéis por un puñado de monedas?

De nuevo se encogió de hombros el converso.

—¿Cómo sé que vos no correréis a contárselo a vuestro querido Capitán? —chasqueó la lengua—. Habrá que confiar el uno en el otro. No nos queda otra, Vasco.

—Tendré que meditarlo —dijo después de unos instantes de silencio.

Los labios de Bargas se curvaron hacia arriba.

—Viniendo de vos, eso es un sí.

—Fodido moro... No me conocéis tan bien como pensáis.

—Como si os hubiera parido —alzó el vaso hacia Vasco y bebió de él—. A vuestra salud.

Casi sin querer Vasco hizo lo propio y se le escapó una mueca parecida a una sonrisa.

XVIII. Consejo Real

Alcázar de Córdoba. Mediados de junio de 1483

La luz del mediodía inundaba el salón de recibo que albergaba el consejo en la Torre del Homenaje. El canto alegre de los pajarillos resonaba proveniente de las ramas de los naranjos y las higueras. El tapiz con el escudo real oscilaba ligeramente. Dos grandes ventanales en forma de arco de herradura se abrían hacia la huerta ventilando la habitación con una suave brisa que traía el olor a flores de azahar a las narinas de la Reina. Con un pañuelo de lino blanco se limpió el moquillo que le caía por la nariz. Desde que estaba en las Andalucías siempre que llegaban los trinos de la primavera le ocurría lo mismo, estornudaba y le lloraban los ojos hasta bien entrado el estío. El físico le decía que no tenía de qué preocuparse, que era síntoma común en algunas personas. Una dolencia relacionada con el polen que despedían ciertas plantas. Condenado calor hacía en las tierras del Sur. Ella era castellana, acostumbrada al frío y a los rigores del invierno, a la vida austera y a las gentes forjadas con el carácter recio de los aires de la meseta. Nada que ver con las Andalucías, con el vergel del Guadalquivir y la alegría de espíritu de sus vasallos. Pero, allí estaba Granada, a tiro de piedra, su principal baza para consolidar el reino y el poder de la Corona. Y, no iba a detenerse hasta que no se rindiera a sus pies.

Los guardias recogieron sus alabardas en cruz y las puertas se abrieron. Torquemada entró en la sala enfundado en su hábito de dominico, las manos escondidas dentro de las holgadas mangas. Apenas una leve reverencia mostrando la tonsura. Orgulloso y altivo. Quien lo hubiera dicho cuando lo conoció, con su sonrisa afable y su aspecto simplón. Un lobo con piel de cordero. Se había equivocado de todas todas con él.

Estornudó de nuevo y se limpió el moquillo con gracia. Recordó que al inquisidor no le agradaba que tuviese un galeno judío a su servicio. Se lo había insinuado, se había atrevido, poco después de que Roma concediese la bula de cruzada a su causa, fue entonces cuando se vio respaldado plenamente por el Papa y por el Rey. Tenía ínfulas de grandeza el clérigo y un odio visceral hacia todo aquello que oliese a judío y moro. Y, eso que había quien afirmaba que descendía de un linaje de conversos. El muy hideputa quería ponerle sanguijuelas en el pecho para aplacar su asma, con eso y con una penitencia de diez aves marías lo arreglaba todo, y con una buena hoguera y una buena soga, no te olvides, se recordó con resquemor. Sanguijuelas para que le chupasen la sangre. Y un cuerno, ya tenía bastantes sanguijuelas a su alrededor que le chupaban la vida a cuenta gotas.

Debía haberle parado los pies mucho antes, pero ya no había vuelta atrás. La Santa Inquisición había llegado a Castilla para quedarse. Un regusto amargo le subió por el esófago, era consciente de que no pocos inocentes eran torturados y quemados en la hoguera a manos de los inquisidores reales. Y, mucha de la culpa recaía sobre ella; había cedido cuando los altercados de Burgos encendieron la mecha, y después en Segovia, y más tarde en Sevilla; debía haberse mantenido firme en sus convicciones, los hebreos también eran sus siervos, y muy valiosos. Agua pasada no mueve molino, no te atormentes más. Pero, cedió. Se doblegó ante las presiones de parte de la nobleza y el clero, y del propio Rey, por el bien de la Corona y el bien de Castilla. Siempre el bien de Castilla se anteponía al suyo.

La mayoría del pueblo apoyaba a la Inquisición le decían sus consejeros. Era mucha la envidia y el odio latente hacia sus vecinos judíos, azuzado durante décadas de hambrunas y guerras, viendo como amasaban fortuna a base de sabiduría y tesón. Estaban todos cegados y amparados por la fe en Cristo, y, los que no lo estaban, callaban. Como ella, que Dios la perdonase. Los judíos habían traído su ciencia, su medicina, su cultura, sus avances y, sobre todo, su riqueza —no pocas guerras de reyes cristianos habían financiado los hijos de Abraham, sin ir más lejos, la suya propia—. Gracias a ellos el reino había avanzado y se había modernizado. Empero, nada de eso importaba ahora. Un reino cristiano y puro, era lo que todos

querían, la Corona, Roma, la nobleza... era eso lo que convenía. Mucho perdería Castilla con la Inquisición, a largo plazo, pero, ese tiempo ya vendría y serían otros los que se preocuparían del asunto.

El parecer de Fernando difería al suyo, últimamente siempre era así. Argüía que, además de los gentiles, también la nobleza apoyaba la causa inquisidora y que no pocos de los bienes confiscados iban a parar a las maltrechas arcas reales. Había que sacar hasta el último maravedí, de debajo de las piedras si hacía falta, para financiar la guerra santa. También era lo que la mayoría de la Iglesia deseaba, unos reyes gobernando un estado católico y apostólico, en el que su papel fuera preponderante, decisorio y absolutorio —e iban camino de conseguirlo—. La bula y los dineros que aportaban a la cruzada eran razones poderosas que persuadían al Rey, al clero y a la nobleza de la causa inquisidora impulsada por Roma.

De todo eso, se beneficiaba Tomás de Torquemada.

Pan para hoy hambre para mañana, pensó con desazón, observando como el dominico se arrellanaba en la silla de madera y respaldo de cuero. Tenía la cara enrojecida por el sol y por el vino, y emitía continuamente unos desagradables eructitos. Decía el físico que sufría de algún mal de estómago. El diablo se lo lleve y arda en el infierno.

Los problemas acuciaban en la corte y los unos solapaban rápidamente a los otros. Ahora, lo primordial para mantener la estabilidad del reino era conquistar Granada. La guerra les consumía la mayor parte de sus recursos y sus desvelos.

No todo eran malas noticias. La captura de Boabdil había caído como agua de mayo. El joven sultán tenía unos ojos soñadores, más parecía un poeta que un rey o un guerrero. Lo habían mandado a Porcuna, le habían quitado sus ropajes y sus ínfulas, y lo habían encerrado en una celda para que se le bajasen los humos. El mamerto pretendía hospedarse en el mismísimo Alcázar, bajo su techo, como un invitado de palacio; soy un rey, como vos, les dijo en un arranque de orgullo, es lo menos que merezco. Pobre infeliz. Si jugaban bien sus bazas y aprovechaban el regalo caído del cielo en los campos de Lucena, la guerra, que el condenado Torquemada y el cardenal Mendoza habían hecho santa, podía dar un vuelco decisivo.

A su lado, el Rey le cogió la mano, como solía hacer en público para demostrar su afecto y que la unión de las dos coronas era más fuerte que nunca. Eso siempre gustaba a los nobles y enfervorizaba a la plebe. Respiró hondo y se armó de paciencia con una coraza invisible e impenetrable. Su piel era áspera y las yemas de sus dedos callosas, las manos de un guerrero. Antaño lo fue. En otro tiempo se había sentido embriagada de amor y de deseo con el simple roce de su piel, pero ahora aborrecía cualquier contacto físico que tuvieran, solo lo soportaba por el peso que recaía sobre su cabeza. La corona de Castilla bien lo merecía. Se la palpó con disimulo, para constatar que todavía seguía donde debía. Una comedieta, el mundo era así, puro teatro.

Había pasado una mala noche. El deseo carnal la atormentaba desde que Gonzalo no acudía a su alcoba a consolarla. Se ruborizó solo de pensarlo. La llegada de Fernando había interrumpido su idilio. Era demasiado peligroso estando en palacio, su esposo era el único que entraba en su cámara a deshoras. Se imaginó la cara que pondría si los viese retozar en la alcoba real, ella montada encima mordiéndose la lengua para que sus gritos y gemidos no se escuchasen por todo el Alcázar. Sin embargo, él era un hombre y le estaba permitido, incluso bien visto entre la nobleza y el pueblo, que tuviese sus amantes y que fornicase con quien le viniera en gana. Ni quería pensar en el reguero de bastardos que iba dejando su semilla. ¡Si incluso tenía un hijo nombrado arzobispo de Zaragoza! A su mente vinieron los recuerdos de la bella Aldonza, la manceba real, y de cuando conoció a sus bastardos en Aragón. Había tenido que tragar sapos y culebras por el simple hecho de haber nacido hembra. Si tuviera un rabo entre las piernas otro gallo cantaría. Incluso sus fieles consejeros, Chacón y Fray Hernando, lo disculpaban. No se lo toméis en cuenta mi señora, su corazón es vuestro, le decía el primero; es solo un hombre que cae en la tentación de la carne, perdonadlo, y además es rey, le razonaba el segundo.

Suspiró hondo y miró al techo abovedado siguiendo los nervios que descansaban en capiteles labrados con motivos vegetales. Y, además es rey... esas palabras resonaban en su mente. De nada le valía lamentarse y de sobra sabía que la vida no era justa.

Fernando se volvió y le sonrió con la mirada, le parta un rayo al verriondo malquisto, pensó,

la ira crepitando en su interior; empero, ella le correspondió el gesto en un alarde de hipocresía perfectamente sincronizado y ensayado ante el espejo. Vestía últimamente su esposo con ropas demasiado ceñidas para su porte, el torso cubierto por un justillo que intentaba marcar sin éxito estrechez en cintura y caderas —y, más que otra cosa, acentuaba su prominente barriga—; los muslos y piernas cubiertos solamente por las ajustadas calzas de seda. Intentaba el sastre real imitar la moda francesa, enfatizando con el relleno de guata las prendas superiores, agrandando los hombros y abultando el pecho para crear la ilusión de una figura esbelta. Pero, su silueta ya no era la de un muchacho ni tan gallarda como solía, y esas prendas rayaban lo ridículo. Pero, era el Rey y nadie se atrevía a decírselo, si sus amigos no lo hacían, no iba a ser ella la primera. Esbozó un atisbo de sonrisa maliciosa.

Sin soltarle la mano se agachó Fernando para acariciar al mastín que ronroneaba a sus pies y la ojeó de soslayo.

Esos ojos almendrados que en otro tiempo hubieran derretido su corazón y avivado su fuego con solo mirarla, ahora le causaban indiferencia. Si no tuviera esas telas cubriendo sus carnes y esa corona sobre su testa, bien podría haber pasado por un carnicero, un arriero o un vulgar jornalero. No obstante, a su pesar, tenía que reconocer que era buen gobernante para los suyos, los aragoneses, y hombre astuto donde los hubiera. Siempre sabía dar la vuelta a las situaciones más adversas en beneficio propio. Había hecho muchas concesiones para el reino de Castilla, lo que le había granjeado cierto distanciamiento con los señores de Aragón y Cataluña, que veían en esta cruzada una merma de sus rentas en pos de unos intereses que no alcanzaban a vislumbrar desde sus frías atalayas del norte. Fernando sabía que el futuro de Aragón pasaba por una alianza duradera con Castilla, la amenaza de los francos siempre estaba presente, y que mejor que una corona y cuatro hijos para afianzarla. Estabilidad y un futuro común era lo que podía sacar adelante el reino de las Españas, eso lo tenía meridianamente claro. Y, si para ello tenía que hacer concesiones como mujer que así fuera. No había salido de debajo de las faldas de su madre en Arévalo, guerreado contra su hermano y media Castilla, y batallado contra los portugueses para ser la vulgar esposa consorte de un rey verriondo donde los hubiera. Ella había

nacido para gobernar, su destino era cambiar el mundo. Y, Granada se lo impedía; era el reino nazarí como un forúnculo en el culo que había que extirpar más pronto que tarde.

Torquemada hizo una reverencia, muy leve —el malnacido cada día se inclinaba menos—, cuando Pedro de Mendoza, recién nombrado arzobispo de Toledo tras la muerte de Carrillo —le pesaba esa muerte más que ninguna otra en su conciencia—, ocupó su asiento frente a él. La edad había reducido a Mendoza a poco más que un trozo de piel estirada sobre los huesos, y se movía con lentitud a causa de un reumatismo avanzado.

El Rey intercambió una mirada cómplice con el inquisidor. Por el rabillo del ojo se percató de ello cuando Fernando le soltó la mano. Ambos se sonrieron. Conocía muy bien esa expresión en su semblante. Algo tramaban estos dos.

—¿Qué os ocurre, mi señora? —preguntó el Rey, sus labios carnosos rozando su oreja, mientras Chacón platicaba con Pedro de Mendoza y el marqués de Cádiz sobre el estado de las cuentas reales y lo que la Iglesia debería aportar. Argüía el de los Mendoza entre bostezos que había que subir las alcabalas y restringir los privilegios de la Mesta, ante la mirada incrédula del marqués. Torquemada asentía risueño y Pedro de Peralta observaba la escena abstraído, era el navarro hombre de armas más que de finanzas. Había regresado con nuevas de Aragón casi al mismo tiempo que el rey de la frontera—. No tenéis buen aspecto... Vuestras mejillas están pálidas y vuestros ojos tristes.

Debía estar ya más que acostumbrada a esos consejos que presidía junto a su esposo, donde los principios quedaban aplastados bajo los beneficios, se hacía de la corrupción un arte y la justicia se reducía a un engrudo de pan aguado. Sabía que muchas cosas estaban mal, pero se había dado por vencida diciéndose a sí misma que las cosas eran como eran. Como debían ser para que el reino prosperase. No eran pocas las veces que tenía que tirar sus remordimientos a un pozo muy hondo seguida de su misericordia.

—No es nada… no os preocupéis… Solo estoy algo cansada —respondió la Reina en un susurro. La sangre comenzaba a hervirle por dentro al estar tan cerca de su hediondo aliento a vino—. Nuestra hija ha dado mala noche.

Y era verdad que la pobre niña no había parado de berrear con catarro y leves fiebres, no había ni Dios que dormiese cuando le daba por llorar como una descosida.

—Es mi deber velar por la salud y el bienestar de la Reina… Os empeñáis en dormir con los infantes, cuando deberíais hacerlo con vuestro esposo y vuestro rey —la acarició el dorso de la mano con el índice. Isabel estuvo tentada de retirarla y darle una bofetada, pero se contuvo.

—Seguro que encontráis quien os caliente el lecho, mi señor —acentuó cada sílaba—. No faltarán candidatas, se dice que gustáis de doncellas cada vez más jóvenes...

—Por Dios, Isabel, no me castiguéis más... he tenido suficiente penitencia —dijo empleando un tono de reproche falsete—. Ya os he pedido perdón una y mil veces. Os extraño, anhelo el sabor de vuestros labios y el roce de vuestras caricias.

—¿Qué os traéis entre manos con Torquemada? —cambió de tema con una mirada gélida como un témpano de hielo, mientras él le hacía circulitos con el índice. Pronto cejó en su empeño.

Embustero hideputa. Sonrió a Mendoza cuando hizo alusión a los intereses de la Corona ante un comentario malsonante del marqués.

—¿A qué os referís, mi señora? —respondió mesándose su tupida barba ya entrecana. Su rostro había envejecido, pensó la Reina, a causa del vino y la buena comida, sobre todo. Los carrillos se le habían inflado, y una papada colgaba del cuello. Pero, desde luego que sus ojos destilaban la misma astucia de siempre, sobre todo para cuanto se refería a los asuntos de Estado.

—He visto como os miraba —parpadeó—. Soy vuestra esposa, os conozco bien, Fernando...

—Os lo contaré si vos me ponéis al tanto de lo que hacéis con Gonzalo, y no me refiero a Chacón… —compuso un mohín de desprecio—… si no a vuestro capitán, le estáis dando alas a un simple soldado. Llegará un momento que habrá que cortárselas.

Por un momento Isabel perdió el ritmo acompasado de su respiración. El Rey no podía sospechar nada, absolutamente nada, se dijo, eso podía ser fatal para ella, para Castilla, para sus hijos y para el propio Gonzalo. En ese preciso instante, de forma espontánea, pasaron por su mente varios escenarios de lo que podía ocurrir si su aventura se aireaba, y ninguno le agradaba.

Sois la reina de Castilla, la fodida reina católica, virtuosa, beata y enamorada de vuestro marido, en qué estáis pensando… solo para buscar alivio a esa quemazón carnal que aflora por las noches.

Pero, por la cara que ponía, su esposo no sospechaba nada. Disipó sus miedos y descartó cada una de las imágenes. Sabía Fernando que ella tenía depositada su confianza plena en el de Córdoba, pero a buen seguro que si se imaginase algo más no estaría sonriéndole de esa manera. Aún creía en su virtud y en su devoción a Dios y a las escrituras. Cuanto había cambiado o que poco la conocía, para el caso daba igual.

—Siempre nos ha sido leal —replicó ella calmando los latidos de su corazón.

—Sobre todo a vos.

—Y a vos, ha luchado a vuestro lado en cuantas batallas lo habéis requerido. Y, no habré de recordaros que os salvó la vida cuando decidisteis atacar Loja en contra de su criterio, todo sea dicho.

Fernando agachó la cabeza. El asedio de Loja fue un auténtico desastre, tenía que reconocerlo. Su esposa conseguía siempre argumentos para hacerlo callar. Era una de sus tantas virtudes que lo sacaban de quicio.

En ese momento las alabardas de los guardias se alzaron y se echaron a un lado. El susodicho Gonzalo Fernández de Córdoba pisó las alfombras de piel de lobo que decoraban el firme de la sala del consejo. Isabel suspiró como mujer que era. Tenía el porte gallardo y altivo de un guerrero. Sus ropas en tonos veis, de calidad, con puños y cuello de encaje fino, al estilo veneciano, y bajo la capa que tenía sobre los hombros brillaban una cadena de oro y el pomo dorado de una espada. Completaba su atuendo unos borceguíes de terciopelo por los que asomaba la punta de sus zapatos de cuero. Desde luego que había seguido sus consejos y cuidaba su imagen. De cómo te vean los demás dependerá vuestro éxito en la corte, Gonzalo, le susurró la última noche que se ayuntaron mientras él le acariciaba el pubis con delicadeza. Una llama se avivó en sus entrañas al recordar como sus dedos la hacían vibrar como a una lira. Se estremeció de solo pensarlo.

La Reina se envaró como una estaca. Un gesto que pasó desapercibido para todos los presentes, excepto para Gonzalo Chacón que no prestó atención a la entrada del Capitán y sí a las miradas y ademanes de lsabel. Más sabe el diablo por viejo que por diablo. La conocía desde niña y de sobra advertía que no era mujer de sonrojarse con facilidad, y sus mejillas denotaban cierto azoramiento. No obstante, Isabel, antes que mujer era reina, la más importante de la cristiandad, y se había educado desde pequeña para tales menesteres. En cinco latidos recuperó la compostura. Afortunadamente, el rey no se había percatado de nada.

—Mi rey. Mi reina —el Capitán, con el rostro más serio que de costumbre, hizo una reverencia y tomó asiento al lado de Peralta.

La estampa regia de Isabel y Fernando imponía respeto y solemnidad. Sentados en sus respectivos tronos y ataviados con finos ropajes bajo el tapiz del escudo de armas establecido en la Concordia de Segovia con los símbolos de Aragón, Castilla y las Dos Sicilias.

—Habéis tardado —apuntó el recién nombrado prelado de Toledo. Mendoza se llevó la mano a los labios para tapar un bostezo, últimamente siempre tenía un aire soñoliento, y el tono blanquecino de su piel y las bolsas bajo los párpados le daban un aspecto decrépito.

—No es de buen gusto hacer esperar a sus majestades, don Gonzalo, ni a hombres de calidad —apuntó Torquemada clavando sus ojos en los del capitán. Había un puntito de sorna en el clérigo—. Espero que hayáis estado haciendo algo de provecho.

—Disculpadme vuesas mercedes.

—Disculpado estáis, capitán —terció Peralta. Entre ellos había cierta camaradería—. No es un hecho habitual, soléis ser puntual como un reloj de sol.

—En efecto, algo de provecho he estado haciendo —respondió con aplomo.

—¿Se puede saber qué? —inquirió el propio Fernando en tono mordaz, demasiado, cruzó una pierna sobre la otra. Sus dedos hacían girar el rubí engarzado sobre el anillo dorado que le regaló su padre al ser nombrado rey de Sicilia. Aquí está pasando algo, caviló Isabel. No era habitual que el Rey acorralara a uno de los miembros del consejo a las primeras de cambio y de forma tan

abierta. El Capitán ojeó a la Reina. Esta vez el gesto no pasó desapercibido y Fernando se volvió hacia ella—. Como dice el proverbio, y es palabra bien cierta... que mal resulta siempre toda cosa encubierta... ¿Hay algo que debamos saber, mi señora?

De nuevo la buscó don Gonzalo con la mirada. Ella frunció el ceño. Se había presentado el Capitán el día anterior en su cámara, pidiendo audiencia por los cauces habituales, y había traído malas noticias. El emisario de Aixa, la madre del Sultán, no había conseguido llegar a Córdoba. Alguien había movido sus peones al mismo tiempo que ella y se había llevado por delante al alfil enviado desde la Alhambra. Un desafortunado contratiempo. Los hombres del capitán habían salido ilesos gracias a su pericia y a que la fortuna estuvo de su parte. Envió a Don Gonzalo a que fuese personalmente a la Posada de los Cuatro Vientos y fuese sus ojos en la carnicería que él mismo le había relatado.

Se acarició las piedras incrustadas en el collar de oro con esmaltado de rosas. Finalmente, asintió circunspecta dando consentimiento para que el Capitán hablase.

Pero, para su sorpresa, fue el rey quien tomó la palabra:

—Don Gonzalo fue enviado a la Alhambra al poco de la captura de Boabdil —dejó de acariciar el carbúnculo.

Extraño, pensó, ninguno de los miembros del consejo pareció sorprendido, salvo el marqués de Cádiz, el de la casa de Arcos apenas pestañeaba y movía sus ojillos hacia uno y otro lado. En realidad, ella informó de la misión a su esposo al regreso de Gonzalo, quizás este lo había contado a sus hombres de confianza aún a sabiendas de traicionar su palabra. El Rey, por supuesto, entró en cólera cuando se enteró que había actuado a sus espaldas, pero era un riesgo que merecía la pena correr. Debía conocer la predisposición de Granada a negociar las condiciones de un hipotético rescate de su sultán. Y, Fernando regresaba de Aragón de apaciguar un alzamiento de los campesinos contra los nobles catalanes (que dicho sea de paso él mismo había instigado en una jugada maestra). El emisario era la respuesta de la madre de Boabdil.

Asió Fernando su espada italiana por la empuñadura dorada y apuntó al cordobés con desgana.

—Esperábamos la respuesta de Aixa y los Abencerrajes a nuestras peticiones. Pero, al parecer, la pasada noche, un emisario de la madre del sultán debía haber sido escoltado por los hombres del Capitán... —hizo una pausa sonriendo a la Reina—. Pero, no ha conseguido llegar a su destino... ha sufrido una emboscada y ha muerto.

Isabel tragó saliva y respiró hondo calmando la ira que brotaba en su interior.

—¡Vive Dios! —exclamó Mendoza.

—¡Qué tragedia! —secundó Tomás de Torquemada santiguándose de una forma exagerada.

—Habrán sido los propios infieles —terció Pedro Peralta, no era buen comediante el navarro —. Andan revueltos, líos de familia...

—¿Y vuestros hombres? —preguntó Chacón sus cejas unidas en un gesto de preocupación por la pantomima que ocurría delante de sus narices y las de la Reina.

El Capitán apretó la mandíbula y torció el gesto. A lo largo de su vida serían varias las ocasiones en las que Gonzalo Fernández de Córdoba pensó que quizás no había sido tan buena idea salvarle la vida al Rey en la batalla de Loja cuando un caballero sarraceno se disponía a ensartarlo por la punta de su lanza. Esa fue la primera vez que tal cavilación anidó en su mente.

—Con aliento, que no es poco —debían los miembros de la nobleza y el clero enfrentarse a penurias y encarar la muerte más a menudo, se dijo el de Córdoba al observar las caras de chanza; demasiado acostumbrados estaban estos hideputas a cascarla de perfil entre pífanos y tambores.

Isabel cerró su mano sobre los adornos de hojas que remataban su cetro. Fernando, como no. El muy bastardo. Nunca quiso saber nada de tratar con Aixa. Debía de haberlo sospechado. Había sido él quien los había traicionado. No había querido creer las palabras del capitán de que los habían vendido de nuevo, no con Granada de por medio.

Negó ahora con la cabeza para que Gonzalo callase y mantuviera su pose estoica. Chacón movía la cabeza apesadumbrado ante las sonrisillas del cardenal, el inquisidor y el caballero navarro. Las caras de los miembros del consejo eran el reflejo de lo que estaba ocurriendo delante de sus narices.

No abría la boca el marqués de Cádiz, que observaba al resto con suspicacia acariciándose la perilla, sus ojillos de ardilla no paraban de moverse como calibrando lo que estaba sucediendo. No parecía que estuviese al tanto de la conjura, caviló Isabel. No le gustaba del todo que lo hubieran convocado a este consejo, precisamente. Daba una de cal y otra de arena el noble andaluz, había aprendido bien la lección a base de los palos que ella misma le había infligido. Pero, aportaba hombres, armas y dineros a la guerra, se jugaba mucho en ella, y él mismo había insistido en acudir a Córdoba. El duque de Medina Sidonia también había sido llamado, pero se encontraba indispuesto, con unas diarreas que lo estaban dejando hecho una sílfide, según decían las malas lenguas. Quizás hubiera sido bueno que estuviese allí, siempre ponía un contrapunto a las opiniones de la casa de Arcos. Porque eran el duque de Medina-Sidonia y el marqués de Cádiz los dos más grandes caballeros y opulentos señores de toda Andalucía —y tanto, que en gran medida aun parecía sometida al prestigio de su nombre y a la influencia de sus armas y riquezas—.

El rey dejó su espada sobre el trono, se levantó y se situó entre Peralta y Torquemada. Apoyó sus manos sobre sendos hombros.

La función aún no ha terminado, caviló la reina mordiéndose la lengua, sus uñas clavándose en las palmas de sus manos. Le estaban dando una lección.

—No hay mal que por bien no venga —apuntó el soberano.

—En efecto, mi señor —repuso Tomás de Torquemada—. Tenemos constancia de que Muley Hacen y su hermano el Zagal avanzan con el grueso de sus tropas hacia Granada.

Malnacidos hideputas.

—Dentro de poco, Muley Hacen será de nuevo Sultán en la Alhambra —terció Pedro de Peralta.

—Entonces será con Muley Hacen con quien hemos de negociar la liberación de su hijo. Aixa estará... indispuesta en los calabozos de palacio, o algo peor... quizás ya no tenga la cabeza donde debiera… Eso le pasa por querer reinar cuando no debe...

Las risillas de Torquemada y Mendoza secundaron la ocurrencia del monarca.

Fernando siempre había sido partidario de pactar con Muley Hacen y su hermano el Zagal, cavilaba la reina apaciguando su ira a base de autocontrol. Debía haber sido más precavida en su conjura con Aixa. Pero, no se imaginaba una traición de este calibre. Su mente trabajaba a destajo uniendo cabos y retales de conversaciones inacabadas. Quería su esposo terminar esta guerra cuanto antes para volver a Aragón y atar a sus nobles en corto. Peralta era quien más lo azuzaba a ello. También sabía de sobra que aún no había desdeñado la idea de recuperar el Rosellín y la Cerdeña, y la guerra en Granada era un escollo en ese camino. Si Muley Hacen accedía al trono de nuevo, no tardaría en volver a batallar contra Castilla. Fernando estaba muy seguro de una victoria rápida. Pero, ella no lo veía así. Las tropas castellanas estaban agotadas y algunos nobles andaluces, como el de la casa de Arcos y el de Medina Sidonia, gustaban de hacer la guerra por su cuenta y conducirla al desastre más absoluto. Necesitaban aún más tiempo para organizar a su ejército y rearmarse. Y, dicho sea de paso, para poner en cintura a los dos señores andaluces, si conseguía lograrlo tendrían mucho terreno ganado.

Su plan era negociar la liberación de Boabdil con Aixa, y que las filas de los infieles siguiesen divididas. Eso les beneficiaría, aunque les llevaría algo más de tiempo, eso también era cierto; sería una guerra algo más larga y costosa en maravedíes, quizás no tanto en vidas humanas. Un sultán fuerte y belicoso como Muley Hacen, con un emir igual de fuerte y belicoso como su hermano, solo podría traerles inconvenientes; ellos eran los únicos que podrían convencer a los reinos del norte de África a que les enviasen tropas de refresco y suministros. Empero, su esposo no lo veía así.

—Permitidme que disienta de vuestros argumentos, mi señor —quien habló fue Rodrigo Ponce de León (por cierto, nada que ver con el Ponce de León qué había participado en la escaramuza con Vasco), el marqués de Cádiz. Todas las miradas se volvieron hacia él.

El mastín ladró como si intuyese que contravenía los deseos de su amo. La reina arqueó las cejas y el rey lo traspasó con la mirada. No le gustaba a Fernando que nadie lo rebatiera, ni en público ni en privado, tampoco en el consejo.

—Muy buenos argumentos deben ser —Torquemada se removió inquieto cambiando la

expresión de su semblante—. Para interrumpir a vuestro rey.

—Ya sabéis que al marqués le gusta llevar la contraria —apuntó Peralta con retintín. Se limpió unas gotas de sudor que le caían por la frente. Siempre estaba el navarro metiendo el dedo en la llaga y tirando de Fernando para Aragón.

—Y hacer la guerra por su cuenta... —terció Mendoza. Se había ganado el de Cádiz esa coletilla cuando por cuenta propia atacó Alhama y quedó sitiado en ella, hasta que el duque de Medina Sidonia acudió a rescatarlo por orden de los reyes. Fue una humillación para la casa de Arcos de la que tardaría en recuperarse.

El marqués de Cádiz se envaró en la silla sin hacer caso a las provocaciones. Llevaba una aljuba de color azul oscuro, con ribetes dorados en cuello, sisas y puños. Se quitó el bonete con parsimonia para dejar entrever una buena mata de pelo gris. Aun siendo un hombre recio, había perdido peso, las constantes cabalgadas y los rigores de la guerra hacían mella en cualquiera. Vestía siempre con ropas demasiado holgadas, ahora aún más.

—Dio la casualidad de que cuando recibí la noticia de la captura de Boabdil me hallase en Sevilla a cargo de unos asuntos relacionados con el alfoz de Jerez de la Frontera y disponiendo los bastimentos necesarios para el futuro Puerto Real, que sus altezas tendrán a bien bendecir con su presencia —asintieron ambos soberanos. Gustaba el marqués de adornar en exceso sus intervenciones. Como siempre, dando una de cal y otra de arena.

Pensó la reina que se le iba a quedar aun más cara de nabo que la que tenía cuando despacharan a la tarde la Carta de Puebla de Puerto Real en la que se le acordaba el estatus de Villa de Realengo siendo dependiente de la Corona y quedando libre de señorío nobiliario. Una hábil maniobra que trataba de reforzar su control sobre una costa, la del Golfo de Cádiz, que era tierra de frontera y que se encontraba mayoritariamente en manos de una u otra casa nobiliaria, caso de los Ponce de León, los de la Cerda o los Guzmán.

—Id al grano, Rodrigo, a Puerto Real tened por seguro que iremos, junto con el duque de Medina Sidonia —lo apremió el rey con una pulla y volviendo a tomar asiento en el trono. Acarició de nuevo al mastín que emitió un gruñidito se satisfacción.

El de la casa de Arcos se levantó, los dobladillos de sus ropas arrastrando por la alfombra. Si el rey le había tirado el guante el marqués lo recogió gustoso.

—Precisamente, me hizo llamar el duque y estábamos en su gabinete despachando para tratar el asunto de Puerto Real, cuando nos llegó la noticia que Boabdil el Chico había caído prisionero. Ha transcurrido más de un mes desde entonces y hemos tenido tiempo de reflexionar según transcurren los acontecimientos... —hizo una pausa. La cosa se ponía interesante, caviló la reina. Los dos nobles se habían puesto de acuerdo en algo. De sobra era conocida la rivalidad de las dos casas desde antiguo. La presencia de los reyes en Andalucía y la guerra con los nazaríes, finalmente, los había unido. La política y el oro hacen extraños compañeros de cama, había oído decir a Chacón desde niña, vive Dios que era una verdad como un templo—… de reflexionar sobre las ventajas e inconvenientes de emprender una u otra acción... Sin duda, Dios está de nuestro lado, y ha puesto en nuestras manos el destino de Boabdil para que lo empleemos para bien en la conquista del reino de Granada, y para el bien de la corona de Castilla y de Aragón...

—De desentrañar los designios divinos ya hay quien se encargue —lo interrumpió Torquemada echándole una mirada a Mendoza que cabeceó un par de veces antes de darse cuenta que, tácitamente, el inquisidor real le pedía su intervención.

—Para eso está la iglesia, mi querido marqués —carraspeó aturullado—. No os quepa duda de que Dios está de nuestra parte y de que quiere que Boabdil sea... sea... liberado a fin de servir a los intereses del altísimo y de la Corona...

El rey hizo un aspaviento con la mano. A cada día que pasaba el prelado parecía tener un discurso más vago y difuso.

—De la corona de Aragón... ya hay quien vela por ella —terció Peralta—. El rey el primero.

—Aragón siempre está en mis pensamientos —asintió Fernando—. Marqués, no os extralimitéis en vuestras funciones.

—Y no lo hago, mi señor.

—Ocupaos de recabar las sisas y las alcabalas en vuestras tierras, y dejad los asuntos de altura para el rey y la reina —lo reprendió Fernando—. Podéis tratar con Chacón el estado de vuestras

cuentas, que para eso os hemos hecho venir y no para otras cosas.

—Pero, mi señor...

El rey levantó una mano y el noble dio un paso atrás agachando la cabeza dispuesto a sentarse en la mesa del consejo.

—No hay peros que valga —replicó el rey.

—Ya lo habéis oído, alto y claro —apuntó Torquemada.

—Esperad, marqués —la reina golpeó el cetro en el zócalo y alzó la voz con ese tono afilado que no admitía réplica. Fernando se la quedó mirando intrigado de brazos cruzados—. Yo sí tengo interés en saber de vuestra posición y la del duque. Si al fin os habéis puesto de acuerdo en algo… es mi parecer que bien merece la pena escucharlo. Como reina de Castilla tenéis toda mi atención.

El marqués se infló como un pavo real y sonrió mirando de soslayo a los miembros del consejo.

—El caso es que el duque debía haber venido conmigo, pero padece unos terribles dolores de vientre que lo están dejando en los huesos. El físico le ha encomendado que para evitar las flatulencias y obrar como es debido necesita reposo, y comer bien a base de verde y pescados frescos...

Isabel alzó la mano. Ese hombre era insoportable, aprovechaba cualquier resquicio para soltar una perorata sin venir a cuento.

—Os agradecería que abreviarais, marqués. Nuestro tiempo es limitado y aún tenemos muchos otros asuntos que tratar.

—Desde luego, desde luego, alteza... —bajó el tono de voz—. Lo que proponemos es liberar a Boabdil, con unas condiciones de vasallaje y pago de rentas a la Corona... —aspiró hondo armándose de valor — Y, también ayudarlo a recuperar el trono de la Alhambra.

Rio el rey a carcajada limpia, secundado por sus adláteres. Sin embargo, Chacón y Gonzalo Fernández de Córdoba asentían con la cabeza.

—Pretendéis que lo liberemos... en eso estamos de acuerdo hasta cierto punto… —arguyó

Torquemada, manos cruzadas y mirada desdeñosa—. Pero, ayudar a recuperar el trono a un infiel... la bula de cruzada no está para restaurar a un moro en el trono de Granada.

—Está para que nuestros reyes conquisten la Alhambra y sometan a los nazaríes —lo secundó Mendoza tocándose las piedras incrustadas en su crucifijo dorado. Destacaba el brillo de la cruz sobre sus ropas carmesíes al reflejar los rayos de sol que penetraban por la ventana.

El noble andaluz se amilanaba ante los reyes, no en vano le habían perdonado mucho, desde su apoyo a la Beltraneja en los primeros compases de la guerra, hasta sus tejemanejes en Sevilla para soliviantar al populacho en contra de la Corona, pasando por sus incursiones en la frontera mora. Pero, no lo hacía ante el resto del consejo.

—Tened en cuenta, altezas… —les hablaba a los reyes, principalmente a Isabel—... que si Muley Hacen se hace fuerte en Granada y consigue el apoyo de tropas venidas del norte de África... para los musulmanes también esta es un guerra santa, la contienda se puede alargar y... quién sabe de qué lado se decantará la balanza. Dios está de nuestro lado, eso es seguro, pero a veces sus caminos son inescrutables —Torquemada echaba fuego por los ojos, y Mendoza, menos, pero también.

—Continuad, marqués —lo animó la reina—. Vuestras reflexiones me parecen de lo más interesantes…

El de Cádiz hizo una leve reverencia antes de retomar la palabra:

—Sin embargo, otra estrategia puede ser mucho más provechosa... si liberamos a Boabdil y le ayudamos a recuperar el trono... Habremos contribuido a avivar la llama de la animadversión que sienten entre ellos los nazaríes, los abencerrajes y los zegríes. Pensadlo bien, generaremos discordia y desconfianza por todo el reino de Granada, y, no solo en Granada, sino también en sus potenciales aliados de África...

Por un momento se hizo el silencio en la sala del trono, solo el rumor de las fuentes y el trinar de los pajarillos en la huerta del Alcázar.

Alguien que piensa como yo, se dijo Isabel aliviada.

—Me parece que vuestra proposición debe ser tenida en cuenta. Divide y vencerás siempre

fue una buena proclama en la guerra, bien lo sabe mi esposo el rey —dijo Isabel. Antes de que Fernando pusiese alguna objeción les dio la voz a los suyos—. ¿Qué opináis vos, don Gonzalo? ¿Y Chacón?

El Marqués se retiró satisfecho a su asiento.

—Es una idea que bien merece la pena meditar —Chacón siempre prudente en sus actos, observaba al rey con recelo.

Una mirada de Isabel bastó para que el Capitán saliese de su letargo con palabras medidas y pusiese voz a sus pensamientos.

—A mi parecer es justo lo que habría que hacer. Creo que el marqués acierta en sus cuitas, sin que sirva de precedente… —el noble asintió con la cabeza y el de Córdoba le correspondió el gesto. Un cierto desasosiego se instaló en los rostros de Torquemada y Peralta. Mendoza a duras penas mantenía los ojos abiertos. Las opiniones de don Gonzalo tenían su peso en el consejo. A pesar de las desavenencias, todos confiaban en su genio militar y su habilidad para leer entre líneas donde otros solo veían la victoria o la derrota. Y, en su lealtad y su nobleza de espíritu. No en vano, sus vaticinios se habían cumplido en cada una de las batallas que habían librado en la guerra con los nazaríes. Además, era hermano de Alonso de Aguilar, el noble era uno de los baluartes de la Corona en Córdoba junto con su tío, el Conde de Cabra—. Aunque pueda parecer lo contrario, debemos ayudar a Boabdil a recuperar el trono de Granada. Eso nos dará tiempo para reorganizarnos, necesitamos mejorar nuestra artillería para derribar los sólidos muros de las fortalezas moras, necesitamos entrenar a las mesnadas y a la infantería con las alabardas. Y nos dará una ventaja estratégica que, si sabemos aprovechar, decantará le guerra a nuestro favor —observó a Peralta y después clavó su mirada en Fernando sin titubeos, de hombre a hombre, caviló la reina con su orgullo de amante—. Dad por seguro que un rey débil como Boabdil, un títere en manos de Aixa, a la postre una mujer cegada por las ansias de poder, conviene a nuestros intereses. Nadie en África confía en este sultán. A veces, un paso atrás puede tornarse en un salto hacia adelante. Confiad en lo que os digo, majestad.

Todos en el consejo meditaban las palabras de Gonzalo. Torquemada se mordía los labios, sus

cejas espesas formaban una única línea, quizás elucubrando ya como recuperar el terreno perdido; Peralta suspiraba hondo, sus deseos de una guerra corta se iban al traste; Mendoza, Mendoza no estaba ya para muchos consejos; y el Marqués asentía a cada uno de los argumentos que repetía el capitán.

Los dedos de Fernando jugaban con el anillo haciéndolo girar sobre su índice. La reina sonrió para sus adentros, esta vez había ganado la partida, gracias a su capitán y a un aliado inesperado en el marqués de Cádiz.

XIX. El Campo de la Verdad

Córdoba. Mediados de junio de 1483

Recuerdo que era una noche cerrada, de esas oscuras sin luna. Y calurosa, en víspera de San Juan. En Córdoba siempre hace un calor de mil demonios por esas fechas. Esperábamos a Vasco a la salida de la taberna del Mulo. Mateo y yo observábamos los ventanucos apostados detrás de los troncos de oliva apilados para prenderlos como hogueras al día siguiente.

Llevábamos siguiendo su estampa dos días y dos noches desde la visita al campamento de los egipcianos. Nos había pagado el leonés los dineros convenidos y con eso teníamos para sobrevivir en las calles durante una temporada. Incluso para pagarnos algún techo y un jergón decente. Pero, de sobra sabíamos los dos que cualquier ostentación nuestra hubiera sido motivo de sospecha por parte de los carroñeros que campaban a sus anchas por los arrabales. Mala vida la que llevábamos por aquel entonces. Éramos sólo dos críos desarrapados, de malas juntas y malas costumbres. El dinero lo enterramos todo junto en una cajita de cobre, río abajo, a tres pasos contando desde la puerta falsa de un viejo molino en ruinas. Hicimos un pacto de sangre cortándonos en la palma de la mano con el filo mohoso de un cuchillo de hierro, se lo habíamos visto hacer al Manzanitas y al Puerco y nos había impresionado, y perjuramos los dos que únicamente lo desenterraríamos juntos.

Mateo fue el primero que se percató de que algo no iba bien. De su garganta brotó esa especie de quejido sibilante con el que solía reclamar mi atención. Alargó el dedo y se agazapó detrás de los maderos. Yo hice lo propio, atento a lo que ocurría. En cuanto el leonés apareció tambaleándose en la calle, tres sombras se materializaron a su espalda. Se sostenía del brazo de

una mujerzuela morena y enjuta, de pelo desarrapado, que hacía de lazarillo, porque a buen seguro, en esas melopeas que cogía el Vasco cuando entraba en ese pozo sin fondo a ahogar sus penas pasadas, presentes y futuras, no veía el hombre tres en un burro. La mujer se lo llevó casi a rastras por donde el antiguo convento de San Agustín. Oteó un par de veces hacia atrás para cerciorarse de que el trío de malandrines seguía su estela y continuó con paso firme.

—Vamos —le dije a Mateo en nuestro particular código, gesticulando y formando signos con los dedos de las manos, que solo él y yo conocíamos—. Tenemos que seguirlos.

—Ni lo sueñes —replicó airado. Señaló en dirección contraria—. Vayamos a dormir a la puerta de San Juan que mañana hay misa, algunas blancas caerán.

—Ya sabes lo que le place a don Anselmo que durmamos allí los sábados —le recordé con ironía. Decía el párroco que le daba muy mala sangre vernos roncando a la hora de la primera misa y que espantábamos a los feligreses.

Gruñó inquieto como un perro al que le pisan el rabo.

—¿Por qué te empeñas en que lo sigamos? Ya nos ha despreciado bastante. No vamos a conseguir nada más de él.

Por qué me empeñaba. Era una buena pregunta. Quizás porque no era nadie, solo carne de cañón, y si seguía por ese camino terminaría apaleado por los malandrines o encerrado en un calabozo sirviendo a los carceleros, remando en las galeras del rey, o peor aún, en un monasterio, como era el deseo de don Anselmo. Quería ver mundo, eso era lo único que tenía claro, ansiaba salir de los muros de Córdoba. Y, tenía un prurito con ese leonés de aspecto osco y taciturno y, no solo era por los excelentes de oro que le había visto dar a los otros dos. Sentía que nuestros destinos se habían entrelazado por algún motivo. Ya me había rechazado de malos modos en el camino de vuelta del campamento de los egipcianos, cuando aparecí entre las coscojas montado en mi mulo y lo abordé con una sonrisa de oreja a oreja. Movió la cabeza airado en cuanto se percató de mi presencia, su cara se contrajo en una mueca de hastío. Qué haces aquí, me espetó. He hecho una inversión con vos, solo me preocupo por mis intereses, respondí. Se llevó la mano al cazo de su espada, por un momento creí que iba a desenfundar el acero y ensartarme como a

un pollo de corral. Me escrutó con esa mirada insondable tan característica suya cuando sopesaba las ventajas e inconvenientes de sus decisiones. Finalmente, sus dedos rebuscaron dentro del bolsillo de su jubón, contó las monedas que había en la bolsa y me las tiró al vuelo con desdén. Ahí está todo, espero no verte más; y será mejor que olvides que me conoces y lo que has visto. Puedo serviros, le respondí con aplomo, espoleando al mulo tras su caballo, no os arrepentiréis. Puedo seros de utilidad, insistí, conozco la ciudad y poseo habilidades que os pueden ser de ayuda. Podría ser vuestro... paje, anuncié jovial. Carcajeó, incrédulo ante mi proposición. Eres despierto y tienes agallas, lo reconozco... pero, te equivocas de hombre cabo a rabo, rapaz; quizás te falle la vista o te falte entendimiento, no soy un noble que tenga dinero para sirvientes. Bastante suerte has tenido hoy de que no te haya matado. Aun me palpitaba la garganta cuando tragaba. Desaparece y no vuelvas a seguirme, barbotó justo antes de espolear su montura al galope.

Pero, por supuesto que no le hice caso. Era muy obstinado por aquel entonces, a cabezonería nadie me ganaba. No me iba a rendir tan fácilmente en mis pretensiones. Vasco era la única oportunidad que había vislumbrado desde que tenía uso de razón de salir del fango, de comer caliente, de dormir bajo un techo y de convertirme en algo más que en un canalla de medio pelo o un monaguillo. Aunque solo fuese para subir un pequeño escalafón, quería intentarlo.

Total, que al día siguiente hicimos guardia en las postrimerías de la Posada del Potro, por supuesto cuidándonos de que no nos viese ni el Rana, ni ninguno de los amigos del leonés. Cuando el sol declinaba y las sombras se alargaban, apareció Vasco con cara de pocos amigos yéndose directo a la taberna de la Catalana con la inestimable compañía de Juan Álvarez Gato. Donde la Catalana estuvieron bebiendo y jugando a los dados hasta bien entrada la noche; por lo que colegí a través de la ventana no escatimaban en derrochar dineros, mala cosa tanta moneda pasando de manos —y no fui el único que se percató de ello, el Rata estaba por allí siempre ojo avizor—. A eso de la medianoche salieron los dos dando tumbos, beodos perdidos y cantando jácaras de soldados. En lugar de ir hacia la Posada del Potro enfilaron hacia la collación de Santa María en el barrio nuevo del Alcázar. El tercer cubo de agua, meados o lo que diantres fuera, les

mojó de refilón y dejaron de armar escándalo entre risillas y exabruptos varios. Mateo y yo les seguíamos a una distancia prudente. En algún momento de esa noche, y de la siguiente, me replanteé seriamente si ese hombre merecía las penas que estaba dispuesto a correr por él. Cuando llegaron a la casa de baños llamaron a voces a una tal Berenguela, muy bella debía de ser la dama, incluso Gato entonó unos versos secundado por hipidos del Vasco, que decían algo así:

Vos mayor en hermosura,
yo el mayor enamorado;
vos mayor en el estado,
yo mayor en la tristura;
vos sin pena y sin dolor,
yo corrido de fortuna,
que por vuestro gran valor
como en todo sois mayor,
distes más bravo dolor
a mi vida que ninguna.

Por respuesta a sus demandas se abrió la puerta, pero en lugar de una gentil doncella, aparecieron tres hombres fornidos sosteniendo unos garrotes. El mayor de ellos, un fulano calvo, de patillas y cara ancha y ruda, sonrió malévolamente y se ensañó con Vasco con mala fe dándole estopa. No hizo ademán alguno el leonés de sacar el acero, como si fuese buscando que le partiesen la crisma, cosa que sí hizo Juan Álvarez Gato que, con movimientos ágiles para su estado, mantuvo a raya a los otros dos con su herreruza y consiguió espantar al tercero. Entre amenazas y empellones, el poeta logró socorrer a su amigo y se lo llevó a trompicones hasta la Posada del Potro.

Al día siguiente, volvimos donde el Potro a esperar acontecimientos. ¿Qué puta hacemos aquí otra vez? Me decía Mateo cada media hora en nuestro particular lenguaje, desesperado por el calor asfixiante y boqueando bajo las sombras de los soportales a la par que espantaba moscones borriqueros con la mano. Esperar Mateo, esperar una señal, le repetía, con fe tu fama será eterna, tus premios colmados, tu felicidad indecible. Me hizo una mueca y un gesto con el dedo corazón mandándome a coger espárragos y a tomar por culo. A eso de las nueve, de nuevo en el crepúsculo de la tarde, Vasco salió de su letargo en la posada, esta vez sin el Gato, camino de la ribera y del puente, con destino a la taberna del Mulo —su dueño era un hombre de piel demasiado oscura, cara de caballo y con muy mala leche—, en los arrabales del Campo de la Verdad, lo que en época mora fue conocido como Saqunda. Era este un antro extramuros, punto de reunión, donde tras la caída de la tarde se hacinaban una ingente variedad de malhechores de más o menos pedigrí que correteaban por la ciudad, y en el que las mujeres de vida alegre acudían a ganarse un jornal dejándole un tercio al Mulo que las vigilaba con recelo, y en el que los alguaciles hacían la vista gorda con las leyes de juego de los católicos.

Y allí se dedicó nuestro amigo a hacer timbas con los gallos de pelea, a tirar los dados, a hincar el codo, a invitar a los parroquianos cuando ganaba y cuando perdía, y a putañear. Mucho llamaba la atención el leonés, supongo que, a sabiendas, con ese avenate autodestructivo que le salía de muy dentro y muy de cuando en cuando.

El resplandor del candil colgado sobre la puerta de la ermita iluminó brevemente a los tres hombres que sucedían a Vasco y a la mujerzuela, a todas luces compinchada con los bribones. Mala cosa. Mateo también se percató y me tiró de la manga.

—Ya me he dado cuenta.

—El Rata, el Torrezno y el Vizco —gruñó gesticulando con los ojos muy abiertos—. Vámonos antes de que se den cuenta de que los seguimos.

Eran un trío de maleantes de lo peor que había en aquellos tiempos. Zumbones y reñidores, cualquier excusa era buena para empezar una pelea. También ladrones y asesinos según el día, o

más bien, la noche, porque solían ser aves de presa nocturnas. Violentos, gente sin alma y sin conciencia que venderían a su propia madre para conseguir unas blancas. No se andaban con chiquitas. Los conocía bien. Alguna vez había servido de recadero entre los hermanos. A nada que al leonés se le torciese la suerte o el entendimiento, iba a salir muy mal parado.

—Vete tú, si quieres —le dije mediante signos—. Yo me quedo.

—Vas a hacer que nos den un tajo.

—Esta noche será la última que lo sigamos —rezongué.

Por respuesta obtuve un gruñido ininteligible. Caminé sin dudar un par de pasos. Las calles estrechas, bajo los aleros sombríos de los tejados, estaban negras como boca de lobo. Por el rabillo del ojo observé que Mateo titubeaba, y finalmente me seguía. Eso me dio alas, si el mudito se hubiera dado media vuelta, probablemente yo hubiese hecho lo mismo. Quería saber en qué terminaba este asunto, y si podía sacar algún provecho. Tenía el presentimiento de que esa madrugada podíamos ganarnos la confianza y la gratitud del leonés.

Precisamente, en ese momento, el susodicho metía la mano por debajo de la falda de la manceba mientras ella carcajeaba solaz y le daba un beso en la boca sorbiendo de sus labios. Los tres rateros ya no se ocultaban en demasía confiados de que el pánfilo era una presa fácil y estaba ocupado en otros menesteres. Mateo y yo un esquinazo más atrás, expectantes.

La última callejuela torcía en ángulo recto. La mujerzuela, dejándose hacer, tiraba de Vasco hacia el ensanche del meandro del río, hasta que dieron con la puerta del viejo cementerio, el lugar elegido para la encerrona. Si lo hubiera llevado al mismísimo infierno hubiera dado lo mismo, en el estado en que se hallaba el leonés a buen seguro que solo pensaba en una única cosa y no con la cabeza.

Dimos un rodeo y saltamos el murete por la zona más antigua del campo santo sin reparar en demasía en las almas que estaríamos despertando; algunos cipos cilíndricos, de los moros, todavía se mantenían en pie entre estelas, la mayoría rotas, y piedras toscas sin labrar. Las murallas y la torre de la catedral de fondo, junto con el rumor de un Guadalquivir que se adivinaba cercano. Nos agachamos y anduvimos a gatas ya entre las cruces cristianas

orientándonos hacia los gemidos, nuestras pupilas dilatas veían cada vez mejor los contornos de la noche. Nos acercamos cuanto pudimos, siempre dejando un margen de seguridad, pero el morbo de ver fornicar como perros a nuestros mayores pudo con nuestros miedos. La estampa era ciertamente grotesca, animal. Al fondo se adivinaba la mujer desnuda de cintura para arriba apoyada sus manos al tronco de un pino, la falda subida a la altura de su cintura y el leonés, calzas bajadas por los tobillos, la arremetía con ímpetu, sus manos tirando de cabellos y pechos. Tintineaban los hierros de la ropera y la daga en el suelo arrastrados al ritmo del fornicio.

El Rata, el Torrezno y el Vizco también observaban la escena desde la entrada del cementerio. Cuando Vasco se derrumbó sobre el lomo de la mujerzuela, el Rata hizo un ademán con la mano y el Torrezno se acercó a Vasco con una cachiporra. Era el Torrezno conocido por hombre fuerte y de muy pocas luces, que seguía a pies juntillas cuanto le decían los hermanos Alqueriza, conocidos en el mundillo como el Rata y el Vizco.

El golpe que le dio el pazguato hizo tambalear al leonés que cayó al suelo a plomo. Se revolvió quejoso palpándose la nuca, con el rabo, literalmente, entre las piernas.

—Habéis tardado —bufó la morena poniéndose la ropilla.

—Parecías disfrutar, Manuela —rio el Rata. Tenía el aspecto de una comadreja desaliñada de pie sobre sus patas traseras.

—No queríamos interrumpir —apuntó el Vizco sorbiendo moco, comparado con su hermano no tenía mala planta.

—Podéis iros a la puta que os parió.

—No os enfadéis, Manuela —el Rata le acarició la mejilla con el dorso de su mano. Era un rufián bajito con la cara picada por la viruela, cerca de las treinta primaveras. Esta se la retiró de un manotazo—. Que esta noche os podéis llevar una buena tajada, y, si sois cariñosa, algo más...

—Primero dadme lo que me habéis prometido —replicó con genio—. Y, después ya veremos...

—A ver Vizco, qué sacamos de este gentil… —señaló con el mentón.

A todo esto, Vasco se dolía en el suelo gimoteando, aún aturdido por el garrotazo con las

calzas aun bajadas.

El hermano menor del Rata, se acercó y sin miramientos le dio una patada en el costillar seguida de un puntapié en la entrepierna. Vasco emitió un quejido ahogado y, tras una arcada, echó toda la basca a los pies del Vizco.

El Rata rio con un sonido entrecortado y el Torrezno lo imitó, siempre lo hacía.

—Voy a tener que mandar a este a que te ayude, hermanito —palmeó las espaldas del Torrezno.

—Tened cuidado —dijo Manuela ya recompuesta detrás del Rata—. Ese hombre parece un soldado.

—¿Cómo lo sabéis? —inquirió el Rata

—Por el sabor de su verga —repuso el Vizco limpiándose las botas en la cara de Vasco—. Cómo lo va saber esta, si no...

—Prevenidos estáis, hideputas.

Un renqueante Vasco, su miembro flácido como una morcilla apartó de un manotazo la corva del malandrín y se giró sobre sí mismo. Intentó incorporarse, pero se trastabilló con sus calzas, aún por los tobillos, cayendo de culo sobre la lápida de una tumba. La estampa era burlesca, casi cómica, si no fuera porque le iba la vida en ello.

—Me las pagaréis —farfulló Vasco en un alarde de lucidez.

—Vamos, Torrezno —rio el Rata—. Haz tú el trabajo duro, que se ve que mi hermano está hoy con remilgos.

En un gesto instintivo Vasco se acurrucó sobre sí mismo y se cubrió la cabeza con los antebrazos. El tarado comenzó a lanzarle violentos puntapiés en el lomo, cada uno de ellos seguido de un quejido ahogado del leonés que aguantaba marea como podía.

El Rata se agachó al suelo y recogió la falquitrera con los dineros de Vasco.

—Aquí no quedan ni veinte vellones —resopló—. El hideputa se lo ha gastado todo —se volvió hacia la joven que se hacía llamar Manuela y que se enlazaba la camisola con dedos rápidos—. ¿No os habréis quedado con parte del botín?

—Idos al diablo, no me he quedado con nada, el verriondo se lo ha gastado todo invitando a rondas y apostando, el Mulo habrá hecho buena noche… —escupió—. Vamos, dejadle ya, que lo vais a matar.

—Esa es la idea —observó el Rata haciendo recuento de sus ganancias.

—Nos puede reconocer —apuntó el Vizco. Rodeó a la joven con sus brazos y comenzó a palparla por debajo de sus ropas—. Esta no tiene nada, solo el chichi húmedo como si fuera un pilón.

—Nadie me habló de que hubiera que despacharlo al otro barrio —repuso ella dándole un empellón al Vizco.

—Nadie te habló... diantres con las ínfulas de la damisela... —apuntó el Rata con sorna. Se acercó a ella y le dio una sonora bofetada con la palma de la mano abierta.

—Hideputa sois... Quiero mi parte —farfulló Manuela, su labio inferior sangrando. El Vizco la agarró por detrás acariciando sus pechos, frotándose con su culo.

—Primero nos vas a dar la nuestra, y después ya veremos si te dejamos con vida… —apuntó el Rata enseñando los dientes—. Ya ves que mi hermano está encelado como un gorrino, y después voy yo... y después el Torrezno; y ya sabes como se las gasta el amigo... Y la fama que tiene su verriondo virote.

El Vizco arrojó al suelo a la mujerzuela. Intentó esta defenderse como gato panza arriba, pero el canalla le propinó un puñetazo en la nariz que la dejó medio grogui. No perdió tiempo el bribón, le dio la vuelta y se tumbó sobre ella torciéndole un brazo a la par que le subía la falda. Mientras tanto el Rata había sacado la herreruza y se acercaba a Vasco amenazante, dispuesto a trincarlo.

—Tenemos que hacer algo —hice un gesto con los dedos—. Como no los paremos hacen dos fiambres.

—Y como nos vean las caras... los fiambres seremos nosotros.

—Siempre tan agorero. Hay un caballero y una dama en apuros...

—Vas a hacer que nos maten.

—Si las cosas se tuercen... saltamos el murete y nos perdemos en la noche.

Me di la vuelta y busqué a tientas por el suelo hasta que di un montón de piedras apiladas. Suspiraba Mateo mientras seleccionaba las suyas.

Así que, armados con piedras peloncha y parapetados tras las lápidas del viejo cementerio, empezamos a hacer gala de un tino en el manejo de los proyectiles que ya hubieran querido para sí los más hábiles artilleros de Castilla. He de decir que teníamos sobrada práctica en esos menesteres; desde críos la vida en las calles era dura, y solo los más fuertes y habilidosos sobrevivían. Y, las peleas a pedrada limpia con los rufianes de turno, habían sido el pan nuestro de cada día desde bien pequeñitos. Era un arte en el que estábamos sobradamente adiestrados.

Ay, Au, maldición, hideputas, diablos, foder. Comenzamos a oír como lanzaban exclamaciones y exabruptos.

—¡Quien anda ahí! ¡Descubríos! —gritó el Rata ocultándose tras el tronco del pino.

—¡Me han dado en la cabeza! —exclamó el Torrezno haciéndose un ovillo agachado en el suelo.

Aprovechó Manuela el desconcierto y revolviéndose como una exhalación le propinó al Vizco un rodillazo en el vientre mientras este se dolía de una pedrada en la coronilla.

Mientras tanto, Vasco, que recuperaba la lucidez por momentos, también aprovechó para subirse las calzas y desenvainar la herreruza. A la primera acometida improvisada del Rata respondió este dando un paso atrás esquivando milagrosamente la cuchillada, a la vez que le asestaba un tajo en el costado con el filo de la ropera. Aun en su estado, era el leonés un formidable espadachín y sus movimientos seguían siendo precisos.

—¡Torrezno! ¡Torrezno! —se alejó el cabecilla trastabillado doliéndose de la herida.

Parecía más una llamada para alertar al compinche de una retirada y que le guardase la espalda que un reclamo de auxilio.

El Torrezno lo entendió al revés, ya he dicho que era algo menguado, y enarboló la cachiporra embistiendo la sombra del leonés con ferocidad e ímpetu. Por un instante pensé que nuestros esfuerzos serían fútiles, ya veía a Mateo enfilando hacia la tapia, y que los sesos de Vasco

terminarían esparcidos entre las lápidas. Pero, el leonés, tambaleándose, se apartó de la tranca en el último latido y con una rápida finta se tiró a fondo hacia la forma humana que titubeaba confusa clavando la punta de su ropera en el hombro del pazguato que comenzó a aullar de dolor. Hubo de recurrir a su instinto de soldado y a toda su destreza para esquivar la segunda acometida, mucho más violenta que la primera, distante solo una cuarta de alcanzarlo en la sien. Con la celeridad de un rayo, Vasco le dio una patada en la entrepierna, por detrás y a traición, y el hombre quedó encorvado sobre sus rodillas.

El Rata, no era tonto el canalla, evaluó rápidamente la situación mientras recuperaba el resuello, y con un gesto, y ya sin lugar a la duda, ordenó la retirada de su maltrecha hueste. Manuela, un borrón en la noche, ya corría como alma que lleva el diablo hacia los arrabales.

Vasco aguantó en guardia, ahogándose en su propio esfuerzo, un poco vacilante pero erguido, hasta que las imprecaciones e insultos de los bribones dejaron de oírse, después se desplomó en el suelo como un peso muerto y así permaneció hasta el día siguiente, durmiendo el sueño del valiente.

XX. La hoguera de San Juan

Córdoba. Día de San Juan de 1483

A eso del mediodía, Vasco abrió primero un párpado, lentamente, y después otro, parecían pesarle como dos vigas de madera de roble. Mi rostro fue lo primero que vio, hizo un mohín de desagrado y con un suspiro los volvió a cerrar. De nuevo se sumió en un sopor que le duró hasta la puesta de sol. Tenía el hombre el cuerpo lleno de moratones y cortes superficiales que se solapaban con chirlos de otros lances y resquicios de suturas mal hechas. Su respiración era débil pero acompasada. Bicho malo no es fácil de matar, dijo Gato cuando lo echamos en el jergón con la ayuda del posadero, sus ojos de batracio se movían observando a uno y otro lado mientras la Rosarito lavaba el cuerpo sucio y marcado de heridas y cicatrices del leonés. Hasta diez costurones conté repartidos por su maltrecha anatomía. Gato me señaló dos de ellas, una en el vientre y otra en el torso, encima de la tetilla izquierda; esas las conozco, apuntó, y tienen más años que tú.

En la madrugada, tras cercioramos de que el Rata y los suyos no andorreaban cerca del cementerio, arrastramos el cuerpo inerte del leonés tras una lápida y corrimos por la ribera, cruzamos el puente con el pretexto de socorrer a un moribundo, cosa que era cierta, y dimos aldabonazos en la Posada del Potro hasta que apareció el Rana espada en mano, descalzo y ataviado únicamente con una delgada túnica raída con lamparones amarillentos. Atropelladamente, le conté lo sucedido y sin hacer pregunta alguna se volvió al interior y nos cerró con un portazo en nuestras narices. Cuando ya dábamos el asunto por zanjado y habíamos perdido la esperanza de encontrar ayuda, reapareció vestido, a su vera Juan Álvarez Gato, que, al parecer, andaba despierto afanado en las tintas y plumas de sus versos y cantinelas. En el

cementerio seguía el Vasco tumbado de medio lado con la herreruza en la mano y con el aliento acompasado. Cargamos el fardo en un carro tirado por una mula y volvimos a la posada con las primeras luces de San Juan bajo la atenta mirada de los guardias del puente que no perdieron comba en sacar unas monedas tanto a la ida como a la vuelta. Yo, por mi parte, me mantuve firme en la alcoba, velando al hombre, hasta que volvió del reino de Morfeo o donde quiera que estuviese. Quería que mi persona fuese lo primero que viese cuando despertara.

Oteó a uno y otro lado antes de incorporarse para alcanzar el odre de agua. Dio un buen trago hasta saciar su sed. Con la venda alrededor de la cabeza que le había puesto la Rosarito con mimo, los cardenales, las costras de sangre y la nariz torcida parecía un Cristo resucitado.

—Acércate —graznó. A buen seguro que la lengua le sabía como si hubiese sacado una moneda de cobre de un orinal y se la hubiera metido en la boca—. Vamos, que no te voy a morder.

Me levanté del taburete dubitativo. Cuando estuve a su alcance me cogió de la muñeca bien fuerte.

—Te dije que no me siguieras.

—Si no lo hubiera hecho, ahora estaríais bien muerto.

Asintió con la cabeza mirando el cielo violáceo entre las cortinas del ventanuco. Sus demonios parecían haberle abandonado.

—¿Por qué?

—Ya os lo dije, quiero serviros y... aprender de vos el oficio, cualquiera que sea… Trabajaré en lo que haga falta…

Emitió un sonido sibilante a medio camino entre un quejido y una carcajada ronca. Soltó mi brazo, ya empezaba a temer por él.

—Algún día terminarías como yo, apaleado por unos canallas y ahogando penas de tiempos pasados con el vino y las mujerzuelas.

—Eso solo el tiempo lo dirá.

—Sois pertinaz.

—Mucho —sonreí.

—Terco como una mula.

—Aún más.

Se pinzó el puente de la nariz, sorbió y escupió sangre en la bacinilla.

—Tendríais que trabajar para ganaros el pan de sol a sol, y de luna en luna. Y, quizás no sean mandados agradables.

—No me quejaré y soy de los que aprende rápido, os lo aseguro —repuse raudo, sin amilanarme.

—Puede que paséis hambre y penurias. No siempre tendremos un jergón donde dormir y comida caliente.

Mis ojos se abrieron y mis labios se curvaron hacia arriba casi sin querer. Debí de sonreír como el tonto más tonto de todo el reino. ¿Hablaba en plural y me mostraba cierto respeto? Sí, hablaba en plural y me mostraba cierto respeto.

—Nada nuevo bajo el sol.

—Veréis de verdad la muerte cara a cara, sin paños calientes ni heroicos redobles de tambor, sino a oscuras y a veces por la espalda cual alimaña en un callejón, distante varias leguas de todo lo remotamente parecido al honor.

—Me acostumbraré a ello, no os quepa duda. En cuanto al honor ya aprendí que es cosa de historias de caballería…

—Rediós, muchacho, dejad de sonreír como un zoquete. Aún no he dicho que sí —rezongó, dos cercos de fatiga violáceos se acentuaron bajo sus párpados—. Estaréis a prueba unos meses... Y, después, ya veremos.

—¿Y Mateo? —por un momento me había olvidado de él. Se había ido a ayudar a don Anselmo con los preparativos de los oficios y de la hoguera—. También os ha salvado la vida.

—Solo me puedo ocupar de uno, muchacho. Aunque sea mudo… come, mea y caga como todo ser viviente.

Mi sonrisa se torció en un gesto contrariado.

—Arriesgó su vida por vos, si no fuera también por él no estaríais aquí —mentí con convicción.

—Tendrás que aprender a mentir mejor, muchacho. Sé que la devoción del mudito dista mucho de la vuestra…

—Mateo y yo somos uno —dije, esta vez con firme determinación. Parpadeé sin dejar de mirarle a los ojos.

Se acarició el mentón antes de echar otro gapo sanguinolento al bacín, este acompañado de una muela.

—Sois leal y valiente —arrugó la frente y movió la cabeza a uno y otro lado como si estuviese discutiendo consigo mismo—. ¡Dios! —exclamó—. Te estás volviendo viejo, Vasco…

Se levantó y sentado desde el borde de la cama se cogió la verga y apuntó hacia el cubo salpicándome la punta del dedo gordo que asomaba por el agujero del zapato.

—Pues si sois uno, comeréis como uno también... —dijo mientras agitaba su peludo miembro. Di un paso atrás—. No tengo tantos dineros, muchacho.

Asentí de nuevo con una sonrisa asomando por la comisura de los labios.

—Me llamo Lucas —le recordé.

—Anda, muchacho, ve a ver a la Rosarito y que prepare algo de comer antes de que me arrepienta.

Y, así fue como me bautizó «muchacho», como si fuera un chucho. Creo que hasta mucho tiempo después, quizás pasaran años, no me llamó por mi nombre. Pero, yo estaba condenadamente contento, en mi interior alborozaba, gozaba, bullía. Era el primer paso que daba en doce años para salir de la pobreza más abyecta. Sí, doce, porque el día de San Juan los cumplía, podía ser cualquier otro, pero fue esa la mañana que don Anselmo me encontró envuelto en paños, gritando como un descosido y hambriento como un lobezno. Y, desde entonces habían pasado doce primaveras, con sus días y sus noches, sobre todo con sus frías noches, porque fuera invierno o verano, les puedo asegurar a vuestras mercedes que las noches

sin techo durmiendo al raso sobre el terruño siempre son frías.

Al salir de la alcoba di un brinco justo en el momento en que se abría la puerta de la cámara de Juan Álvarez Gato. El literato me observó con ese punto de sorna que siempre tenía su semblante, como si la vida solo fuese un juego.

—¿Qué ocurre? —preguntó enseñando los dientes—. ¿Ha muerto el leonés?

—Todo lo contrario... Ha despertado.

—¿Dónde vais pues derrochando tanta dicha?

—A servir a mi señor —dije dándome la vuelta—. Tiene hambre.

—Jesús… no lo llaméis así que se acostumbrará.

Vasco caminaba junto a Juan Álvarez Gato por la ribera, extramuros había varias hogueras en las que la vecindad se reunía para beber y comer en abundancia. La senda estaba iluminada por las antorchas de las almenas y creaba su luz extrañas sombras alargadas. Había puestos de pan, carne de conejo asada, frutos secos y tenderetes que vendían pellejos de vino dulce de las cepas de Moriles. La gente bebía, cantaba y danzaba alrededor del fuego, las llamas se alzaban hacia el cielo crepitando. Era la noche más corta del año y había que celebrarlo.

La voz grave y profunda de un juglar se oía de fondo recitando, entre aplausos y vítores, los versos del romancero de Alhama. La moral del populacho estaba por las nubes tras la captura del rey moro y rara era la conversación en la que no salía a relucir.

Paseábase el rey moro
por la ciudad de Granada,
desde la puerta de Elvira
hasta la de Vivarambla
-¡Ay de mi Alhama!
Cartas le fueron venidas
que Alhama era ganada.

Las cartas echó en el fuego,

y al mensajero matara.

-¡Ay de mi Alhama!

Descabalga de una mula

y en un caballo cabalga,

por el Zacatín arriba

subido se había al Alhambra.

Habéis de saber, amigos,

una nueva desdichada:

que cristianos de braveza

ya nos han ganado Alhama.…

—Os estáis haciendo viejo, Vasco —apuntó Juan Álvarez Gato, vestido elegante con ropas grises—. Nunca habéis tenido por empresa sentar cabeza y juntar una familia, y ahora os hacéis cargo de estos dos, un charlatán espabilado y un mudo... quién lo diría.

Mateo y yo caminábamos un paso por detrás atentos a cuanto acontecía a nuestro alrededor. Parecíamos otras personas. Nos habían bañado, perfumado, sí perfumado —algo que ni siquiera sospechaba que podía hacerse—, comprado zapatos y ropa nueva, y nos habían dado de comer caliente, otro día, y ya llevábamos dos seguidos. Que recordase nunca habíamos disfrutado de tales dispendios. Era una sensación nueva y reconfortante eso de tener el estómago lleno, aunque fueran las sobras que se dejaban los comensales. Mateo le había dado las gracias a Vasco en un gesto de cariño que no acostumbraba, cuando el leonés se presentó con las sandalias de cuero de vaca y mi buen amigo le respondió con un gruñido de júbilo y le agarró la mano. Ambos se sonrojaron. Era curioso ver como se comunicaban esos dos entre silencios y gruñidos. Después de la cena, Mateo ya no pudo de gozo, la emoción le embarazaba, y le resbalaron las lágrimas cuando se zampó unas empanadillas rellenas de carne de cerdo. Abrazó primero a Gato y después, dubitativo, a Vasco. No era Mateo muy dado a las efusividades, casi tanto como el

leonés, así pues, imaginen ustedes la alegría que tenía el bueno del mudito.

—Puede ser... —apuntó Vasco ajustándose el cabestrillo, no tenía ningún hueso roto, pero tampoco podía mover con total libertad el brazo izquierdo—. Es de bien nacido ser agradecido... Y, si no fuera por estos pillastres, ahora sería pasto de los gusanos.

—Vasco el Negro, a cargo de dos bribones... no alzaré la voz para que vuestra reputación no se vea alterada.

A la primera de las hogueras arrojaban los gentiles muñecos de trapos, los juanes los llamaban, un ritual para alejar a los malos espíritus y atraer a los buenos.

—No creo que haya muchos oídos a los que le interese escuchar sobre mí.

—Sois un hombre interesante y lleváis una vida interesante; aunque a veces llena de contradicciones… interesante, al fin y al cabo. Quizás alguien debiera escribir sobre vos.

—Ni se os pase por la cabeza —sus ojos se clavaron en los de Gato—. Mi vida es solo mía y no quiero que se la apropie nadie más.

—En el fondo, muy en el fondo, sois buena persona —sonrió Gato—. Y eso es bueno —le palmeó el hombro—. ¿Por qué lo hacéis?

—Porqué hago qué... —respondió desabrido dándole un trago al pellejo.

—Hay ocasiones en que me parecéis el más cuerdo y vital de los hombres y otras que parecéis un loco que solo busca su propia muerte.

Se encogió de hombros el leonés.

—Está en mi naturaleza, supongo... que cada uno es como es, por eso el mundo es mundo.

—Sois la contradicción personificada —se sacó una bolsa de la falquitrera—. Tomad —le dijo—. Os devuelvo lo prestado y con intereses... para ayudaros en esta nueva empresa.

—¿Y eso? —inquirió Vasco.

—Parto para Segovia —dijo Gato—. Me voy con Hernando de Talavera a visitar a los Mendoza, dice el fraile que necesitan un mentor para sus nietos y que les ha hablado sobre mí. Y me han dado un adelanto…

—No parece mal apaño —sopesó la bolsa.

—Así tendré tiempo para la pluma.

—Es lo vuestro. El zapatero a sus zapatos.

—Vos seguiréis con la herreruza.

—Qué remedio. Quien peces quiere, el rabo se remoja.

En la siguiente hoguera había un gran corro en derredor. La gente jaleaba a los jóvenes, bien cargados de vino, que tomaban carrerilla y saltaban las llamas. Alguno se quemaba el trasero y terminaba en el río con las chanzas y carcajadas de fondo.

—Ahí tenéis a la dama causante de parte de vuestros desvelos, la otra parte... solo vos sabréis cuales son…

Vasco oteó entre las llamas y las sombras. Al otro lado del fuego se hallaba Berenguela Hinestrosa cogida del brazo del prestamista judío con la rodela bermeja en la ropa —por supuesto sin brocados, ni terciopelos, ni adornos de oro y plata, así era la voluntad regia con los hebreos—. Sonreía este, orgulloso de tener a semejante hembra susurrándole al oído no pocas maldades. Vasco sintió un pinchazo en las tripas.

—Dejadla en paz, Vasco —musitó Gato—. Si no es suficiente para vos, dejad que siga su camino.

—A veces pienso que sí y otras que no.

Rio Juan Álvarez Gato quitándole el pellejo.

—Entonces es que no. Suficientes problemas tiene ya una mujer como ella para que la andéis endemoniando.

—¿Por qué motivo la defendéis tanto?

—Quizás porque se parezca a mí… es soñadora y un espíritu libre.

—Pues por el camino que lleva con el judío, poco le queda.

—También es como vos, una superviviente.

Nos apartamos de las llamas y volvimos sobre nuestros pasos en silencio en dirección a la escalinata y la puerta del puente.

Un hombre se acercó dubitativo haciendo un aparte de un grupito. Alzó la mano a modo de

saludo.

—¿Lo conocéis? —inquirió Vasco a Gato en un susurro, acariciando el pomo de la espada con su mano sana.

Era un espécimen rechoncho de piernas cortas y ancho tronco, poco pelo y bigote rizado perfectamente recortado,

—No me suena —lo oteó de arriba a abajo—. Parece un comerciante de nuevo cuño por sus ropajes y su bigote.

—Es uno de los italianos —adelanté un paso haciéndome notar—. Vende paños en la calle Feria.

—Tenéis buen oído, muchacho —graznó Vasco.

—Es un hombre adinerado —añadí.

—No perdéis comba —sonrió el literato cogiéndome cariñosamente del hombro.

El italiano observó a uno y otro lado. Rondaría casi los cincuenta. No había nadie a nuestro alrededor.

—Sois el caballero conocido como Vasco… —tenía el pelo lacio y peinado con raya al lado, una calvicie más que incipiente, un fuerte acento y una voz grave que no casaba con su físico. Aunque polvorientas, vestía buenas ropas, pantalones bombachos y casaca abierta, bordado en el pecho el blasón familiar.

—Puede ser... —respondió Vasco—. ¿Quién lo pregunta?

—Permitidme que me presente... —se acercó. Su rostro era afable, pero estaba contraído—. Soy Giannotto Berardi, comerciante florentino de paños de seda y también dueño de varios telares... afincado en Sevilla. Me han dicho donde el Potro que podía encontraros en las hogueras del río y esos de ahí os conocen…

El leonés se volvió y oteó el semblante vagamente familiar de dos hombres. Los recordaba jugando a los dados, de la noche en la taberna de la Catalana o la del Mulo, no estaba seguro de cual.

—Sevilla queda algo lejos —replicó Vasco evaluando al tratante a la par que yo también lo

hacía en un segundo plano.

Destilaba el tal Berardi dinero por sus cuatro costados. Si ese individuo no era de buena familia, estaba dispuesto a ponerme en pompa y profesar en la fe de los moros. Por mi vida que sí. Abrí mucho los ojos y más los oídos.

—He abierto una delegación aquí en Córdoba de la que se ocupa mi hijo... —se volvió e hizo un gesto hacia el grupo de tres—. ¡Giuseppe! —exclamó. Un hombre joven se acercó a ellos. Tenía la nariz ganchuda y los ojos de hurón de su padre. Por lo demás, habría salido a su madre, le sacaba un palmo a Vasco y tenía un porte gallardo y unas facciones proporcionadas—. Este es mi hijo… Giuseppe —anunció en un suspiro largo.

—Tanto gusto —respondió Vasco ante el gesto huidizo que hizo el joven bajando la cabeza.

—¿Podemos hablar a solas? —propuso el padre después de observar alternativamente a Gato, a Mateo y a mí.

—Los ojos y oídos que veis aquí son de total confianza —replicó receloso.

—Insisto. El asunto es peliagudo.

Se frotó las manos, nervioso. Sus ojillos no paraban de escudriñarnos.

—Yo también —respondió Vasco.

Suspiró el italiano.

—Me han recomendado sus servicios, dicen que sois buen espadachín...

—Disculpad —le cortó en seco, no las tenía aún todas consigo el leonés sobre las intenciones del comerciante, después de lo de Toledo se andaba con pies de plomo—… pero aun no entiendo quien os ha contado sobre mí…

Ante la mirada inquisitiva del leonés el hombre respondió presto.

—Aparte de paños para los vestidos de las damas, suministro telas para las lonas del ejército de sus majestades... Soy hombre apreciado por mis buenos precios y mi buen material, y he hecho amigos entre la soldadesca. Pedí consejo a uno de los veteranos que se encarga de la intendencia... Rafael Matallanas, Falito, dice que vos lo conocéis como Falito o el rambleño...

Los labios de Gato se curvaron hacia arriba al mismo tiempo que las cejas de Vasco se

juntaban en una línea gruesa.

—Lo conozco —gruñó—. Miente más que habla. No le hagáis caso a cuanto os diga.

—También dijo que diríais eso —rebuscó entre las arrugas de la casaca y sacó una bolsa. Desató el cordoncito y le tendió una moneda que relució dorada bajo la luz anaranjada de las antorchas que pendían de las murallas—. Y que os gusta el oro... Este excelente es por escuchar una propuesta, habrá más si aceptáis el trabajo que me ofrezco a proponeros.

Le pegué un codazo a Mateo, a buen seguro mi rostro era fiel reflejo del suyo. Nunca antes habíamos visto semejante brillo áureo tan de cerca, justo delante de nuestras narices. Mi corazón latía desbocado. ¡Era un doble castellano de oro auténtico! El segundo que veía en apenas una semana. Mis ojos se iban a salir de mis órbitas. Tuve que hacer un esfuerzo para contenerme y no alargar la mano para cogerlo.

—¿Qué más os dijo? —preguntó Vasco guardándose la moneda con su mano buena.

—Que sois intrépido espadachín y que podíais ayudarme a salir de un pequeño... —se frotó las manos, nervioso—. Atolladero...

—¿Herencias, préstamos o cuernos? —Vasco tenía ya el olfato muy desarrollado para este tipo de asuntos.

El hijo se movió inquieto, encorvando hombros con la cabeza gacha. El asunto era de cuernos.

—Mi hijo ha metido el «cazzo» en «figa» ajena...

No había que hablar italiano para conocer de cazzos y figas.

—Nos queremos padre... —soltó el joven Giuseppe con un hilillo de voz—. Me casaré con ella.

El patriarca sacó la mano a una velocidad endiablada y le dio un pescozón al hijo.

—De eso no os quepa duda, si salís con vida... Ahora, dejad que los hombres hablemos de cosas serias —se volvió hacia Vasco—. Ha preñado a la hija de un noble, prometida con el hijo de otro noble, las dos son casas de renombre en las Andalucías... Y el novio se ha quedado con una cara de pazguato que no puede con ella, y con las ganas... después de cortejar a la joven doncella y su supuesta virtud durante un año... Ya podéis imaginaros...

—Desde luego que me imagino —apuntó Vasco.

—El caso es que ha pedido una satisfacción so pena de contratar a algún matarife y cortarle el gaznate al botarate de mi hijo.

—Un duelo si la cosa va por buen camino, es lo habitual —respondió tranquilo.

—En efecto —asintió el patriarca de la Berardi.

—¿Cuándo? —preguntó Vasco alzando el brazo en cabestrillo.

—En dos semanas.

Respiró hondo el leonés. Dos semanas para recuperar su mano buena. Dependiendo de quien fuera el otro podía batirse con la siniestra. Intuía Vasco que si eran de linaje noble estaría el padre de la criatura buscando otro acero para que no fuera el de su vástago el que chocase con el suyo. Se sabía de memoria la cantinela.

—¿Armas?

—Espada y daga, a primera sangre.

De nuevo infló de aire sus pulmones en un gesto que se me antojaba más teatro que otra cosa.

—Padre... Yo puedo ocuparme de esto —masculló el joven Giuseppe mostrando pecho. Me parecía a mí que ese no podía ni ocuparse de sacudirse la verga solo. Era extraño que al mentecato no lo hubiesen madrugado ya. O, quizás por eso seguía con vida. Los mentecatos con dinero solían tener a la diosa fortuna de su parte.

El padre debía compartir mi parecer en cuanto a las entendederas de su hijo porque de nuevo alargó el brazo para golpearle con el nudillo del dedo corazón.

—¡Stai Zitto! —le espetó—. Aprende como se hacen las cosas, diablos, y mostrad un poco de respeto... Este caballero se va a jugar su vida por la vuestra, es lo menos que podéis hacer.

Permaneció Vasco silencioso e impasible, muy en su papel de experimentado matarife; no era hombre dado a tratos nocturnos a salto de mata, y menos con extraños. Pero, el oro a salto de mata de esos extraños nocturnos tenía buen brillo. Deslumbrante. Maravilloso. Y, ya puestos a trabajar mejor sacar dos monedas que una.

—No estoy en condiciones de batirme —de nuevo alzó el brazo.

—Me ha dicho Matallanas que sois el mejor —sopesó el tratante rascándose el bolsillo.

—Soy bueno en el oficio.

Otra moneda voló con el mismo brillo que la anterior y fue a parar a la siniestra de Vasco. Tras morderla, el leonés asintió esbozando esa sonrisa lobuna tan suya que encandilaba a nobles, curas y putas por igual:

—Pasaros mañana por la Posada del Potro a eso del mediodía para cerrar los flecos del contrato.

—Ya tenéis trabajo —apuntó Juan Álvarez Gato caminando al compás del leonés—. Y habéis sacado una moneda de más. Oro del bueno.

—Con ese bigotito, ese pelo… a pesar de la ropa de viaje, el polvo y la suciedad del camino, tenía porte de dineros.

—A fe mía que los tiene.

—Como si los cagase.

Rieron ambos socarrones encarando la escalinata.

—¿No os cansáis de hacer siempre lo mismo? Lo de dar tajos y matar debe se extenuante...

—Mucho. Pero, supongo que para mí dejar la espada sería como si vos dejaseis la pluma.

—Siempre dais buenas respuestas.

—Además, ahora tengo dos bocas más que alimentar...

—Muy cierto. La verdad, Vasco… ¿Por qué lo habéis hecho? —volvió la cabeza hacia atrás y nos sonrió de soslayo—. Vasco el Negro los hubiera mandado a la mierda... y les hubiera pateado el culo sin miramientos. Me habéis sorprendido gratamente.

Los labios del leonés se curvaron hacia arriba y se encogió de hombros mientras subían los escalones de piedra que conducían a la puerta del puente.

—Puede que esté cambiando, los años quizás... O puede que quiera equilibrar la balanza... He hecho méritos más que suficientes para ganarme un sitio en el infierno...

—No jodáis... ¿aspiráis al cielo?

—Al purgatorio, al menos. Supongo que en el cielo no habrá mujeres como la Hinestrosa...

Carcajearon los dos hombres con complicidad.

—Sois un caso digno de estudio, Vasco...

Los guardias bebían relajados contando a voces las nuevas que llegaban de la frontera. Muley Hacen estaba ya a las puertas de Granada y en boca de todos estaba la cuestión sobre Boabdil el Chico y qué harían los reyes con él.

Una figura embozada de negro y con bonete calado apareció a nuestra diestra, agachó la cabeza, bajó apresurado las escaleras y se perdió por la ribera en dirección contraria a las hogueras.

—Que me aspen si ese no era el Capitán... —murmuró Vasco observando cómo se mimetizaba con la noche.

—Se parecía a él, sin duda —replicó Gato—. Tenía sus andares de garza y sus hechuras.

—Qué estará tramando...

—Quitarle las telarañas a los bajos de una dama... Sin duda que es una noche propicia para ello. A mi parecer debe ser una mujer casada y de buena cuna si toma tantas precauciones.

—No es hombre mujeriego... ni de meterse en coños ajenos.

—Todos los hombres lo son.

—Vos tampoco lo sois.

Se sonrojó un poco el bueno de Juan Álvarez Gato bajando la mirada avergonzado.

—Alguna vez lo fui —se defendió.

—Vamos, Gato... Sois gentil apuesto, culto, el dinero no os suele faltar, y, si realmente lo quisierais tendríais una posición en la corte... —le cogió un moflete con el índice y el corazón—. Hace años que no os veo con una moza... Siempre tuve buena vista para estas cosas...

Gato alzó la mirada titubeante.

—¿Lo sabéis y no os importa?

—Por qué me va a importar... Sois buen amigo, que es lo que cuenta. De los pocos que me quedan, y devolvéis los préstamos con creces... —sonrió—. ¿Qué más se puede pedir? No os

preocupéis, mis labios están sellados. Nunca he hablado con nadie sobre este asunto —dio el último trago al odre—. Ya se terminó el vino, vayamos con el Rana a terminar la noche.

Sonrió Juan Álvarez Gato.

—Dice vuestro rapaz que hoy cumple años.

—¿Cuál de ellos?

—El que habla.

—¡Muchacho! —exclamó Vasco.

—Decidme, mi señor —respondí presto, dando un paso, dispuesto a cumplir la primera de muchas encomiendas.

—Mi señor... —carcajeó Gato—. Ver para creer...

—Adelantaos con el mudito y estas monedas —se sacó un par de reales del bolsillo de la jaqueta, se las pasó entre los dedos con la agilidad de un tahúr—. Y decidle a la Rosarito que saque una fuente de esas quesadillas que tanto os gustan... —me guiñó un ojo—. Y, no me llames señor, llámame Vasco, simplemente Vasco.

El Capitán se volvió bajo las sombras del puente para asegurarse de que no había nadie tras sus pasos. Era arriesgado acudir a la cita esa noche. Quizás Vasco lo había reconocido, pero no era el leonés hombre de hacer preguntas que no venían a cuento ni de meterse en líos ajenos. Se había fijado en que andaba algo maltrecho, tenía un cabestrillo y la cara hinchada, hecha un Cristo, como si un carro hubiese pasado por encima. En qué asuntos andaría metido. A él con que cumpliera en sus encargos le bastaba.

Oyó unos quejidos ahogados a sus espaldas. Se giró echando mano al pomo de la tizona. Aguzó la vista y avanzó unos pasos por el sendero que bordeaba el río. Acertó a ver un entramado de brazos y piernas entre la hierba y las enredaderas que tapizaban los chopos. Parecían dos muchachas retozando sobre un rapaz. Se lo estaba pasando en grande el mancebo, una de ellas, la de carnes prietas y blanquecinas, lo montaba con brío mientras la de cuerpo

menudo le ponía un pezón en los labios para que lo chupase mientras ella se tocaba sus partes. La escena le recordó aquellas primeras tardes con Isabel, ellos también habían solazado sobre la hierba, no de aquella forma tan procaz, porque lo suyo fue un enamoramiento de verano, e Isabel, muy recatada ella, no se quería ni quitar el vestido. Sintió como el deseo se avivaba dentro. Poco después vino el compromiso con Fernando y la boda. Dio un paso en falso y una ramita crujió bajo el peso de su bota. Las muchachas vieron su silueta moverse entre la espesura y tardaron poco en cubrirse.

Les había estropeado el fornicio, sonrió para sus adentros.

Se alejó río abajo para repetir su rutina y adentrarse en el pasadizo subterráneo. Acabado ya el consejo, la reina había hecho un pequeño aparte con él, casual, mientras el rey se despedía de Mendoza y Torquemada. Chacón, sintió sus ojos clavándose en su cogote, y Peralta mantenían una acalorada plática sobre si era buen momento para que Fernando pasase una temporada en Aragón resolviendo sus asuntos domésticos.

Solo fueron unas palabras susurradas al oído.

—Os espero esta noche a la misma hora —sonrió maliciosa cogiéndole del brazo en un gesto de confianza que mostraba con los más allegados—. Habrá que ser silenciosos —apuntó con el mentón al monarca que salía de la sala con paso firme seguido de Peralta y el mastín.

El Capitán asintió sin que su rostro mostrase la menor expresión, como si hubiese recibido una orden para atacar una fortaleza musulmana. Por dentro ansiaba abrazarla, ensartar al verriondo de su esposo en la punta de su tizona y mandarle a tomar los vientos frescos del reino de Aragón que tanto echaba de menos. Fernando y Torquemada. Las tripas se le revolvían de pensar en tan extraña alianza, nadie lo hubiera pensado cuando el dominico entró en escena. Y, ahora, el uno se apoyaba en el otro. Y, habían echado al traste los planes de la reina. Lo de que habían estado a punto de matar a Vasco, a Matallanas y al jovenzuelo ese de mirada altiva e ínfulas de grandeza, era un tema baladí en cuestiones de tan altos vuelos, pero también contaba para él. Apreciaba a Vasco, a su manera, y también a Falito, hombres como ellos hacían falta para forjar la España que imaginaba la reina. Una España grande y libre de infieles, más justa

para todos sus súbditos; para todos menos para los judíos, pensó con tristeza, esos lo tenían crudo. Menos mal que el marqués de Cádiz intervino, si no el desastre hubiera sido mayúsculo. Boabdil era un gobernante de trapo que les venía como anillo al dedo. Había ido a visitarlo a Porcuna por mandato de la reina para comprobar que se encontrase bien atendido, sin lujos ni dispendios innecesarios, pero que no le faltara comida y ropa decente. Se había encontrado a un hombre apuesto y culto, bien hablado y orgulloso de ser quien era, pero sin los arrestos o la perspicacia suficientes para proponer una salida viable a su situación. No veía las implicaciones políticas que suponía su captura, ni las posibilidades que le daba a la corona de Castilla. Eso sí, estaba dispuesto a cualquier cosa por volver a ser libre, en la torre de Porcuna se consumía tanto física como mentalmente. En su segunda visita se encontró a un hombre no tan altivo, con los rasgos afilados y la pena y la congoja marcada en su rostro. Le habían llegado noticias de que su padre y su tío sitiaban Granada y les iban a abrir las puertas de la Alhambra de par en par. Esos dos sí que tenían un peligro palpable, tanto en lo militar como en lo político, para los intereses de España. España. Le gustaba como sonaba el nombre. Tres sílabas. Aunaban fuerza, determinación y grandeza. Uno podía hacer grandes cosas por una patria llamada España. Pero, el trono de Granada en poder de Muley Hacen y del Zagal podría llamar a la guerra santa a miles de musulmanes del reino de Fez y las Berberías. Eso sería un auténtico desastre. La jugada maestra era liberar a Boabdil con un rescate alto y bajo la promesa de vasallaje, y que se las apañara con su familia. Sembrar discordia. Divide et vince.

Avanzaba despacio por la senda tomando las mismas precauciones de siempre. Al fondo ya veía la silueta del pozo. Una pareja de murciélagos revoloteaba sobre su cabeza, el búho ululaba desde las alturas, los grillos cantaban su eterno cri cri, las risas de los soldados apenas eran ya un rumor y algunas luciérnagas brillaban sobre los matorrales. Aun tenía fresca en la retina la escena de los muchachos retozando. Su pulsó se aceleró. Muy pronto tendría a la reina de Castilla entre sus brazos. Por unos minutos sería suya, solo suya. Ya no era la belleza de antaño, pero sentía algo especial por ella. Nunca se la pudo quitar de la cabeza del todo, siempre hubo un rescoldo de llama que solo necesitaba un simple soplo de su aliento para avivarla.

En cuanto llegó al pequeño claro supo que algo no iba bien. La madera que tapaba la entrada al túnel ya no estaba donde debía y la cuerda tampoco. Antes de que pudiera revolverse sintió la punta del acero en su espina dorsal. Su mano instintivamente se fue al cazo de su espada. ¿Había caído en una trampa? ¿Se había enterado Fernando de la infidelidad de su esposa? ¿Había enviado a un matarife a acabar con él? ¿De quién sería la última cara que vería? Si es que llegaba a ver alguna…

—¡Idiota! —exclamó una voz conocida, cascada.

—¿Chacón? —preguntó incrédulo. Sus músculos se relajaron.

El consejero real le propinó un golpe en la nuca con el pomo de su tizona. El viejo aun tenía fuerzas y sabía donde había que dar para hacer daño. El capitán cayó al suelo con un quejido ahogado.

Arrodillado sintió el filo del acero sobre la piel que recubría su cuello.

—¡Estáis loco! —bufó Chacón.

—¿Qué hacéis aquí? —farfulló.

Intentaba recomponerse y ganar tiempo. Si Chacón lo quisiera fiambre ya lo estaría. Había tenido su oportunidad, lo que no quería decir que se fuese de rositas.

—¿Qué hacéis vos, mentecato? —se le crispó el semblante—. Esa es la verdadera cuestión —su voz rebosaba de ira.

Si había llegado hasta allí de nada le valdría disimular.

—Acudir a la llamada de mi amada.

Recibió otro golpe del pomo de la espada que enarbolaba Chacón, esta vez sintió como la sangre corría por el pómulo abierto.

—¡Necio! ¡Más que necio! —siseó—. ¡Los dos! ¡Estúpidos y necios! Vais a mandar al infierno todo lo que hemos conseguido. Tantas penurias para nada... —se lamentó—. Tantas guerras, tantas muertes, para que ahora apaguéis vuestro fuego con el fornicio... Soy como un padre para Isabel, después de tantos años cuidando de ella he aprendido a interpretar cada gesto, cada parpadeo, cada uno de los movimientos de sus labios —acercó de nuevo el extremo del

acero a una cuarta de su pecho, justo a la altura del corazón—. ¡Ja! Vuestra amada, decís... Estáis zurumbático si por un momento habéis creído que Isabel iba arriesgar el trono, el futuro de sus hijos y el de Castilla, por vos... —su cara se contrajo en una mueca de desagrado—. Ya os previne hace años, ella es inalcanzable para alguien de vuestra posición. Un segundón de la casa de Aguilar... Un soldado, un simple capitán…

Chacón le estaba dando un baño de realidad. Eso le dolía más que la hinchazón que sentía en el cogote y la sangre que le manaba del corte en la mejilla.

—Acabad pues conmigo y todo esto habrá terminado —cogió el filo de la espada con ambas manos y se colocó la punta justo donde latía su corazón.

Movió la cabeza con rabia el mayordomo mayor de Castilla y apartó su tizona un palmo.

—Isabel necesita de vos, necesita de hombres valientes y leales a su lado. Ya veis como se las gastan el rey y su recua. Alguien debe poner cordura en la corona... Pero, la reina necesita al capitán no al hombre —frunció el ceño en un gesto de hastío—. Si me dais vuestra palabra de olvidaros de ella, de la mujer... os perdonaré la vida.

Esta vez Gonzalo Chacón asió la espada con fuerza, en su mirada había determinación. Estaba dispuesto a ensartarlo. Sin duda que podría fallar si él se movía rápido, pero, ¿después qué? El consejero real tenía razón, lo que estaban haciendo solo conduciría al desastre, más pronto que tarde alguien sospecharía. Habían tenido suerte de que ese alguien fuese Chacón.

—¿Habéis hablado con Isabel de esto?

—Mañana mismo despacharé con la reina antes de que acuda a ver a la infanta —enfatizó las sílabas de la palabra reina—. Ella entrará en razones a la más mínima insinuación que le haga... Os lo aseguro.

El Capitán respiró hondo. Sabía que Chacón estaba en lo cierto, aunque le pesase y le partiese el corazón y el alma. Se imaginó a Isabel acunando a la infanta, con la cabeza gacha, sonrojada por la vergüenza de que su padre, como lo llamaba ella, hubiera descubierto su secreto.

—Os doy mi palabra —dijo con voz queda.

Chacón lo escrutó con ojos de halcón. El mayordomo mayor de Castilla no sabía muy bien a

qué atenerse con ese hombre que tanto admiraba en silencio; admiraba su voluntad férrea de enfrentarse a la adversidad y de cambiar su destino, admiraba su liderazgo, su intuición, su olfato para sortear el peligro y, sobre todo lo demás, admiraba su genio militar. Un visionario, decían algunos. Desde luego que tenía algo que lo hacía diferente al resto. Empero, no era príncipe ni rey, solo un segundón en su linaje. Una lástima.

Envainó su espada y le dio la mano para ayudarlo a incorporarse.

—Con eso me basta, por el momento.

La España que estaban forjando Isabel y Fernando necesitaba de hombres como Gonzalo Fernández de Córdoba, le auguraba un futuro si sabía donde metía el cazo, y él se ocuparía de ello. Empero, solo sería un gran capitán.

Toledo, 25 de mayo de 2022

Sobre el autor

J.R. Escudero (La Rambla –Córdoba–, 1977). Replicante Nexus 5. Álter ego de G.R. Squire. Desde niño he sido un apasionado de la literatura y del género de la novela de ficción.

He publicado dos novelas de ciencia ficción con el pseudónimo de G.R. Squire: 2042. El Sueño de Eli (2016) y La Sombra del escritor (2017). El Juego de Valeria (Ese dulce mal) (2019), fue mi primera incursión en el género de novela negra. Con Perros de Presa (2019), No siempre ganan los buenos (2019) y Cabeza de Turco (2020) y Oriente (2021) di un giro a mi narrativa adentrándome en el mundo del thriller y el espionaje.

Vasco El Negro es la primera novela de una saga histórica. Actualmente estoy trabajando en una nueva entrega de la serie.